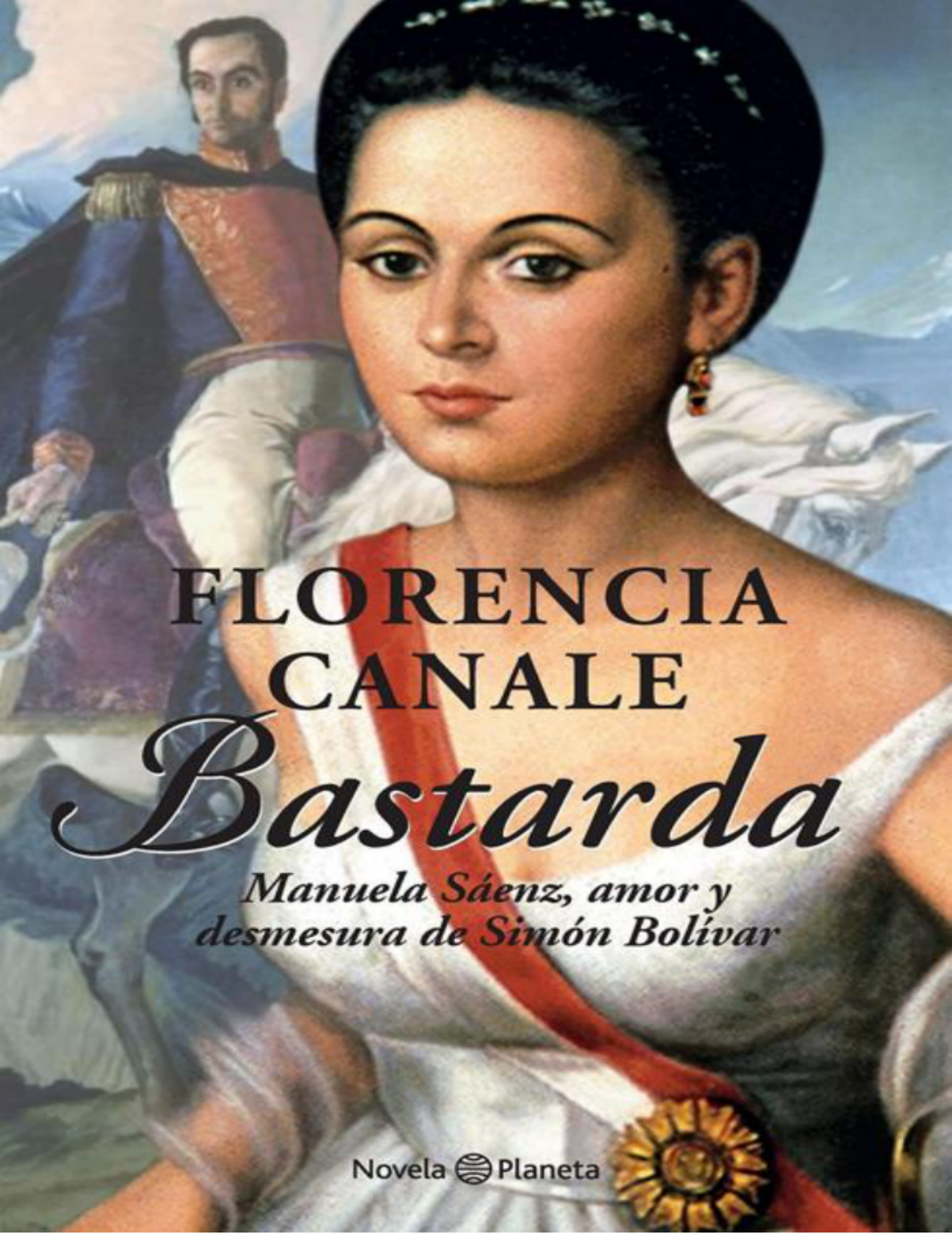
FLORENCIA
CANALE
Bastarda
Manuela Sáenz, amor y
desmesura de Simón Bolívar
Novela Planeta

Bastarda

Bastarda
Manuela Sáenz, amor y desmesura de Simón Bolívar

Florencia Canale

Índice de contenido

Portadilla

Legales

Prólogo

Primera parte. Hija de nadie

Segunda parte. Ardor de juventud

Tercera parte. La caballeresa

Epílogo

Agradecimientos

Canale, Florencia
Bastarda / Florencia Canale. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2022.
Libro digital, EPUB
Archivo Digital: descarga
ISBN 978-950-49-7889-3
1. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863

© 2022, Florencia Canale

Todos los derechos reservados © 2022, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Planeta®
Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar Primera edición en formato digital: octubre de 2022

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-7889-3

“Quiero saber el límite del amor que puedo inspirar.”

WILLIAM SHAKESPEARE, *Antonio y Cleopatra*

PRÓLOGO

Lo miró de pies a cabeza. Sabía que esas prácticas exponían una educación rala o la evidencia de ser una mujer de baja estofa pero poco le importó. Ni una ni otra, María Joaquina hacía lo que se le venía en gana.

Había salido a cabalgar al amanecer. Le gustaba recorrer la ciudad de la primavera eterna, su Quito natal, perderse entre los pobladores, sentirse anónima aunque fuera por un rato. La dama era una de las hijas del destacado abogado de la Real Audiencia y hombre de Letras, don Mateo Aizpuru quien, viudo hacía varios años, había criado por su cuenta a Joaquina, Ignacia y Domingo. Su hermana se había casado, ella no, y su hermano era sacerdote de Yaruquí, desde 1795. Ya nadie le reclamaba que debía apurar el paso hacia el altar, le faltaban unos años para celebrar sus 30 y, ante la confirmación del paso del tiempo levantaba la barbilla con desafío. El matrimonio no la encandilaba, otros asuntos sí.

Joaquina había franqueado la puerta de la casa, decidida a asearse un poco. Había querido quitarse el polvo de encima, emprolijar su peinado, refrescarse. Pero los ecos de una animada conversación que llegaban desde la sala desviaron su paso.

—Ven, querida, acércate —la reclamó Ignacia con entusiasmo. —Ven que te presento a nuestro querido amigo.

Sentado junto a su hermana y su cuñado, don Carlos Antonio del Mazo, se encontraba un caballero que disfrutaba de la cortesía de los Aizpuru y Sierra Pambley. Joaquina se acercó con paso firme y la mirada fija en el desconocido, quien se puso de pie de inmediato.

Las presentaciones fueron y vinieron, el hombre dio su gracia, don Simón Sáenz y Vergara, y besó la mano que le extendió Joaquina. Los ojos de ambos se trenzaron en pie de guerra.

—Pues me habían hablado de usted, señor. Al fin lo veo de cuerpo presente —dijo Joaquina y se pasó la palma de la mano por el cuello.

—Le pido disculpas por mi aspecto, anduve fuera todo el día.

La señora largó una carcajada y se sentó frente a Sáenz, en el cojín grande de seda colorada, desafiante. Aquel hombre lograba inquietarla y no sabía bien por qué. Quiso aplacar la curiosidad y le disparó todo tipo de preguntas. Él replicó complaciente que había nacido en Villasur de Herreros, un pueblito en La Rioja, y que hacía varios años había decidido viajar a América para recalar en Popayán, Colombia, para luego establecerse en Quito y, qué casualidad, en una casa cercana, qué alegría, eran vecinos; que había sido Teniente de Milicias y ahora flamante Colector de Rentas Decimales del Obispado y Regidor Perpetuo del Cabildo.

—Pero qué interesante, don Sáenz —dijo Joaquina y se acomodó para el otro lado y desplegó su falda aún más.

Sus hermanos percibieron que algo tensionaba el ambiente y no eran ellos los culpables.

—Justo nos anoticiaba Simón que su señora esposa estaría al llegar a la ciudad, acompañada por sus cuatro pequeños —intervino Ignacia, tratando de poner paños fríos.

Sáenz carraspeó y agregó la información que faltaba: que sí, que doña Juana María Del Campo Larrahondo y Valencia, llegaría de un momento a otro desde Popayán. Prefirió callar que su esposa era una rica heredera y que la unión lo había beneficiado, y que la vida algo disipada que había vivido en Quito por aquellos días había alertado al Cabildo, que lo había obligado mandar a llamar a su familia.

Joaquina fijó su vista en el tapiz de damasco carmesí con galones y franjas de oro que cubría una de las paredes y luego asestó el golpe.

—Mi estimado Sáenz, ¿por qué no me acompaña a la cocina, así le preparo una canasta de frutas para cuando lleguen su esposa y sus hijos? —le ofreció, y de un salto se incorporó.

Los allí presentes intentaron una negativa, que no se preocupara, que faltaba más, que tampoco hacía falta. Joaquina les regaló una sonrisa a puro diente, le palmeó un hombro a su hermano e insistió. Sáenz se levantó de la silla y acató la orden, entre risas y aprobación.

Joaquina lideró la marcha hacia los fondos, perseguida de cerca por don Simón. Abrió la puerta de la cocina, giró la cabeza y con mirada desafiante invitó a su convidado. El servicio miró con asombro al desconocido.

—A ver, estimados, a seguir con los quehaceres que yo me ocupo de mi amigo —Joaquina hizo palmas y acomodó el pasmo

circundante.

Los ojos de plato de las negras volvieron a su lugar y Joaquina y Simón se encaminaron a la mesa, que ofrecía una fuente repleta de naranjas.

—Ya verá, Simón, lo ricas que son. A sus hijos les fascinarán — tomó un cuchillo y eligió una. Con una calidad única la peló de un tirón, la partió y le ofreció un gajo jugoso.

Sáenz se lo metió entero en la boca y se relamió. Un silencio de tumba vibraba en la cocina. Solo se oían los murmullos quedos y las voces de Joaquina y Simón.

—Tenía razón, doña Joaquina, esto es una delicia —la incitó Sáenz.

—Siempre la tengo, mi querido amigo —y le tendió un trapo para que se limpiara e insistió: —Si gusta, le puedo mostrar algunos sitios bonitos de la ciudad, que de seguro aún no conoce.

Simón pensó en su casa, su esposa y la prole. Pero le duró un segundo. Joaquina era bella, su presencia lo inquietaba, era imposible sustraerse a ella. El sonido de la manipulación de la loza le recordó dónde estaba. La dama se le acercó más y murmuró.

—No tema, Sáenz, que en esta casa hago lo que quiero. Y en Quito también. Ojalá haga usted lo mismo —le entregó la canasta llena de fruta y dio media vuelta. —Vamos, no vaya a ser que demos que hablar.

PRIMERA PARTE

Hija de nadie

CAPÍTULO I

Joaquina no se sentía bien. Hacía semanas que su tripa le anunciaba que iba a parir pero el asunto no terminaba de suceder. Le faltaba el aire, no podía respirar, se había olvidado cómo se hacía. Estaba embarazada, claro, y de Simón Sáenz, quién otro.

Desde que habían cruzado pareceres en su casa, una tromba apasionada había dado cuenta de ellos. Cabalgaban juntos y en cuanto se alejaban un poco del jaleo de la ciudad, ella se cruzaba de monta y ahí, esquivando el peligro, le desabotonaba el pantalón y daban rienda suelta a la urgencia. Ni siquiera con el arribo de la esposa a Quito la furia sexual había menguado. Joaquina y Simón encontraban tiempo y espacio para quererse.

Era un rumor a voces. La sociedad quiteña miraba de soslayo a la hija de Aizpuru pero ella estiraba el pescuezo y sonreía. *Ninguna de estas viejas debe haber sentido ni una gota del placer que me trago; lo que me envidian, ya quisieran vivir mi vida*, mascullaba Joaquina y reía como loca.

Hasta que llegó el día en el que su cuerpo le advirtió que estaba encinta y se vio obligada a quitarse el *corset*.

—Hija mía, ya es suficiente. No has querido escucharme cuando te he pedido que por lo menos guardaras las formas con Sáenz. No me has sido fácil, Joaquina, pero un embarazo ya es demasiado para varearlo por las calles de la ciudad —imploró don Mateo.

—Sabes que te quiero más que a nada en el mundo, padre mío — Joaquina lo rodeó en un abrazo. —Hija tuya soy, me has alentado a ser esta que llevo con esmero. Me quedaría en Quito a desafiar a cualquiera, incluso a Dios si hiciera falta, pero no busco hacerte mal.

—No digas eso, mi Joaquina, no provoques al cielo por favor. Múdate a la finca, ve a dar a luz a Catahuango y luego vemos qué hacemos con la criatura.

—¿Quieres que me esconda?

—No es eso, m'hija querida.

Y Joaquina hizo caso al pedido de su padre. Junto a su hermana y un séquito de criadas partió rumbo al sur de Quito, a los altos de Amaguaña, a la finca de Catahuango, propiedad de la familia, enclavada en las cercanías de las lomas de Puengasí.

En los primeros días del afincamiento en la nueva morada, Sáenz, cuando sus responsabilidades se lo permitían, visitaba a su amada.

—Vienes poco, Simón —le reclamaba.

—Hago lo que puedo, Joaquina —respondía.

—Me hace falta más.

—Pero estás lejos y tengo una vida en Quito.

—Me he venido hasta aquí para cuidarte.

—Y yo te lo agradezco.

—Pues que me lo agradezca tu esposa.

—Juana sabe todo.

—¡Denme las gracias por no haber incendiado la ciudad!

Sáenz intentaba calmarla pero era difícil. Joaquina estaba perturbada, demasiado. Faltaba poco para la fecha y se sentía sola. Toda la seguridad que había ostentado en sus 30 años se le escapaba como el agua entre los dedos.

Y el 27 de diciembre de 1797 se quitó la cobija de encima de un manotazo, corrió el mosquitero y, como pudo, se levantó de la cama. Estaba sola en sus habitaciones. Casi no había dormido. Tenía calor, estaba empapada, la camisa de dormir pegada a su cuerpo. Las piernas se le aflojaron y cayó al piso. Arrancó fuerzas de las entrañas y llamó a su hermana.

—Ay, Joaquina, me parece que estás al parir —gritó Ignacia al verla en el suelo. La ayudó a levantarse y reclamó a las criadas.

En pocos segundos, las habitaciones de la parturienta se transformaron en un ir y venir de mujeres con vasijas de agua hirviendo, cobijas frescas y alcanfor. Joaquina había roto aguas, su cama estaba anegada.

Fueron horas interminables de trabajo de parto. La comadrona dirigía la faena, ordenaba al resto de las sirvientas, e Ignacia andaba atenta al lado de su hermana, cuidándole cada movimiento. Hasta que una niña diminuta, cubierta de sangre y a los gritos, anunció que arribaba a este mundo. Una Joaquina desfalleciente pidió que se la pusieran así, sucia y tibia, sobre su pecho.

—Mi niña, hija mía, mi protectora —la sostenía y lloraba. —Se llamará Manuela, te aviso Ignacia. Ese es el nombre que le he elegido.

—Claro, mi querida. En cuanto te pongas en pie la bautizamos —señaló su hermana, también empapada en lágrimas.

Joaquina besaba a su hija y sollozaba. La quería fuerte como ella, decidida a todo. Había nacido fuera de las normas de la sociedad, para el mundo era una bastarda, para ella, nadie más legítima que su Manuela.

***

Doña Juana bordaba en la esquina de la sala. Allí donde pegaba el sol le era más fácil la labor de la aguja sobre el lino, que luego se transformaría en una batita para su bebé. Estaba embarazada de poco más de tres meses del quinto hijo de Simón. Y como el resto de sus embarazos, lo llevaba de maravillas. Le habían contado infinidad de veces acerca del malestar constante cuando se estaba encinta, pero esta no había sido su experiencia.

Simón entró con paso decidido a despedirse de su esposa. Le buscó los ojos pero Juana siguió con la atención puesta en su bordado.

—Salgo querida, mis menesteres me llaman —intentó Sáenz con voz suave, era raro que Juana lo ignorara.

La señora suspiró y miró por la ventana que daba a la calle. La residencia de los Sáenz y Del Campo estaba emplazada en una de las calles que hacían ángulo con la Plaza Mayor. Esta era derecha, amplia, pero a las tres cuadras empezaba la imperfección de las subidas y bajadas, por lo que era difícil la entrada de carruajes. Sin embargo, los paseantes gustaban de caminar por aquella zona y era bastante habitual la invasión de risotadas callejeras a través de los ventanales de la casa. Juana fijó, al fin, sus ojos en la cara de su marido.

—¿Necesitas algo de afuera, mi amor? —le preguntó Sáenz. —Puedes pedirle a uno de los criados que te acompañe con un *quita sol* (1), o si te cansas demasiado, con una silla de manos.

—No estoy cansada, Simón —y no pudo disimular la angustia que la embargaba.

El hombre apoyó los papeles que traía sobre la mesa de arrimo y se sentó frente a su esposa.

—Pero algo traes, Juana. ¿Seguimos con el miedo a los temblores? Ya te he dicho que aquello ya pasó, que no tienes de qué preocuparte.

El 4 de febrero de 1797, un terremoto brutal había destruido una

gran porción del territorio ecuatoriano. Aquella mañana de invierno amaneció demasiado oscura, como si anunciara el espanto. Entre las 7 y las 8, y de la nada, un desaforado temblor que duró cinco minutos afectó a la sierra central y a una infinidad de localidades aledañas. La ciudad de Riobamba había quedado prácticamente borrada de la faz de la tierra, al igual que otros poblados. Como era domingo, muchos murieron sepultados bajo el derrumbe de las iglesias. Algunos salieron disparados y salvaron sus vidas, pero la muerte alcanzó a más de cuarenta mil personas. El camino de San Antonio, que vinculaba la zona del terremoto con la presidencia de Quito, había quedado destruido. Y en esta ciudad, las torres de la Catedral, Santo Domingo, La Merced y San Agustín se desbarataron. Una gran cantidad de edificios públicos y otras tantas casas quedaron cuarteadas.

Después de unos días de la catástrofe empezaron a llegar los informes oficiales de los corregidores del distrito intentando descubrir las razones: que había venido del lado de Pichincha, que había empezado lento pero apurado tanto su movimiento, que no se había visto en Quito nada igual ni más largo, que poco después del temblor había hecho un estruendo que denotaba erupción y que se había temido repetición, que todos los cerros habían vomitado fuego, lava y lodo hediondo, que el cerro de Igualata se había abierto en cinco partes, despidiendo por sus bocas llamaradas y ríos de barro. Los movimientos se replicaron durante meses, pero nunca con aquel fragor inicial.

Y a las conmociones de la naturaleza se le agregó el levantamiento de los indios en la sierra central, alegando que los volcanes de Tungurahua, de donde procedía el estrago, les habían dado aquellas tierras a sus antepasados. Y adorando a los volcanes como si fueran dioses, habían tratado de eliminar a los españoles que se habían escapado de la ruina general.

El presidente de Quito, Muñoz de Guzmán, había intentado apaciguar las aguas pero desde el ostracismo de El Quinche. El temor por las réplicas y el miedo a la gresca indígena lo mantuvo agazapado en el campo. Le rendía honores al flamante Virrey de Nueva Granada, don Pedro Mendinueta, pero mejor desde lejos. Fue así que tomó el mando de Quito don Lucas Muñoz y Cubero, y le dio comienzo a la reconstrucción del derrumbe generalizado.

Juana había arribado a Quito poco antes del temblor. La felicidad había sido completa con el reencuentro. Había extrañado a su esposo.

De buenas a primeras, un día le llegó la misiva que la reclamaba y nada la detuvo, aprestó a sus hijos y viajó rumbo al edén: los brazos de Simón Sáenz. Sin embargo, al poco tiempo nada fue como había esperado. La ilusión se derritió como la nieve en primavera. Su marido le había sido esquivo, algo había cambiado entre ellos. De inmediato se dio cuenta de que andaba en un amorío. Sin aspavientos averiguó quién era la intrusa. Y para peor, después llegaron el terremoto y el miedo.

—Está dando a luz esa mujer, si no lo ha hecho ya —Juana fue directo al grano, con la mirada fija en los gestos de su esposo.

Sáenz se quedó de una pieza. Jamás habían hablado de Joaquina, nunca la habían nombrado, sin embargo, en ese momento, supo que ella lo sabía. No hacía falta decir más, estaba todo dicho en la cara de Juana.

—Querida mía… —amagó Simón sin saber cómo seguir.

Juana atajó el llanto. Ya había derramado demasiadas lágrimas cuando su marido no estaba en casa. Sus ojos, sin embargo, la delataron.

—Lo sé todo, Simón.

—No te mereces tanto dolor. Y he sido yo quien te lo ha provocado, no tengo perdón —y la tomó de las manos, buscando contención.

La dama aflojó el gesto pero prefirió el silencio.

***

Un criado había cabalgado como flecha rumbo a la ciudad para avisar que doña Joaquina había dado a luz. Don Mateo y Domingo se aprestaron en el coche y marcharon hacia Catahuango.

Domingo ayudó a su padre a que descendiera del carruaje, el patriarca tenía 80 años. Ayudado por su bastón, don Mateo caminó erguido hacia la casa. No tenía paciencia, quería saber cómo se encontraba su hija dilecta.

—Buenas y santas, niña —saludó Aizpuru al entrar a la alcoba donde reposaba Joaquina.

Recostada y más pálida que nunca, su hija hizo un esfuerzo por sonreírle. Ignacia, que custodiaba a Joaquina, se incorporó de inmediato e intentó ayudar a su padre. Don Mateo la detuvo con la mano y ocupó la silla que estaba a la vera de la cama.

—He dado a luz ayer, tiene que conocer a Manuela, padre —se

esforzó Joaquina, no se sentía bien.

—Así que Manuela, pues que me la traigan entonces —ordenó Aizpuru y escrutó a Joaquina. —¿Cómo se encuentra, hija mía?

Joaquina se puso a llorar. No podía manejar sus emociones, estaba feliz porque al fin le había visto la cara a su pequeña pero el cuerpo no le respondía como ella hubiera querido. Estaba débil, la fuerza que la había caracterizado todos aquellos años ya no la encontraba. Ignacia le había jurado que tenía que aguantar, que su naturaleza le sería devuelta en unos días, que no debía enojarse y mucho menos ponerse triste, que la tristeza estaba prohibida en ese momento de gloria, a pesar de las inclemencias de la realidad. Eso significaba que era madre y estaba sola, no había marido, mirarían a su Manuelita como a una apestada, como la peste misma.

—Un poco débil pero ya sanaré, padre. Solo necesito que apruebe a mi niñita —susurró Joaquina. —Es el fruto del amor, nada puede salir mal, ¿no es cierto?

En ese momento entró la nana con la criatura en brazos, envuelta en una cobija. Don Mateo la observó unos segundos y volvió la atención a su hija. Domingo cuchicheaba con Ignacia en la otra punta del dormitorio. La discusión versaba alrededor de los destinos de la niña.

—Hay que bautizarla.

—Joaquina no está en condiciones de levantarse, ni mucho menos.

—Pues esta es una decisión que tomamos nosotros, Ignacia.

—El nombre ha sido elegido.

—Entonces mañana salimos al alba, nosotros y la niña, a la parroquia del pueblo y la bautizaré yo. Nadie se opondrá, ¿estamos de acuerdo?

Al caer la tarde llegó el médico. Joaquina volaba de fiebre y se le había quitado el hambre. El galeno intentó calmar la zozobra de la familia y ordenó que le colocaran unas compresas a la parturienta y le dieran agua de beber. Y que de seguro en unos días se restablecería. Agradecieron la visita, muchas gracias, doctor, y lo despidieron. Ignacia le preparó un caldo de gallina, verduras y especias, y la obligó a comer.

A las primeras horas del día, Domingo, Ignacia y la criatura envuelta partieron rumbo a la parroquia. El padre Aizpuru saludó a los clérigos y anunció lo que venía. Nadie preguntó nada, prepararon todo debajo del altar. Ignacia se acercó a la pira bautismal, desarropó

a la niña y se la ofreció a su hermano. Mientras tanto, el escribiente aguardaba presto para apuntar el acta de bautismo en los libros.

—El 29 de diciembre de 1797 bautizo solemnemente a Manuela, nacida dos días antes, una criatura espuria cuyos padres no son nombrados… —inició Domingo y sintió el juicio de su hermana. Con suavidad, arrojó unas gotas sobre la carita de la niña, quien lo miró, como si nada, con sus ojos negros. —Yo te bautizo en el nombre de Dios, Hijo y de la Divina Gracia.

Ignacia besó a Manuelita y la volvió a arropar. Temía que se largara a llorar. Pero nada más alejado. La pequeña tenía los ojos abiertos como monedas, miraba a su alrededor como si tuviera mil años.

Volvieron a la hacienda, le transmitieron lo que habían hecho a su padre y él consintió. Joaquina nunca supo la verdad. A los días dejó de vivir. El parto la había debilitado por completo. Su cuerpo se infectó con fiebre puerperal y no hubo nada que hacer.

Algunas de las criadas de Catahuango murmuraron con pavura que la Manuelita era hija del temblor. Intentaron toda suerte de rituales para que la niña se quitara de encima el sino de la naturaleza.

***

Sáenz cumplió con el reclamo de la misiva que había recibido en el Cabildo. La familia Aizpuru lo esperaba en su casa. No ahondaban en los motivos de la cita pero intuía de qué se trataba. Se anunció y lo hicieron pasar al despacho de don Mateo, allí lo aguardaban el señor y sus dos hijos, de riguroso luto. El gesto de todos era demasiado adusto.

—Buenas tardes, Simón. Tome asiento, por favor —lo convidó Ignacia, parca. Aquella amistad que ostentaran hacía un tiempo, ya no parecía la misma.

—Gracias, doña Ignacia. Buenas tardes, caballeros —respondió el invitado y se sentó erguido, a la espera del disparo.

—Como usted sabrá, y si no es así es hora de que se entere, mi hija ha muerto —los ojos de Aizpuru parecían dos atizadores a punto de hundirse en el fuego. —Y ha dejado descendencia.

Simón hizo un esfuerzo por permanecer quieto. La voz cavernosa del hombre grande lo inquietó y, escucharlo hablar de la muerte de Joaquina, fue como una amenaza velada. Como si él fuera el culpable de la enfermedad que se había llevado a la señora al más allá. Y ahora

lo único que quedaba era el fruto de aquel vientre vejado.

—Mi más sentido pésame, señor. Y lo extiendo a vosotros, Ignacia, Domingo —y miró a cada uno.

—Lo hemos convocado solamente a usted por el asunto de la hija de Joaquina. Y suya —dijo Ignacia, escrutándolo. —Le hemos hecho esa deferencia para no incomodar a doña Juana.

—Mi esposa está al tanto.

—Ah, pero mire usted —retrucó la dama de negro. —¿Y qué dice, si se puede saber?

—Por favor, Ignacia, ya está —quiso calmarla su hermano.

El aire se cortaba con navaja. El único que no escondía su tristeza era don Mateo. La muerte de su hija lo había destrozado.

—A ver, Sáenz, las cosas claras. Nosotros no podemos criar a esa niña, ¿y ustedes? ¿Podrán encargarse de Manuela? —aguijoneó Ignacia conociendo la respuesta de antemano. Ese hombre le había destruido la vida a su familia.

—Doña Ignacia…

Simón solo atinó a murmurar. Pensó en Juana y se le arrugó el corazón. No podía pedirle semejante cosa. La bondad de su esposa era inmensa pero era un despropósito ponerla en semejante situación. Hacer que la hija de la lujuria, el producto del más absoluto libertinaje de un hombre ladino, él mismo, compartiera hogar con la santa de Juana y los ángeles de sus hijos era un acto de una vileza inconmensurable. Juana no se merecía el testimonio de su costado más mezquino.

—Terminemos de una buena vez, por la memoria de Joaquina, al menos —intervino Domingo y se cruzó de brazos. —La entregaremos a unas monjas para que la críen, pero necesitamos una suma de dinero. Doy por sentado que estamos todos de acuerdo.

—Claro que sí, estimado. Me haré cargo del monto, lo que me pidan me parece bien —afirmó Simón. —Mañana mismo se los acerco.

Los dueños de casa dieron por terminada la reunión. Sáenz se incorporó y buscó a doña Ignacia con la vista. Debía retirarse pero sentía la urgencia de conocer a su hija.

—Sígame, Sáenz. Lo acompaño a la puerta —le ordenó Ignacia.

Salieron del despacho y en vez de dirigirse a la salida, fueron hasta la alcoba que alojaba a la pequeña.

—Ella es Manuela.

Simón se acercó a la criada que la sostenía en brazos. Se detuvo y

la miró durante unos segundos. Le recordó a Joaquina, un aluvión de pena lo cubrió. La niña se chupaba un dedo con fruición.

—Cuando despunte el sol venga usted o envíe a un emisario con las monedas. Lo estaremos esperando —dijo Ignacia y volvió a cerrar la puerta.

A la mañana siguiente, Domingo lideró la marcha hasta el Real Monasterio de la Limpia Concepción (2), situado en las cercanías de la casa, en la esquina noroeste (3) de la Plaza Grande. Aquella casa de Dios, el primer monasterio de clausura de Quito, se había fundado en 1577. En sus inicios, su emplazamiento había sido señalado como un desatino por parte de la jerarquía eclesiástica, debido a la cercanía con el centro comercial y político. Se cuchicheaba que aquello podía poner en jaque el recogimiento fundamental del claustro. Sin embargo, nada detuvo la construcción y el convento femenino se erigió gracias al aporte de las cofradías que contribuyeron al armado de uno de los mejores templos de la Audiencia de Quito.

Domingo ya había hablado con sor Buenaventura, la madre superiora, y los estaba esperando. Los hermanos Aizpuru y la pequeña Manuela franquearon el portal y allí, con el hábito blanco, el manto azul y el velo negro los aguardaba la superiora. Domingo le extendió la bolsa con el dinero y la Madre apenas movió la cabeza. Al instante, una novicia apareció por uno de los costados. Ignacia le entregó el bulto cubierto por cobijas. Allí debajo, Manuela se largó a llorar como nunca. Las religiosas pegaron la vuelta, los Aizpuru salieron en silencio, como habían entrado. El llanto de la niña resonaba en la inmensidad de la iglesia.

1- Así se les decía a las sombrillas.

2- Hoy conocida como Iglesia y Convento de la Inmaculada Concepción.

3- En la actualidad, las calles Chile y García Moreno.

CAPÍTULO II

Doña Juana Del Campo y Sáenz había abierto su salón para agasajar algunos amigos y relaciones de su marido. Simón, gracias a las credenciales políticas que portaba, había sumado galones por su habilidad comercial. Los contactos que hacía en el Cabildo y en las recorridas de recaudación de los diezmos, lo habían establecido como un señor de fortuna y linaje. Juana había colaborado, ella era noble y rica.

Los balcones de madera que daban a la calle, con balaustrada de color verde, permitían espiar hasta al más curioso transeúnte. El pórtico de losa bien labrada llamaba la atención por su estilo y gracia, la casa estaba a la altura del lugar que ocupaba Sáenz.

Los criados habían armado unas mesas en el patio de la residencia, de gran espacio, pues el clima lo permitía. La sala estaba elegantemente adornada con pinturas de marcos dorados y esmaltados. Tampoco faltaban los grandilocuentes espejos para que las invitadas controlaran sus afeites con coquetería.

Sobre la mesa se destacaban los platos y fuentes de porcelana china, y los vasos y jofainas de la más costosa cristalería. Los Sáenz y Del Campo gastaban inmensas sumas de dinero en estos objetos. No eran los únicos, los caballeros peninsulares afincados en la Audiencia de Quito gustaban de hacer alarde de sus blasones —si los tenían— y si no, impostar la estirpe por medio del gastadero incalculable de dinerillos. Por aquí y por allá, se podían disfrutar de mesitas y aparadores incrustadas de marfil y madreperlas, construidas de ébano.

Los convidados fueron llegando, vestidos con sus mejores galas. Simón con una levita color ciruela y sus calzones de seda, y la cabellera empolvada, y Juana, emulando el color elegido por su esposo, lucía un vestido de tafetán traído de Francia, adornado con unos pendientes de plata y perlas en forma de lágrima, un lazo

azabache y un brazalete con una estrella de plata. Las alhajas eran regalo de Simón, aunque guardaba una buena cantidad, herencia de familia, aún más fastuosas. Los zapatos estaban provistos de hebillas del mismo metal precioso, fiel reflejo del poder que ostentaba la pareja dentro de la sociedad quiteña.

En los fondos de la casa, en la cocina, los criados organizaban el ir y venir de las bandejas, las botellas y las jarras. La actividad no les impedía la cháchara, interrumpida constantemente por un sinfín de carcajadas: que son todos chapetones (1), pues claro que no hay uno de los nuestros, que no hay sangre de la buena como la nuestra, que aquella es la mala sangre, pero nuestros señores son buenos, no como los del vecino de más allá, que azote va y viene, y que a nosotros nos dejan el pelo, que parece que a los de la otra casa se lo cortan, habrá cosa más injuriosa que esa, peor que el castigo corporal, pero a nosotros no, que don Simón es bueno, que todo nos lo permite.

En la sala, las conversaciones versaban sobre todo tipo de temas. Las señoras gustaban de halagar alguna nueva adquisición, cómo le quedaba el peinado de trenzas a tal, y la novedad galante del momento. Porque de eso nunca se privaban. Aunque el tema era mejor tocarlo sin la dueña de casa cerca, pues todos conocían al dedillo el amorío de Sáenz con la Aizpuru, que en paz descanse, si se puede. Aunque de descanso, pobre mujer, conocía poco y nada, había dado que hablar en demasiadas oportunidades. Pero no era la única, porque toda la sociedad quiteña tenía mucho amor para dar. Era señalada como la más licenciosa del Virreinato. Sus pobladores, se decía, andaban de lecho en lecho y no precisamente el oficial. Sin embargo eran intérpretes perfectos de la impostura. Las apariencias eran su juego dilecto, y lo llevaban adelante con una calidad extrema. Hablaban poco de los hijos, eso sí, ya que a nada de nacer, iban al abrazo fuerte de la india que oficiaba de nana y eran ellas quienes los criaban; y tal era de inmoderado el amor que les profesaban a las criaturas que luego serían jóvenes, que disimulaban cualquier vicio y yerro de las mocedades, una suerte de manto para que no llegara a oídos de los padres, no fuera que luego intentaran un correctivo. De los hijos poca cosa, otros temas les resultaban tanto más inquietantes.

Entre los señores, el asunto preponderante era la política, de ralo interés para las damas convocadas por doña Juana del Campo y Sáenz. Departían acerca del nuevo Presidente de Quito, don Francisco de Carondelet, barón, vizconde y caballero de la Orden de Malta. La

aprobación de la gestión del francés era completa, se había puesto al hombro la reconstrucción de la ciudad luego del terremoto y había empezado a promover varias obras urbanas, una de ellas la reedificación del Palacio Real, sede de los presidentes de la Audiencia, no fuera que murieran sepultados por un renovado temblor. Cuando la bebida caló hondo en los espíritus presentes, las voces empezaron a subir de tono.

—Del galo no debemos desconfiar.

—Parece de los nuestros…

—Si es de la Orden, los Carondelet han servido a nuestra Corona como militares; no vale la pena ponerlo en cuestión, caballeros.

—¿Pero ustedes olvidan que es francés, que allí, hace pocos meses pusieron fin al Directorio (2) cortando cabezas? ¿Y ese Napoleón? Que me cuentan que avanza con un temple de acero…

—Nada tenemos que ver nosotros con ese aquelarre de Francia. Que se quemen en su propio caldero.

—No es de los franceses de quienes debemos temer, caballeros…

La música sonaba al ritmo de una contradanza y algunas parejas se atrevieron al baile. Tronaban las risas y la jarana entre los acordes, sin embargo aquello no distraía a los ávidos señores que seguían con la lata del poder.

—Son los mestizos el problema…

Se hizo un silencio en el círculo cerrado. Algunos sabían de qué se trataba el asunto, otros brillaban en el desconocimiento absoluto.

—Pues que andan en algo, no vaya a ser que la revuelta vuelva a prender en esta bendita Audiencia. Que no estamos para esos trotes…

—¡Claro que no!

Y recordaron a voz ensalzada la cantidad de levantamientos que habían sufrido en otros tiempos: que la Revolución de las Alcabalas (3) en el siglo XVI, causada por los impuestos de aduana que se habían aprobado, que el contante es nuestro y nadie se atreva a reclamarlo, embusteros y farsantes estos mestizos y criollos, pero no contentos con aquello habían repetido el motín en 1765 con la Revolución de los Estancos y la queja por el aumento de los impuestos a los licores, habrase visto; tampoco debían olvidarse de los indios, con su infinidad de grescas contra la Corona.

Siempre era bueno encontrar un enemigo y, en este caso, quienquiera que se enfrentara al rey Carlos IV de España, era colocado en la lista negra. Estaban lejos de la península pero eran súbditos del

monarca.

El jolgorio continuó para el resto de los presentes. Los acalorados disertantes insistieron con lo suyo pero la fiesta siguió su curso como si nada. Doña Juana estaba contenta, las señoras la pasaban de maravilla y eso le era suficiente; don Simón también se mostraba conforme con el devenir de la celebración.

***

Ignacia había viajado a Catahuango para ver a su hermano. Sus tres hijos, Juana, Josefa y Benito habían quedado con su esposo en la ciudad. Le gustaba darse unas escapadas de tanto en tanto, el campo la llamaba.

Atravesó los jardines, los árboles centenarios le dieron la bienvenida. El piar de los pájaros y el viento sobre las hojas interrumpían la quietud que tanto había ido a buscar. Subió las escalinatas, hizo palmas para anunciar su presencia y entró a la hacienda. Del fondo apareció la servidumbre e Ignacia saludó con cariño. Las negras y negros que servían en Catahuango, además de las indias, eran tratados como familia. Preguntó por su hermano, le señalaron dónde estaba. Domingo escribía en el despacho.

—Buenas y santas, Domingo —dijo la señora y cruzó el umbral con paso decidido.

—Oh, no sabía que vendrías, Ignacia. ¿Has llegado con todos? —preguntó y dejó la pluma.

—Estoy sola, querido.

—¿Pasa algo?

Ignacia suspiró y se sentó en uno de los sillones. Preocupaciones no le faltaban, había llegado hasta ahí para compartirlas con su hermano.

—Nuestro padre no está bien.

—¿Algo nuevo o lo de siempre?

Don Mateo había cumplido 84 años y sus hijos, a esta altura, asumían que era inmortal.

—Pues los achaques de siempre. Pero no me gusta verlo así, viejo.

—Es lo que es, Ignacia. No se puede pelear al paso del tiempo. Mira todo lo que ha vivido.

—No hables de él en pasado, Domingo. No lo tolero.

Él también suspiró. Se levantó de su silla y caminó hasta donde estaba su hermana. Extendió su mano y la invitó a seguirlo.

—Caminemos, que es un día muy bonito.

Y salieron a los jardines. Domingo cruzó sus manos por detrás y lideró la marcha. Ignacia miró en derredor, el azul del cielo la encandiló pero apuró el paso hacia donde estaba su hermano y caminaron.

—¿Sabías que papá ha estado hablando con un notario porque quiere dejar las cuentas en orden? —insistió Ignacia. —Pues que piensa en su muerte, la está convocando.

Domingo negó con la cabeza una y otra vez. La tozudez de su hermana, a veces era insoportable.

—Quiere dejarle como diez mil pesos a la niña —Ignacia disparó ofuscada.

—Es la nieta, ¿no es cierto? No seas mezquina, mujer.

—Pero es ilegítima, Domingo. ¿O es que ahora avalas los actos deshonrosos de Joaquina?

—No hables así de tu hermana.

—Y tuya, ¿o es que la niegas?

—No la niego, Ignacia. ¿Pero qué es lo que te sucede, por favor? —Domingo detuvo la marcha y miró de lleno a su hermana.

—Pienso en mis hijos, pienso en nosotros.

—Alguien que piense en esa pobre niña, sola y desamparada —dijo Domingo a viva voz.

—Tiene un padre, pues que se haga cargo.

—Tengo entendido, por la correspondencia que recibo de sor Buenaventura, que Sáenz visita a Manuela en el convento. Y lo hace a menudo. No ha abandonado a su hija.

—Entonces nosotros no tenemos nada que ver con esa bastarda.

Domingo tomó a su hermana de los brazos con fuerza. No entendía de dónde sacaba tanta maldad. Cada vez que hablaba de Manuelita su cara se transformaba. Los ojos del cura echaron chispas, hacía tiempo que no lo veía en ese estado. Parecía fuera de sí.

—Discúlpame, a veces pienso que me vuelvo loca, me desconozco y no puedo controlarme. Pero todo este asunto nos ha hecho mucho daño.

—No es así, Ignacia. Y la niña es inocente en todo este entuerto, no puedes culparla de nada, deberías ser más misericordiosa.

—Para eso te tenemos a ti en la familia, Domingo. Tú eres pura bondad —lo tomó del brazo en son de paz y continuaron la caminata entre el verdor del follaje.

Y optaron por el silencio. Así continuaron, disfrutando del vergel y

apaciguando la mente. Aunque tampoco era tan fácil. Los años de don Mateo no habían venido solos y el cuerpo viejo era una realidad. Debían hacerse a la idea de que más súbito que tarde, su padre los abandonaría para siempre. Y el arribo de Manuelita, por más organizada que estuviera, había perturbado sus vidas. También la llegada del nuevo siglo había traído novedades. Unas voces levantiscas empezaban a escucharse en las calles de Quito. Y en casa de los Aizpuru, americanos de ley, eran bienvenidas. No sucedía lo mismo en la residencia de los Sáenz, godos (4) con escudo y blasón. La pequeña Manuela unía, sin querer, a las familias de veredas opuestas.

***

Los días en el convento, para algunas de las hermanas, habían cambiado por completo. La llegada de Manuelita había trastocado el orden imperante entre las Conceptas. La niña era un primor. Habían pasado poco más de cuatro años de aquel día en que la habían recibido y deambulaba por el monasterio como si aquella fuera su casa. Y las monjas habían quedado prendadas de su gracia.

Algunas de las internas habían elegido el convento por ansias religiosas, pero otro tanto había recurrido a la casa de Dios para paliar la soledad o la viudez. De este modo se protegía a las mujeres, así se hacía en Quito. La respetabilidad del sexo femenino dependía de los hombres de la familia, y la moralidad de las señoras estaba íntimamente relacionada con el honor de los padres, maridos, hermanos e hijos. El convento, para eso, era una garantía de pureza y respetabilidad, y una solución perfecta para paliar la soledad. Las damas que quedaban viudas, encontraban allí solaz y compañía, las solteras otro tanto, ya que si los padres de las susodichas no encontraban candidato que valiera la pena, nada mejor que la reclusión conventual.

El monasterio se mantenía con el aporte económico y la gestión de señoras de familias distinguidas, además de la contribución dotal de las internas. Aunque, claro, esta era siempre menor que la dote matrimonial. La unión con Dios era menos onerosa. Las profesas “contraían nupcias con Jesucristo y se convertían en esposas del Señor”.

El priorato había sido fundado siglos atrás por nueve religiosas y, su primera abadesa, doña María de Jesús Taboada, había sido una mujer de grandes virtudes. Para fines del siglo XVII había en el

convento 120 monjas de velo y coro, y 180 más entre donadas, niñas que se criaban allí, y sirvientas. El Obispo de Quito de entonces había afirmado que era una comunidad religiosa de gran música y voces, consuelo y alegría de esa república, con fincas de tierra y estancias para sembrar pan, para el sustento ordinario que era grande, renta ganada en censos, resultados de dotes de monjas.

Por los días en los que arribó Manuela, el monasterio se había convertido en una suerte de pueblecito o barrio, con una gran cantidad de casitas, que eran las celdas edificadas por cada una de las monjas. Los patios eran muy amplios, había más de cien religiosas, y unas 1300 indias y siervas a su disposición. La mayoría de las donadas y criadas eran jóvenes indias, y en menor número, negras y mestizas, que tenían a su cargo las labores de la limpieza y, en especial, las de aguja, porque contribuían a confeccionar prendas bordadas y adornadas con encajes, objetos de madera decorados con esmalte y varias cosas más, listas para la venta en Quito, Guayaquil y donde fuera.

Como el convento —además de servir para validar la pureza de las hijas legítimas de las familias pudientes— era el sitio elegido para acoger huérfanas, viudas y solteras, también devino en lugar para criar a las hijas tenidas por los españoles ricos por fuera de sus matrimonios. Este era el caso de Manuela, la hija natural de Sáenz. Era de las donadas más pequeñas del Real Monasterio de la Limpia Concepción, además de la mimada por todas las monjas. La niña atendía a cada una de las labores de las novicias. Con cuatro años, ya repetía las oraciones como si entendiera la profundidad de los rezos. Manuelita era graciosa y sabía portarse bien. Había entendido que era mejor acatar las órdenes y desestimar cualquier berrinche porque aquello no la llevaba a nada. En una oportunidad, había pataleado por algo y había recibido un castigo. Tan mal la había pasado en aquella penitencia que aprendió para el futuro. Manuela era pura zalamería y disposición. No le gustaba estar entre niñas, prefería la compañía de las hermanas y las sirvientas. También le gustaba deambular entre las negras y las indias. Miraba fijo el baile de la aguja mientras entraba y salía de las telas, permanecía hipnotizada por la costura. No le permitían coser pero la niña había aprendido con solo observar, cómo se hacía para lograr semejantes prendas. Algo que hacía muy bien era prestar atención a las conversaciones de las monjas. Manuela se quedaba callada y atendía a todo lo que se compartía en el inmenso

patio. Así se enteró de la infinidad de hermanas que habían pasado por allí, poseedoras de singular virtud y religión, y aquella anécdota, repetida hasta el cansancio, de Mariana de Jesús, quien desde niña había tomado el hábito, dando el ejemplo hasta su muerte, llevada adelante en santa paz y santidad. Manuelita fantaseaba con repetir el gesto y transformarse en la abadesa del convento. El momento en que las hermanas repetían que sor Mariana de Jesús había merecido numerosas revelaciones de su Divina Majestad, de su Santa Madre y del Niño Jesús, y que además había tenido el don de la profecía, le provocaba escalofríos. Y ni qué hablar cuando llegaba el instante de la descripción al detalle de esa oportunidad en la que, mientras hacía su oración en el coro alto, a eso de las dos de la mañana, y postrada en tierra como era la costumbre, había escuchado una voz que la había invitado a levantarse, y allí mismo había visto a una hermosa Señora, en medio de una refulgente luz, como si estuviera en medio del sol, llevando al Niño en brazos. Las novicias sonreían con beatitud, Manuelita giraba la cabeza y miraba por detrás, con terror de que alguien apareciera desde el cielo.

Una vez por semana, don Simón Sáenz hacía su visita en el monasterio. Mantenía una reunión con la Superiora para conocer los adelantos de su hija, y tras la conversación, le traían a Manuela. La niña cruzaba el umbral, primero con dudas, un tanto de vergüenza y excitación escondida, y le tendía sus bracitos. Se fundían en un abrazo y así permanecían un buen rato. Sáenz era el único hombre que veía Manuela, y era su padre. Sor Buenaventura sonreía y los dejaba compartir ese rato entrañable. Sabía que la pequeñina no permanecería allí para siempre.

Don Simón le propuso a la Superiora un régimen de visitas a su residencia. La monja accedió. En vez de presentarse él al convento, pasaría a retirar a Manuela para que frecuentase a los suyos, que de alguna manera también eran de ella. Doña Juana había dado el visto bueno. Las rispideces y la mala entraña habían desaparecido.

1- Nombre que se usó durante la Colonia y el período independentista para designar a las personas de procedencia europea llegadas a América, especialmente las originarias de España.

2- Golpe de Estado en Francia, el 18 de Brumario, sucedido el 9 de noviembre de 1799 que acabó con el Directorio, última forma de gobierno de la Revolución Francesa, e inició el del Consulado con Napoleón Bonaparte como líder.

3- La alcabala fue el impuesto más importante del Antiguo Régimen de España que gravaba el comercio y era el que más ingresos producía a la Hacienda Real.

4- También se les decía así a los españoles peninsulares.

CAPÍTULO III

Las visitas de Manuela en casa de su padre empezaron con el pie derecho. La primera vez que Sáenz entró a la casa con su hija, todos aguardaban en la sala con ansiedad. Doña Juana era la más nerviosa, aunque algunos de sus hijos tampoco se quedaban atrás.

—Ella es Manuelita, vuestra hermana —la introdujo Simón con cautela. A pesar de que había preparado con tiempo la presentación de la niña, no pudo disimular cierta preocupación.

—Ven para aquí, pequeña. Pero qué bonita eres —Juana extendió sus brazos y la llamó. Quería desarmar la tirantez reinante.

Manuela se soltó de la mano de su padre y caminó hacia el sillón que albergaba a la señora. La niña miraba hacia abajo, había posado sus ojazos negros sobre las botinetas. Las criadas del monasterio les habían sacado lustre, querían que Manuela se luciera en la casa del chapetón que hacía buenas migas con la ilegítima. Juana la llenó de halagos, y qué lindo vestido, pero qué grande, tenía tantas ganas de conocerte, Manuelita.

Rápidamente, la niña entabló una estrecha relación con el menor de los Sáenz y Del Campo, José María, quien era apenas unos meses más chico que ella. Jugaban juntos, él la miraba con admiración y entrega, y ella aprovechaba y lo mandaba de acá para allá: que ahora era la madre y él el hijo enfermo, ella era la reina, él su súbdito dispuesto a soportar todo tipo de embates, ahora jugamos a las muñecas, yo tengo la mía y quiero ver la tuya. Así pasaban horas, correteando por el patio o los pasillos del caserón. El resto de los hijos de Simón y Juana —Pedro, Ignacio, Eulalia y María Josefa— eran mayores y les parecía un aburrimiento el juego de los niños. María Josefa, de 15 años, preparaba su boda con don Agustín Angulo, viudo y con hijo a cuestas. En lo único que pensaba Josefa era en su próximo matrimonio.

Manuela se encariñó rápidamente con su padre y doña Juana. Esperaba con ganas el día de la visita. La niña ya había cumplido 5 años y era tan avispada que Juana le enseñó a leer y aprendió antes que José María. Manuelita era despierta y le gustaba provocar admiración en su nueva madre y su padre. Con cada logro, recibía un cumplido. Y eso era todo lo que la colmaba de felicidad. En la casa de los Sáenz la consentían por demás y ella era pura sonrisas.

Una mañana, luego del rezo en el convento, Manuela escuchó al vuelo unas murmuraciones entre dos novicias. Con la cabeza gacha, simuló estar en babia pero atendió con oído de tísica los dichos de las monjitas. La nombraban y hacían referencia a una madre que había muerto y una sarta de cosas que no entendió. Pasaron los días y volvió a casa de su padre, como era la costumbre. Tras el almuerzo y los juegos con José María, buscó a doña Juana hasta encontrarla. La señora estaba en sus habitaciones, sola, con el bordado. Manuela asomó la cabecita por la puerta y Juana la invitó a pasar. Con paso corto, la niña se le acercó y se sentó a su lado, sobre el apoya pies de caoba y seda carmín.

—¿Mamacita, puedo bordar yo?

—No, Manuela, no estás en edad pero en cualquier momento podrás —respondió doña Juana, sonriente.

—¿Y cuándo será ese tiempo?

—Falta poco, en un abrir y cerrar de ojos —la señora siempre estaba allí para darle una respuesta, la niña le resultaba bien simpática.

—¿Podemos leer, en cambio? —Manuela daba vueltas en vez de ir al grano.

—¿Quieres que leamos, querida? —doña Juana abandonó el bordado y llamó a Manuela para que se sentara sobre su regazo.

Juana tomó un libro, el primero que encontró sobre la mesa de arrimo y lo abrió al azar. Empezó ella para luego darle lugar a Manuela. La niña empezó a leer con voz fuerte y clara, como si declamara un discurso. Juana tuvo que esconder la risa, no quería desconcentrar a la pequeña disertante. Manuela continuó un poco más pero de repente hizo silencio y levantó la vista hacia la dama. En voz bajita, sondeó:

—Mamacita, ¿por qué murió mi otra mamá?

Doña Juana creyó que le daba un soponcio. Jamás le habían explicado nada a Manuela, pensaban que no hacía falta. ¿De dónde

había sacado eso? ¿Cómo podía una niña de 5 años hacer semejante pregunta?

—¿De dónde sacas ese dislate? —Juana la acomodó bien y la miró seria.

—Sor Inés le contaba eso a Sor Lucía los otros días, en el convento —lanzó Manuela y se refregó las manitas.

—¿Y por qué andas escuchando conversaciones ajenas? —la reprendió con suavidad.

Manuelita negó una y otra vez con su cabeza. No quería que la arrinconaran en un renuncio.

—¡Es que me hablaban a mí! —mintió con indignación y siguió con ojos de sorpresa. —Dijeron que mi mamá estaba muerta y que yo no era hija de nadie.

Doña Juana lanzó un suspiro de zozobra. Asumió que tarde o temprano la hija de su esposo se enteraría de todo. Ni Simón, ni mucho menos ella, le habían contado la verdad. La apretó entre sus brazos y se dispuso a darle alguna explicación.

—Primero y principal, no debes preocuparte, Manuelita. Tú y yo, y todos, antes que nada, somos hijos de Dios. Y claro que has tenido una madre y no he sido yo, precisamente. El problema es que tu mamita murió apenas naciste —intentó doña Juana.

—¿Y por qué no se quedó viva? ¿Fue por mi culpa? —preguntó Manuela y pestañeó una y otra vez.

—Se enfermó, querida mía. Y tú has sido su bendición, no hablemos de culpas en este caso —Juana recordó los tiempos en que lloraba desconsoladamente porque su marido se perdía entre las piernas de Joaquina Aizpuru.

—¿Y por qué vivo en el convento?

Juana no supo qué decir. Manuela no estaba en edad de entender lo que era la moral y las buenas costumbres, lo que era guardar las apariencias y tragar con estoicismo aquello que lastimaba hasta el tuétano, lo que era acompañar al marido costara lo que costase, tragar la furia y hacerla resignación. Tal vez aquello debía explicarlo Simón, actuante directo de la traición. Ella no tenía nada que ver, y bien que había acogido a la pequeña casi como hija propia. Manuelita se hacía querer.

***

Pasaron unos años y Manuela abandonó el Real Monasterio de la

Limpia Concepción. Tras algunas reuniones llevadas adelante por su tío y la Superiora, consideraron que ya era tiempo de que la niña viviera con su familia. No fue la casa de su padre la flamante residencia, sino Catahuango, la finca propiedad de Domingo. Sin embargo, Manuela mantenía la relación con Simón y los suyos. Sáenz, proveedor, había enviado a la hacienda a dos criadas negras, Nathán y Jonathás, para que se encargaran de su hija. Las había comprado en las negrerías del Chota, y eran cuatro años mayores que Manuela. De inmediato afianzaron una relación con su patronita. Jonathás, sobre todo, la negra retinta, hacía las delicias de la niña. Fiel, inquieta y conversona, no se le despegaba de su lado.

Manuela era feliz en la finca, y sobre todo con su tío Domingo, que le permitía hacer lo que se le venía en gana. Aquellos remilgos de chiquitina de ciudad y monasterio desaparecieron con el viento. De la mañana a la tarde, correteaba como animal descabritado, asistida por sus negras queridas. Y aprendió el arte de montar a caballo bajo la tutela de su tío, transformándose en una diestra amazona. Manuela esperaba con ganas la caída del sol para salir a cabalgar con Domingo.

—¿Cuándo volveremos a la ciudad, tío Domingo? —le preguntó Manuela, a voz en cuello, mientras regresaba de una carrera.

—Pero si no precisas gritar, niña, que aquí estoy —se rio Aizpuru y continuaron al paso entre los árboles. La chicharra de los grillos acompañaba a los jinetes, y una luz anaranjada del sol que escapa les teñía la piel.

—Me gusta estar aquí, contigo —Manuelita, con 9 años, se había convertido en una niña muy grácil.

—A mí también —le sonrió y la escrutó, le señaló la cabeza. —Pero mira esas crenchas, llevas todo el pelo revuelto.

Nathán la peinaba al levantarse, temprano a la mañana. Le hacía las trenzas, bien tirantes para que le duraran todo el día, pero a la vista quedaba que la melena de Manuela tenía vida propia.

—Yo no sé qué pasa pero se me desarma el peinado, tío —respondió y se rascó la cabeza con ganas.

—Suéltalo entonces, total, aquí en la finca se nos está permitido ser revoltosos —Domingo lanzó una carcajada y asestó un toque en las verijas de su caballo que lo lanzó al galope tendido. Manuela lo siguió en un grito de guerra.

Tras la muerte del patriarca de los Aizpuru, tres años atrás, en 1803, la familia se había reorganizado. Ignacia se había afincado en la

casa de la ciudad y Domingo en Catahuango. La niña había visitado a su abuelo antes de morir y habían afianzado una relación que, aunque corta, había sido bastante amorosa. Don Mateo esperaba con ganas la llegada de Manuela, el día que le tocaba. Pasaban largas horas en su despacho y él le dejaba hacer lo que su nieta proponía. La pequeña le pedía que se quedara sentado y con el peine y los cepillos, que parecían gigantes en la mano infantil, la emprendía en la cabeza del anciano. Le peinaba los pelos blancos para un lado, para el otro, buscaba alguna cinta perdida y le hacía una coleta. Las risas de ambos retumbaban en la casa. Él la sentaba frente al escritorio, abría los libros y Manuela tomaba la pluma y probaba con unos garabatos. Así transcurrían las tardes. Hasta que su abuelo murió y las carcajadas se hicieron silencio.

Domingo y Manuela emprendieron la vuelta. Oscurecería en poco tiempo y aunque los animales conocían el camino de memoria, la cosa podía complicarse. Además, aquellas eran noches negras, sin luna a la vista.

—Falta todavía pero en unas semanas regresamos a Quito —anunció Domingo, bien erguido sobre su monta.

—¿Pero ha pasado algo? —la niña lo miró con el ceño fruncido.

—Tu padre te reclama. Hace rato que no te ve.

Manuela miró hacia adelante, como si le prestara atención al camino, ensimismada en el trayecto que aún faltaba para llegar a la hacienda. No dijo palabra pero su cabecita amontonaba pensamientos. Su papá era bueno, lo quería pero siempre había algo que le escaseaba, un pozo hondo que temía, que le daba miedo, que no tenía fondo. Necesitaba un abrazo que la cobijara pero nunca era suficiente. Le dolía la panza, creía que era hambre pero no, no era eso; y qué era, quién supiera…

—Entiendo —dijo en voz baja.

—¿Estás triste, pequeña? Creí que te gustaba estar con tu padre.

—Sí, claro que me gusta, pero a veces tengo ganas de estar sola —y de la nada se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Dime qué te sucede, Manuela.

—Cuéntame de mi mamá, tío Domingo —sentía que la extrañaba aunque no la había conocido.

—Era una mujer fascinante, Manuelita. Tu madre era única y cuando quieras saber de ella, me preguntas a mí. Nadie la conoció como yo —Domingo quiso atajar a su sobrina, sabía bien que la

maledicencia de los pobladores de Quito no se había aquietado a pesar de la muerte de Joaquina. La gente era mala y seguía urdiendo estigmas contra su hermana.

La pequeña asintió y perdió la mirada en el fondo del camino. El caserón estaba cerca, faltaba poco para llegar.

—Y déjame agregarte que eres bastante parecida a ella. Llevas su sangre en las venas, y a veces, en esos ojos, tienes su fuego. Eres hija de Joaquina, mi niña —destacó Domingo.

Manuela lo miró más seria que nunca. Un poco de alivio entró en su pecho. Su tío sabía calmar su malestar. Aunque fuera tan solo por un rato.

***

La monarquía española comenzaba su declive. El cambio de siglo no la había favorecido. De ser uno de los cúmulos de poder más importantes del mundo, empezaba a verse como una barcaza frente a una tormenta. Y el crecimiento desembozado de Napoleón Bonaparte no solo inquietaba al Viejo Mundo sino que complicaba las uniones y estrategias hasta allí selladas.

En 1795, España había firmado un acuerdo con Francia contra Gran Bretaña, cuyas flotas y piratas al servicio de la Corona se apropiaban de la mercadería, así como del oro que los galeones hispanos llevaban a la península desde las colonias americanas. En 1805, la flota franco—española fue derrotada por Gran Bretaña en la batalla de Trafalgar con lo cual se reafirmó el poderío inglés y España perdió el control de las comunicaciones marítimas con sus colonias. Para 1806, los ingleses, con Popham y Beresford a la cabeza, enfocaron la brújula rumbo al sur e invadieron, el puerto de Buenos Aires. Así Gran Bretaña intentaba posicionarse en el Virreinato del Río de la Plata.

Para entonces, algunos hombres en las ciudades importantes de los distintos virreinatos en tierra americana dieron cuerda a ciertas inquietudes que los tenía a mal traer: otra vez las revueltas, de nuevo unas ganas locas de romper pactos coloniales, o por lo menos discutirlos con intensidad. El Reino de Quito no quedaba rezagado en la ebullición. Estaban los que defendían el Antiguo Régimen, los chapetones que buscaban guardar los privilegios que habían traído desde España, pero crecía un nuevo grupo que dudaba y por lo menos lo hacía saber con cautela.

Las luchas en territorio europeo quedaban a demasiadas leguas de Quito. Sabían que eran una tajada dentro del poderío colonial pero Carlos IV de España ya no era el que había sido, Bonaparte de Francia avanzaba y Jorge III del Reino Unido jugaba a la estrategia mejor que nadie. Y en el medio, la Audiencia de Quito y su grupo de rebeldes en las sombras, cada vez más iluminados.

El presidente Carondelet había hecho alianzas con lo más destacado de la sociedad quiteña. No quería ser víctima de los aires levantiscos, había sabido controlar a los indios, era un hombre con la virtud de mediar. Incluso había fantaseado con que Quito dejara de ser una audiencia secundaria y dependiente, para ser un virreinato hecho y derecho. Para eso había hecho migas con algunos nobles. Juan Pío Montúfar y Larrea, marqués de Selva Alegre, pronto se convirtió en su confidente. Carondelet se reunía con el marqués y sus amigos en la hacienda de Los Chillos —propiedad de Selva Negra —, situada a unas cuántas leguas al oeste de Quito, la misma finca que había albergado al científico alemán, Alexander von Humboldt, en uno de sus aventurados viajes. A Carondelet le gustaba pasar largas temporadas en la finca de su amigo.

—Qué desgracia, el declive económico de Quito.

—Estimado, no olvide el político, que tampoco estamos nada bien.

—Sería importante pensar de qué forma podríamos mejorar la situación.

El presidente y sus amigos discutían, rodeados por la belleza panorámica de Los Chillos.

—Si persistimos en la producción textil a mano de los indios, estamos perdidos —enfatizó el Barón de Carondelet. —Quito debe diversificarse y poner miras en las ventas al exterior, caballeros.

Y ordenó, presto, que el camino a Guayaquil debía mejorarse para facilitar el comercio entre Quito y aquella ciudad porteña. Los barcos debían colmarse de mercadería quiteña, había que apurar, debían poner manos a la obra. Los trabajos se iniciaron pero el avance fue demasiado lento. Los fondos solicitados al Virrey de Granada y a Madrid tardaban en llegar. Sin embargo, no fue esa la única propuesta del Barón. El francés insistía con que la pobreza de Quito se debía a que los intereses del Reino se habían visto obstaculizados por Nueva Granada y Perú.

Pero llegó el momento en que Carondelet empezó a cansarse de no recibir respuestas a sus pedidos. Consideró que su actuación en Quito

le quitaba oportunidades a él y a su familia, y reclamó a Madrid el pedido de traslado. El 21 de septiembre de 1803 le envió una carta al Ministro de la Guerra con el planteo:

> *Desde la paz estoy solicitando inútilmente mi relevo y regreso a España, que el establecimiento de mis hijos hace indispensable, como que mi hijo don Ángel, cadete de Reales Guardias Vivas desde cinco años, ha perdido la antigüedad que le estaba concedida por particular gracia de S. M., por no haber podido llevarlo a España. Mi hija corre riesgo de no establecerse nunca por pasársele la edad más proporcionada al efecto: mi mujer ha perdido la parte que le correspondía en la herencia del Exmo. Sr. Marqués de Irlanda, su tío. Seis Mariscales de Campo menos antiguos han sido ascendidos a Tenientes Generales en la promoción general de 1802. Mi salud se halla deteriorada por el incesante trabajo bajo el clima ardiente de la Línea…*

La respuesta brillaba por su ausencia, pero lo que sí llegó fue el rechazo de la Corona a sus magníficos planes para Quito. Fue un golpe duro para Carondelet. Buscó solaz en sus amigos nobles y el Marqués de Selva Negra lo convidó a Los Chillos. Refugiado de los fantasmas del odio que creía ver en la capital, ya un desmejorado Barón se atrevió a confiarles lo que pensaba: todo era culpa de la irresponsabilidad del reinado de España.

A principios de 1807 y ya con la enfermedad en el cuerpo, Carondelet le pidió a Selva Negra ser testigo de su última voluntad y testamento. Poco después, su corazón se detuvo. A los meses de la muerte del Barón, llegó la cédula firmada por Carlos IV a Quito.

La muerte del Barón de Carondelet encendió las alertas en la capital. Un clima de desconfianza asoló las calles del Reino de Quito. Y para peor, el hombre que lo sucedió —el conde Ruiz de Castilla— tenía 84 años y la vocinglería repetía que había asumido el puesto como en una especie de retiro, que no hacía otra cosa que cultivar el jardín y cocinar su comida en las mañanas, que las tardes las ocupaba en el juego de suerte y azar que mantenía en su palacio, y que las noches las pasaba en casa del regente, quien amanecía en delincuentes diversiones.

CAPÍTULO IV

Los últimos meses de 1807 se convirtieron en un tira y afloje constante en Europa. Portugal era el botín de guerra entre Francia y España, hasta que De Godoy, el ministro más poderoso de la corona española —hombre de confianza y algo más de la reina María Luisa de Parma —armó el reparto y se reservó la parte meridional con un título sacado del fondo del arcón, un flamante rey de los Algarves. Pero los franceses levantaron las armas, desconocieron el Tratado de Fontainebleau firmado poco antes, e invadieron Portugal. Los Braganza, la casa real portuguesa, metieron sus cositas a bordo de una escuadra de quince embarcaciones y escaparon rumbo a Río de Janeiro.

Desde el 22 de diciembre de 1807, nuevos contingentes franceses dieron comienzo a una avanzada sobre España, sin el consentimiento de Carlos IV. El 1° de febrero de 1808, el general bonapartista Junot se proclamó gobernador de Portugal en nombre del Imperio y, en marzo, el mariscal Murat se parapetó frente a las puertas de Madrid. La corte, despavorida, optó por abandonar el Escorial rumbo a Sevilla, y el 16 de marzo recaló en Aranjuez. Al día siguiente, se corrió la voz entre el pueblo de que De Godoy había vendido el país a Bonaparte. Una multitud, convocada por algunos nobles cercanos al Príncipe de Asturias, hijo de Carlos IV, se agolpó frente al Palacio Real y asaltó las instalaciones de De Godoy, incendiando sus enseres. Pasaron dos días y el otrora hombre fuerte de la monarquía española fue hallado debajo de unas esteras, agazapado e implorando por su vida. Lo trasladaron hasta el cuartel de Guardias de Corps en medio de una golpiza. En esta situación de violencia y con terror de que escalara aún más, el rey Carlos IV abdicó convirtiendo a su hijo en Fernando VII.

Carlos IV, bastante preocupado por la agonía del Antiguo Régimen en España, le escribió a Napoleón pidiéndole ayuda. Bonaparte leyó y

con la ceja levantada reclamó a padre e hijo que se acercaran a Bayona, donde estaba instalado. Carlos IV y Fernando VII se llegaron hasta allí y Napoleón, con todo el poder en la mano, los conminó a abdicar en su favor, y nombró a su hermano, José Bonaparte, rey de España.

En el mes de mayo, las calles de Madrid se vieron envueltas en una gran agitación. El pueblo, disconforme con la nueva realidad, se levantó contra las tropas francesas y fue brutalmente reprimido. Las revueltas se multiplicaron hacia el interior del territorio español, donde el poderío francés era más débil. En muchos poblados se formaron juntas de gobierno y estos movimientos eligieron a Fernando VII como líder de su lucha.

Estas noticias navegaron rumbo al sur y llegaron a América. En las tabernas y en los cafés de Quito se escuchaban discretos intercambios al respecto. Y en algunas casas de familia las conversaciones eran más acaloradas. Se destapaba una caja de Pandora con vistas a una confrontación.

Tras la extensa temporada en Catahuango, Manuela se había instalado en lo de su padre. Pero era habitual el ir y venir de lo de Sáenz a casa de su tía Ignacia. Y también eran notables las diferencias entre las familias, sobre todo en esos tiempos de desconfianza peninsular. A pesar de la corta edad, estaba a poco de cumplir 11 años, Manuela entendía todo. En lo de su padre se miraba con desconfianza el aire levantisco y, cuando caía el sol, llegaban algunos señores y se encerraban en el despacho. Las mujeres tenían el acceso vedado pero Manuela sabía bien cuál era el asunto que los mantenía en el encierro. Cuando buscaba información prohibida lo hacía en la cocina de la residencia. La servidumbre y sus queridas Nathán y Jonathás la ponían al tanto de lo que sucedía adentro y afuera. En lo de los Aizpuru, en cambio, se aplaudía la novedad, su otra familia era defensora acérrima de las nuevas ideas, del ansia libertaria.

—Hija querida, me despido de ti, pues tengo una reunión importante. Vas a lo de tus tíos con las negras, ¿no es cierto? Las escoltará Cristóbal, no me parece adecuado que vayan solas —le anunció Sáenz y la besó en la mejilla.

—Pero con Nathán y Jonathás es suficiente, papá —refutó Manuela, prefería la compañía de sus esclavas, aunque el mayordomo de su padre era bastante chistoso cuando estaba en vena.

—Se hace lo que digo, niña —le palmeó la cabeza y salió

disparado.

Manuela pegó la vuelta con furia y ceño fruncido. Se dirigió a la cocina con paso decidido. Buscó con la mirada a sus criadas, que conversaban a grito limpio con la cocinera y otros asistentes.

—¿Qué es esa cara, niña Manuelita? —vociferó Jonathás, mientras el resto continuó con sus faenas.

—Nos vamos a mi otra casa —dijo la pequeña, retobada.

—Pero que cambies el gesto, mi morenita —Nathán se le acercó con los brazos en jarra.

—Digo ahora mismo.

Manuela giró y salió perseguida por las negras y el mayordomo, que había sido advertido de antemano por don Simón. Jonathás la alcanzó en la puerta, le puso el tapado y el rebozo (1) y salieron a la calle. La niña miró a Cristóbal de arriba abajo y empezó a caminar.

—No nos haces falta, conocemos el camino —sentenció, con la mirada hacia adelante.

—Niña Manuela, cumplo las órdenes de su padre —Cristóbal respondió serio. —Usted sabe cómo es, muy cuidadoso.

—¿Y de qué debería serlo? Mis negras me protegen de lo más bien —lo perforó con sus ojos y señaló a sus esclavas con las manitas.

Manuela se había convertido en una niña impetuosa. Era modosita con quienes cumplían sus pedidos, pero vehemente e impulsiva cuando intentaban frenarla o ponerle un límite. Y como durante los primeros tiempos, las monjas y la familia la habían consentido, ahora, con 11 años discutía todo.

Así continuó la marcha de la niña y su escolta, a paso redoblado. Manuela iba adelante, liderando el recorrido. A poco de salir de la casa llegaron a las inmediaciones de la Plaza Grande (2), y sin pedir permiso, Manuela atravesó la plaza en una carrera y llegó a la fuente de agua, ubicada en el centro. Como siempre, estaba rodeada de vecinos cargando sus vasijas. La niña amagó el tumulto y llegó adónde quería. Metió las manos entre los chorros y acercó su boca para beber, si es que podía. No estaba sedienta, le gustaba jugar con el agua.

—¡Manuelita, vente para acá! —le gritó Nathán a unos pasos de donde estaba la revoltosa.

La niña se reía a carcajadas y palmeaba el chorro hacia donde estaban los negros. Quería mojarlos pero no lo lograba. Hasta que Cristóbal le ordenó a las esclavas que sacaran, de una buena vez, a la niña de ahí. La tomaron de los bracitos, la levantaron por el aire y la

sacaron de la fuente. Los gritos de Manuela se escucharon a cuadras a la redonda. Lograron calmarla con alguna falsa promesa y continuaron con la caminata.

En el costado oeste de la Plaza Grande estaba el Palacio Real (3), y a continuación, la Catedral Primada, situada en la calle De las Siete Cruces (4), y adjunta, la Iglesia de El Sagrario (5). Cerca de allí quedaba la casa de los Aizpuru.

Manuela apuró el paso, intentó que la comitiva quedara rezagada, quería hacerse la grande, que pareciera que iba sola por la calle. Pasó por el inmenso portal de la Catedral y llegó a El Sagrario. Un grupo de mujeres, con una a la cabeza, conversaba y dale que te dale. Se habían detenido, ocupaban la vereda y discutían acaloradamente.

—Esto se acaba, de un momento a otro.

—La opresión en la que se vive en Quito no se soporta más.

—Gracias a Dios, estamos las que somos y aun seremos muchos más.

Una de las damas arrió al resto hacia adentro. Manuela quedó prendada de la actitud de aquellas mujeres pero sobre todo de la que lideraba el asunto. Creyó escuchar su nombre, se llamaba como ella y eso la alegró. De repente, las señoras franquearon la puerta y desaparecieron. Nadie había registrado a la niña, que había quedado como estatua de piedra.

—Ya casi llegamos, Manuelita —le dijo Jonathás y le pasó el brazo por los hombros.

—¿Qué decían esas señoras? —le preguntó desde abajo.

—Nada que deba preocuparte —respondió, en cambio, Cristóbal.

Manuela miró a una y al otro. No le conformó la contestación. Los criados sabían bien de qué se trataba aquello que encendía, en los últimos tiempos, al Reino de Quito. Además, Nathán y Jonathás iban de una casa a la otra y atendían las dos campanas. Una familia defendía a la corona española, la otra quería incendiarla.

***

Domingo había abandonado por unos meses la finca de Catahuango. Se alojaba en casa de su hermana, algunas responsabilidades lo tenían demasiado ocupado. La portación de sotana no le impedía participar en juntas políticas secretas. Y por cierto, no era el único con esos intereses; que rezara sus plegarias y manifestara la palabra de Dios, no reducía sus tareas. Domingo se

había dejado dominar por aquellas nuevas ideas de libertad que se desparramaban por las profundidades de Quito.

Algunas casas servían para reunir —en principio en voz baja, con sumo cuidado, escondiendo verdades— a aquellos detentores de palabras disidentes. Hombres y mujeres de apellidos principales usaban sus salones para discutir y planear posibles escaramuzas, o encontrar una salida para ese alud de novedades que llegaban de España. Unos meses atrás, había llegado un acta a la Audiencia de Quito que decía:

> *Napoleón Bonaparte, emperador de los franceses, tiene prisioneros a nuestro rey y señor natural don Fernando séptimo, con su real familia.*
> *El Ayuntamiento, penetrado de los más justos sentimientos de su amor, y lealtad por la religión, la soberanía de su rey y la patria, da sus más vehementes muestras, sin excusar la de sacrificar sus vidas y haciendas.*
> *Por ahora no puede dilatar la de hacer que entienda el mundo, que esta fidelísima ciudad no reconoce, ni reconocerá otro soberano, que al señor don Fernando séptimo, aunque sea a costa de la última gota de la sangre de sus venas, que derramaría con la mayor gloria.*

El 25 de diciembre de 1808, el Marqués de Selva Alegre había reunido a un grupo selecto en Los Chillos. Se había discutido acerca de la nueva derrota peninsular y la novedad de la formación de las juntas de gobierno en España. Los convidados del Marqués eran los defensores del difunto Carondelet y detractores acérrimos del nuevo gobernante. Era así que las reuniones de este sector de la sociedad nada tenían que ver con el presidente Ruiz de Castilla y sus acólitos, como por ejemplo, don Simón Sáenz, nombrado Oidor de la Real Audiencia de Quito por la nueva gestión. Ruiz de Castilla se rodeaba de peninsulares; el otro bando, el de Selva Alegre, reunía a hombres y mujeres levantiscos, pero preocupados por el bienestar de Quito y su pueblo. De aquella reunión había participado el sacerdote. Adhería a esas ideas y, gracias a su hábito, podía mantener contactos con lo más selecto de la sociedad quiteña.

En aquella reunión solo habían participado caballeros. Y no solo se había discutido el asunto hispano, también la cosa había girado alrededor de las ganas locas de quitar a Ruiz de Castilla de su puesto y

reemplazarlo por alguien que estuviera a la altura de las necesidades de Quito. El horno no estaba para bollos, era cierto que España perdía el poder y un Fernando VII alicaído intentaba reponer lo perdido, pero aquellos hombres no abandonaban la beligerancia.

El padre Aizpuru acudía a este tipo de reuniones, cuando no, también, facilitaba la residencia familiar con la anuencia de Ignacia. En el salón y con las cortinas bien cerradas para evitar el curioseo callejero, Domingo recibía damas y caballeros con ansias de participar.

Una noche de tantas, la convocatoria había sido más chica pero duraba más de la cuenta. Ignacia se había ido a recostar, estaba agotada de una jornada más que intensa y Domingo se había quedado con los pocos convidados. También debía irse a dormir porque a la mañana siguiente y bien temprano, debía cabalgar rumbo a Catahuango para resolver algunos menesteres. Pero no podía ser descortés y echar a la visita. Sobre todo porque la convidada de honor no era otra que doña Manuela Cañizares. Esta señora, hija de importante letrado y dama de la sociedad quiteña en descenso, se había construido una vida en base a esfuerzo y arremetida. Había pasado una juventud difícil pero se había sobrepuesto y, a fuerza de constancia, había superado su situación económica y social logrando costearse, a principios de siglo, una hacienda en Cotocollao (6). Así, "la Ñata" —como la llamaban algunos— se había transformado en una de las *salonniéres* (7) más destacadas de Quito, y arrendaba un ala de la casa parroquial de la iglesia de El Sagrario.

—Padre, le estamos tomando la casa —rio con ganas la señora Cañizares y contagió al resto.

—No debe preocuparse, que aquí estamos para servirla —respondió Domingo y le volvió a servir uno de los licores que tenían para la ocasión.

La bulla continuaba, los presentes alzaban la voz y la de la Ñata retumbaba como nunca. Esa voz firme y con un dejo de afonía, y un canto tan especial, que repetía una y otra vez las fisuras del gobierno presente, que la hartaban, que ese vejete inepto, que estamos todos tan descontentos con esta debacle política, y qué pasa con los franceses, que nosotros somos criollos y tanto *frú frú,* que ni piensen en meter esa bota en esta tierra quiteña pues se las verán conmigo, ¿no es cierto Manuel?

Al caballero al que le hacía ojitos era don Manuel Rodríguez de

Quiroga, importante abogado de la capital y cerebro levantisco por excelencia. Tal era el griterío, que Manuelita, desde sus aposentos, no podía conciliar el sueño. Se levantó de la cama, envolvió su cuerpecito con una de las cobijas y se dirigió, a pie descubierto, hacia la sala. La vocinglería agregaba volumen y asomó media cabeza por la puerta que yacía entreabierta. Nadie reparó en su presencia, pero Manuelita descubrió que la mujer que dominaba la escena era la misma que habían visto los otros días cerca de la Catedral y que le había llamado tanto la atención. No pudo quitarle los ojos de encima. Su decir, esa seguridad al hablar, el cuerpo tenso desplegando furias la hipnotizaron por completo. Sin darse cuenta, las piernitas la llevaron bien adentro de la sala.

—¿Quién es este espectro diminuto? —preguntó la Ñata, con una sonrisa torcida.

—¡Manuelita! ¿Qué haces despierta a estas horas? Estos no son sitios para una niña —la reprendió su tío.

—Pues que la niña lleva mi nombre —insistió Cañizares y bromeó. —Tú, a ver, no querrás usurpármelo, ¿no es cierto?

Manuelita negó con énfasis, sin entender demasiado.

—No te preocupes, Domingo, ya nos vamos. Señores, ya es de madrugada, dejemos dormir a esta buena familia —señaló la dama e instó a que el resto también se pusiera de pie. —El fin de semana nos vemos en El Sagrario, mi querido.

Se dirigieron hacia la salida. Manuelita no le quitó el ojo hasta que la puerta se cerró detrás de ella. Había quedado prendada por la Cañizares.

1- Amplio mantón de franela inglesa que usaban las mujeres en la cabeza y a veces les cubría la cara.

2- Plaza de la Independencia, en la actualidad.

3- Era la sede de la Real Audiencia, y de la gobernación civil y militar. Actual Palacio de Carondelet, Casa de Gobierno.

4- La calle García Moreno en la actualidad.

5- Iglesia que forma parte de la Catedral, aunque parece una capilla independiente.

6- Ponceano en la actualidad.

7- Anfitrionas de la cultura, concepto llegado desde los salones literarios de Francia, algunas se convertían en importantes mecenas, otras en facilitadoras políticas.

CAPÍTULO V

Y así fue que Manuelita sumó dos más dos y entendió que la amiga de su tío hacía reuniones en El Sagrario; reuniones que le despertaban una curiosidad desaforada, que a ella, con tan solo 12 años, la convocaban a los gritos.

Una tarde, nadie sabe cómo, logró escapar del ojo avizor de sus negras y, en puntillas, salió a la calle. Cerró las puertas con la suavidad del mar calmo y se movió cual saeta entre los peatones, que no llegaban a posar la vista en aquel cuerpecito esquivo, y llegó a la zona de influencia de su vecina. En varias oportunidades había recorrido —junto a Jonathás y Nathán— la vereda de El Sagrario y había apuntado en su cabeza los horarios en los que la Cañizares organizaba sus juntas clandestinas. Allí en las calles, las miradas de ambas Manuelas se habían entrelazado, la adulta en un cabeceo amable, la niña con una sonrisa desmedida.

Hasta que, solita y sola, se apareció en De las Siete Cruces, justo para la entrada de unas damas a la parroquia de El Sagrario. Manuelita se adhirió al grupo como si formara parte, nadie se preguntó quién era aquella niña de ojos negros y paso decidido, y terminó en la casa de la conspiradora más enérgica de Quito.

Las señoras se quitaron el manto que cubría sus caras y se acomodaron en la sala.

—Buenas y santas, mis tapadas. ¿Alguien las siguió? Me han llegado reportes que algunas gentes de ese hombre Ruiz de Castilla andan tras nuestros pasos —dijo la Cañizares y recién reparó en la chiquilla, quien ya ni intentaba ocultarse. —Pero miren quién anda por aquí…

Las mujeres miraron hacia quién se dirigía la señora y se armó un revuelo: pero quién es esta niña, cómo es posible que haya entrado, no están permitidos menores en estas aglomeraciones, ¿es la hija de

alguien?, ¿nos habrán metido una intrusa?, ¡una espía!

—¡Hagan silencio, por favor! —reclamó la líder y se dirigió a la niña. —¿Puedo saber qué haces aquí?

Manuelita se refregó las manos, miró hacia arriba, miró hacia abajo y respiró con ansia.

—Vengo a escuchar lo que dicen, doña Manuela— largó como escupida.

—¿Sabes tú que estos asuntos poco tienen que ver con lo que una niña puede comprender? Eres atrevida, pequeña —le dijo con los brazos en jarra pero sonriente, la audacia de Manuelita le causó gracia.

—Pero mi tío me lo permite —mintió.

La señora se sentó y acomodó a la niña a su lado. El resto de la concurrencia miró a un lado y al otro, e hizo silencio. La señora Cañizares escrutó a Manuelita y supo que faltaba a la verdad, que el padre Domingo era incapaz de arrojar a su sobrina a las garras de la realidad imperante, pero su arrojo a tan corta edad, la cautivó.

—Muy bien, pequeña temeraria, te quedas aquí sentada, a puro mutismo. Ni una palabra de ti espero escuchar. Como si no estuvieras, eres la invisible, ¿me has entendido? —se agachó y le buscó los ojos, que parecían fuera de órbita.

Manuelita asintió, frenética, llevó el cuerpo hacia atrás y las piernitas le quedaron colgando del cojín. Su corazón retumbaba, tenía miedo pero se sentía importante.

Las conspiradoras dieron comienzo a la bravata y no faltaron los enfados de antaño acerca de las reformas instauradas por la corona española, que minaba sus intereses económicos y que nunca habían modificado nada, pero cuidado con Bonaparte y sus francesitos, que nosotras defendemos a Fernando a pesar de todo, nuestro legítimo y amado rey.

—Tengo entendido que algunos de los nuestros han enviado fondos para respaldar la guerra en la península —intervino Cañizares con fuego en la mirada. —Y aquí estamos, bien pertrechadas para defender Quito de los opresores galos.

Las señoras vivaron a la dueña de casa. Manuela Cañizares tenía información de primera mano, mantenía un vínculo estrecho —por no decir apasionado —con el abogado don Manuel Rodríguez de Quiroga, uno de los cerebros principales de los insurrectos. Oriundo de la ciudad de La Plata, en Chuquisaca (1), de pequeño se había mudado a

Quito con su padre, Fiscal de la Real Audiencia y pariente de personalidades ilustres de España. Como no había nacido conde ni marqués, don Manuel había adoptado la profesión de abogado, que otorgaba prestigio en aquel entonces, además de la eclesiástica. De muchacho, había escrito un libro que había sido prohibido por la Iglesia, despertándole, en su momento, un gran resentimiento hacia las autoridades españolas, por lo que, al tiempo, había comenzado a conspirar.

—Se habla de organizar una junta de gobierno con el fin de resguardar Quito para el rey Fernando VII, en caso de que los franceses arrasen con España —dijo a viva voz, Manuela.

Las conspiradoras amontonaron sus dichos, reclamaron que quitaran a Ruiz de Castilla de su puesto y pusieran a alguien como la gente, que defendiera los intereses de Quito, y que viva el pueblo quiteño. Manuelita, a todo esto, que no había exhalado ni respiro como le habían ordenado, batió palmas, contaminada por el fervor de las damas.

—Niña, ya es hora de que vuelvas a tu casa. El sol se esconde y la oscuridad no es buena compañía —manifestó Manuela y revoleó los brazos. —Vendrán tus padres a retarme, y con razón.

Manuelita agachó la cabeza. De nuevo el asunto que la acorralaba, que debía explicar y no le gustaba, que no sabía por dónde empezar.

—Madre no tengo ni tuve.

—¿Pero qué pavada dices?

—Y mi padre está en su casa, o vaya una a saber dónde.

La Cañizares se le acercó y la tomó de las manos. Las otras señoras también se enternecieron.

—Pero tu tío te quiere como un … —y Manuela prefirió cambiar de tema. —Cuéntame, ¿quién es tu padre?

—Soy la hija de Simón Sáenz —sentenció.

Las señoras volvieron a mirarse. Ese nombre era reconocido en Quito. Tenía un puesto relevante y era señalado como uno de los adictos al presidente.

—Muy bien, querida. Pues vete ya, y te mando junto a uno de mis criados. No te quiero sola por las calles aunque la casa de tu tío esté cerca de aquí.

—¿Puedo regresar otro día? —le pidió Manuelita con ojos de necesidad.

—Bueno, pero con una condición. Ni una palabra de lo que has

escuchado y visto en esta, mi casa. ¿Estamos? Y mucho menos a Sáenz. Si lo haces yo me enteraré y te enviaré todas las maldiciones que existen en el mundo. No juegues conmigo, Manuelita.

La señora pegó un grito y llamó a su criado. La niña deambulaba entre la felicidad de ser admitida y el pavor de la amenaza.

***

Llegó la noche del jueves 9 de agosto de 1809, a pura oscuridad e inquietud, en las inmediaciones del Palacio Real. Ellas, con las caras cubiertas por sus rebozos, ellos, con los sombreros bien encasquetados, fueron entrando de a uno a la casa de El Sagrario. Manuela Cañizares aguardaba con ansiedad que la sala estuviera completa. Fue contando hasta que la lista se cerró: allí estaban su hermana María, el abogado Juan de Dios Morales —llamado el Robespierre Antioqueño por su fuego revolucionario—, el infaltable Manuel Rodríguez de Quiroga, Pedro Montúfar —su hermano, el Marqués de Selva Alegre se encontraba en Los Chillos—, su sobrina Rosa Montúfar, hija del Marqués, don Francisco Javier Ascázubi —integrante de uno de los clanes más prominentes de Quito— y su esposa Mariana Matheu, hermana de don Juan José, quien fuera diputado en las Cortes de Cádiz, Juan Pablo Arenas, el sacerdote José Riofrío, el presbítero José Correa, el clérigo Antonio Castelo y varios líderes populares, además de los caballeros iluminados por la Ilustración.

Habían llegado a su punto límite. En marzo y tras la exposición pública de sus pareceres, algunos de los integrantes de aquellas reuniones rebeldes habían sido denunciados. Selva Negra, Rodríguez de Quiroga, Salinas, Riofrío, Juan de Dios Morales, Nicolás de la Peña y algunos más habían sido arrestados bajo orden del presidente. Sin embargo, el letrado cercano a doña Manuela había presentado una defensa magistral en la que había demostrado que la transferencia de la corona a Napoleón era ilegal, que en ausencia del rey la soberanía recaía en el pueblo y que Quito tenía el derecho y la responsabilidad de formar una junta para defender la sagrada fe, al rey y a la patria ante los franceses. El alegato había sido grandioso, sin embargo, poco suficiente para liberar a Rodríguez de Quiroga. Selva Negra hubo de intervenir, recurrió a sus influencias para convencer a Ruiz de Castilla de que garantizara una absolución. Aunque el faltante de circulación era más que evidente —la crisis española también asolaba en esos lares— al Marqués no le costó llenar una bolsa de monedas

macuquinas para el presidente, y este las guardó bajo siete llaves. Los presos fueron liberados de inmediato.

Durante los siguientes meses, las noticias que fueron llegando de España tranquilizaron por un tiempo a los habitantes de Quito. Se celebraron rogativas públicas en acción de gracias por las victorias que las armas españolas de la patria madre habían conseguido contra el emperador de los franceses. Y al mismo tiempo, se supo que se formaría una Junta Central Gubernativa del Reino, noticia que alimentó la idea de que las cosas en la península empezaban a mejorar.

El pueblo se reunía en las calles, tenía algo para celebrar. A principios de marzo, Quito en su plenitud participó de una solemne misa dada por el ilustrísimo señor obispo en la Catedral. Los Aizpuru, junto a la pequeña Manuelita, ocuparon los primeros asientos. Eran puro regocijo, Domingo e Ignacia volvían a respirar, y la niña, por contagio, también. Las ceremonias continuaron luego de la misa. A fines de mes, la ciudad de Cuenca hizo lo mismo y en los primeros días de mayo el Ayuntamiento de Guayaquil juró obediencia a la Junta Central Gubernativa del Reino para así defender "nuestra sagrada religión católica apostólica romana, nuestro soberano augusto, nuestros derechos, fueros, leyes y costumbres".

El 9 de junio, el Ayuntamiento de Quito se reunió para elegir a su representante ante la Junta Central. Se barajaron varios nombres, hubo apuntamiento en papeles, se colocaron en una jarra de China y el niño Antonio Albufa metió mano, dio unas cuantas vueltas y retiró el que rubricaba a José Larrea y Jijón. Todo muy lindo y mostraron contento pero los líderes de Quito quedaron de una pieza por no habérseles permitido elegir a su propio diputado. Quito se consideraba a sí mismo un reino autónomo, aunque no se le hubiera otorgado el status de capitanía general independiente. El pueblo se quejó con amargura de que "retirado en un rincón de la Tierra no tenía quién sostuviera sus esperanzas, quién disipase sus temores ni quién tomase medio alguno para defenderlo".

Las tensiones entre peninsulares y americanos habían crecido, ambos grupos temían que sus intereses se vieran amenazados. Muchos temían que Ruiz de Castilla aceptara cualquier cosa de los franceses con tal de mantener el puesto. Y entre los chapetones había muchos convencidos de que los quiteños aprovecharían la situación para retirarlos de los sitios de poder y afirmar, de ese modo, su autonomía.

Ya era entrada la noche en las habitaciones de Manuela Cañizares. La señora enumeraba a cada quien, tomaba lista quería que la rueda comenzara a rodar. En los días previos, los abogados Morales y su querido Rodríguez de Quiroga habían arengado para la restitución del presidente y el establecimiento de una junta de gobierno. Habían propuesto al coronel Juan José Salinas y Zenitagoya para que tomara el mando de la guarnición de Quito y, que Ruiz de Castilla y otras autoridades, fueran depuestas con velocidad y sin violencia.

—¿Qué pasa con Salinas que no ha llegado, Manuel? —preguntó la dama, inquieta. Era inconcebible que el hombre no estuviera en El Sagrario.

—No hay por qué alterarse, Ñata. Se le ha avisado a última hora y parece que andaba recostado y en ropa de cama —alegó Rodríguez de Quiroga y le apretó un hombro para calmarla. —Va directo hacia el Cuartel después de la medianoche.

—Tampoco está el Marqués —insistió Manuela, cansada de las vacilaciones.

—Está en Los Chillos, mi estimada. Hemos mandado a un emisario para que le avise —agregó su hermano, Pedro.

Manuela tragó bilis en silencio. No entendía la reticencia de algunos. Aquel era un momento crucial y había que hacerse presente, nada de cavilaciones. A poner el cuerpo, señores, que nos lo aplastan los de afuera. Y dieron comienzo a las propuestas, algunos con fervor y seguridad, otros, de tanto en tanto, las iban con el desaliento y la posibilidad de abortar la operación. Se levantaban, amagaban con irse, se calzaban el capote. Pero cuando le pareció que ya era suficiente, que ya basta con estos niñatos de poco coraje, Manuela tomó un cuchillo y avanzó con paso firme y a los gritos.

—¡Hombres nacidos para la servidumbre! ¿Qué es esto que me ofrecen? ¿De qué tenéis miedo? ¿Es que no entienden? ¡No hay tiempo que perder! —lágrimas de fuego caían de los ojos de Manuela Cañizares.

La furia de la señora logró que se quedaran para iniciar la revolución y designar, de una buena vez, una junta suprema de gobierno sin intrusos ni arribistas.

***

Manuelita se encontraba en lo de su padre. Los últimos acontecimientos habían apurado las cosas. Aunque la revolución había

sido un secreto a voces, su ejecución había convulsionado la residencia de Sáenz. El día anterior, durante las primeras horas del 10 de agosto, el coronel Salinas había arrestado a los jefes militares y luego tomado el control de las fuerzas armadas en el cuartel general. Más tarde, el resto de los conspiradores se había llegado hasta el Palacio Real, atravesado los pasillos como tromba, para despertar a Ruiz de Castilla y comunicarle que había sido depuesto de sus funciones. Se establecía un nuevo gobierno y él no era de la partida. Adiós, si lo hemos visto, no participa de nuestros recuerdos.

De inmediato se habían enviado mensajeros rumbo a Los Chillos para notificar a Selva Negra del devenir de los acontecimientos. Y que se aprestara porque debía jurar por los Santos Evangelios y la Patria el nuevo rol que debía desempeñar. Al mismo tiempo, el coronel Salinas había enviado unidades armadas para arrestar a oficiales peninsulares de alto rango.

Los integrantes de la familia iban y venían por las habitaciones de la casa. Parecían perdidos en un laberinto. Don Simón se refregaba la cabeza, doña Juana era un lamento andante y sus hijos lloriqueaban, salvo Josefa.

—¡Por favor, papá, organicemos esto porque yo así no puedo! —gritó y arrió a sus padres hasta la sala.

Josefa había enviudado y se había vuelto a casar con el andaluz Javier Manzanos del Castillo, en 1807. El caballero era uno de los oidores de la Audiencia de Quito, función que había compartido con su suegro. Hasta aquella mañana maldita. El español había sido apresado y arrojado a la cárcel tras la irrupción de las nuevas autoridades.

—Te lo ruego, hija querida, empacamos y nos vamos de aquí, ahora mismo. El próximo será tu padre —dijo Juana y tomó aire para ordenar las ideas.

—Yo no me voy a ninguna parte, no voy a abandonar a mi marido. Me quedaré junto a él —aclaró Josefa con un nudo en la garganta.

Manuela observaba el estado de confusión que reinaba en la casa, sin decir palabra. Los últimos días los había pasado junto a su familia paterna. A pesar de sus cortos años sabía bien lo que estaba pasando en la ciudad. Le dolía la panza, las diatribas que escuchaba constantemente en lo de sus tíos, además de las que había participado en casa de la conspiradora Cañizares la ponían en un lugar difícil. Tenía demasiada información y sabía que debía callarla en esa casa,

pero le quemaba en la garganta.

—Pues reclúyete en el Convento de la Concepción, hija. No creo que franqueen las puertas de la casa de Dios, no pueden cometer semejante herejía —apuró doña Juana y reparó en su marido. —Simón, ¿qué haces callado? Sácanos de aquí.

Sáenz cavilaba. El golpe se había llevado a cabo con una eficacia suprema y sin derramamiento de sangre. Sin embargo, las cosas no estaban como para dormirse en los laureles. Todo podía violentarse de la noche a la mañana, nadie tenía la verdad asegurada. Había un nuevo gobierno en Quito con el Marqués de Selva Negra como presidente, el obispo José Cuero y Caicedo como vicepresidente y una junta de miembros notables de la élite quiteña, con muchos nobles en su haber. Para Sáenz, de notables no tenían un pelo. Quito se había sacado a los mejores de encima, ahora que se aguantaran las consecuencias. *¿Así que estos andan repitiendo que los españoles hemos tenido todos los empleos en nuestras manos? Pues ¿de qué otro modo podía ser?... ¿Y que nosotros estamos verdaderamente extinguidos y que por eso han necesitado establecer un gobierno para defender la sagrada fe, al rey y a la patria?, ¿que los criollos han sido mirados con desprecio y tratados con ignominia…? Pero si lo que debieran hacer es agradecernos hasta la muerte lo que hemos hecho por ellos, desagradecidos…*, mascullaba Simón y tragaba veneno.

—No te preocupes, mujer. Nos exiliaremos en Guayaquil mientras siga este esperpento. Ya verás que todo se calmará —animó Sáenz.

Manuela atendía el sainete familiar sentada en un rincón, con las manitas tomadas sobre su regazo. Quería hacerse invisible, intentaba no mover un músculo para que nadie advirtiera su presencia. Imposible.

Doña Juana miró a su marido y cabeceó hacia donde estaba la niña, advirtiéndole.

—Oh, Manuelita, estabas aquí.

—Claro, papá. Hace unos días que estoy en la casa.

—Entonces has escuchado lo que pasa.

—Sí, pero no entiendo nada —mintió Manuela.

—Claro, son cosas de grandes, no valen la pena.

—Tiene 12 años, papá. Tampoco es una recién nacida —imprecó Josefa y le clavó los ojos.

José María, que había aprovechado el jaleo para corretear por la casa, apuró el paso y se sentó al lado de su hermanita. Y sintió la

necesidad de tomarle la mano. Manuela se la apretó. Los hermanos se adoraban y presintieron que una turba de peligros los acechaba.

Doña Juana se acercó con algo de calma que había recuperado por ahí. La niña era una complicación.

—Manuelita, ven conmigo —le dijo y la pequeña saltó de la silla. —No creo que puedas venir con nosotros, pero te escribiremos todos los días. Me parece que tus tíos no permitirán que te saquemos de aquí.

Manuela asintió en silencio. Sabía que Domingo la rescataría del rigor hispano. En su otra casa podía hacer y deshacer a su antojo, aquí no. Siempre había un ojo detrás de su aliento.

José María se largó a llorar con desconsuelo. Manuela tampoco pudo evitar las lágrimas. Se fundieron en un abrazo y sollozaron hasta la muerte del día.

1- Sucre en la actualidad.

CAPÍTULO VI

La flamante Junta de Gobierno pretendía gobernar a la Provincia de Quito, y a las de Guayaquil, Cuenca y Popayán. Y para aquello ordenó la remoción de sus funcionarios y nombró a algunos parientes —como Javier Montúfar, hijo del renovado presidente— y a otros miembros influyentes de la élite, para ocupar sendos cargos. Se atribuyó el tratamiento de Majestad, pues pretendía representar al Rey —caído, porque Bonaparte era el dueño del mapa de Europa y más allá— y el de Alteza Serenísima para Selva Alegre, y el de Excelencia para los miembros de la Junta. Quitaban a los peninsulares de la detentación de poderes regios pero se los calzaban ellos con algarabía y pretensión.

Sin embargo, apenas instaurada, la Junta logró un apoyo popular masivo. Cada uno de los barrios de la capital nombró nueve diputados para ocupar su sitio en la asamblea. Pero claro, en su mayoría, los nombrados no eran otros que los nobles quiteños, como los marqueses de Solanda, Villa Orellana y Miraflores, o don Manuel de Larrea y Jijón —pariente de Selva Alegre— Manuel Zambrano y Manuel Matheu.

Desde el inicio, la Junta publicó un Manifiesto al Pueblo por el que dejaba claro sus principios:

> *Los dulces y pacíficos preceptos de su Religión Santa, el innato amor a sus Reyes y una larga costumbre los ha conservado sumisos y obedientes, en medio del despotismo subalterno más ignominioso, sin atreverse a registrar sino temblando sus profundas heridas, y precisados a manifestar en sus semblantes un contento que no podía estar en sus corazones.*

Acusaban a Ruiz de Castilla de haber perseguido a quienes

denostaban a Napoleón, y por si esto no alcanzara, de planear ejecuciones a la vista de todos. Fuera con él, rata traidora. Y que el responsable de todos los males no había sido otro que el mentor del caído presidente, el españolísimo Manuel De Godoy, la execración del género humano, si hasta corridas de toros en honor a los Bonaparte había organizado.

Quito celebraba. Transcurrían las semanas y las plazas se poblaban de hombres y mujeres con ganas de festejar. El pueblo desbordaba entusiasmo, respiraba aire del bueno, así vociferaban al son del tambor. Algunas casas, las de las familias patriotas, lucían en las fachadas y colgando de sus ventanas, banderas de pendón carmesí con un aspa blanca para dejar demostrada su oposición a España, cuya bandera militar era blanca con el aspa carmín de San Andrés. En casa de los Aizpuru, flameaba la carmesí.

Manuelita hacía la labor en el patio, o eso intentaba. La noche anterior, Ignacia le había encomendado la tarea: que le bordara las iniciales en un pañuelito de algodón a su segunda nieta. Sus hijas, Juana y Josefa se habían casado y habían dado a luz.

—¿Cómo va el trabajo que te pedí, Manuela? —le preguntó su tía y se le acercó para controlar.

—Acabo de empezar, tía Ignacia.

—A ver, muéstrame —y observó los colores que había elegido su sobrina para las letras y la espiga. —¿Verde y amarillo? En fin, esperemos que quede bien.

—Estimo que sí, tía —y Manuela suspiró.

—¿Pero qué son esos suspiros, m'hijita? —doña Ignacia se sentó en la otra silla y aguardó.

—Nada, tía. Es que estoy un poco fatigada.

—¿Cómo es posible que padezcas de cansancio, niña? Eres fuerte y sana, Manuela, esas son cosas de mujer grande y aún te falta para eso. Y bastante —un alboroto que llegaba desde adentro las dispersó, y detrás llegaron Nathán y Jonathás, en plena discusión. —¿Y ahora qué es lo que está pasando?

—Hemos tenido un problema en la cocina, doña Ignacia. Han quemado la comida de la noche, alguien tiene que poner un poco de orden allí dentro —lanzó Jonathás.

—Si nos dejaran proponer nuestras recetas, pero no. Nadie nos permite ni la más mísera opinión —agregó Nathán, con los brazos en jarra.

—Acabáramos de una vez, que ahora me ocupo de aquello. El problema en este momento es esta chiquilla —Ignacia señaló a Manuela, que estaba en babia.

Las sirvientas otearon a la jovencita, y esta volvió a suspirar. Nathán le acarició la cabeza, hacía días que su niña estaba tristona.

—¿Quieres que vayamos a cocinar, Manuelita? —le propuso Jonathás. —Podemos prepararle alguna delicia a la señora Ignacia.

Y largó una carcajada, intentó cambiarle el humor pero no era tan fácil. Los ojos de Manuela, siempre alertas, siempre vivaces, parecían molidos a escobazos.

—Extraño a mi hermano —dijo Manuela en un hilito de voz.

Doña Ignacia miró a las esclavas, luego a su sobrina.

—Recibirás correspondencia, querida, ya verás —intentó tranquilizarla pero no hubo caso.

—Mi papá me prometió que me escribirían todos los días —los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Deben estar muy ocupados, Manuelita —Ignacia le tomó la mano, tanta necesidad de su pequeña sobrina la enterneció.

Los Aizpuru sabían bien lo que sucedía fuera de Quito y las promesas de Simón Sáenz eran solo eso: algo imposible de cumplir. Y no en vano la familia había elegido Guayaquil como residencia tras la fuga. Allí estaba guarecida, en esa ciudad se mantenía el estado anterior de las cosas. Tan pronto se hubieron conocido los hechos del golpe, los gobernadores españoles de Guayaquil y Cuenca enviaron su respuesta sin ningún tipo de miramientos: ordenaron que apresaran a todos los quiteños que bajaran de la sierra, con secuestro y confiscación de todos sus bienes, y que se los condujera a Guayaquil con grilletes, y que fueran encerrados en mazmorras. Las acciones que había comenzado a tomar la Junta habían provocado un distanciamiento brutal con las demás provincias del Reino. Una de ellas fue la incorporación de la región costera al norte de Esmeraldas hasta Panamá, al Reino de Quito. La intención era controlar el comercio de la zona y quitarles el control a Popayán, Guayaquil y Cuenca.

Ignacia y Domingo estaban preocupados por demás. Que les llegara a la casa correspondencia desde Guayaquil podía relacionarlos con los peninsulares y sus vidas podrían correr peligro. Rogaban al cielo que Sáenz no tuviera semejante idea. Aquello era una amenaza, de una u otra forma.

—¿Qué te parece si le pedimos al tío Domingo que viajemos a Catahuango? —propuso Ignacia, tal vez una temporada en el campo podía distraer a la niña.

—No me place, tía. Las cartas llegarán a esta casa, no a la finca —Manuela negó con la cabeza.

De cualquier manera, su hermano andaba de reunión en reunión en Quito. Estaba muy ocupado con la nueva gestión.

—Doña Ignacia, nosotras alegraremos a la Manolita —señaló Jonathás, de la nada. —¿Qué le parece si salimos a comprar algunas necesidades? Hacen falta algunas vituallas de la cocina.

A Manuela le brillaron los ojos por primera vez. No se dijo más, la vistieron para salir, se alzaron con una canasta y partieron a la calle.

***

Doña Juana no podía apaciguar a su hijo. Había intentado de todo pero no había caso, José María estaba embravecido. Se escapaba cada dos por tres, invadía casas ajenas y robaba frutos de los árboles, se había convertido en un vándalo de poca monta y su madre sufría como si fuera un criminal de peligro.

—Simón, ya no sé qué hacer con el niño, no tengo forma de que me haga caso. No sé qué le pasa —le reclamó a su marido.

Sáenz dejó de hacer lo que hacía y le prestó atención a su esposa. Juana se restregaba las manos, estaba alterada. La mudanza le había afectado, igual que a su hijo.

—José María es un buen niño, no debes inquietarte por demás, querida. El cambio ha repercutido en él —y levantó una ceja. —Deberías tenerle un poco de paciencia.

—¿Más de la que ya le tengo, Simón? Me pides demasiado, no puedo más —y se sentó en el sillón con todo el peso de su cuerpo.

—Extraña a su hermana, eso es lo que le pasa.

Juana lo miró con indignación. Que todo remitiera a la hija de su marido le parecía un despropósito, que Simón no tuviera en cuenta el problema que le había significado una nueva mudanza la sacaba de quicio. Cuando todo parecía haber llegado a la tan preciada tranquilidad, de nuevo a juntar los bártulos y armar nueva residencia. Nadie reparaba en ella.

—No me parece —refutó. —Otros son los motivos. Esta guerra constante en la que nos hacen vivir, ahí está.

—Quítate eso de la cabeza, mujer. El dislate aquel de Quito está en

vías de solucionarse —le dijo Simón y sonrió con sorna.

Sáenz se encontraba a muchas leguas de la capital pero estaba al tanto de todo lo que sucedía. Apenas enterado de la revuelta de agosto, el Virrey del Perú, don José Fernando de Abascal, había emprendido una campaña contra los levantiscos. El resto de las autoridades realistas cercanas a Quito consideraron que la Junta Soberana era una sublevación de temer y empezaron a cercarlos desde el norte y el sur. El bloqueo fue hermético, complicando la llegada de alimentos a la capital. Desde Bogotá y Lima, los virreyes realistas despacharon tropas rumbo a Quito, para sofocar a la Junta. El cerco se había ido cerrando de a poco, hasta que el 6 de octubre, un presionado Montúfar obligó a Ruiz de Castilla, al que le habían permitido permanecer en el Palacio Real considerando su edad, a abandonar el lugar donde residía y lo confinó en las afueras de la capital, en una finca en Iñaquito. El Marqués de Selva Alegre, quien se había mostrado un defensor acérrimo de Fernando VII y de la causa americanista, era aficionado, aún más, de su persona y de sus propios intereses. Quería una patria libre de extranjerías pero regida bajo su influjo. Mucha bravata pero el hombre era de carácter flojo. El 12 de octubre de 1809, renunció a la presidencia y esta recayó en otro aristócrata, don José Guerrero, conde de Selva Florida. Finalmente, bloqueada y aislada, el 24 de octubre la Junta no tuvo otra alternativa que devolver el mando al conde Ruiz de Castilla, tras la negociación de que no se tomarían represalias y permitiendo el ingreso a la ciudad, sin resistir, de las tropas realistas de Lima y Bogotá.

Desde la otra punta de la casa llegó el zapateo de unas botas contra el suelo. Doña Juana descubrió en el acto quién era el dueño de la corrida.

—¡José María! Ven para aquí inmediatamente, tu padre quiere verte —lo llamó y se cruzó de brazos.

La tromba llegó en un periquete y se plantó frente a sus padres. Una sonrisa plena iluminó sus ojos.

—Tu madre dice que no te portas bien, ¿esto es así? —le dijo Simón.

—Bueno, algo de eso puede ser pero le he jurado que no lo volveré a hacer —respondió José María, bien erguido, con las manos tomadas por detrás.

—Así me gusta.

—Pero me vendría bien, padre, enviarle noticias a Manuela. Nada

sé de ella y nosotros no le hemos escrito nunca. No entiendo por qué no me dejan —se soltó y miró a uno y a otra con ansiedad.

Simón atisbó a su esposa y ella bufó con saña.

—Pues no hay que alterarse, de seguro estaremos de regreso antes de que cante el gallo y volveremos a tener a Manuela en casa —anunció Sáenz.

—¿Pero cómo es eso, Simón? ¿Nos volvemos a Quito? —preguntó Juana sin entender nada. —Tampoco tenemos noticias de Josefa. No comprendo cómo puedes estar así de sereno.

Josefa había huido del convento que la tenía confinada y se había unido a las huestes realistas. Su marido, tras el regreso de Ruiz de Castilla al poder, había sido liberado.

—Tu hija está a salvo, igual que tu yerno. Es más, Josefa se ha aliado a la tropa de los nuestros —le confió.

Juana ahogó un grito, José María silbó al infinito. No podía creer, tenía una hermana guerrera.

—¿Cómo es eso, papá? —cuestionó, con ojos desorbitados.

—¿Has visto? Es valiente, Josefa.

Doña Juana chocó los brazos contra sus piernas. La aflicción la dominaba, quería que su familia estuviera sana y salva, y, sobre todo, bajo su control. Pero percibía que todo se desmoronaba frente a sus ojos y no podía hacer nada. Josefa ya era adulta pero todavía la veía como a una niña. El tiempo pasaba demasiado rápido, quería que se detuviera para siempre.

—No puedo soportar esto, Simón. Volvamos a casa, tráeme a mi hija, cuida de mis niños, cuida de nosotros —imploró Juana y se aferró al brazo de su marido.

***

El 25 de octubre y entre la algarabía de sus simpatizantes, Ruiz de Castilla volvió al Palacio Real. Desbordaba de contentura, con la novedad de que prestaba obediencia al Virrey de Nueva Granada y a la Junta Central de España. Saludaba a sus amigos y repetía “el mando que me confió la piedad del Rey”, con la mano sobre su corazón. El viejo Conde asumía el rol con bríos renovados.

El 2 de noviembre y con sus posaderas bien plantadas en la silla del poder, restableció los impuestos y estancos del tabaco y aguardiente que la Junta había abolido. Al mes siguiente y con una sed de venganza intacta, en las cercanías de Quito, el ejército del

realista Melchor de Aymerich aguantaba hasta que le dieran el visto bueno para entrar a la ciudad; desde Guayaquil también se preparaba el oficial español Manuel de Arredondo —hijo del Virrey del Río de la Plata— al mando de setecientos hombres para hacer su entrada. En total, los españoles tenían 3500 hombres sitiando la ciudad, y la componenda con Ruiz de Castilla se hizo evidente, restableciendo la Real Audiencia de Quito sin ningún tipo de vergüenza y faltando a su palabra por completo.

El despacho de Ruiz de Castilla era un hervidero. Acólitos, asesores, escribas y asistentes opinaban, proponían, hacían y deshacían. El viejo ponía la oreja pero las decisiones las tomaba él.

—Me mandan a mis mejores hombres a aprehender a todo cuanto ha tenido que ver con la asonada, con ese pasado que mejor olvidar —ordenó Ruiz de Castilla y se hizo un silencio de tumba.

El remozado presidente había hecho promesas. Falsas promesas. Los allí presentes se miraron y salieron como tejo a que se cumpliera la orden del gobernante. Fueron, pues, aprehendidos los señores José Ascásubi, Pedro Montúfar, Juan Salinas, Juan Larrea, Manuel Rodríguez de Quiroga, los presbíteros Riofrío y Correa, y varios más, llegando a poco más de sesenta hombres, y fueron llevados al cuartel (1). El ex presidente, el marqués de Selva Alegre, fue más rápido que todos y logró escapar, al igual que otros veloces.

Envalentonado, Ruiz de Castilla decretó la pena de muerte a todo aquel que protegiera a los sediciosos por medio de este bando:

> *En la ciudad de San Francisco de Quito a 4 de diciembre de 1809,*
> *El Excmo. señor conde Ruiz de Castilla, teniente general de estas provincias dijo: que habiéndose iniciado la circunstanciada y recomendable causa a los reos de Estado que fueron motores, auxiliadores y partidarios de la junta revolucionaria, levantada el 10 de agosto del presente año, y siendo necesaria se proceda contra ellos con todo el rigor de las leyes que no exceptúan estado, clase ni fuero, mandaba que siempre que sepan de cualquiera de ellos los denuncien prontamente a este gobierno, bajo la pena de muerte a los que tal no lo hiciesen. A cuyo efecto y para que conste en el expediente, así lo proveyó*
>
> *El conde Ruiz de Castilla*
>
> *Por S. E. Francisco Matute y Segura, escribano de S. M. y receptor.*

Por esos días, los soldados realistas del coronel Manuel Arredondo hicieron su entrada triunfal a Quito. Aprovechando el estado de las cosas llevaron adelante un sinfín de atrocidades: saquearon cuanto comercio intentaba abrir sus puertas, incluso violentaron a los transeúntes, el atropello era constante y si se descuidaban, el filo de sus espadas traspasaba la carne, regando de sangre las calles de la ciudad. El gobierno hacía mutis, los quiteños de fuste empezaron a cansarse y armaron agrupaciones secretas para la defensa de los vecinos.

El obispo de Quito, Cuero y Caicedo, descontento con las irregularidades que la Audiencia cometía en todos los procesos, hizo la denuncia ante el Virrey de Santa Fe. No hubo caso. Ruiz de Castilla debía dictar sentencia. Por aquellos días, se supo que don Carlos Montúfar —hijo de Selva Alegre— viajaría hacia Quito. Había sido nombrado en España comisionado regio de la Audiencia, e intuían que absolvería a los enjuiciados. La tensión entre los realistas y los quiteños iba de mal en peor.

La Audiencia no quiso esperar más. Envió a Bogotá el juicio contra los patriotas, a la espera de que llegaran las sentencias de muerte dictadas por el Virrey. Avanzaba el nuevo año con su halo de violencia y muerte. La persecución de todos los implicados fue feroz.

El Marqués de Miraflores murió recluido en su propia casa, dominado por la tristeza y el pesar. El gobierno mandó a colocar una escolta cerca del cadáver y allí quedó hasta su entierro, pues presumían que se trataba de una evasión bajo el amparo de la mortaja de los muertos. El hostigamiento alarmó a los quiteños, muchos se ocultaron, otros huyeron en busca de seguridad. El alimento empezó a escasear, las tropas de Arredondo, a grito pelado, vejaban todo lo que veían a su paso y Ruiz de Castilla se dejó llevar por el manto virulento.

El Montúfar de España aún no había pisado suelo americano pero el coro realista repetía que no sería admitido sino hecho cadáver por bonapartista y traidor, y que matarían a los presos antes de que él pudiera ponerlos en libertad. El capitán Barrantes, a grito pelado, anunció que ajusticiaría a los presos si las turbas intentaban asaltar la cárcel. Los vecinos empezaron a armar su plan: atacarían dos cuarteles, el Real de Lima y el de Santa Fe (2), y El Presidio, donde estaban apresados los hombres del pueblo.

Poco antes de las dos de la tarde del jueves 2 de agosto de 1810,

repicaron las campanas de la catedral. Era la señal para que los conspiradores, que paseaban discretamente por la Plaza Mayor y los atrios de la Catedral y de El Sagrario, entraran en acción. Pereira, Silva y Rodríguez, liderados por José Jerés, la fueron contra el Presidio, atravesando al centinela de una puñalada, e hiriendo al oficial de servicio, dispersaron a la guardia y tomaron sus armas. El segundo ataque fue contra el cuartel Real de Lima. El capitán realista Galup, al advertir el asalto, gritó "¡Fuego a los presos!" y desenvainó, pero cayó atravesado por una bayoneta. El tercer grupo, que debía avanzar contra el cuartel de Santa Fe, no lo hizo.

Las dos pequeñas hijas de don Manuel Rodríguez de Quiroga, acompañadas por una esclava que se encontraba encinta, habían ido a visitarlo, llevándole el almuerzo, como habían solido hacer durante su encarcelamiento. Con el corazón como tromba, presenciaron semejante horror y lograron escapar de la balacera. Con un temple de acero, se dirigieron al oficial de guardia y le rogaron que salvara la vida de su padre. El soldado, incrédulo de que un enemigo de semejante gradación aún estuviera vivo, convocó al cadete Jaramillo y se acercaron hasta donde se encontraba el abogado escondido.

—¡Decid, vivan los limeños! —le gritaron.

—¡Viva la religión! —respondió Quiroga.

—¡Por favor, no le hagan nada a mi amo! —sollozó la esclava, implorando de rodillas.

Un brutal sablazo cortó limpia la cabeza de la negra, quien murió desangrada. Las dos pequeñas corrieron y se interpusieron entre los soldados y su padre. Uno de los soldados las empujó y las tiró a un lado, Jaramillo le descargó el primer sablazo, el resto otro, y otro más. Y Quiroga cayó muerto a los pies de sus hijas.

Consumada la ejecución de los patriotas, las tropas realistas se dieron a los tiros contra el pueblo que se encontraba fuera del cuartel y en los alrededores. Las calles se convirtieron en un campo de batalla, corrían los mozos armados, tronaban los disparos, caían cuerpos muertos, el pueblo blandía sus cuchillos, se esforzaban por libertar a su patria del yugo de la tiranía. Pasó una patrulla limeña hacia el puente de la Merced, y un grupo de seis mujeres se encargó de perseguirla, y con una suelta de piedras, logró que huyera despavorida.

Durante esas horas de ferocidad inalienable, Manuelita permaneció en el encierro obligado de la casa. Cuando los disparos se detuvieron y

la ciudad se vio envuelta en un silencio perturbador, los Aizpuru salieron a la calle. Tomada de la mano de su tío, y con su tía del otro lado, Manuela vio los despojos de su ciudad. En la plaza, cual trofeo y advertencia, las cabezas sanguinolentas de los patriotas descansaban sobre picas. Domingo quiso pegar la vuelta pero ya era demasiado tarde. Esa marca de muerte violenta hizo mella en su sobrina. Se soltó y caminó hasta donde estaban los guardias, eludió el tumulto y se acercó a los cadáveres. En un movimiento puso una flor silvestre en uno de los grilletes. Aquellos ojos vacíos de vida de los ajusticiados atravesaron el alma de Manuela para siempre.

1- El Colegio Nacional en la actualidad.

2- Actualmente forman el Centro Cultural Metropolitano de Quito, ubicado en el centro histórico.

CAPÍTULO VII

Tras meses de travesía, el Comisionado Regio don Carlos de Montúfar arribó a Quito. El hijo del otrora presidente de Quito venía a poner orden, sin embargo, el agua había rebalsado el cántaro. En cuanto puso pie en tierra firme, las tropas de Arredondo se retiraron pero fueron reemplazadas por otras llegadas desde Panamá. Con mano dura, el Comisionado acotó el poder de Ruiz de Castilla y armó un triunvirato conformado por este, el Obispo Cuero y Caicedo y el mismo Montúfar. Para sumarle poderío a la familia, los representantes electos ungieron como vicepresidente de la Junta al Marqués de Selva Alegre, padre del llegado de España. El reojo empezaba a colmar la paciencia de algunos nobles.

Con la prestancia que lo caracterizaba, Montúfar se encomendó a visitar las gobernaciones de Cuenca y Guayaquil pero estas le dieron vuelta la cara. Guayaquil había declarado la separación de la Audiencia de Quito y del Virreinato de Nueva Granada, para unirse al de Perú. Y el Virrey Abascal le envió una misiva tajante:

> *…desconociéndole como Comisionado del Rey, pues no he recibido ninguna comunicación al respecto. Y aun en el supuesto de que fuere tal Comisionado no se puede extender demasiado las facultades que se le ha concedido, hasta el extremo de dictar leyes y organizar Juntas que turban la paz y tranquilidad de estos pueblos.*

La idea de la comunión entre territorios brilló por su ausencia, lo mismo hizo el Ayuntamiento de Cuenca. El 11 de octubre de 1811, Quito proclamó su independencia de España, Ruiz de Castilla fue instado a renunciar a la presidencia de la Junta y fue reemplazado por el obispo Cuero y Caicedo. Sin embargo, la tranquilidad no estaba garantizada. Las tropas realistas no abandonaban las avanzadas y los

quiteños —con menos hombres y armas —organizaban milicias para defenderse como podían.

Mientras tanto, en Guayaquil, en casa de los Sáenz, las cosas no habían variado. Si en algún momento doña Juana creyó en la palabra de su marido, a esta altura de los acontecimientos, el regreso a Quito se había convertido en un sueño deshilachado. Simón se alejaba cada vez más de la capital. No solo Guayaquil había roto relaciones con la Audiencia de Quito, si Sáenz metía una bota en la puerta de la ciudad, su vida correría peligro. Había circulado el rumor de que él había sido uno de los principales propulsores de la ejecución de los patriotas. A pesar de las leguas que lo separaban de tierra quiteña, gestionaba entre las sombras para el poder español. Incluso Josefa, su hija, participaba de la campaña militar contra los patriotas quiteños.

—Pasan los meses y siento que todo está peor, Simón —doña Juana se encontraba muy perturbada.

—Puedo entenderte, querida, pero confía en mí —Sáenz se le acercó y le tendió una mano.

Juana intentó apaciguar la angustia pero se le llenaron los ojos de lágrimas. Ni su marido lograba calmarla.

—¿Cómo es posible que nuestra hija ande a los sablazos? No la he educado para estos trotes, Simón. Me aprieta el pecho, no puedo respirar —y trató de abrir el escote de su vestido.

Sáenz recibía noticias constantes del desempeño de la tropa en la que participaba su hija. No le transmitía demasiado a Juana, sabía que estos asuntos la alteraban por demás. Su esposa prefería que las mujeres se quedaran en el hogar, no entendía el coraje de Josefa, le parecía una provocación, un desafío a las buenas costumbres y honor. No entendía de dónde había sacado ese frenesí propio de los hombres.

El 25 de julio de 1812, mientras el sol se asomaba, se había librado una batalla en las cercanías de San Miguel de Chimbo. Los quiteños, liderados por el coronel Carlos de Montúfar, y los realistas bajo el mando de Manuel de Arredondo, se habían enfrentado en un tenso combate que concluyó en el triunfo del Ejército de Quito. Al mes y medio, en los alrededores de la ciudad de Mocha, se trenzaron en batalla las tropas quiteñas comandadas por el coronel Feliciano Checa y Barba, y los del Imperio Español lideradas por el general Toribio Montes. Esta vez, triunfaron los monárquicos y quien tuvo un lugar destacado fue la mismísima Josefa. La dama luchó codo a codo junto a los soldados realistas. Fue la primera en entrar a Mocha portando la

bandera española, mientras tronaban las campanadas de la iglesia, logrando que los patriotas huyeran despavoridos.

—Josefa está sana y salva, mi querida.

Juana continuó con el sollozo, que dejó de ser triste para llenarse de alivio. Sáenz tomó a su esposa de los hombros y la abrazó. Le contó en un susurro que la habían felicitado por su comportamiento, que había sido señalada como ejemplo y que la habían recompensado con unos cuantos privilegios.

—Quiero que vuelva, que abandone las armas y vuelva a casa —dijo Juana con congoja.

—Déjamelo a mí, yo resolveré todo.

Juana quiso creerle. Veneraba a su marido, siempre había cuidado de la familia, no era como algunos otros caballeros que encontraban cualquier excusa para abandonar el hogar. Simón era atento y protector, claro, salvo por aquel incidente de años atrás, con la casquivana de la Aizpuru, que le había dejado a Manuela como regalo. Pero eso ya estaba saldado, la niña se había hecho querer y con Joaquina muerta, la traición quedaba borrada de su corazón.

—¿Qué haremos con Manuelita, querido? —y pensó en la niña, tan lejos de ellos, en aquella ciudad sitiada.

Simón suspiró. La menor de sus hijos le preocupaba. No había dejado de pensar en ella desde que se habían exiliado en Guayaquil. Tan jovencita y así de graciosa, la extrañaba. Pero el tiempo había transcurrido y no confiaba en la educación que le podían ofrecer sus tíos. Demasiado subversivos los Aizpuru, bien sabía él. Le parecía que estaba a tiempo de que su hija regresara al convento. Manuela debía aprender de las monjas, de la Iglesia, ahora que estaba al cumplir los 15 años. Debía corregir todo aquello que Ignacia y Domingo habían soliviantado.

—Volverá al claustro, Juana. Lo tengo bien decidido.

***

Tras la masacre realista, Domingo tomó la decisión de sacar a su familia de Quito. Una madrugada, bajo la tenue luz de una luna flacucha, apuró a su hermana, al marido y los hijos, a Manuela y a sus esclavas a bordo del carruaje, y escaparon rumbo a la finca.

La ahora jovencita Manuela aprovechó las delicias de la vida campestre como si fuera la última vez. Se levantaba temprano con el ánimo por el cielo y compartía el desayuno con sus criadas. Jonathás

—y su gracia que la pintaba de cuerpo entero — comenzaba el día divirtiendo a su patronita con las imitaciones de animales. Era experta a la hora de maullar, ladrar y gruñir, y si se entusiasmaba demasiado, se tumbaba en el piso y, en cuatro patas, hacía las del gato, perro u otro animalejo. Las carcajadas de las muchachas despertaban a toda la casa. De jugar con muñecas como cualquier niña, nada. Prefería buscar trozos de madera y hacerse la experta en esgrima junto a Jonathás, o echarles miguitas de pan a los pájaros, o divertirse con los pequeños esclavos, a risotada limpia. A Manuela le gustaba cantar y reír a carcajadas, era una negra en miniatura. Después montaba alguno de los caballos de la tropilla de Catahuango y salía a cabalgar largo y tendido. Lo que más le gustaba era perderse por los caminos y potreros, sin que nadie la reclamara. Manuela se había convertido en una amazona excelsa. Se fugaba a caballo de la realidad circundante. Se enteraba poco y nada de lo que sucedía en la ciudad. Prefería no saber, elegía olvidar, aunque fuera un poco, lo que había visto y vivido en Quito. Allí, en el campo, respiraba al fin.

Una tarde, ya de regreso de su cabalgata, Manuela llevó la yegua al establo, ahí la esperaba el mozo de cuadra para recibir el animal.

—Patrona, deme a la potranca —le dijo el mozo y esperó las riendas.

Manuela la entregó pero no se fue.

—La quiero cepillar un poco, Miguelo.

Se secó las manos en los pantalones de ruana ceñidos y buscó el cepillo. Manuela montaba a horcajadas, como los varones, y desde pequeña lo hacía con pantalones. En Catahuango estaba todo permitido, en Quito todo era distinto. El servicio estaba acostumbrado a verla vestida con esas ropas, pero igual causaba asombro. La muchachita recorría la finca con la prestancia de una dueña.

Acarició al animal, la cepillaba con suavidad mientras le hablaba bajito y parecía como si la yegua le entendiera. Ladeaba la cabeza y Manuela fregaba su mejilla contra el cuello de pelo brillante. Le besaba los ollares, la yegua se quedaba quietecita.

—Buenas tardes, Miguelo, cuídamela. Que tome agua y mañana me la preparas bien temprano —se dio media vuelta y se marchó hacia la parte de atrás de la casa. Iba a entrar por la puerta trasera pero un murmullo la distrajo. Parecían las voces de sus tíos y creyó escuchar su nombre en el ida y vuelta.

—¡Patronita! Ven que estamos cocinando —la llamó Nathán desde

adentro.

Manuela le regaló un chistido sordo y apoyó un dedo sobre su boca. Sigilosa se pegó a la pared y llegó hasta la galería, donde departían Ignacia y Domingo. Estaban en la otra punta, hablaban despacio y a Manuela se le complicaba escuchar. *…viaja a Panamá… pues que mudará sus negocios allí… Juana se queda… lo dice en la carta… a Manuela al monasterio…* Las frases sueltas la llenaron de dudas, aunque intuía de qué se trataba aquello. La curiosidad pudo más y se dejó ver.

—¿De qué hablan? —increpó Manuela.

—Pero niña, no seas impertinente. Tenemos una conversación privada, de adultos, por otro lado —le reprochó Ignacia en medio del susto.

—Hablaban de mí —los ojos de la joven echaron chispas.

Domingo miró a su hermana, luego a su sobrina. No tenía demasiado sentido jugar al misterio ya que más temprano que tarde, Manuela se enteraría de todo.

—He recibido correspondencia esta mañana. Era de tu padre.

—¿Y por qué no iba dirigida a mí? —no le gustaba sentirse excluida, y mucho menos por su papá. Le removía dolores que mantenía a raya pero que sabía que andaban buscando salir.

—Porque anda en apuros, niña. Claro que te ha mandado todo su afecto —respondió Domingo, intentando encontrar el modo menos amargo. —Simón viajará a Panamá, ha resuelto mudar sus negocios allá.

Manuela pestañeó y sus ojos negros brillaron como nunca. Ignacia trató de calmarla pero no hubo caso.

—Juana y tus hermanos permanecerán en Guayaquil, por el momento —continuó Domingo e hizo un silencio antes de seguir. Su sobrina lo devoraba con la mirada. —Pero antes de mudarse, nos reuniremos en Quito. Vuelves al convento, te internará en Santa Catalina de Siena.

La jovencita no pudo emitir palabra, era un embrollo de pensamientos. ¿Dónde quedarían sus eternas cabalgatas, aquellos despertares al alba, dominados por la humedad del rocío? Esas caminatas interminables, acompañada por sus amadas esclavas, con la cara contra el viento y el sol de fuego tiñéndole la piel blanca y las mejillas de manzana; sus tardes de siembra y cosecha de maíz y cebada junto a la peonada, como si fuera una más, parloteando su

lenguaje, transformándose en una y la tierra, maldiciendo como los hombres, bromeando con ellos; y aquellos anocheceres en la galería, a la luz de las velas, sepultada bajo el sonido de la naturaleza.

—Me quiero quedar aquí, tío Domingo —Manuela tragó las lágrimas y la garganta se le cerró. Tozuda, levantó la barbilla para desafiar la emoción.

—No siempre podemos hacer lo que queremos, Manuelita. Debemos aceptar lo que nos viene encomendado.

—Pues mira quién me lo dice —el temblor del mentón expuso su agitación pero siguió adelante. —Que no has cesado de conspirar cuando había que hacerlo y jamás te has doblegado, tío querido.

—Ay, Manuela, te ruego que no me asustes, que eres tan pequeña —interrumpió Ignacia y se secó la frente con su pañuelo.

—No tanto, tía. Y a veces parece que no miro, pero veo todo.

—Ya lo creo, Manuela. Te pido que no te rebeles contra tu padre, que él te quiere y solo busca tu bien —Domingo resopló con preocupación.

—A veces me lo pregunto pero las respuestas que hallo no me gustan. Saben a amargor.

—No digas esas cosas, querida mía. ¿Te has visto? Preciosa y querendona, ¿qué más puedes pedir? —Ignacia ensayó una media sonrisa.

Manuela respondió con un gesto amable. No dijo nada pero en su mente retumbaba que quería todo eso y mucho más.

***

Don Simón aguardaba en la sala de los Aizpuru a que se apersonaran los tíos y su hija. Venía a terminar el trámite que había empezado con Domingo por correspondencia. Lo hicieron esperar un buen rato. Parecía a propósito pero no se iba a dejar vencer por la ansiedad. Aprovechó para observar con detenimiento las piezas que adornaban el salón. Le llamó la atención la proliferación de jarrones desbordantes de flores. Sabía que la azotea de la casa estaba guarnecida de una variedad espléndida —lo recordaba de sus visitas de otros tiempos—, era evidente que venían de allí.

Las diferencias entre aquellos años de frenesí junto a Joaquina y estos, lo abatieron por completo. Añoraba su vida del siglo pasado, había sido tanto más liviana. Ahora debía volver a mudarse, a pesar de que las cosas en Quito parecían recompuestas. Pero nada estaba

asegurado. Tras los tumultos independentistas, el brigadier Toribio Montes había sido nombrado presidente de la Real Audiencia de Quito y jefe del ejército, para pacificar el territorio. Tras una sucesión de batallas, victorias y huidas, los españoles habían vuelto a ocupar la capital, pero las contiendas continuaban. Sáenz prefería salir cuanto antes de Quito, no confiaba en aquella serenidad obligada. Los insurgentes habían sido indultados, tal vez, quién sabe, a la vuelta de la esquina y entre gallos y medianoche, podían alzarse con su vida. La venganza era una práctica habitual.

—Buenos días, Simón. Ya viene Manuela, está terminando de arreglarse —Ignacia franqueó la puerta y le extendió la mano.

Sáenz se incorporó en el acto y la saludó. Lo mismo hizo con Domingo, quien apareció detrás de su hermana. Y se sentaron, obligándolo a acomodarse de nuevo.

—Ya está todo arreglado, Ignacia. La Superiora de Santa Catalina nos aguarda, el dinero ya le ha sido entregado —afirmó el caballero.

—Te felicito, Simón; de cualquier modo, la niña es bien recibida en el monasterio gracias a mi padre, que en paz descanse. Él fue el mentor de la reconstrucción de Santa Catalina tras el horrendo terremoto de 1755. Todo a su costa, mi estimado. Mi familia es la responsable de que el monasterio haya abierto sus puertas otra vez y ahora se las abre a Manuela, gracias a los Aizpuru —escupió Ignacia con los ojos entrecerrados.

El aire se resquebrajaba, la incomodidad creció y en ese instante, para salvar la situación, entró la joven flanqueada por sus esclavas.

—Buenos días, papá —lo saludó Manuela y le ofreció una pequeña reverencia.

Simón se levantó y abrazó a su hija. Ella le retribuyó el cariño y su cuerpo se ablandó. Metidas, Jonathás y Nathán duplicaron la genuflexión hacia Sáenz y este sonrió ante la gracia.

—Mi Manuelita, qué grande estás. Te has convertido en toda una señorita —la tomó de los hombros y la observó de arriba abajo. —Qué lejos ha quedado la imagen de la pintura con tu hermana.

—Pero papá, si el retrato tiene más de nueve años —Manuela lanzó una carcajada.

Sáenz hacía referencia a la pintura que engalanaba la sala de la casa de Guayaquil, un retrato de juego de las niñas Eulalia (1) y Manuelita, trazado en mayo de 1803.

—Tienes razón, hija. Es que para mí eres mi niñita eterna.

Ignacia torció la boca con desprecio pero no dijo nada. Domingo anunció que se haría tarde, quería terminar con el compromiso, temía que se levantara un huracán de reproches entre su hermana y el padre de Manuela.

La joven se fundió en un abrazo apretado con sus criadas, ya se había despedido en la cocina del resto de la servidumbre. Todos lloraban, Manuela había puesto paños de calma, les había dicho que no se iba para siempre, que el claustro era para las monjitas, que ella podría entrar y salir, que tendría, seguramente, un día permitido para las salidas, que no lloren, que cuando menos lo esperaran, ella estaba de vuelta.

Los Aizpuru y los Sáenz salieron por la puerta de la residencia y caminaron hasta la Plaza Grande, y a las dos cuadras apareció la imponencia del monasterio. Santa Catalina de Siena había sido fundado en 1594 por doña María de Siliceo, sobrina del obispo de Toledo y viuda del hidalgo, don Alonso de Troya. El convento había sido fundado bajo la orden de Santo Domingo y la advocación de Nuestra Señora de la Paz, durante una de las primeras manifestaciones políticas del pueblo quiteño en contra de la corona española, la llamada revolución de las Alcabalas (2). La sobrina del obispo había ido de un lado a otro hasta que encontró la casa que había sido propiedad de don Lorenzo de Cepeda, hermano de Santa Teresa de Jesús, en la esquina del chorro de Santa Catalina (3). Luego, además de aquella casa, doña María había comprado todas las que componían la manzana. La dama entró con su hacienda en compra y adornó la iglesia, la sacristía, ornamentos y el convento entero. La Comunidad prosperó de inmediato y a los siete años de su fundación fue admitido entre los de la Orden dominicana, por el Capítulo General, reunido en Roma.

El altar mayor estaba adornado con imágenes de bulto y pincel del Sagrario del Santísimo Sacramento, y un altar del Santo Crucifijo, muy devoto, en el cual todos los viernes se decía la misa cantada de la Pasión breve, con toda solemnidad. También tenía otros dos altares, el de Santa Cristina, con reliquias magnas de la santa, y el otro, el del bienaventurado San José.

Como un *déjà vu*, Manuela entró al convento con sus tíos y su padre, y aguardó en la sacristía a que la operación se llevara adelante. Tras unos minutos, apareció la Madre Superiora, junto a dos religiosas más. Se sucedieron las presentaciones, saludos, encomiendas y demás,

y la introdujeron a sor Teresa, quien sería, de ahí en más, su tutora.

Ignacia y Domingo se despidieron sin aspavientos, verían a su sobrina en unos días, era mejor abandonar el dramatismo. Sáenz, en cambio, le dedicó otro tiempo al adiós.

—Mi niña querida, mi Manuelita, sé que me llenarás de orgullo, como siempre. Demuéstrales de lo que eres capaz, de tu disposición, tu bondad y esplendor —le dijo y la tomó de las manos.

Manuela buscó los ojos de su padre y lo miró fijo. En un movimiento se adhirió a él, lo abrazó y apoyó la mejilla sobre su pecho. No sabía cuándo lo volvería a ver y si lo vería. Su padre se exiliaba, huía de Quito, se escapaba de ella. Manuela apretó fuerte, le prometió todo, pero solo ella sabía que a las promesas se las lleva el viento.

1- La llamaban de ese modo para diferenciarla de Manuela, pues su verdadero nombre era María Manuela Sáenz y Del Campo.

2- Se llevó adelante entre julio de 1592 y abril de 1593, y tuvo su origen cuando Felipe II, rey de España, expidió una Cédula Real por la que dispuso el pago de un nuevo impuesto del 2% sobre las ventas y permutas. El impuesto había sido creado para equipar a la Armada, para que vigilara los mares de las Indias y protegiera el comercio de las ciudades y puertos españoles de América, que constantemente sufrían el ataque de corsarios y piratas.

3- En la actualidad, en la esquina de Espejo y Montúfar.

SEGUNDA PARTE

Ardor de juventud

CAPÍTULO I

Manuela supo adaptarse a los vaivenes del convento. Aunque no estaba sometida al claustro —práctica prioritaria en las religiosas— pasaba una buena parte de las horas encerrada en Santa Catalina, donde las costumbres eran diametralmente opuestas a las que estaba acostumbrada. La vida en Catahuango había sido pura libertad, en el monasterio, en cambio, solo recato.

Manuela, a la velocidad del rayo, entendió las normas imperantes y se acomodó como si fuera una veterana. La portería de Santa Catalina de Siena abría bien temprano en la mañana y cerraba por la noche, y las ayudantas, ya fuera las mozas de la limpieza o de la lavandería, estaban habilitadas para recibir información de lo que sucedía en las calles, o llevar y traer mensajes de las casas de las internas. Las monjas eran las únicas que cumplían la clausura.

De inmediato se apoyó en sor Teresa, quien se ocupó personalmente de su instrucción. Las otras actividades —las labores de aguja, los bordados en hilos de oro y plata, la preparación de helados, sorbetes y confituras— estaban encomendadas a las asistentas, a las que Manuela se entregaba con dedicación.

—Como percibo que eres una joven con inquietudes, sumaremos lecturas a tu biblioteca —le anunció la hermana Teresa, con su sonrisa beata.

A Manuela le brillaron los ojos. Su tutora la había acercado a Plutarco y Salustio y, con los libros en mano, anunciaba que “eran sus lecturas favoritas”. Si había algo que no faltaba en el carácter de Manuela era la intensidad. Era definitiva y no aceptaba contradicciones de nadie. Sor Teresa le señalaba que tal vez era demasiado que a los 16 años fuera tan drástica; que aún tenía mucho por leer para cerrar las posibilidades. Manuela asentía a regañadientes para clausurar el tema, pero en su fuero interno redoblaba sus

convicciones. Los historiadores clásicos eran lo mejor del universo, sabios de toda sabiduría y ella leería la obra completa de ambos sin compañía que la desconcentrara de lo importante. La religiosa se distanciaba de las lecturas teológicas, la alentaba a que leyera todo, siempre y cuando no pusiera su atención en lo prohibido. Manuela acataba las órdenes, no se desvelaba por los libros vetados, tenía hambre del resto. En cuanto llegó a su alcance *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, de don Miguel de Cervantes Saavedra, no pudo abandonarlo. Y se convirtió en su libro predilecto. Sor Teresa se entretenía con Manuela, le parecía desopilante que una jovencita mostrara interés en novelas de caballería y clásicos griegos y romanos, en vez de los romances más propios de las señoritas. No había tratado nunca con una muchacha así. Su discípula era única.

—Toma, niña, mereces esto y mucho más —manifestó sor Teresa y le extendió un pequeño devocionario.

La joven lo tomó y le agradeció. Abrió la cubierta de nácar y allí, en la primera página leyó la dedicatoria: "Para mi dueña, Manuelita Sáenz… T. S.". Levantó la vista y se arrojó a los brazos de la monja.

—Pero Manuelita, mira que eres un caso —sor Teresa se descostillaba de risa. —Escúchame, por la mañana, rezaremos las plegarias del devocionario.

—Muy bien, hermana —aceptó con alegría, le complacía recibir regalos.

—Eres muy buena, Manuelita. Tu padre estará muy orgulloso de ti. Cumples todas las tareas y eres muy lúcida. Don Simón acertará con un mejor candidato, ya verás. Serás la ilusión de cualquier caballero.

Sor Teresa agradecía que su discípula fuera tan dócil y agraciada. Tan diferente de algunas otras, que les habían hecho pasar las de San Quintín en el convento. Muchachas díscolas siempre listas para la fuga, o demasiado atentas a las revueltas, enviando esquelas para tal por cual o recibiendo misivas con ideas y acciones que mejor olvidar. Su Manuelita no era así.

—No sé si quiero desposarme, hermana —respondió y se rascó la cabeza.

—¿Entonces querrás ordenarte? —sor Teresa tomó las manos bonitas de Manuela.

—Tampoco lo creo.

La monja la palmeó y se levantó de la silla. La instó a que hiciera lo mismo, era la hora de las labores de aguja. La guió hasta la sala de

costura, donde ya estaban algunas internas y las ayudantas con la aguja y el bordado. Manuela se acomodó en su sitio y tomó su labor. Comenzó su trabajo con entrega pero su cabeza levantó vuelo. *En qué andarán mis negras, extraño sus bocadillos… que la comida de aquí, en fin, sabor a nada… ¿con quién bailarán cuando no están conmigo?... Ah, si aquí pudiera, pero mejor no probar, que les falta ritmo, no hay son que valga en el claustro… ¿Y maridos, qué es eso? No quiero esposo, quiero montar mi alazán, galopar hasta el fin del mundo, respirar el aire de Quito, bailar con Jonathás y Nathán al ritmo de la cachucha* (1)*, perderme en las calles, escuchar lo que dicen, confiar en lo desconocido…*, mascullaba en silencio.

***

Las calles de la Real Audiencia de Quito derrochaban tranquilidad. Aquella virulencia de los años previos había desaparecido. El presidente Toribio Montes había traído calma, aunque no titubeó a la hora de tomar decisiones. Siguió adelante con una exitosa campaña militar hacia el norte, juzgó a los insurgentes quiteños con rigurosidad pero, hábil como pocos, indultó a varios de ellos. Incluso, algunos recibieron nombramientos políticos dentro de su gobierno. También estableció la Constitución de Cádiz (2) y convocó a elecciones en los ayuntamientos constitucionales.

La sociedad quiteña reposaba, la gresca continuaba más al norte. En las Ciudades Confederadas del Valle de Cauca —una confederación formada por los cabildos de Anserma, Buga, Cali, Caloto, Cartago y Toro—, en el norte de Popayán, la resistencia de los insurgentes persistía. No había descanso para las tropas patriotas.

A fines de agosto de 1814 llegaron las noticias de que el Rey había abolido el gobierno constitucional. Fernando VII había vuelto al trono de España y en un abrir y cerrar de ojos se reveló como un monarca absolutista. Rodeado de una camarilla de adulones, su política se orientó, más que nunca, a su propia supervivencia. Así comenzó, desde la península, una persecución atroz contra los liberales.

En el resto de América, la situación era un polvorín. Los focos revolucionarios estallaban una y otra vez. En el Río de la Plata, en 1812, había desembarcado, entre tantos otros, un militar de 34 años, llamado José de San Martín, trayendo consigo la idea concreta de libertar aquel territorio de la colonización española. En mayo de 1810 había estallado una revolución que había dado comienzo al extremo

malestar criollo contra los negocios y políticas de España. San Martín llegaría para ahondar aún más ese plan.

Y en la Capitanía General de Venezuela, al norte del Virreinato de Nueva Granada, crecía, a paso redoblado, la figura de Simón Bolívar. Nacido en Caracas, en la medianoche del 24 de julio de 1783 y en el seno de una familia acomodada, luego de una estancia en Europa para completar su educación y quedar prendado por la influencia francesa que lo sedujo por completo, decidió volver a su país para poner en práctica aquellos principios. A mediados de 1807, al desembarcar en Caracas, había encontrado que los criollos más destacados desconfiaban de su impetuosidad y empezaron a señalarlo como un hombre inmaduro. Bolívar había vuelto a su tierra con la imperiosa necesidad de independizar América. A principios de 1808 había llegado la noticia —que se intentó silenciar— de la abdicación del trono de España en favor de Napoleón, y el 15 de julio, el bergantín francés *The Serpent* había atracado en el puerto de La Guaira con varios comisionados enviados por Bonaparte, para confirmar la noticia.

En 1809 arribaron a Caracas unos despachos oficiales que anunciaban la creación de la Junta Central de España e Indias, y a los días, el mariscal de campo Vicente Emparan se instaló en calidad de capitán general de Venezuela y gobernador de Caracas. La desconfianza y el malestar con el recién llegado terminó en una revuelta que devino en Junta Conservadora de los Derechos de Fernando VII, y Bolívar fue nombrado coronel y elegido, junto a Andrés Bello y Luis López Méndez, integrantes de una misión diplomática con instrucciones de solicitar apoyo británico a la Junta.

El 10 de julio llegaron a Londres y los funcionarios del Foreign Office los instaló en el Morin's Hotel. El temperamento exaltado del caraqueño poco tenía que ver con el ambiente ordenado de la capital británica. Los recibió sir Arthur Wellesley en su casa y atendió con frialdad la exposición de Bolívar. Poco experto en las lides diplomáticas, Simón entregó las credenciales y el pliego que contenía las instrucciones. Se expuso demasiado. En francés, que lo dominaba a la perfección, Bolívar le dirigió un discurso elocuente que describía las pasiones fogosas que lo animaban contra la Metrópoli.

—Le dejo constancia de mis deseos y esperanzas de una independencia absoluta —concluyó Bolívar, con mirada febril.

Salieron de la entrevista, convencidos de que Gran Bretaña no

abandonaría sus intentos de mediación entre España y sus colonias. A pesar de que no se cumplieron todos los objetivos, lograron algunos compromisos gracias a la presencia del venezolano don Francisco de Miranda, quien también andaba por la zona intentando encontrar adeptos para sus propios proyectos. Bolívar lo recibió en el lujoso apartamento del Morin's Hotel. Miranda miró al joven con indiferencia; Bolívar, en cambio, se esforzó por lograr una amistad con el ya célebre compatriota.

—Señor, quiero destacar que en América ya todo está maduro para la rebelión y solo nos falta un caudillo prestigioso para dar el primer grito de independencia —Bolívar no le quitaba el ojo a Miranda.

—América no quiere la libertad. Las clases populares son afectas a España, he tenido la oportunidad de comprobarlo. Solo en el estrecho círculo de acaudalados hacendados existen propósitos revolucionarios —objetó Miranda con su mirada de lince.

Francisco de Miranda no aceptó la invitación de Bolívar de regresar a América. Este abordó la goleta *Saphyr*, puesta por el gobierno británico para los emisarios venezolanos, y a mediados de 1810 arribaron a La Guaira.

La verdadera batalla entre partidarios y detractores de la independencia se concretó en el primer Congreso venezolano, reunido el 2 de marzo de 1811. Las sesiones se llevaron adelante dentro de un ambiente intempestivo por el choque de las pasiones políticas. Simón Bolívar, que contaba con solo 28 años, se convenció de que debía enfrentar fuerte. Pidió la palabra, sus ojos negros y profundos parecían una llamarada difícil de resistir.

—¿Cómo fomentarán el cisma los que más conocen la necesidad de la unión? Lo que queremos es que esa unión sea efectiva para animarnos a la gloriosa empresa de nuestra libertad. Unirnos para reposar y dormir en los brazos de la apatía, ayer fue mengua, hoy es traición —declaró.

La audiencia hizo silencio. Bolívar terminó en un grito: "Que los grandes proyectos deben prepararse con calma. ¿Trescientos años de calma no bastan? ¿Se quieren otros trescientos todavía?".

Una ovación tronó en el recinto. La propuesta de Bolívar fue acogida con entusiasmo.

***

Después del mediodía, las esclavas fueron a esperar a su patrona, a

que saliera del convento. Doña Ignacia había enviado a Jonathás y Nathán para que escoltara a su sobrina hasta la casa. Como la jovencita cumplía años, la Superiora había dado el permiso para que Manuela estuviera en su casa el sábado y regresara el domingo por la noche, con la última campanada. Sus tíos le tenían preparada una sorpresa.

—¡Patroncita! ¡Aquí estamos! —le gritó Jonathás cuando Manuela franqueó los portones de Santa Catalina de Siena.

La joven apuró el paso y arropó su cuello con el pañolón (3) de lana gris. La jornada había amanecido con un frente frío y no quería enfermarse. La garganta era su punto débil y había aprendido a protegerlo.

—¡Mis queridas! —las saludó y las abrazó formando un enjambre de brazos. —Que somos unas exageradas, como si hiciera un lustro que no nos vemos.

Rieron las tres a carcajada limpia y emprendieron la marcha hacia la casa.

—Pero qué colores tristes viste, patronita —señaló Jonathás y frunció la nariz.

—Son los vestidos del monasterio, Jona. En casa me esperan mis faldas, no te indignes tanto —y le pellizcó el brazo.

Los aullidos de la negra retumbaron por las calles de Quito. Algunos transeúntes escrutaron anonadados a la esclava, que pasó del grito a la risotada. Las tres se tentaron, los curiosos persistieron con la murmuración.

—En la casa la aguarda un caballero —dijo Jonathás, haciéndose la enigmática y Nathán le pegó un codazo para que hiciera silencio.

—¿Quién? —preguntó una Manuela intrigadísima.

Las negras cerraron sus bocas pero un diálogo de ojos redondos, entre acusaciones silenciosas y enmiendas posibles, siguió adelante. Metieron velocidad a las piernas y llegaron a la residencia.

La joven franqueó la puerta, se quitó el abrigo y llamó a su tía, a voz en cuello. Fue a la sala y allí, junto a su tía y erguido en su silla, se encontraba un señor, de punta en blanco.

—Manuelita, ven para aquí. Antes que nada, te abrazo por tu cumpleaños —la saludó Ignacia y la besó en ambas mejillas. —Y déjame introducirte al artista don Antonio Salas.

Manuela hizo una leve reverencia y le extendió la mano con pocas ganas. ¿Y si este era el candidato para comprometerla? Tanto

hablaban en el convento de que las mozas debían casarse bien y cuanto antes mejor, que los padres o tutores eran los encargados de la búsqueda, y vaya una a saber cuánta cosa más, que lo dio por hecho. Aquí no estaba su querido papá pero había un hombre desconocido en la sala y su tía exudaba una excitación inaguantable.

—Buenas tardes, señor —los ojos de Manuela lo miraron de arriba abajo y Salas hizo una mueca nerviosa.

—Uno de nuestros regalos será un retrato del artista. Salas se ha llegado hasta aquí para pintarte, mi niña —Ignacia se refregó las manos y sonrió complaciente. —Mientras él prepara sus cosas, nosotras vamos a tus habitaciones, te tengo listo el guardarropa para el posado.

La tomó del brazo y juntas se dirigieron hacia sus aposentos. Entraron, y sobre la cama reposaba un vestido negro.

—¿Pero por qué esto? Prefiero ponerme otra cosa, otros colores, tía Ignacia. Me veré muy apagada —refunfuñó Manuela y de atrás llegaron los brulotes de sus criadas.

—¡Se callan, ustedes dos! Por favor, son dos loros, habrase visto —Ignacia giró como tromba y ajustició a Jonathás y Nathán, y volvió sobre su sobrina. —A ti, querida mía, nada te apaga, ni el negro siquiera. Vamos, cámbiate que deberás sentarte durante unas horas nomás. Luego se lleva el lienzo a su casa y allí lo terminará. Y ajústate esta medalla de la familia al cuello, hazme caso. Yo te colocaré un broche cuando vengas a la sala.

Y ahí quedaron las tres, para el acicale correspondiente. Las negras aplaudían, Jonathás sacaba pecho, levantaba la barbilla y emulaba a su patrona. Manuela se reía a carcajadas y se quitaba las ropas del monasterio. Se quedó en jubón (4) y calzón, y las medias de seda. Nathán largó con las palmas y empezaron a moverse al ritmo del uaco (5). Manuela zarandeaba la cadera, era una negra más.

—Vístase patronita, no quiera que la castiguen —le ordenó Jonathás y tomó el vestido. Con cuidado se lo puso, lo ajustó por atrás y dobló las solapas blancas del cuello. Tomó la cinta de seda negra con el colgante en oro y se la prendió en la nuca. —No hay mujer más hermosa que Manuelita Sáenz.

Se retiró unos pasos y la miró con los puños tomados sobre su pecho. Veneraba a su patrona.

—Pensé que me querrían desposar con ese hombre —interrumpió Manuela y lanzó una carcajada.

—Pero ese pintor es poca cosa, el marido suyo debe ser un rey. De aquí o de donde sea. Nuestra patronita merece una corona —balbuceó Nathán entre risas.

Y salieron de la recámara rumbo a la sala. Allí aguardaban Salas y su tía. Ignacia suspiró al verla entrar, le dijo que estaba preciosa. Manuela batió las pestañas y sonrió. Le ofreció la pechera para que su tía le colocara el broche. Cuando estuvo lista, el artista le indicó dónde debía sentarse.

—Píntemela bonita, maestro —sugirió doña Ignacia con picardía.

—No podría ser de otro modo, señora —respondió el artista.

Antonio Salas era el retratista más importante de Quito, aunque se había iniciado, años antes, en el arte religioso. A partir de los primeros años del 800 se había transformado en el encargado de retratar a las familias principales del territorio, incluso había pintado a algunos de los integrantes de la revolución de 1809.

—¿Qué cara pongo? —Manuela se hizo la interesante.

—Señorita, haga lo que haga, quedará perfecta. Usted es especial —el artista había empezado a hacer sus trazos.

A pesar de la solemnidad de la situación, la modelo y el artista intercambiaban bromas y risas. Salas tenía un carácter festivo y la joven lo avivaba. Doña Ignacia le reclamaba chismes del trabajo que había realizado junto a otros pintores en el Santuario de El Quinche (6), para remozarle la decoración. Al conciliábulo estético se le agregó un intenso cotorreo.

Tras unas horas de posado, Manuela miró a su tía con ojos implorantes. Estaba agotada de permanecer sentada y quieta. A las siete de la tarde llegaría su tío de Catahuango para la pequeña celebración que le darían, junto a unos pocos invitados más.

—Tengo ganas de pasear un poco antes de la reunión, tía Ignacia, si me lo permites —rogó Manuela con gesto zalamero.

La dama le pidió disculpas a Salas, este sacudió las manos dando el visto bueno y Manuelita salió a la calle junto a sus dos esclavas.

1- Baile popular, una suerte de cancán.

2- Fue promulgada por las Cortes Generales españolas reunidas en Cádiz el 19 de marzo de 1812. Fue la primera constitución promulgada en España, además de ser de las más liberales de su tiempo. Estuvo en vigor solo dos años, hasta su derogación en Valencia el 4 de mayo de 1814, tras el regreso de Fernando VII a España.

3- Una suerte de mantilla española.

4- Prenda usada debajo del vestido, que realzaba el busto. Especie de chaleco que llegaba con sus mangas hasta los codos. De amplio escote y ceñido al cuerpo.

5- Danza típica negra.

6- En 1630 se construyó el primer santuario para la Virgen de El Quinche, situada al este de Quito.

CAPÍTULO II

Manuela atendería a misa de diez, como todos los domingos. Pero en aquella oportunidad se llegaría hasta la iglesia con sus criadas, ya que su tía se encontraba mala. Doña Ignacia volaba de fiebre, el médico le había recetado reposo absoluto y guay de que no cumpliera las órdenes, no fuera que padeciera del mal del tabardillo (1) y no contara la historia. La señora acató y mandó a las esclavas de escolta, sin antes reclamar —postrada y con los colores de un espectro— que le dedicaran una rogativa para su pronta mejoría, tradición que nunca había pensado en abandonar aunque los galenos impusieran su ciencia y el rigor, y tanto más.

Aprovechando que su tía no la escoltaría a misa, Manuela se acicaló más que de costumbre. El ojo censor de Ignacia estaba siempre atento a los movimientos de su sobrina, sobre todo cuando iba a la iglesia. Había que cuidar las apariencias, más aún en la casa del Señor. Manuela se pellizcó las mejillas para darle color a su piel blanca, hizo un saludo rasante a su tía desde el umbral de la puerta y salió como tejo, seguida por las negras.

—Ni se preocupen por el *quita sol,* quiero sentir el calor de sus rayos sobre mi piel —les dijo Manuela, mientras se aplicaba una manteca carmesí sobre los labios.

—No nos ponga en ese brete, patronita, que después la tía nos deja sordas de los gritos. Si la ve con el cuero pardo va a decir que fue nuestra culpa y nos va a dar de cinchazos —los ojos de Nathán se fruncieron como cáscara de nuez.

Manuelita bufó y aceptó que la cubrieran. Continuaron la marcha y llegaron a la iglesia. Las esclavas desplegaron el manto negro para que su ama se arrodillara y se acomodaron detrás. Manuela siguió el oficio religioso con concentración. Pero la más reconcentrada de las tres fue Jonathás, que al momento de las oraciones las repetía a los gritos y

ponía los ojos en blanco, como si sucumbiera al trance. Manuelita ni siquiera giraba la cabeza, estaba acostumbrada al histrionismo de su ladera, incluso la incentivaba a que desplegara sus dones. No era lo único que la joven Sáenz hacía por sus criadas. En su día libre, las sentaba a ambas, abría el libro que estuviera leyendo de par en par —nunca una papeleta digerible, siempre alguna obra ambiciosa— y les enseñaba, con mucha paciencia, a leer. También les facilitaba sendas plumas, cubría la mano de la discípula con la suya y la conducía en el trazo de las letras. Las negras quedaban azoradas. Como por arte de magia se sentían competentes y listas para todo.

Jonathás apretó la boca para no abalanzarse hacia su ama. Los feligreses, como nunca, miraban a Manuelita. Con disimulo o sin él, la joven era la atracción de los presentes. La negra, cuando sentía que las intenciones de los mirones eran malas, se cruzaba de brazos y no les bajaba la vista. Había que ser guapo para medirse con Jonathás y, como chicotazo, huían de su firmeza. Nathán se hacía la tonta aunque aprobaba la práctica de su cofrade; Manuela miraba hacia adelante, reconcentrada en sus plegarias.

Al finalizar el servicio, los fieles se dirigieron hacia afuera, a paso de procesión. Manuela siguió a la multitud con sus esclavas, una a cada lado. Prestando poca atención a su derredor, las tomó del brazo y plantó su sonrisa de combate, mostrando sus dientes refulgentes. Algunos murmullos zumbaban como moscas, otros se dejaban escuchar con demasiada claridad.

—De tal madre, tal hija, qué barbaridad…

—Cómo es posible que venga con los brazos al aire.

—No debieran permitirle la entrada a la iglesia, que se vaya a otras vecindades.

—Pero me han dicho que el padre ha pagado una fortuna para que la acepten en el convento.

—Descarada, no tiene vergüenza.

Salieron a la calle, Manuela la barbilla en alto. No dijo nada pero había escuchado todo lo que decían de ella. Las esclavas la tomaron con fuerza y la sacaron de allí. Jonathás estuvo a punto de salir en su defensa pero Manuela la detuvo con un apretón. Cruzaron hasta la plaza y se alejaron del enjambre detractor.

—No pierdan un segundo de su tiempo en decirme ni una palabra de aquello —señaló la jovencita mientras se perdía entre el gentío.

—No vamos a hablar de esa gentuza, no —se contradijo la negra,

dio vuelta la cara y les envió una mirada asesina.

Manuela sacudió sus rizos negros y continuó la marcha con la frente en alto, como si no le hiciera mella. Pero no era tan así. Aunque simulaba como una experta, la muchacha acumulaba reveses. Cada desprecio —solapado o en exposición—, cada silencio o mirada torva, o sonrisa socarrona o aguijón por la espalda era una nueva marca en su piel. Llevaba escrito en el cuerpo el listado de nombres que le habían hecho daño por emisión u omisión. Manuela vivía atenta al prejuicio de los otros, sumaba venganzas silenciosas.

—Tenemos muchas horas por delante, mis queridas. A la noche, recién, debo estar de regreso en el monasterio. Así que pasearemos por donde nos dé la gana hasta que volvamos a casa a cambiarme para el encierro —ordenó la jovencita, tomó aire y se llenó de ínfulas.

Se detenían, de tanto en tanto, en algún puesto callejero para mirar la mercadería. Manuela llevaba unas monedas en la cartera, estaba dispuesta a dejarse llevar por la tentación.

—Miren y pidan lo que quieran, mis negras, que aquí estoy yo para pagar —y puso una mano sobre su cintura.

Y siguieron con el paseo lideradas por Manuela, que quiso alejarse un poco de la recorrida de siempre. Les pidió a sus esclavas que la llevaran a su territorio, a los contornos de Quito, a los barrios negros y mestizos. Jonathás intentó cautivarla con otras cuestiones pero fue en vano, Manuela la tironeó y hubo que consentir.

—Pero patronita, los ojos de los mozos se les van a caer de la cara. Los deja sin aliento —observó Nathán y señaló hacia un grupo de muchachos impávidos ante la estampa de Manuela.

La joven largó una carcajada y les dedicó una mirada furtiva, que de solapada, poco. Y empezaron a alejarse de lo conocido para entrar en el terreno nuevo. Jonathás hablaba como loro y desplegaba sus cuentos con revoleo de brazos: que un amigo de ellas, el Bunga, tenía el vicio de robar, no como ellas, que eran puras y santas, y había sido castigado por la justicia por tan enormes delitos, y lo acusaban de tener un pacto con el diablo. Las muchachas jadearon al unísono y Jonathás insistió con que el demonio acompañaba al Bunga y que era mejor estar de buenas con él porque era capaz de maldecir al más mentado y qué miedo.

—No deben asustarse, que si están del lado bondadoso, tienen el paraíso asegurado, mujeres. Ahora, si se confunden, allá ustedes —vociferó Manuela a paso redoblado. —Que yo no las voy a defender.

—Ay, patronita, a veces es difícil para nosotras. Igual, nos ganamos el cielo con los Sáenz —y Jonathás le besó la mano.

—Me son leales y nuestro amor será eterno, mis negras. Ya saben cómo es conmigo, lo que soy, en realidad, es un carácter formidable. Odio a mis enemigos, quiero solo a mis amigos —y se las apretó contra el cuerpo.

***

Tras un viaje interminable dominado por los inconvenientes —un chubasco repentino y el carruaje hundido en el fangal— Ignacia al fin llegó a Catahuango. Recorrieron el camino de entrada, de un verdor exagerado gracias al agua, y el conductor se detuvo en la puerta. Ayudó a la señora a descender y volvió a su sitio para llevar el coche y el caballo al fondo, para la remozada del regreso.

—¿A qué se debe esta visita inesperada? —Domingo salió de la casa al escuchar la voz de su hermana.

—Entremos, que la humedad no me deja respirar en paz —refutó y se quitó el sombrero y el abrigo. —Pídele a alguna criada que me prepare un té de chuquirahua (2).

Ignacia suspiró y se dirigió a la sala. Abrió la ventana de par de par y se sentó. Al rato entró Domingo con una bandeja, dos tazas y la tetera. La apoyó sobre la mesa y sirvió.

—Tómate el té, Ignacia, que te veo destemplada —y le acercó la taza.

—Como para no.

—¿La salud otra vez?

La mujer se perdió en sus cavilaciones, sorbió de a poco y volvió a los pensamientos. ¿De qué le hablaba su hermano?

—Pero si estoy espléndida, hombre. Mejor que tú, incluso.

Lo miró fijo y lo notó un poco desmejorado. ¿Había hecho bien en venir hasta Catahuango a preocupar a Domingo? ¿Y si el enfermo era él? Aunque no era la salud de nadie por lo que precisaba hablar con su hermano.

—Tienes razón, Ignacia. A veces tengo malestares estomacales, pero aguanto, estoico —respondió.

—¿Te tomas un té todas las noches, antes de acostarte? Mira que a mí me ha salvado. Antes de volver voy a hablar con la servidumbre para que te cuide como corresponde —insistió la hermana con gesto preocupado y cambió de tema. —Bueno, pero aquí estoy por otras

cuestiones, que me tienen a mal traer.

Domingo se sirvió la infusión y la bebió de un trago.

—Pude venir porque Manuela está en Santa Catalina; esta sobrina nuestra me perturba demasiado, Domingo.

—¿Le ha pasado algo? —el sacerdote se incorporó más y recién le prestó verdadera atención a su hermana.

—Temo que anda en cosas raras.

Domingo apoyó la taza y puso cara de pocos amigos.

—No me mires así, querido, pero cuando la niña tiene su día libre apenas pone pie en casa. Callejea demasiado, no entiendo de dónde ha sacado tantos humos. Le he revisado sus cosas y le encontré unos cosméticos, que no se me ocurre de dónde los habrá sacado. Temo que en ese convento se haya relacionado con muchachas revoltosas — Ignacia frunció el ceño con amargura.

—¿Pero cómo dices algo así, Ignacia?

—Como te lo digo, Domingo. Los otros días, en casa de los Vergara, me enteré de que una prima de las muchachas, internada en no sé qué monasterio, de buenas a primeras, se llevó a la fuga. Y no es la primera vez que escucho algo semejante, parece que la huida detrás de un hombre es algo habitual. ¿Adónde iremos a parar? —y levantó las manos al cielo.

—Esto no significa que Manuela repita esas prácticas licenciosas — intervino Domingo, queriendo creer en lo que decía.

—Y ya sabemos la herencia que trae…

—Ni se te ocurra decir palabra de nuestra hermana.

Ignacia se cruzó de brazos y bufó. Había confiado que su sobrina estuviera resguardada en el convento, pero con los chismes que le llegaban ya nada la tranquilizaba. Y si Manuela replicaba el ardor sanguíneo de su madre, válganos Dios.

—No afirmo nada aún pero estamos rodeados por descaradas. ¿Has visto cómo están las calles de Quito? Ya no hay cuidados que valgan. Las mujeres andan lanzadas, y los caballeros ni te cuento.

Con Toribio Montes en el poder, la situación parecía haberse calmado. Los realistas habían regresado al mando pero el presidente había sabido manejar los hilos. Había protegido a los insurgentes, incluso se había abstenido de remitir a España al Marqués de Selva Alegre, partícipe de los gobiernos revolucionarios. Esto le había costado una reprimenda y una orden de explicaciones a la corona española. Había ofrecido la excusa de enfermedad del marqués, por lo

que le había permitido reclusión en su finca. Sin embargo, esto no había sosegado la ira peninsular. El cabildo de Cuenca, además, lo había acusado de gobernar a favor de los facciosos y de perjudicar a los verdaderos realistas. Con la restitución de Fernando VII a la corona, se había encendido una nueva ola de confrontación y el envío constante de tropas a América del Sur para recuperar lo perdido.

—¿Qué deberíamos hacer, Ignacia? Nosotros no podemos sacarla de Santa Catalina.

—Le he escrito al padre a Guayaquil, espero que Juana le envíe la misiva a Panamá. No he recibido respuesta —destacó la señora, muy contrariada.

—¿Te parece que me presente contigo en Quito? Tal vez mi presencia atempere las cosas. Manuela confía en mí desde pequeña. Tú la reprendes, yo soy un poco más permisivo, quién sabe, por ahí deposita en mí su confianza y me cuenta qué la aqueja.

Ignacia le regaló una mirada filosa. Su hermano tenía razón, Manuela se le escapaba como el agua entre los dedos, en cambio, con él, era bien querendona. No sabía cómo controlarla, en una de esas, Domingo estaba en lo cierto.

***

Manuela había reparado en la infinidad de uniformes que circulaban por la ciudad. Cada vez que salía del convento rumbo a su casa, la encandilaban esas casacas largas azules, con la vuelta, solapa y collarín encarnados. No podía quitarles los ojos de encima. Los oficiales realistas habían tomado las calles de Quito desde hacía un tiempo, pero Manuela los había descubierto hacía poco. Sobre todo durante el trayecto de ida y vuelta a Santa Catalina. Cuando la custodia la llevaba adelante su tía, disimulaba un poco, pero si era el turno de las negras, no escondía la intención. A cara descubierta, plantaba sus ojos negros sobre las figuras españolas.

Pero aquella tarde, mientras caminaba la Plaza Mayor con sus esclavas, más concentrada en el contoneo y lo que provocaba en los otros, se le acercó un soldado.

—Buenas tardes, señorita. Permítame saludarla, no es la primera vez que la veo por aquí —se anunció y se quitó el *shakó* (3) con una reverencia.

Manuela lo recorrió con la mirada y le sonrió.

—Me gusta su sombrero, oficial —y acarició el pompón.

—A mí sus manos, mi señora —y le calzó el *shakó* sobre la cabeza.

La joven lanzó una carcajada y dio un giro. Los colores de la falda tiñeron la tierra de la plaza.

—Debo continuar con mi camino, ¿oficial? —coqueteó la moza.

Jonathás y Nathán quisieron intervenir pero fue imposible. Los jóvenes se habían liado y los de afuera eran de palo.

—Patronita Manuela, debemos volver a la casa, se hace tarde —Jonathás, como pudo, la reclamó.

—Pero qué bonito nombre tiene, el mío es Francisco —dijo el oficial con zalamería. —Si me permite, me gustaría acompañarla hasta el fin del mundo.

Las esclavas lo miraron desairadas. Ellas eran más que suficiente compañía para su ama. Sin embargo, Manuela accedió a la oferta y revoleó los ojos a sus esclavas para que caminaran varios pasos detrás de ella. Resoplaron pero no hubo manera de modificar la orden.

La parejita no conoció de silencios mientras caminaban. Manuela le contó que estaba internada en Santa Catalina de Siena, que allí recibía la educación que había pagado su padre, pero que extrañaba la vida en la finca de su tío; Francisco, en cambio, que era un oficial realista y formaba parte de las tropas del coronel Sámano, nombrado por el gobernador Montes jefe de la expedición para recuperar el control del sur del Virreinato. El joven oficial se daba corte, a la muchacha le refulgían los ojos.

—¿Han venido a matar quiteños, oficial? —preguntó Manuela, con la voz enronquecida.

—Pero qué dice, mi señora. Hemos desembarcado solo para poner orden, que al parecer lo han perdido —respondió con una sonrisa.

—Si ya ha pasado todo aquello, oficial. Bien ordenados que estamos por aquí.

Manuela pestañeó haciéndose la tonta pero de eso, poco. Sabía que el Reino de Quito vivía de tumulto en tumulto, que sus tíos habían preferido hacer silencio y así evitar que los emboscaran, y su padre había emigrado más lejos aún para esquivar persecuciones de los alborotadores. Y ella, en el medio. No había visto la muerte demasiado cerca, ningún familiar había sido fusilado, pero recordaba demasiado bien los cadáveres que habían sido puestos en exhibición, años atrás. Miró a Francisco y se olvidó de todo. Era tan apuesto, con su calzón blanco y los galones de oro. Pisaba fuerte, el mozo se sabía triunfante.

Algunas miradas curiosas se volvían hacia la pareja. Manuela

llamaba la atención, su caminar ondulante y la rotundez del cuerpo despertaban atracción en los hombres y ansiedad en las señoras. Esta novedad la llenaba de satisfacción, había aprendido a enardecer al mundo y le gustaba.

—Aquí nos despedimos del soldado, patroncita —vociferó Jonathás y se paró delante de ambos.

—¿Pero qué dices, mujer? Si aún falta una cuadra para llegar a casa —Manuela echó fuego por los ojos.

—Por eso mismo —la esclava la tomó del brazo, la trajo hacia ella y le murmuró al oído. —¿Y si la ve su tía? ¿Y si le van con el cuento?

Manuela recapacitó y le dijo adiós al oficial.

—Me gustaría volverla a ver, Manuelita —le tomó la mano y se la besó, mirándola con insistencia.

—No sé qué decirle, oficial —la jovencita le festejó el cortejo.

—No diga nada, sabrá de mí —se despidió, con los ojos bien abiertos y llenos de astucia.

El oficial apoyó su mano sobre el sombrero, dio la vuelta y se retiró. Manuela emprendió la marcha junto a sus esclavas. Tenía palpitaciones, intuía que se adentraba por senderos ilícitos.

1- Enfermedad que se dio durante la época de la Independencia, infecciosa y caracterizada por una cefalea intensa, debilidad, escalofríos, fiebre alta y estupor.

2- Planta muy pequeña de hoja menuda, con todas las virtudes y gusto del mejor té, propia de la zona.

3- Sombrero alto usado desde 1814 por todas las unidades. Cilíndrico y con visera, usualmente adornado con alguna placa frontal y con una pluma o pompón en lo alto. La palabra chacó proviene del húngaro y formaba parte del uniforme de los húsares húngaros del siglo XVIII.

CAPÍTULO III

Manuela esperaba que llegara la medianoche. Era la hora silenciosa. No volaba ni una mosca en el convento, monjas, sirvientas e internas dormían cada cuales en sus celdas, hasta la primera llamada a las cinco de la mañana. Sonó la última campanada y la muchacha se cubrió con el pañolón negro para luego arrastrarse hasta la puerta que la llevaría a la salida.

Durante los últimos días, el joven oficial se había hecho notar. Atento a los dichos de Manuela, había apuntado en su memoria las cosas que ella le había contado. Diligente, rondó por Santa Catalina y entendió la modalidad del monasterio. Temprano por la mañana se abrían sus puertas para volverse a cerrar después del atardecer. Sin embargo, una criada de sonrisa amplia oficiaba de portera y era la encargada de recibir y despachar misivas o recados para las internas. El oficial De las Carreras empezó por hacer buenas migas con la moza hasta que la tuvo de su lado y le entregó la primera esquela para Manuelita.

Señora mía,

Ahora busco escribirle, encontrar las palabras para volver a reunirme con vos. He perdido la paz desde aquel paseo bendito. Desde lo más hondo de mi corazón, le ruego que me admita…

Suyo siempre, don Francisco De las Carreras.

Manuela esbozó una inquietud al recibirla, pero en su fuero interno supo que esto sucedería. Aguardó unos días y escribió su respuesta:

Señor,

El recuerdo de vos aviva mis ojos y me demuestra lo intenso de su sutileza. Me siento anonadada como mujer pero henchida de deseo, casi con escalofríos…

Secreta, Manuela Sáenz.

Las misivas fueron y vinieron, encendiendo el interés a medida que pasaron los días. Hasta que la última fue el pedido concreto del encuentro. El oficial realista declaró ser víctima de una innominable angustia y necesidad de verla, que estaba desesperado, que era capaz de rugir cual tormenta como de susurrar su nombre hasta volverse casi inaudible. Luego de los rodeos obligados, Manuela aceptó.

Metió la llave en la cerradura, la giró dos veces y la puerta se abrió. El corazón le zapateaba el pecho, tuvo que detenerse y tragar aire. Con una calidad superior, le había hurtado la llave a la novicia encargada de la clausura en Santa Catalina. Había esperado hasta que llegara la noche, cuando la monjita se ocupó de todos los cerrojos y depositó la llave en el cajón de la sacristía. En un abrir y cerrar de ojos, Manuela metió mano y se hizo del salvoconducto que la llevaría rumbo a la libertad.

Se cubrió la cara con el manto y bajó los escalones. Miró hacia un lado, al otro, y allí, en la esquina, estaba Francisco montado a caballo. Entre las sombras de la noche, Manuela caminó hacia él, le extendió la mano, él se la sostuvo, puso el pie en el estribo, con la otra se levantó la falda y en un impulso se le sentó detrás. Se apretó contra su espalda y lo instó a cabalgar.

—Soy el hombre más feliz del mundo y la causante eres tú, Manuela —susurró el oficial.

La muchacha sonrió a escondidas y no dijo nada. Tenía palpitaciones, estaba exultante por lo que había hecho, aunque aterrada al mismo tiempo. Se sentía arrastrada hacia un reino de nieblas, a un mundo de ensueño que creía dominar pero del que sabía poco y nada. El oficial, al que solo conocía por sus declaraciones escritas, ahora se daba cuenta de que le resultaba un misterio, y ella se había convertido, de manera furtiva, en su cómplice. Todo aquello la inquietaba aún más.

—Fuguémonos, Manuelita —y sin quitar la vista del camino le

pasó la mano por la pierna, solo cubierta por la media.

Manuela y el oficial realista escaparon rumbo a los montes de Quito. Renunciaron por completo a las precisiones temporales y los compromisos. Se entregaron a una pasión desatada, nueva para ella, reconocida para él. Francisco la inició en las artes del amor, Manuela se apasionó con el soldado. Él prometió la eternidad, ella, joven y bien dispuesta, le creyó. Aunque, de tanto en tanto, unas fauces mitológicas, un animal hambreado la carcomía por dentro. ¿Y si todo aquello era una mentira ruin? ¿Estaba soñando? ¿O tal vez era una pesadilla de la que era mejor escapar? Manuela ansiaba perderse entre los brazos fuertes del soldado, pero cuando se perdía, una voz invisible le advertía que debía tener cuidado. Iba del ardor al escalofrío, cuando creía haber encontrado lo que tanto ansiaba, la asolaba la negrura de la duda. ¿Quién era este intruso? ¿O la intrusa era ella? *Qué tormento ser así… Obtener lo que buscaba y perder toda seguridad ante el logro… ¿Me he olvidado de quién soy? Poco sé de este hombre, aunque esa pobreza me alcanza… Lo quiero cerca pero no tanto, que los ojos de mi cuerpo vean cuán bello es… ¿Será mejor renunciar a él? Es que no puedo, aunque quiera…*, musitaba Manuela.

Pasaron los días y Francisco, sin anuncios ni advertencias, montó de nuevo su caballo. Manuela, como siempre, se mostraba alegre, llana, locuaz. La procesión iba por dentro. No comprendía qué pasaba y una puntada le perforó la panza. Volvió a extenderle la mano y ella entendió todo. Regresaron a Quito, él solo adujo obligaciones militares, que el deber lo llamaba y marchó rumbo al convento.

Llegaron a la puerta de Santa Catalina con la penumbra del atardecer. Manuela miró en derredor, se mantuvo estoica sobre la monta. El oficial le demandó que descendiera, ella tragó con dificultad y cumplió con el pedido. Con la melena revuelta y las manos hechas puño, Manuela lo vio escapar al galope. Aguantó las lágrimas, esperó a que su seductor girara para despedirse. No lo hizo. Se quedó sola en la calle. Sintió el dolor de la estocada, las entrañas aullaron de ira, pena y tanto más, pero, impasible, avanzó hacia la entrada. Llegaba a horario para que la recibieran.

***

—Te lo advertí, Domingo, lo sabía —manifestó Ignacia, entre el enojo y la desesperación. —¿Acaso he merecido esto, yo, que la he ayudado y criado como a una hija?

Los hermanos estaban en la sala, discutiendo acerca de la noticia monstruosa que habían recibido: Manuela se había fugado de Santa Catalina. La abadesa había enviado la misiva con una de las externas, haciéndoles el anuncio. En pocas palabras, se quitaban toda responsabilidad y le entregaban como paquete a la personalidad díscola de la muchacha.

—¿Pero de qué hablas? No eres tú la que importa en estos momentos, Ignacia. Me preocupa Manuela, no tu diatriba. No me conformo con la pobreza del informe del monasterio. Iré en persona para que me completen esta esquela infame.

—Ni lo intentes, Domingo. Me adelanté y fui ayer, apenas recibí esto —y alzó la mano con el papel apretujado —y me mandaron de vuelta. Nadie me recibió, ninguna religiosa me dio explicaciones.

Hacía días que la joven faltaba a Santa Catalina. De inmediato notaron su ausencia y en conciliábulo decidieron, en principio, que lo mantendrían en secreto. Sor Teresa, la tutora de Manuela, no daba crédito a lo que había sucedido. Le parecía imposible que su discípula llegara a tanto, que se atreviera a desafiar las normas, que hubiera abandonado la buena senda, que ya no fuera aquella muchachita inquieta y buena que había educado.

Cuando vieron que la cosa pasaba a mayores y las horas corrían sin novedad, resolvieron que debían notificarle a la familia. Procedieron las encomiendas, una hacia la residencia de los Aizpuru, la otra con un chasqui a Guayaquil. El padre de Manuela tardó más en enterarse, su esposa recibió la misiva y tras leerla y pegar un alarido, la envió rumbo a Panamá, donde Simón estaba instalado haciendo negocios. Afligido porque la distancia le impedía actuar, le ordenó a doña Juana que enviara a dos hombres de su confianza a Quito para que resolvieran el ultraje.

Los caballeros se dirigieron al convento y se anunciaron con caras de pocos amigos. Con ellos la respuesta fue diferente. Como venían de parte de Sáenz, la abadesa les abrió las puertas de su despacho y los puso en autos: que daban por hecho que la señorita había escapado junto a un oficial que la había rondado durante unos días, que desestimaban que hubiera sido un rapto porque la susodicha había respondido con algarabía a los mensajes. De todo aquello se habían enterado por la confesión de la portera, que había sido cómplice en la entrega de esquelas y ya se encargarían de la torpe. Los emisarios se retiraron sin antes reclamarle a la Superiora que ellos eran los

encargados de la niña y por pedido explícito del padre, y que por favor, aquello se mantuviera puertas adentro, que el honor y la hidalguía y los escudos y cuánto más.

Ya de noche, y cuando menos lo esperaban, unos golpes llamaron a la puerta. Ignacia y Domingo se miraron atónitos. No eran horas y tampoco esperaban visitas. El mayordomo llegó con paso cansado al vestíbulo y quitó los cerrojos. Allí, del otro lado, estaba Manuela.

—¡Señorita! ¿Qué hace sola a estas horas de la noche? —gritó el criado y la metió para adentro.

Manuela estaba con la melena suelta, desgreñada y las mejillas encendidas, con rastros de llanto. El alboroto, en el medio del silencio, alertó a los integrantes de la casa. Domingo e Ignacia corrieron a la entrada, y desde la cocina y como tromba, las esclavas hicieron lo suyo.

—Manuelita, ¿qué te ha pasado?

—Mi niña querida, ¿estás lastimada?

—¡Patronita! ¡Nosotras cuidaremos de usted!

Unos y otros vociferaron y la arrastraron a la sala. Doña Ignacia ordenó que le trajeran una sopa bien caliente, Nathán corrió hacia adentro en busca del alimento, Domingo pidió que callaran de una vez y Jonathás se acurrucó contra las piernas de su ama.

—Me echaron del convento —anunció la joven y se quitó unos rulos de la cara.

—M'hija, pero la abadesa nos dijo que no estabas allí, que te habías fugado —la interrumpió Ignacia y le ofreció el tazón de sopa que llegó de la mano de la esclava.

Manuelita suspiró y de a poco fue relatando lo que le había sucedido —con algún que otro faltante indispensable de información — hasta el arribo a Santa Catalina, y el revés inmediato que había recibido en la sacristía. La abadesa la había esperado para decirle que debía irse, que le estaba vedado pisar el suelo sagrado del monasterio y que había dado aviso a su padre.

—¿A tu padre? ¿Pero qué tiene que ver Simón en todo esto? —preguntó Ignacia.

—¿No es el dueño de mi destino? —Manuela buscó a sus tíos con ojos pendencieros.

—¡Por favor, Manuela!

—Y parece que envió a sus representantes a Santa Catalina. Me lo contó mi querida Aurelia, la portera, antes de recibir el repudio de las

monjas.

La joven sorbió la sopa de a poco, la comida caliente le vino bien. Se dio cuenta de que estaba muerta de hambre. Se paró y les anunció que se iba a la cocina a comer un poco de pan con queso. Los tíos y las esclavas fueron detrás.

Manuela durmió en su cama y las esclavas montaron guardia en la puerta. Al día siguiente, bien temprano a la mañana, se presentaron los emisarios de Simón Sáenz. Sabían que la muchacha estaba en la casa, traían la orden de sacarla de allí y cuanto antes. Le hicieron entrega de la carta firmada por el padre: les reclamaba a su hija, que luego del acontecimiento atroz que había protagonizado debían apartarla de Quito; necesitaba impedir todo tipo de habladurías, había que limpiar la honra de Manuelita.

Nadie denegó la advertencia. Ni Ignacia ni Domingo pudieron oponerse al pedido de Sáenz. Estaba en lo cierto, el cuento correría igual que un reguero de pólvora y en un abrir y cerrar de ojos explotaría como bala de cañón.

Despertaron a su sobrina, le armaron un breve equipaje y, cuando estuvo lista, fue al encuentro de los hombres. Levantó la barbilla, les dedicó una mirada que metía miedo y se encomendó a la resolución de su padre. Acompañada por sus esclavas, Manuela fue escoltada a Guayaquil, para luego encontrarse en Panamá con don Simón Sáenz.

***

Eran tiempos convulsionados en América del Sur. El año 1816 había quebrado el continente en dos, rompiendo cadenas en un lado e insistiendo con la eterna embestida entre independentistas y españoles por el otro.

En 1815, el renovado Fernando VII había enviado fuerzas desde la península y logrado establecer el dominio español en casi toda América. El único foco rebelde que continuaba con sus colores en alto era el sur, el Río de la Plata. Los patriotas de aquel lado del Globo desafiaban a capa y espada el avance realista. En abril de aquel año, un golpe acababa con el gobierno centralista del Director Supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata, el general Carlos María de Alvear y los revolucionarios demandaron la convocatoria de un Congreso General Constituyente. Soplaban nuevos aires, buscaban la liberación.

Sin embargo, la situación de los independentistas en la frontera

noreste del territorio no había logrado afianzarse hasta bien entrado 1816. En marzo, el general porteño José Rondeau —que había sufrido una derrota brutal meses atrás en Sipe-Sipe— había aceptado firmar un tratado con el caudillo salteño Martín Miguel de Güemes, entregándole la defensa de la frontera. A partir de aquel momento, los hombres de Güemes sostuvieron la lucha en el norte para que las tropas nacionales, a cargo del general don José de San Martín, pudieran avanzar contra los enemigos realistas más allá de la Cordillera de los Andes hacia Chile, para seguir luego hacia Perú.

Llegó el 9 de julio de 1816 y, reunidos en una asamblea en la ciudad de San Miguel de Tucumán, las Provincias Unidas en Sudamérica rompieron vínculos de dependencia política con la monarquía española. El general Juan Martín de Pueyrredón se consagraba como el nuevo Director Supremo.

Pero en Nueva Granada, la situación era completamente diferente. En 1815 habían desembarcado en Caracas diez mil hombres enviados por la corona española y liderados por el teniente general Morillo, para desbaratar la revolución en Nueva Granada. Morillo había entrado y tomado Cartagena, condenado a varios insurrectos y dado inicio a un régimen de terror.

En tanto, Simón Bolívar había desembarcado en Los Cayos de San Luis, en Haití, a pesar de la insistente vigilancia de las naves españolas. En reunión con el presidente Alejandro Petión, Bolívar había sumado intereses comunes: el gobernador de la isla temía por el arraigo de los poderes metropolitanos de Europa en América y le ofreció ayuda para los venezolanos y granadinos, siempre y cuando se terminara con la esclavitud en el Nuevo Mundo. Bolívar, por su parte, le confió su malestar por las graves divisiones a raíz de los personalismos de los caudillos patriotas, que habían quebrantado y seguían haciéndolo, la unidad de las fuerzas republicanas. Se precisaba, con urgencia, la figura de un hombre, la autoridad de un solo hombre para que llevara adelante el mando de la expedición destinada a un nuevo asalto contra el continente.

Al poco tiempo, el puerto se convirtió en el punto de encuentro de los jefes y soldados que los realistas habían empujado fuera del continente. Con todos esos hombres allí reunidos, Simón Bolívar propuso una convocatoria de asamblea de oficiales para solicitar, entre otras cosas, el nombramiento del alto mando de las fuerzas expedicionarias. Hubo favores y también oposiciones. Como era de

esperar, las diferencias, rencores y ajustes de cuentas fueron moneda corriente. El grupo que buscaba limitar al máximo las atribuciones del director de la guerra —Simón Bolívar— llegaron incluso a expresiones funestas. Además de los enfrentamientos personales, hubo retos a duelo, y el más rimbombante, el de Mariano Montilla al venezolano. José Francisco Bermúdez hizo votos formales y públicos, junto a otros compañeros, para atentar contra su vida.

Las trifulcas continuaron durante varios días, hasta que Petión resolvió interponer su autoridad para acabar con esa clase de divisiones y ordenó reconocer la autoridad de Simón Bolívar. El hombre de frente amplia, ojos vivos y castaños, nariz recta y mentón fuerte, de patillas largas y bigote rojizo se mostró con el ánimo elevado. Se supo triunfador.

CAPÍTULO IV

—Me has hecho sentir una reclusa, papá —Manuela increpó a Sáenz apenas pisó suelo panameño.

—No digas eso, hijita. Lo único que he hecho ha sido protegerte —y la apretó contra su pecho.

Manuela acababa de desembarcar en el puerto junto a sus negras, que no la dejaban ni a sol ni a sombra, y los caballeros que la habían arrancado de Quito. El viento de la ribera la obligó a cubrirse con el pañolón, la muselina de su vestido se le enredaba entre las piernas.

—¡Nos volamos, patronita! —Jonathás se apretó el sombrero colorado contra la mota renegrida.

Sáenz les demandó que lo siguieran hasta el carruaje, que los esperaba a unos pasos de allí. Entre los hombres y las negras acarrearon el equipaje de Manuela y lo colocaron en la parte de atrás. Don Simón despidió a sus hombres de confianza y junto a las tres mujeres se dirigió hacia su residencia. Mientras, su hija observaba con asombro aquella ciudad nueva por la ventanilla. Dejaron atrás la playa para adentrarse en la ciudad, que aunque bastante más reducida que Quito, tenía unas construcciones deslumbrantes. Manuela estaba fascinada, pero no quería que su padre lo notara.

—Verás qué casa bonita tengo aquí, hija mía. He mandado a que te prepararen unas habitaciones con todo lo que te haga falta —Sáenz quiso comprarla, su hija continuaba con la mirada perdida en el camino.

El viaje de Quito a Guayaquil había sido interminable. Noches y días montados a caballo, sin importar aguaceros ni soles rajantes. Manuela llegó destruida a la casa de su familia paterna, sin la presencia de su padre para recibirla. Doña Juana le había abierto las puertas y tratado, como había podido, de no castigarla. Si por ella hubiera sido, la hubiera enviado al instante a algún claustro perdido.

Pero Manuelita había sabido ganarla y, encerradas en su recámara, le había confesado su ingenuidad y la devolución de sinsabores.

—He sido tan crédula, mamacita. Tan tonta, tan torpe —y había llorado sobre su regazo.

Doña Juana la había tomado de las manos y prometido que cuidaría de ella. Y que no se preocupara, su padre ya había encargado que encontraran al canalla y dieran cuenta de él. El corazón de Manuela había dado un vuelco con el anuncio, oscilante entre la protección y una desmesurada sed de venganza. Cuando los ánimos se hubieron suavizado, la metieron en el barco y rogaron que los vientos soplaran rápido hacia el norte. Aunque la habían escondido y se encontraban a leguas de Quito, el rumor sordo de "es lo que cabía esperar de una bastarda" se había multiplicado como los panes y peces.

Llegaron a la residencia panameña y en la puerta los esperaba el séquito de Sáenz. La ayudaron a descender y la llevaron a sus aposentos. Los ojos de Manuela brillaron, era una estancia enorme, la cama era alta, con baldaquino y mosquitero, y una infinidad de almohadones con cobertores de lino blanco. El escritorio con estrado de madera y apliques de hierro, las sillas y el gran espejo veneciano la dejaron sin aliento. Su padre la observaba desde la puerta, sonreía para sus adentros. Manuela giró y lo miró, él le pidió que se acomodara y que luego lo buscara en su despacho. Se fue y cerró la puerta. La joven probó la cama, rebotó como pelota, se sentó en las sillas, jugó al cortejo invisible, abrió la infinidad de cajoncitos del escritorio, todos estaban vacíos. ¿Y si empezaba a llenarlos con esquelas secretas? Allí podría esconder lo prohibido. Pero la puerta se abrió y entraron las criadas de la casa y sus esclavas. Se dispusieron a desarmar el equipaje y a ordenarle la ropa. Manuela descansó en sus leales Jonathás y Nathán, y salió presta al encuentro con su padre. Se detuvo en el camino, abrió algunas puertas, espió habitaciones armadas de punta en blanco, hasta que llegó a la sala. Observó un poco más y se dirigió al despacho.

—Aquí estoy, papá.

Cerró la puerta y permaneció erguida, con las manos tomadas por detrás.

—Siéntate aquí, hija —Sáenz le señaló el asiento. Esperó a que la joven se acomodara y siguió. —No me gusta que me digas que te encarcelo.

Manuela levantó la barbilla y se dispuso a responder como una fiera. No supo de dónde sacó el temple pero optó por el silencio.

—Sé todo lo que ha sucedido, por lo que has pasado y las consecuencias que esto te ha traído. Y quiero que sepas que no solo a ti, esto repercute en nosotros, en la familia. Las habladurías…

—Pero calla, papá. ¿Quién dice qué…? ¿Qué hablan, si no tienen la más remota idea? —empezó a elevar la voz. —Que no se atrevan a nombrarme…

—Ay, Manuelita, ese ímpetu guárdalo para ti, para otras cosas, no lo uses en pos de la ira. Y no voy a hablar del sinvergüenza que te ha empujado a semejante vileza —Sáenz miró hacia abajo y tomó aire.

Manuela no dijo nada, eligió omitir que nadie la había empujado, que había elegido el abismo de la pasión sin saber hacia dónde se dirigía. Se paró y se acercó a su padre, que permanecía sentado. Se hincó a sus pies y lo tomó de las manos. Se sentó en el piso y apoyó la mejilla sobre su regazo.

—No quiero sufrir, papá. Abrázame como cuando era pequeña, necesito el solaz de tus brazos —murmuró.

—Por supuesto, hija querida. Nada debes temer junto a mí, ya verás, la felicidad regresará a tu espíritu.

Y le acarició los rizos negros. Manuela no escondió las lágrimas.

***

Tras la declaración de la Independencia de las Provincias Unidas de Sudamérica a mediados de 1816, el gobernador de la Intendencia de Cuyo, don José de San Martín, comenzó con los preparativos de la campaña al Perú y se dedicó a organizar el Ejército de los Andes, con el que emprendería la marcha hacia el norte.

El General se había reunido en Córdoba con el director supremo, Juan Martín de Pueyrredón, para darle detalles de su plan libertador. Pueyrredón había prometido víveres y fondos pero no alcanzaron. San Martín buscó el modo de reunir más dinero y reclamó contribuciones obligatorias a todos los hacendados y comerciantes. Además, ordenó la confiscación de los bienes de los realistas que no se unieran a la causa independentista.

Formó un campamento militar en El Plumerillo, a unas cuantas leguas al noreste de Mendoza, y allí se ocupó del adiestramiento de soldados y de la fabricación de uniformes y armas. Pero los fondos no llegaban, se precisaban ropas y calzado que pudieran desafiar las

temperaturas gélidas de alta montaña.

A pesar de la infinidad de dificultades que retardaban la partida, San Martín hizo caso omiso y gritó a sus hombres que darían comienzo, de un momento a otro, a la campaña libertadora. Sabía que la avanzada hacia Chile no sería fácil, el cruce a través de la cordillera de los Andes sería un riesgo monumental, pero su enjundia era mayor que cualquier obstáculo. Se reunió con los caciques mapuches y les pidió permiso para invadir Chile a través de sus tierras. Los indios aprobaron el reclamo pero uno de los caciques apuró el paso, se reunió en secreto con el capitán general de Chile, don Casimiro Marcó del Pont, y delató el plan de San Martín. Sin embargo, el General había encomendado, en misión de espionaje, a su armero José Antonio Álvarez Condarco a que fuera a entrevistarse con Marcó del Pont y, de paso, reconociera y memorizara los accidentes del terreno. El Capitán General lo descubrió, expulsó del país a Álvarez Condarco y anotó en su pasaporte: “Yo firmo con mano blanca y no como la de su general, que es negra”. En realidad, San Martín difundía noticias falsas buscando desconcertar a enemigo y enviaba partidas de soldados a distintos puntos de la cordillera para confundir acerca del lugar en el que serían atacados. Esta táctica, la “guerra de zapa”, ayudó tanto al ejército de los Andes como a los patriotas chilenos.

San Martín continuó con la preparación de su Ejército. Pueyrredón insistía con la demora de dividendos y le reclamaba a su amigo que la situación empezaba a ponerse fea dentro del país. Un incipiente enfrentamiento entre centralismo y autonomías atraía las miradas de los detentores del poder. Las fuerzas y la concentración debían ponerla dentro del territorio, no en Chile y mucho menos en Perú.

José de San Martín no quiso distraer su propósito, empezó a quedarse solo. Esta decisión le valió el estigma de algunos líderes centralistas —en especial el de Bernardino Rivadavia— que llegaron a señalarlo como un traidor. A pesar de todo, el 12 de enero de 1817 inició el cruce de los Andes en dirección a Chile.

El 16 de agosto de 1816, Simón Bolívar había arribado a las playas de Güiria, en el Golfo Triste, Venezuela, donde el general Santiago Mariño había establecido su cuartel general. Allí, Bolívar debió vérselas con el general Francisco Bermúdez, quien intentó, por todos los medios, de privarlo del mando que se le había consignado en Los Cayos.

A la semana de haberse afincado, Bolívar dormía plácidamente en

la casa que lo alojaba, pero un griterío lo despertó.

—¡Muera Bolívar!

—¡Abajo el dictador!

Una multitud excitada gritaba en las cercanías de su residencia. Bermúdez, su enemigo, arengaba a la muchedumbre para que lo arrojaran de la ciudad. ¡Fuera con este cobarde, echarlo de nuestras huestes, inservible y bueno para nada!, azuzaba su rival. De un momento a otro, Bolívar, vestido y con la frente en alto, se dirigió al centro del tumulto. Fue recibido a grito pelado. Bermúdez desenvainó su espada y lo atacó. Los filos de ambos se cruzaron, mientras la tromba gritaba y arrojaba piedras contra Bolívar.

Viendo que la situación escalaba de mal en peor, Bolívar, con su espada en alto y defendiendo su posición, empezó a retirarse rumbo al embarcadero, donde algunos marineros lo ayudaron a subir a una barca y a alejarse, mientras el pedrerío volaba desde la orilla.

El mar del Caribe volvía a cobijarlo, debía buscar amparo entre los leales. Su instinto le murmuró que debía regresar a Haití, junto a su camarada, el presidente Petión. La Campaña Admirable, la misma que había sido su vida durante los últimos años, no podía derrumbarse, debía seguir adelante para liberar a su América. Y les repetía a sus confidentes:

—Los americanos, ansiosos de la paz, ciencias, artes, comercio y agricultura, preferirán las repúblicas a los reinos. Chile está llamado a gozar de las bendiciones que derraman las dulces y las justas leyes de una república; Chile puede ser libre. Perú es una región difícil, mucho hará si consigue recobrar su independencia…

***

Manuelita se había adueñado de las calles de Panamá. Al poco tiempo de llegar se animó a recorrer la ciudad como si la conociera de toda la vida, además de prestarle atención a los asuntos de su padre. Como la joven era despierta, Sáenz se atrevió a encomendarle algunas actividades. Manuela cumplía como una negociante avezada. La sentaba a su lado para que lo ayudara con los números, hasta que no necesitó más de su fiscalización y pudo sola. Si había algún error, o un empleado había pasado algo por alto, Manuela lo descubría. Rápidamente se convirtió en su asistente más completa.

Además del trabajo, la señorita asistía a cuánta fiesta se celebraba, le había encontrado el gusto a la diversión de las noches panameñas.

Se hizo de amigas de la sociedad y nunca faltaba en la lista de invitados. Cuando Manuela avanzaba en los salones, las miradas convergían en su porte. Sabía esperar el momento perfecto para hacer sus entradas, con el andar pausado de una pantera en estado de alerta. Sus modales también destacaban, los presentes buscaban su compañía. En estas reuniones, Manuela había aprendido a fumar, costumbre típica del lugar, además de beber. Se manejaba con tanta gracia, que los caballeros imploraban por sacarla a bailar, o tan siquiera que les dedicara una palabra. Manuela se reía con ganas y regalaba miradas y silencios.

Una tarde, la joven se acicalaba para salir. Sus esclavas la ayudaban a vestirse y a empolvarse la nariz. Se había probado una infinidad de vestidos, ninguno le resultaba. Jonathás le ofrecía uno, pero que los colores, que patronita, que la más bella de la comarca, y Manuela no se conformaba. Nathán, bonita como pocas, se colocaba las sedas sobre su cuerpo y la emulaba en el contoneo. Las carcajadas inundaban la alcoba.

Y salieron las tres, tarareando algún son, hacia la puerta de calle. El carruaje la esperaba, la llevaría hacia la diversión, qué alegría.

—Hija, ven que quiero hablar contigo —sonó la voz del padre desde adentro.

—Ay, papá, me espera el cochero, estoy yendo a lo de los Beltrán, celebran una fiesta —Manuela frunció el ceño y tomó envión para seguir.

Sáenz apareció en el umbral de su despacho y con un gesto serio la conminó a que abandonara el plan y lo siguiera. La muchacha le hizo caso. Le indicó que se sentara.

—Voy a elegirte un hombre para desposarte, hija.

—¿Cómo dices? —Manuela se incorporó como chicotazo. Nunca imaginó que aquella era la urgencia de su padre.

—Lo que escuchas, Manuelita. Tienes 19 años, estás en edad de casarte, y hace rato ya. Mal que nos pese, hasta aquí te ha perseguido esa fatalidad que todos preferimos olvidar.

Sáenz apretó la mandíbula. Sabía bien que el pasado de su hija había cruzado fronteras y que si no la casaba cuanto antes, terminaría soltera o siendo la amante de algún caballero casado. Conocía bien aquellas historias y no quería esa realidad para su niña. La correspondencia con su esposa había trajinado de un lado al otro, con la preocupación y urgencia para que se resolviera la situación de una

vez por todas. Doña Juana le advertía a su marido y, si no encontraba una solución inmediata, lo había amenazado con llegarse hasta Panamá con el candidato para Manuela.

—Yo lo he olvidado y con eso es suficiente, papá —Manuela se puso colorada de rabia.

—Me entristece tanto tener que decirte que no, no vale tu olvido, Manuelita. El resto se ocupará de recordarte constantemente esa desgracia. Y aunque creas que con ignorarla estás hecha, cualquier soplido levantará el polvo. Hazme caso, atiéndeme, que de esto sé muy bien —don Simón no quería hablar del sino que teñía a su hija, quería quebrar su destino, quería casarla, que pudiera lavar las miradas desconfiadas, que fuera la señora de alguien y no la impura que persiste en el camino del mal.

—Estaba tan contenta de estar aquí contigo —Manuela bajó la vista y se tomó las manos. En un hilito de voz, continuó. —Ahora, en cambio, todo se derrumba.

—¿Pero qué dices, hija mía? La ley de la vida es el matrimonio y luego la procreación.

Manuela miró a su padre de reojo. Las leyes de las que tanto hablaba no las había cumplido con ella.

—No me pongas esos ojos, no quiero que me emules, tú eres mucho mejor que yo, Manuela.

—Tal vez tengas razón, papá. Pero quiero que sepas que te haré caso contra mi voluntad. Sé que debo cumplir y obedecerte —Manuela se sacudió los rulos. —Confío en que me ofrecerás a un hombre que valga la pena, no a un truhán de poca monta.

Sáenz largó una carcajada. Su hija lo descolocaba, era atrevida pero le provocaba adoración. Le prometió que encontraría un caballero hecho y derecho, no un jovenzuelo de bríos pero de palabra endeble.

***

El inglés se anunció a la hora pactada. Puntual, como era de prever, el señor James Thorne le entregó su sombrero y la capa al sirviente, y este lo condujo hasta el despacho. Allí lo aguardaba Sáenz.

—Estimado, buenas tardes. Me siento halagado de que haya aceptado mi llamada. ¿Desea algo de tomar? —le dio la mano con firmeza y le señaló dónde sentarse.

Thorne asintió y le respondió que aceptaría lo mismo que él, así

que Sáenz dio la orden y se acomodaron. Los señores se conocían desde hacía un tiempo, de cuando don Simón había abandonado Quito tras la rebelión de los insurgentes y la asunción de sus rivales al poder. Se habían conocido en Guayaquil, habían compartido reuniones y charlas de negocios. Incluso Sáenz había recibido ayuda por parte de Thorne: crédito y nuevos clientes.

James Thorne había nacido en Aylesbury (1), una pequeña localidad al oeste de Londres, y era uno de los pocos comerciantes británicos y buscadores de fortuna que había empezado a filtrarse en las colonias españolas tras la culminación de las guerras napoleónicas. Había desembarcado en Lima en 1812, tras un largo viaje desde Cádiz. Hombre misterioso y de pocas palabras, había arribado con pocas credenciales pero mucho interés en ganar dinero. Era un hombre rico y había acumulado su patrimonio como comerciante marítimo involucrado en el tráfico entre el Callao y otros importantes puertos del Pacífico. Gracias a los problemas constantes que afectaban a los navíos españoles en las rutas del mundo, el negocio prefería a extranjeros como él. En los mares se libraban varias batallas, el inglés sabía cómo evitarlas. Era propietario de, por lo menos, dos embarcaciones, también de un bergantín llamado *Columbia*, que distribuía telas y otros productos ingleses, además de azúcar y trigo, en los mercados de Valparaíso, Guayaquil y Panamá. Y por si esto fuera poco, Thorne había sabido relacionarse como un experto. Se había acercado a las familias de la sociedad limeña, en particular con el adinerado terrateniente don Domingo Orué y Mirones. No solo era su amigo, sino que también le administraba varias de sus propiedades, entre ellas, la hacienda Huaito, una de las plantaciones de azúcar más prósperas de la provincia del Chancay.

—Tome, James —el dueño de casa le ofreció una cerveza. —He traído una carga desde su país.

—Hace ya mucho tiempo que no piso Inglaterra, Simón, tampoco tengo planes de hacerlo a la brevedad. Pues, muchas gracias —y bebió un sorbo.

Hablaron de compras, ventas, ganancias y pérdidas durante un buen rato. El comercio era el tema que compartían, sin embargo, Sáenz lo había recibido en su casa por otras cuestiones.

—Me gustaría hacerle una propuesta, James —Simón empezó por cambiar el tema de conversación. —Usted sabe que le debo mucho.

—Dígame, estimado.

—Como bien sabe, tengo a mi familia en Guayaquil, aunque algunos andan desperdigados por aquí y allá. Mi varón, José María, ha sido ascendido a teniente de milicias y presta servicios en Cuenca. El presidente Montes lo ha felicitado por su proceder.

—Pues mire usted…

—Pero no lo he invitado para hablarle de mi hijo.

Thorne aguzó la mirada y carraspeó. Se cruzó de piernas y aguardó a que continuara.

—Bien sabe que tengo otra hija aquí conmigo, mi niña Manuela. Es preciosa, pero qué voy a decir yo, aunque el mundo entero confirma mis dichos —anunció Sáenz con el rictus ablandado. —Tiene 19 años y solo confiaría en usted como su esposo.

Thorne abrió los ojos. No había imaginado que la ofrenda sería su hija. Tampoco había pensado en casarse, los negocios lo tenían capturado. Aunque, pensándolo bien, ya estaba en edad.

—Me gustaría que la viera, la puedo llamar, está en su recámara —Simón se apuró. —Verá que no miento. Incluso quiero decirle, antes de que la vea, que con ella le ofrezco una dote de ocho mil pesos oro.

Sáenz esperó la respuesta. Que el inglés aceptara casarse con su hija profundizaría la relación que tenía con él. Además de colocar, al fin a Manuela, la unión le daría una ventaja monumental. Thorne podría convertirse en un aliado, alguien que lo ayudara a sostener las ganancias que había logrado. Era un yerno perfecto, incluso doblaba en edad a su hija.

—Me toma por sorpresa, mi querido Simón —James cavilaba, era de tiempos lentos. —Pero no voy a rechazar la presentación de su hija.

Sáenz mandó a llamar a Manuela. La joven tardó unos minutos en entrar al despacho de su padre. No tenía idea de lo que planeaban.

—Ven, querida, te presento a James Thorne.

Manuela se adelantó y le extendió la mano con solemnidad. Fue imposible robarle una sonrisa.

—Buenas tardes, señor.

El inglés quedó pasmado. Jamás había estado frente a semejante beldad.

—Señorita, estoy encantado de conocerla.

Y miró al dueño de casa. Con los ojos le dijo que sí.

1- Actual sede del condado de Buckinghamshire.

CAPÍTULO V

De un portazo, Manuela se encerró en su dormitorio. Las negras fueron detrás, intentaron abrir pero le había echado llave. En un grito le reclamaron qué era lo que le pasaba, que cuidado con el veneno de las entrañas, no fuera a enfermarla, que sacara el diablo para afuera y una sarta de improperios que tampoco ayudaron para que las recibiera en su cuarto.

—Que no me caso, que están todos locos. ¡Es un desconocido! —vociferó Manuelita desde el encierro.

A los días del pacto celebrado entre Sáenz y Thorne, su padre le había anunciado la novedad. Como tromba y sin respuesta, había escapado hacia sus habitaciones. Al escuchar las razones, Jonathás y Nathán abrieron los ojos como plato. Recién se enteraban acerca de la boda de su ama, asunto peculiar, ya que, casi siempre, estaban al tanto de todos los movimientos de Manuela. Incluso habían sabido esconder, bajo cientos de llaves, la escandalosa fuga de la niña. No fuera que las echaran a patadas de la casa. Si bien aquel oficial imprudente se las había arreglado con la portera del convento para iniciar el devaneo, las esclavas habían escuchado, mientras el asunto era epistolar, la confesión de Manuela cuando la cosa pasó a mayores. Las negras sabían todo, incluso antes de que sucediera.

Don Simón avanzó con paso firme desde el otro sector de la casa y les ordenó a las criadas que se retiraran de la puerta.

—Pero patrón, ¡tenemos cosas que hacer por aquí!

Repitieron las negras ante el caso omiso del hombre. Este levantó el brazo y las mandó a mudar.

—Ábreme, hija. No tiene sentido que te encierres. Hablemos como personas civilizadas —le dijo Simón.

Manuela temblaba de furia y terror. Al rato, destrabó la puerta y lo dejó entrar. Con ojos desesperados se hizo a un lado. Su padre le pidió

que se sentara en el borde de la cama y arrimó una silla para él.

—Vamos a ver, no te entiendo, Manuelita —y la buscó con la mirada.

No levantaba la vista del piso, la joven estaba nerviosa, la calma la había abandonado hacía rato. Su padre extendió la mano, la tomó de la barbilla y le levantó la cara.

—Es un anciano, papá —dijo como pudo.

—¿Pero cómo dices una cosa así? —Sáenz la retó y lanzó una carcajada corta. —¿Qué me queda a mí, entonces?

Su hija le devolvió una sonrisa y la situación se suavizó.

—Préstame atención, hijita. Si te desposas con Thorne, a mí me tranquilizarías por completo. Es tu pasaje a la libertad, serás la esposa de un hombre rico.

—Pero soy la hija de un hombre rico, papá.

—Eso no alcanza, Manuela.

La joven sintió una puntada en la panza, pensó en sus estupendas salidas de salón en salón, la diversión constante, sin ataduras, repleta de cortejos y alegría. Con ese marido todo se iría por la borda.

—Te agrego un imponderable, además. En poco tiempo viajo a España. Ya no puedo quedarme más en América, la situación es acuciante, mis negocios se verán arrasados por los acontecimientos. El resto de la familia me sigue a Europa. ¿Harías tú lo mismo? —le preguntó con la ceja levantada.

—No papá, yo no me quiero ir —Manuela lo miró de frente. No podía imaginarse fuera de su tierra, el Viejo Mundo le interesaba poco y nada.

—James Thorne es un buen hombre, m'hija —destacó su padre.

Tal vez tenía razón, Manuela hizo silencio y pensó que por algo su padre disponía el contrato. Quién sabía, por ahí era mejor dejar de mostrar el ansia que tenía y encubrir, en cambio, la repulsión que sentía por todo aquello que la contrariaba. Le parecía imposible encontrar un término medio, eso no era para ella. La irritaba. Pero ahora se encontraba entre la espada y la pared, y su padre era quien la acorralaba.

—¿Es lo mejor que has conseguido, papá?

—Pero Manuela, ¿no te has fijado? Es bien parecido, y esos ojos azules que tiene…

—¿Y quién te ha dicho que me gustan?

—Eres atrevida, niña —Sáenz bufó, no sabía cómo convencer a su

hija.

—No te enojes, papá. Haré lo que me pidas —Manuela lo abrazó con fuerza. Perdería a su padre y ganaría un marido. Le daba pena que su padre se fuera de su lado. ¿Y si no lo volvía a ver?

—Podrás viajar por el mundo, serás la esposa de un caballero adinerado —le dijo Sáenz, como si le hubiera adivinado los pensamientos.

Manuela tomó aire. Con 19 años, debía prepararse para su nueva vida. Una vez más.

***

Padre e hija se fundieron en un abrazo y se despidieron con un hasta pronto. Dejaron de lado la posibilidad de que no se volvieran a ver y se obligaron a pensar en un reencuentro inminente. Sáenz y Manuela simularon alegría por el futuro de cada uno y sacudieron los pañuelitos del adiós. La fecha de la boda estaba convenida. Don Simón partió rumbo a España y los prometidos se prepararon para salir al día siguiente.

A finales de junio de 1817, Manuelita y James —en calidad de novios— embarcaron rumbo a Lima, lugar de residencia del inglés. Con los ocho mil pesos oro en el equipaje del caballero y la infinidad de ropas de todos los colores de la novia —además de la infaltable compañía de sus negras—, los viajeros navegaron hacia el sur.

Fueron algunos días a bordo del velero de tres palos, propiedad de Thorne. Por primera vez, la joven y su prometido se encontraban solos. Y a partir de ese momento empezaron a conocerse.

—Espero que seas feliz a mi lado, Manuela —le confió James en cubierta, sentados uno al lado del otro. Se habían tapado con unas cobijas, el viento rugía, el frío desplegaba su arma letal.

Thorne inició una conversación, le pareció una oportunidad propicia para llevarla adelante. Quería conocer a la hija de su amigo, aunque sabía que debía limitarse, no entendía otro modo de ser feliz. Necesitaba recopilar información de aquella muchachita que había hinchado su alma y saturado sus pensamientos y, cuánto mejor, la tenía allí con él. Pero como era su costumbre, se comportaba con toda tranquilidad. Así era él, de pocas palabras y demostraciones austeras.

—Ya lo creo, señor —ronroneó Manuela, algo adormecida. La agitación de las olas contra la madera del bergantín era una suerte de arrullo monótono. El baile de las nubes y los cambios súbitos de luces

y sombras la conminaron a soñar despierta. Se vislumbró poderosa, una mujer bien dispuesta, una leve sonrisa iluminó su cara y tuvo la sensación de agua salpicada sobre su cuerpo, ¿sería producto del océano?, las gotas la mojaban y se agitó, cuánto goce sintió con la agitación del oleaje.

Los días pasaron, Manuela no perdía ocasión de salir a cubierta, exponiendo el privilegio de ser la prometida del dueño del barco. Le gustaba abandonarse sobre la baranda y perder la vista en el horizonte. Cuando el cielo estaba despejado, contemplaba, a la izquierda, la imponencia de los Andes. Thorne se le acercaba, intentaba alguna palabra pero ella le dedicaba un levantamiento de ceja. Y volvía a reflexionar acerca de la descripción escueta que le había dado el padre de su novia, que era un poco difícil de carácter y altiva, pero muy voluntariosa.

El viaje culminó cuando atracaron en el Callao. Todo se había organizado desde Panamá, la estancia de Manuela antes de la boda había sido dispuesta por su padre. La joven viviría en casa de don Toribio Aceval, secretario general del Virrey Joaquín de la Pezuela Griñán y Sánchez de Aragón Muñoz de Velasco, porque unos parientes lejanos, los Sáenz y Tejada, padecían unas complicaciones comerciales: dueños de una flota mercantil importante, habían sido víctimas del bombardeo y hundimiento de varios buques a manos de corsarios británicos, ávidos arrasadores en las costas de América. Las noticias de apresamientos de barcos españoles por la infinidad de corsarios ingleses, franceses, sardos, rusos y más, habían convertido a la navegación —desde su salida de puertos españoles hasta sus destinos en América —en una actividad de alto riesgo. Por eso Simón Sáenz se había alejado de América, y nada mejor que su hija se desposara con un inglés.

Cada uno se alojaba en su casa, ambos en la parroquia de San Sebastián (1) para seguir las normas de la ciudad que decían que, para casarse, los contrayentes debían hacerlo en el lugar de su residencia. Manuela en casa del amigo de los Aizpuru, don Toribio Aceval, caballero de la Orden Militar de Calatrava y dueño de una fortuna más que importante, coche incluido, posesión de los nobles de toda nobleza y revelador de un status rimbombante; y James en la residencia de Orué y Mirones, aprovechando la amistad y los negocios que los unía.

Manuela estaba encantada en casa de Aceval. En cuanto el

caballero se liberaba de sus responsabilidades, paseaba a su convidada en su coche por las postrimerías de la parroquia.

—Aquí vive el Conde de Casa Boza, Manuelita —le señaló Aceval.

—Pero qué belleza, don Toribio —acotó la joven, embelesada. No le daban los ojos.

Continuaron camino por la calle De las Palmas y apareció el palacio del Conde de Fuerte González, imponente y único.

—Aquí cerca tenemos la farmacia "Al signo de las seis palmas" —le indicó el Secretario General y sonrió. —No se te ocurra venir en busca de otra cosa que no sea medicinas, Manuelita.

La muchacha le dedicó una mirada de asombro y Aceval le confió que algunas mozuelas iban en busca de elixires de amor para conjurar a sus amados esquivos. Don Toribio le expresó que él no creía en nada de eso pero que mejor no ahondar, que prefería mantenerse lejos de las prácticas hechiceras aunque no fuesen del todo maléficas; que tenía un conocido que había sido víctima de una mujer acechante que había usado la pócima y se la había refregado por la cabeza y el cuerpo tres veces, a la voz de "no me desampares que yo te serviré y seré tuya, Lucifer me has de proteger, haz que este hombre me quiera y que no trate con otra…" y que además debía pitar cigarros una y otra vez.

—¡Don Toribio! No me asuste —interrumpió Manuela sabiendo que, a la vuelta, consultaría inmediatamente a sus negras queridas, expertas en magias de extramuros. Todavía no había precisado de pociones y conjuras pero intuía que en algún momento lo haría. El fuego de la pasión la había consumido hacía poco tiempo, sabía que esas llamas podían encenderse en cualquier instante.

Pasaron unas semanas y Manuela vio poco y nada a su prometido, hasta el 22 de julio, que pasó a buscarla bien temprano a la mañana. Debían cumplir con el examen premarital. Sus esclavas la levantaron al alba para acicalarla. Debía vestir con sus galas pero, sobre todo, demostrar alcurnia y austeridad. Una cosa era ser natural de Quito o Panamá, otra y bien distinta era ser residente de la "Ciudad de los Reyes", fundada por don Francisco de Pizarro, la espléndida capital del Virreinato del Perú.

—Patroncita, qué alegría, vamos a desposarnos —le dijo Jonathás mientras se echaba unos pasos.

Manuela se levantó de la cama y se desperezó. En ese instante, Nathán aprovechó y le quitó la camisa de dormir dejándola como Dios

la trajo al mundo. Las negras acercaron la vasija y le untaron el cuerpo con un aceite de lavandas. La piel empezó a revivir, brillaba como si estuviera cubierta de rocío.

—Qué rico huelo, mis amores —murmuró Manuela y se dejó masajear por sus criadas. —Si hay algo que sabemos bien es jamás desperdiciar una oportunidad.

Manuela se entregó a que la vistieran: le pusieron una falda flotante negra, camisa blanca, chapines (2) de fiesta y velo negro, cubriendo la melena y la cara.

A las nueve de la mañana, James la pasó a buscar y se dirigieron al Palacio Arzobispal, donde los esperaba don León de Altolaguirre, contador principal de la Tesorería del Rey, quien oficiaría de testigo del matrimonio. En su despacho, los aguardaba el anciano Arzobispo Bartolomé María De las Heras, preparado para el examen. Indicó a los futuros cónyuges y al testigo que se sentaran, y procedió: le preguntó a Thorne cuántos años tenía, este respondió que más de 25. Manuela giró la cabeza para mirarlo a través del velo y tragó el exabrupto. El notario apuntó sin chistar. Cuando le pidieron el sitio de nacimiento acusó un condado que estaba lleno de Thornes, pecheros de sangre y condición. Manuela revoleó los ojos pero nadie lo notó. Agregó que era un buen católico, se dirigieron a la novia y ella, veloz, destacó que también, y que había sido educada en el convento. Cuando le consultaron a otro de los testigos por la procedencia del inglés, este respondió que había llegado de Cádiz con James Thorne como preso. Manuela se levantó el velo, miró al testigo y clavó sus ojos en Thorne. ¿Cómo había dejado el presidio? ¿Se iba a casar con un forajido? ¿Su futuro marido la llevaría por el camino del oprobio? ¿Su padre estaría al tanto de semejante dislate?

El notario español continuó con el apuntamiento, nadie disparó más preguntas o datos escandalosos y el Vicario, cansado ya, dio por terminado el cuestionario. Buenos días y que Dios los bendiga.

La pareja salió del Palacio, Thorne tomó a su prometida del brazo y la llevó al coche.

—Nos casamos en una semana, mi querida Manuela —y le besó la mano.

—¿Debo saber algo que no sé, señor?

—Nada que valga la pena, querida. ¿Puedo besar a la novia? —Manuela se quitó el velo y lo provocó con la mirada. James arrimó su cuerpo contra el de ella y le estampó un beso helado.

***

A las siete de la tarde del domingo 27 de julio de 1817, Manuelita marchó, velada y ungida, hacia el altar de la iglesia de San Sebastián, del brazo de don Toribio Aceval, su padrino de bodas. Al fondo la aguardaba el novio, erguido en su corta estatura, mirándola con sus ojos calmos. La novia respetó el tranco lento a pesar de su corazón, que parecía un caballo descabritado. Manuela estaba nerviosa, se convertiría en la esposa de James Thorne.

La nave estaba repleta de curiosos que no querían perder detalle de la imponente quiteña que se desposaría con el comerciante inglés. Los concurrentes eran invitados del novio, salvo por la presencia —atrás y al costado —de las esclavas de la novia, que lloraban a lágrima tendida, desbordantes de emoción.

Llegaron al altar y el padrino hizo entrega de la novia. Manuela se acomodó al lado de su prometido y esbozó una sonrisa debajo del velo. Don Toribio dio unos pasos y se instaló al lado del otro padrino, el contador principal de la Tesorería del Rey, don León de Altolaguirre.

El párroco dio su largo sermón y los novios intercambiaron sus votos, envueltos en un silencio sepulcral.

—James Thorne y Wardlor, Manuela Sáenz y Aizpuru, los declaro marido y mujer, hasta que la muerte los separe —finalizó el sacerdote y levantó sus manos. —Pueden ir en paz.

Los recién casados giraron y caminaron del brazo hasta el atrio. La solemnidad jamás los abandonó. Cuando los saludos acabaron, se dirigieron hacia la amplia casona —adquirida recientemente por Thorne, para que fuera el hogar matrimonial— también emplazada en San Sebastián, donde se celebraría la fiesta.

Ya en su casa, Manuela se quitó el velo. Mostró su cara orgullosa y atendió a la nobleza limeña, a la que apenas conocía. La recepción se prolongó hasta bien entrado el día siguiente. La comida se había preparado con anticipación, la bebida jamás escaseó. Ya en su rol de ama de casa, Manuelita cautivó a hombres y mujeres por igual. Los condes y sus esposas querían conocer al dedillo a la nueva belleza que encandilaba Lima. En un periquete se puso a todos en el bolsillo y recibió una lista de convites para los próximos días. De tanto en tanto, se acercaba a su flamante marido y lo tomaba de la mano; James retribuía la caricia pero persistía con el dime y direte con cuanto colega o posible cliente se le encaramaba. Los negocios no se detenían

nunca.

La música trajo alegría a la fiesta. Manuela animó el salón y demostró que era una excelsa bailarina. Su marido permaneció sentado, no lo habían bendecido con el don del ritmo y se disculpó. Aquello no privó a la flamante esposa de mover sus piernas y aceptó todos los ofrecimientos para formar pareja danzante. Manuelita no se cansaba nunca y lo hizo evidente, entre el batido de palmas de los invitados. Thorne complacía en silencio.

Jonathás y Nathán, con la excusa de llevar y traer delicias y licores, recorrían la sala para curiosear. Su patrona era la reina de la fiesta, comandaba la diversión y parecía acostumbrada a ese jaleo. Entre la música, las carcajadas y la multitud, Manuelita se les arrimó.

—Mis negras, a bailar conmigo, se ha dicho —y las tomó de la mano.

Con un sigilo inaudito, James compareció junto a su esposa y le susurró que largara a las esclavas y las enviara a la cocina; que la fiesta no mezclaba gentes y que ellas se debían a sus amos. Manuela giró de un saque y puso los brazos en jarra. Había bebido unas copas pero nada que llamara demasiado la atención.

—¿Pero qué me dice, hombre? Cuidado, que mis criadas son como hermanas y eso debería haberlo sabido —apretó la boca contra la oreja de su marido intentando evitar la escalada.

Los invitados empezaron a mirar con desconfianza, no entendían bien qué era lo que pasaba.

—La servidumbre adentro, Manuela —repitió Thorne en voz baja y se alejó.

Las negras tranquilizaron a su ama, no querían problemas en el día más feliz de su vida.

—¿Y quién les dijo que es el día más feliz? —las apuró con prepotencia.

—Patroncita, no se exalte que no vale la pena. La felicidad es nuestra y con eso nos basta —señaló Jonathás y secó sus manos en el delantal. —Que nos vamos a la cocina y ya. Una pena que su marido no nos quiera.

Acariciaron a su patrona y se metieron entre la gente. A Manuela le quedó la frase retumbando en la cabeza. Si James no quería a sus esclavas, pobre de él.

Al mediodía los invitados se despidieron. Sin dudas, había sido la boda del año. Cuando la casa hizo silencio, la pareja se dirigió a las

habitaciones: James al dormitorio, Manuela a la recámara de al lado, a cambiarse. Con esmero se quitó el traje y se puso el ajuar, confeccionado con los mejores encajes de Bruselas y sedas francesas. Se soltó la melena, se perfumó un poco más y cruzó a la habitación. Abrió la puerta y dirigió la mirada hacia la imponente cama, erguida sobre un entarimado de media vara de altura, circundada de una barandilla de madera de la que pendían los cortinados. James estaba tendido, tapado con las cobijas y dormido.

Manuela suspiró con desencanto. De cualquier modo, había intuido que algo así sucedería. Se quitó las sedas y, completamente desnuda, se recostó al lado de su marido.

1- Uno de los distritos más antiguos de Lima, fundado en 1561. Quedaba limitado por el río Rimac y a dos manzanas del centro de la ciudad.

2- Zapatos de corcho con una fina plancha de madera en la suela, forrados en la parte superior en seda o terciopelo que usaban las mujeres de la nobleza o de condición socioeconómica alta. El nombre surgió en España en el siglo XIV de la voz onomatopéyica “chap, chap”, ya que era un calzado muy ruidoso.

CAPÍTULO VI

El estado físico y anímico de José de San Martín se había deteriorado demasiado. Tras la victoria en la hacienda de Chacabuco —en febrero de 1817 —, al norte de Santiago de Chile, el Ejército de los Andes había entrado a la ciudad dando por terminado el período de la Restauración, comenzando la era de la Patria Nueva.

La Asamblea —tras la fuga del gobernador Marcó del Pont— había mostrado voluntad de nombrar a San Martín gobernador de Chile con omnímoda facultad, pero el General se había negado a aceptar el nombramiento. En cambio, el general O'Higgins fue elegido para ocupar las funciones de director supremo del Estado de Chile.

Don José, luego de la contienda, había desembarcado en Buenos Aires para dar cuenta de sus actos y hacer presencia en cuanta demostración pública se le ofreciere. Durante los 20 días de estadía se había reunido en varias oportunidades con Juan Martín de Pueyrredón para preparar la campaña al Perú. En mayo pegó la vuelta a Chile pero no abandonó las reuniones y la política. Mientras tanto, su salud empeoraba —también la de su esposa, Remedios de Escalada, enclavada en Buenos Aires— y tanto, que sus allegados empezaron a preocuparse por demás.

—Preveo muy próximo el término de la vida de nuestro general si no se le distrae de las atenciones que diariamente le agitan —destacó el cirujano mayor del ejército y médico de cabecera de San Martin, el doctor Juan Isidro Zapata. —A lo menos por el tiempo necesario de reparar su salud, atacada ya en el sistema nervioso.

La noticia llegó a Buenos Aires, a oídos de Tomás Guido, diputado del gobierno de las Provincias Unidas. Como flecha, marchó al Fuerte y se lo comunicó al Director Supremo.

—Le repito lo que he leído, Excelencia. Que nuestro querido San Martín tiene el cerebro viciado con las continuas imaginaciones y

trabajos, y comunica la irritabilidad al pulmón, al estómago y a la tecla vertebral, de donde resulta la sangre por la boca. Padece de dispepsias y vómitos, desvelos e insomnios —el gesto de Pueyrredón se ensombreció. —Su médico me reclama que empeñe toda mi amistad en hacer que José se acuerde alguna vez de sí mismo.

Guido le confió que el derrumbe del General se debía a los trabajos y disgustos que le habían deparado los chilenos.

—La complicación de negocios que han cargado sobre este digno jefe es inexplicable, en un país donde todos los vicios de la depravada administración española conspiran contra el que manda —continuó, alterado. —La principal parte de los ciudadanos más distinguidos por su rango, lejos de auxiliar, embarazan por su timidez y apego a los resabios coloniales. Esta circunstancia redobla los trabajos del general y, aniquiladas casi las fuerzas corporales por ataques violentos, se agrava por instantes el peligro de una vida tan apreciable.

Instalado en las afueras de Santiago, José se dispuso a contarle la verdad a algunos íntimos, y así le apuntó en una carta a su amigo mendocino, Tomás Godoy Cruz:

> *Mi salud sigue en un estado miserable. Conozco que el remedio es la tranquilidad por cuatro o seis meses pero una extraordinaria situación me hace ser víctima desgraciada de las circunstancias; crea usted, mi amigo, que no hay filosofía para verse caminar al sepulcro con el desconsuelo de conocerlo y no remediarlo: por otra parte usted no puede calcular la violencia que me hago en habitar este país: en medio de sus bellezas encantadoras, todo me repugna de él; los hombres en especial son de un carácter que no confrontan con mis principios y aquí tiene usted un disgusto continuado que corroe mi triste existencia: dos meses de tranquilidad en el virtuoso pueblo de Mendoza me darían la vida.*

Aislado de todos, se sentía herido por chilenos y argentinos, pero con la férrea intención de restablecerse y continuar con la campaña hacia el Perú.

***

Simón Bolívar consideraba fundamental conseguir el control sobre Venezuela para impedir que los realistas la usaran como puesto de avanzada para sus campañas de reconquista. Quería garantizar la

libertad de la Nueva Granada. Fue así que proclamó un decreto por el que su armada liberaría a su país. A mediados de 1816 se encargó de llevar adelante el plan. Sin embargo, además de reunir aliados, se hizo de una cantidad de enemigos acérrimos. Uno de ellos fue el general Manuel Piar, quien había liderado la conquista de Guayana y derrotado a los realistas en El Juncal a fines de 1816, y tomado Angostura en abril de 1817.

Bolívar, como Jefe Supremo del gobierno republicano, había ofrecido, el 8 de mayo de 1816, instalar un Congreso dónde y cuándo fuera la voluntad de los venezolanos. Los sucesos de la guerra habían complicado su realización, pero ordenó que debían apresurarse a ejecutarlo como las circunstancias lo dictaran.

A partir de 1817, las idas y vueltas con Piar lo tuvieron a mal traer. Hasta mitad de año, creyó que las quejas de su general se debían a diferencias causadas por los problemas administrativos de las misiones. Sin embargo, algo maliciaba el Libertador. En una de esas y a trasmano, se enteró de que el general Juan Bautista Arismendi —español converso que había cambiado al bando de Bolívar— estaba intentando reunir algunos jefes para formar un gobierno opositor al de Margarita.

—Eso es dividir la República en dos grandes partidos, con idénticos vicios de ilegitimidad. Locuras para perdernos —le manifestó a su secretario, Pedro Briceño Méndez. —Lo único que por el momento se puede hacer, y no sin peligro, es nombrar un Segundo Jefe para el caso de muerte o ausencia del primero.

Bolívar no daba puntada sin hilo. Su verdadera intención era que Briceño le fuera con el pedido a Piar de que no se dejara seducir por los intrigantes, que eran más enemigos de él que de los españoles y que lo único que buscaban era dividirlos para entrar ellos al mando. El secretario fue con el reclamo y regresó con la respuesta: que Piar no quería crear sino reformar lo que había, que debía poner a alguien para que trabajara en lo político y en lo civil mientras Bolívar se ocupara de las atenciones de la guerra.

El General sintió un disgusto furibundo. ¿Cómo era posible que recibiera ese revés? Si él había tratado a Piar con respeto y amabilidad, ¿por qué debía tolerar semejante traición?

El 23 de julio, Bolívar consignó el arresto de Piar, pero este, enterado del movimiento, tomó el camino de Maturín con la esperanza de provocar un levantamiento de los pardos de aquellas provincias

contra la tropa bolivariana.

Luego de una noche repleta de preocupaciones, Bolívar citó a su escribiente y le pidió que tomara nota del comunicado que daría al pueblo.

—Yo denuncio a la faz de la nación el crimen más atroz que ha podido cometer un hombre contra la sociedad, el gobierno y la patria. El general Piar es el autor execrable de este fatal delito. Colmado de los honores supremos de la milicia, de la consideración pública y la confianza del gobierno, nada quedaba a este ciudadano que aspirar sino a la gloria de titularse bienhechor de la República. ¡Con qué horror, pues, oiréis que este hombre tan favorecido de la fortuna haya pretendido sumergirnos en el piélago espantoso de la anarquía! Sí, venezolanos, el general Piar ha formado una conjuración destructora del sistema de igualdad, libertad e independencia.

Bolívar tenía los ojos inyectados en sangre. Despreciaba a los desleales. Elevó aún más la voz y continuó.

—Engreído el general Piar de pertenecer a una familia noble de Tenerife, negaba desde sus primeros años, ¡qué horrible escándalo!, negaba conocer el infeliz seno que había llevado este aborto en sus entrañas. Tan nefando en su desnaturalizada ingratitud, ultrajaba a la misma madre de color blanco que él había heredado de su padre. Quien no supo amar, respetar y servir a los autores de sus días, no podía someterse al deber de ciudadano y menos aún al más riguroso de todos, al militar.

Se acusó a Manuel Piar de haber conspirado contra el sistema republicano, de desobedecer al gobierno, de resistir la fuerza, de desertar el ejército y de huir como un cobarde. Bolívar manifestó que se había puesto fuera de la ley, que su destrucción era un deber y su destructor un bienhechor.

El 4 de octubre de 1817 se lo sentenció a ser pasado por las armas, previa degradación militar. El 16 de octubre, Piar llegó al lugar de ejecución, al pie de la bandera del Batallón de Honor. Con cara de desprecio atendió la sentencia sin quitar sus manos de los bolsillos, mirando a un lado y al otro, moviendo el pie derecho sobre la tierra. Se quitó la venda de los ojos dos veces, a la tercera se la dejó puesta; se abrió la esclavina, descubrió su pecho y recibió las balas.

Al finalizar el año, Bolívar logró convertir a la diáspora de guerrillas en un ejército obediente a un mando único. Esto no le pasó inadvertido al general Morillo, el hombre que había sido enviado de

España para recuperar el territorio perdido.

Se enfrentaban los representantes máximos: uno, el último bastión hispano por conservar su imperio colonial, el otro, el poder brioso de América, que rugía con ansias de libertad.

***

Manuela se había adueñado de su casa y de Lima. El status de "esposa de comerciante" la había colocado en un sitio de privilegio. Ahora era libre de hacer y deshacer en su residencia, sobre todo porque su marido opinaba poco y nada, y solo se dedicaba a los negocios. Agradecía a los cielos que su padre hubiera elegido tan bien. James era un buen hombre, aburrido como un hongo pero bueno. El hombre se acostaba a las diez de la noche tras una comida frugal, bebía si se veía obligado por un brindis y se mareaba con el humo de los cigarros. En una palabra, era soporífero, la antítesis de Manuela. Pero tanto había escuchado acerca de hombres arrebatados y desbordantes de malicia para con sus mujeres, que agradecía al Todopoderoso haberla salvado de semejante cruz. Carecía de experiencia pero era una ávida escucha de historias ajenas. Sus esclavas eran las primeras lenguaraces a la hora de revelar verdades ocultas.

—Que no sabe lo que traigo, patroncita de mi vida… La prima de la señora de la casa de las otras cuadras sale todas las tardes a la misma hora, da la vuelta a la manzana y entra a un cuarto prohibido… el del esposo de la hermana…

—Nos lo contó el criado.

—Si es el que te acaricia por debajo.

—¡Calla, bruja bocota!

Nathán y Jonathás peleaban por la atención de su ama pero siempre traían chismes de los buenos. Manuela debía poner orden para que no se fueran por las ramas pero la información que traían era fidedigna. Confiaba en sus negras y le alegraban los días.

Su rutina se precipitó hacia las reuniones constantes. Al principio, y gracias a la actividad de su esposo, participó de cuanta fiesta se llevara a cabo en la ciudad. Iba junto a su marido, ella disfrutaba del sarao y él de un posible negocio. Los hombres aprovechaban esos compromisos para concertar contratos. De lo que fuere —políticos o comerciales—, muchas veces daba igual. Eran amistades de Thorne, previas a la boda, ahora Manuela agregaba interés a la invitación. Así

empezó a hacerse de amigos, o relaciones que sumaban festividad a su nueva vida.

Pero contaba poco o guardaba algunos secretos. Manuelita prefería patinar por la superficie y quedarse con la hondura de los detalles. Sabía con qué bueyes araba y era una eximia jugadora. Se movía entre las personalidades más acaudaladas de Lima, condes y condesas, la alta gradación realista, incluso había interactuado con el Virrey, su esposa y las hijas que habían viajado con ellos desde Cádiz. Los hijos varones habían quedado en España, al cuidado y educación de sus hermanos.

—Eres una mujer encantadora, Manuelita —le decía doña Ángela de Ceballos y Olarria, la mujer del Virrey Pezuela.

—Usted, señora, usted es maravillosa. Y le agradezco que me reciba entre sus afectos —retribuía la joven quiteña.

El Virrey era de comunicación escueta pero cuando lo hacía, allí estaba Manuela para escuchar. Había aprendido, desde pequeña, a atender aquellos intercambios y, a pesar de haber vivido en carne propia, hacía tiempo ya, las revueltas en Quito, le gustaba participar —en silencio espectral— de las discusiones políticas. Ahora estaba casada con un inglés que parecía quedar fuera de todo aquello, pero la curiosidad no la había perdido. Don Joaquín Pezuela contaba, en la intimidad, que había asumido en 1816 y había encontrado una situación económica desastrosa en Lima, pero lo que mayormente asolaba sus pensamientos era la situación en Chile tras la derrota sufrida en Chacabuco y la avanzada del general enemigo, don José de San Martín. Había decidido que para hacerle frente enviaría a su flamante yerno, Mariano de Osorio, para recuperar lo que era de ellos.

La señora de Thorne escuchaba atentamente. Oía por primera vez el nombre de ese general que ganaba terreno desde el sur. *Quién será aquel José… ¿Subirá hacia el norte?... ¿Estaremos en peligro? Precavido habrá sido mi padre, embarcando lejos de aquí. ¿Sabría algo?... De todos modos, yo soy de mi tierra, lejos de Lima pero cerca de mi corazón… a pesar del maltrato ofrecido, del estigma que me han pegado, Quito prepotente, Quito recelosa… Pero qué audaz el independentista San Martín… Mejor me callo, no vaya a ser…*, mascullaba Manuela mientras registraba todo.

***

El matrimonio se dirigía al Teatro Principal (1), disfrutarían de un

recitado de versos de algunos poetas del Siglo de Oro español.

—Te ves muy guapa, Manuela. Pero lo estarías más aún si lucieras las joyas que te he regalado —le recriminó James y le palmeó la mano vacía de brillos.

A Thorne le gustaba llenar de obsequios a su esposa. Y cuanto más costosos, mejor. Lo hacía para que sus conocidos admiraran la belleza de Manuela, pero sobre todo, su solidez económica. La competencia entre los comerciantes era feroz y cuanto más brillante era la piedra preciosa o el oro, también la plata, más se ascendía en el escalafón social. El cofre de la dama desbordaba de anillos, collares y brazaletes con uso escaso.

—No necesito adornos, James.

—Las mujeres gustan de engalanarse, querida mía —y le miró la capa de terciopelo morado que la cubría.

—Mis galas están en mi cuerpo, hombre —Manuela llevó la mano de su marido a la boca y se la besó.

Y llegaron a las cercanías de la Plazuela del Teatro, donde los coches avanzaban con dificultad, por el jaleo de la noche cultural. Cada vez que se estrenaba una puesta, los alrededores se llenaban de carruajes y peatones listos para hacer su entrada.

El coche de Thorne se detuvo frente al gran pórtico. Descendió y extendió su mano para asistir a su mujer. Apareció el pie de Manuela, luego el otro, calzados, eso sí, por elegantes y costosos zapatos negros con sobrepuestos de seda, oro y plata, y la hebilla de diamantes. El largo de la falda llegaba hasta los tobillos, incluso algo menos. La exigencia que obligaba a cubrir los zapatos, con el fin de eliminar un posible punto de seducción había quedado de lado. Las limeñas ostentaban un notable atributo de belleza: la pequeñez de sus pies. Y de ninguna manera seguirían la moda española de cubrirse de arriba abajo. Manuela, que también tenía manos y pies pequeños y venerados por quienes le echaban el ojo, expuso sus trofeos. Desabotonó su capa y dejó al descubierto el amplio escote de su vestido de tafetán gris, que encandiló a más de uno. La señora de Thorne mostraba demasiado brazo, demasiado pecho, demasiada piel para la moral de algunos. Pero a ella le importaba nada. Las noches en el teatro eran para eso, para disfrutar del arte y escandalizar a los vetustos.

Ingresaron al teatro, saludaron a unos, a otros y se dirigieron al palco de doña Micaela Villegas, al que acudían con frecuencia. Como

en cada función, la dueña del palco ya estaba instalada.

—Mi señora amada —Manuela la besó y la acaparó. —¿Cómo se encuentra hoy?

—Bien, bien, Manuelita, aunque con algunos achaques. Tú vente a mi lado, y que tu marido se siente atrás —señaló la silla, desplegó su abanico y le guiñó un ojo a su joven amiga.

Doña Micaela ya tenía 69 años pero hacía todo lo posible por mostrarse bien. A los 15 había debutado en el Corral de Comedias, gracias a la protección de su propietario, Bartolomé Maza, y a los 20 se había convertido en la actriz de moda. Todos los días, el teatro desbordaba de público para ver a la joven artista que recitaba romances caballerescos y pasos de comedia con un ardor nunca visto. Tal había sido su talento que había trascendido los límites del Virreinato. Y quien no había querido perderse semejante estampa había sido el virrey de entonces, el sexagenario Manuel de Amat y Junyent, que había avanzado hasta transformarse en su amante. De inmediato, se convirtieron en la relación más escandalosa del Virreinato del Perú. El hombre, en la intimidad, la llamaba "mi *pirri-choli*", (2) aunque el chisme había corrido, que durante una gresca entre los amantes, el Virrey le había gritado "perra chola", que en su acento catalán, había sonado a "perri choli". Como era de prever, el incidente había cruzado las puertas del palacio y la sociedad limeña, siempre lista para el desprecio, había comenzado a llamarla "La Perricholi" para humillarla. Sin embargo, nada la ofendió y salía del bracete de su amado, y en 1769 tuvieron un hijo al que llamaron Manuel. En 1776 Amat terminó su mandato y regresó a España, dejándole una generosa pensión.

En 1778 se había despedido de los escenarios y, junto a su pareja de aquel entonces, don Vicente Fermín de Echarri, compraron el teatro y se convirtió en empresaria. Luego de unos años, se casó con Echarri y prefirió la vida tranquila del matrimonio.

—Veremos cómo resulta la actriz que he contratado para esta noche —declaró doña Micaela, mientras vigilaba la capacidad de la sala.

—Estoy muy interesada en escuchar a Lope de Vega y Calderón de la Barca —Manuelita estaba excitada.

—Eran mis favoritos, niña. Ah, pero recuerdo aquella noche en que Maza me increpó por mi falta de pasión —la Villegas abrió los ojos como platos. —¿Podía ser tan imbécil? Pues se ligó una bofetada en

pleno escenario. A mí no me increpaba nadie.

—¡Me imagino! —Manuela lanzó una carcajada y siguieron con el cotilleo.

Aún faltaba un poco para que diera comienzo la función. El trío no paró de conversar y le echaba ojo a la concurrencia del teatro, que también batía abanico y le daba a la lengua.

—Pero miren quiénes están hoy —anunció doña Micaela y se colocó el monóculo para ver mejor.

Manuela y James dirigieron la vista hacia donde indicaba la señora pero no reconocieron a nadie.

—La muchacha que está en el palco de enfrente junto al vejete. Es Rosita Campuzano.

La señalada era una belleza imponente. Diferente de Manuela, aunque su pelo era negro, la piel parecía de alabastro y tenía ojos azules. Y en el peinado ostentaba una diadema de perlas y brillantes.

—¿Y quién es? —preguntó Manuelita, fascinada con la mujer.

—Ha llegado a Lima del brazo de un acaudalado comerciante español que la triplica en edad —y miró a James. —No te preocupes Thorne, aquel es un anciano y tú no; se la ha traído de Ecuador.

—Oh, doña Micaela, una paisana —exclamó Manuela.

—Creo que esta es de Guayaquil. Pero yo los introduciré, no se preocupen. A ver si te espabilas, inglés, que el amante suda oro.

La pareja rio a lo loco y la música anunció el comienzo de la función. Hicieron silencio y miraron hacia el escenario. Con un ojo, Manuela espió a la dama de enfrente, quien también le dedicó una mirada.

1- En el año 1615 se había levantado el primer Corral de Comedias por iniciativa del vecino limeño don Alonso de Ávila. Considerando pequeño el predio, adquirió unas casas ubicadas en la acera fronteriza de la puerta falsa del Convento de San Agustín, en la callejuela que bajaba del Convento de la Merced al Mesón Blanco, sito en la calle de Nazarenas, que daba vuelta a la calle que hoy se llama de la Puerta Falsa del Teatro. El edificio perduró hasta el terremoto de 1746. Al año siguiente, por iniciativa del Virrey José Antonio Manso de Velasco, se levantó otro en el mismo lugar. En la actualidad, se encuentra emplazado en la segunda cuadra del jirón Huancavelica, en el centro histórico.

2- *Pirri* era usado, en aquellos tiempos como diminutivo, y *choli* significaría, cariñosamente, “cholita”.

CAPÍTULO VII

Manuela y Rosa se hicieron grandes amigas. No precisaron de rodeos, fue verse y reconocer, en el acto, que tenían ganas de contarse la vida entera. Y de inmediato fueron las invitadas obligadas a cuanto salón aristocrático limeño se ofreciera.

La primera vez que se pusieron en contacto fue en un agasajo en la residencia de Rosita. La señora celebraba su cumpleaños y había querido tirar la casa por la ventana. Y como su solícito español estaba pendiente de satisfacer sus caprichos y fantasías, le organizó la recepción. La lista de invitados se había ampliado, fue así que el matrimonio Thorne se llegó hasta la fastuosa casa de la calle de San Marcelo (1).

—Pero qué bonitos esos balcones volados, James. Cuánta maravilla —le señaló Manuela a su marido, al llegar.

El inglés prestó poca atención a la exuberancia de la herrería, estaba acostumbrado al estilo barroco de Lima. En cambio su esposa era pura admiración. Manuelita era insaciable.

El mayordomo los anunció y Rosa abandonó la conversación que mantenía con unos de sus invitados. Se dirigió hacia la entrada y tomó ambas manos de Manuela.

—Señora Thorne, encantada de recibirla, al fin, en mi casa.

—Eso lo digo yo, señora. Pero para ti soy Manuela —la tuteó y se la acercó para estamparle un beso en cada mejilla.

Rieron las dos, y del brazo entraron en el salón. Las parejas de ambas quedaron rezagadas, Manuela y Rosa olvidaron por completo a los caballeros que les oficiaban de marido y amante.

Recorrieron el lugar ante la mirada atónita de los presentes. Se trasladaron, una con la cadencia de la pantera, la otra con la suavidad de una gacela, hasta uno de los canapés forrados en vaqueta y lo ocuparon sacudiendo sus sedas. Se preguntaron todo, Rosita le confió

que había nacido en Guayaquil, que su querida madre se llamaba Felipa Cornejo y era mulata, y que la pobre se había enamorado del hombre equivocado, un rico productor de cacao, don Francisco Herrera Campusano, y que por supuesto ella era la hija natural. Manuela jadeó con excitación, pues que podían llamarse hermanas, que habían nacido el mismo año y que ambas eran las impuras.

—No digas eso, Manuelita —la reprendió su nueva amiga, no le gustaba que la llamaran de ese modo.

—Solo nosotras sabemos de qué estoy hablando. Y somos las únicas que podemos nombrarnos así. Es nuestro pacto, Rosita. Nuestro pacto de amor —Manuela le regaló una mirada pícara.

Bailaron con cuanto caballero las invitó. Manuela atrajo todas las miradas, como siempre. Thorne, en una esquina de la sala, no le quitó el ojo de encima. Cada tanto se le acercaba algún conocido a conversar pero él mantenía la atención en su mujer. Ardía de celos, no le gustaba que la miraran pero perdía la batalla constantemente, el mundo entero se perdía ante la estampa de Manuelita. A veces, cuando el fuego quemaba demasiado sus entrañas, le montaba unas escenas fenomenales: que te cubras, que no muestres, que hables bajo, no provoques, no respires, estate quieta, le ordenaba. Pero el fervor de Manuela era mucho mayor que cualquier pedido y hacía lo que se le antojaba. Los ojos claros de James se convertían en hielo que quema.

La señora de Thorne fue la reina de la noche hasta que el marido le murmuró que se sentía mal.

—Tengo un mareo indescriptible, Manuela. Espero no haberme pescado alguna peste. No armemos demasiado jaleo, despidámonos de la dueña de casa y nos vamos.

La tomó del brazo y la llevó hasta donde estaban Rosita y su caballero español. En pocas palabras les dijo lo que sucedía.

—Pero qué lástima, James. Manuelita, nosotras demos un paseo mañana por la tarde.

—Cuídese, Thorne, que los años no vienen en vano.

Salieron de la residencia y Manuela escrutó a su marido.

—¿Por qué me arruina la noche? ¿Qué es esa mezquindad? Es furia lo que tiene, no enfermedad —siseó ella.

—¿Cómo puedes ser tan mala? —le tomó la mano y la ayudó a subir al coche.

—¡Mala yo! —gritó Manuela. —Hago todo lo posible para que llevemos una vida amena, James, y del otro lado solo recibo el sopor

de un hombre…

—Dime qué quieres, mujer. Pídeme lo que quieras, yo te lo daré —imploró con ojos desesperados.

Quiero el aire que respiras, Thorne, porque el que tengo no me es suficiente, quiero que mis gritos sean como un arrullo para los oídos del mundo, quiero que mis ganas íntegras no te paralicen, que no me permitas nada pues yo ya soy libre de todo…, pensó Manuela pero no le dijo una palabra.

***

Joaquín de la Pezuela estaba convencido de que el dominio de Chile a manos de San Martín y su ejército concretaría la pérdida de la parte austral de América del Sur. No había tiempo que perder. Citó a su yerno, el general Osorio, y lo puso al tanto de sus decisiones.

—Osorio, tenemos un problema enorme y confío en que usted podrá desafiar los hados —el Virrey aguzó la mirada.

—Excelencia, cumpliré vuestra orden, lo escucho —Mariano Osorio conocía bien el territorio, había sido gobernador de Chile hasta 1816.

—Pues, con un ejército a su mando saldrá desde el puerto del Callao hasta Talcahuano. Allí desembarcará y, reforzado por la guarnición de don José Ordoñez, marchará contra O'Higgins. A destruirlo o arrojarle al río Maule, no hay alternativa —Pezuela elevó la voz.

Ordoñez había sido compañero de armas de San Martín en la batalla de Bailén, en el ejército español contra la invasión de Napoleón Bonaparte. Era uno de los jefes realistas más audaces y hábiles. Osorio escuchó con suma atención lo que le dijo su suegro y hombre fuerte en Lima. Pezuela había pasado varias noches en vela junto a sus asesores, sobre el mapa del continente, armando y reconociendo rutas posibles para derrotar a los independentistas. Ya en Talcahuano, sus hombres entretendrían al enemigo, mientras el grueso se reembarcaría rumbo a Valparaíso. Los hombres del rey de España entrarían a paso redoblado en Santiago porque San Martín ya estaría a leguas de distancia, socorriendo a su camarada O'Higgins. Era un plan perfecto.

—El aniquilamiento será completo de este modo —afirmó el Virrey.

Pero lo que no previno Joaquín de la Pezuela fue que José de San

Martín se había hecho del plan de operaciones de los realistas. Conoció de antemano los movimientos del ejército español y actuó en consecuencia. Le ordenó a O'Higgins que marchara hacia el norte para reunir los dos ejércitos antes de embestir al enemigo. Había que convocar multitudes.

El general Osorio ordenó bloquear el puerto de Valparaíso y desembarcó en Talcahuano, a comienzos de febrero de 1818. Ocupó la provincia de Concepción —guarnición al mando de Ordoñez—, se movió hacia Talca y continuó hasta Curicó, adonde llegó el día 27.

El Ejército Unido entró a Chimbarongo, el 9 de marzo, e inició su avance hacia el sur, cuatro días después. San Martín le ordenó al capitán general Ramón Freire que adelantara un escuadrón para explorar el terreno. Se produjo un embate, el teniente coronel realista Joaquín Primo emprendió la retirada. El 16 de marzo, el ejército comandado por San Martín acampó en Quechereguas y dispuso que, al día siguiente, continuarían la avanzada contra el enemigo.

Osorio intuyó la superioridad numérica de su contrincante y emprendió la retirada. Comenzó una atropellada marcha hacia Talca y luego adoptó medidas defensivas.

San Martín, al comprobar que Osorio se le escapaba, apuró a Antonio González Balcarce con los Granaderos a Caballo y los Cazadores, reforzados con 1500 hombres a caballo, para que lo interceptaran y le dieran batalla. El terreno no los favorecía, el campo estaba cortado en zanjones, parecía una cancha rayada. Cerca de las nueve de la noche, la división de Hilarión de la Quintana —tío de Remedios de Escalada, la esposa de San Martín— se estableció al resguardo de un zanjón.

Mientras, la tropa de O'Higgins permaneció en su puesto. Las tres columnas al mando de Ordoñez avanzaron por el llano de Cancha Rayada en el más absoluto silencio. Era noche cerrada, ni luna ni estrellas para iluminar el desplazamiento, salvo por los fogones enemigos, que les habían facilitado la orientación.

—¡Viva el Rey! —vociferaron los soldados realistas y se lanzaron al combate.

La infantería a cargo de O'Higgins respondió como pudo, los hombres de Ordoñez irrumpieron en las filas independentistas.

San Martín y O'Higgins —que tenía un brazo fracturado por el impacto de una bala— trataron de contener la situación pero el impulso resultó estéril. No tuvieron otra alternativa que encaminar a

los fugitivos hacia la capital. Fue una derrota estrepitosa.

Cuando la noticia llegó a Santiago, el pánico cundió entre los patriotas. No se sabía nada de la suerte corrida por su jefe. Hasta que el 21 de marzo, su querido Tomás Guido recibió un mensaje de San Martín:

Mi más tierno amigo,

¡De cuánta angustia me ha sacado la carta de usted de ayer! Nada sabía de su existencia y esta idea consumía mi corazón. Anoche se reunieron las corporaciones para tratar un plan de defensa y prestar a cualquiera que se hiciera cargo de ella cuantos auxilios tiene el país, y yo hablé con todo el fuego que me inspiraba el dolor de ver perdida, en un momento, la obra de tantos trabajos; quedó convenido que oficiase a V. pidiese cuanto quisiera y todo, todo irá. No hay que desmayar, amigo querido, porque no hay uno solo que no fije con ansia sus ojos sobre V. Todos le hacen justicia y el vulgo inocente corre de día y noche por estas calles aclamándolo a V. por la única ancla de su esperanza. Vamos a trabajar de nuevo, vamos a hacer la guerra sin acordarnos de los indignos cobardes que le han abandonado y dejemos, si es necesario, nuestro cadáver en estos campos antes de abandonarlos por ceder a un contraste tan común en la carrera. En fin, esa filosofía y el alma bien templada es preciso que se sobreponga a la amargura de todo lo pasado.

Guido tuvo algo de consuelo pero al día siguiente recibió otra misiva que lo desmoralizó por completo: el General le confió que él y sus oficiales se encontraban en un estado de desorientación absoluta.

O'Higgins había entrado en la ciudad y, a pesar de la herida recibida en acción, retomó el mando de Chile. En tanto, San Martín atravesaba el llano de Maipú rumbo a la capital. Tomás Guido, su querido lancero, había tomado los caminos a la busca de su general, envuelto en inquietud y turbación, luego de las noticias que había recibido. Tras varios días de marcha, lo encontró. Fue verlo a la distancia y levantar la mano para anunciarse, que San Martín acercó su caballo al de Guido y le echó los brazos. Estaba dominado por un pesar profundo.

—¡Mis amigos me han abandonado, correspondiendo así a mis afanes! —dijo San Martín con voz conmovida.

—No, General —lo interrumpió bajo la penosísima impresión de que se sentía poseído al escucharlo. —Rechace usted con su genial coraje todo pensamiento que lo apesadumbre. Sé bien lo que ha pasado, y si algunos hay que, sobrecogidos después de la sorpresa le hubiesen vuelto la espalda, muy pronto estarán a su lado. A usted se le aguarda en Santiago como a su anhelado salvador.

San Martín lo escuchó con deferencia. El ánimo regresó a su cuerpo. Le reclamó que se adelantara a Santiago con instrucciones. Estaba dispuesto a tomarse revancha contra los godos.

***

Con el fin de 1817 también terminaba una larga anarquía dentro de las fuerzas republicanas, gracias al afán de Simón Bolívar por acabar, de una buena vez, con la proliferación de milicias dispersas. Durante los años previos, el Libertador había tenido que pulsear entre militares dueños de una cultura política y cívica del estilo del general del Ejército Nacional de Colombia, Francisco de Paula Santander, el más de todos los leales, Rafael Urdaneta, el general Manuel Serviez y el general de Brigada Carlos Soublette, y con los jefes de las montoneras llaneras, salidas del mismísimo pueblo, como José Antonio Páez, Manuel Cedeño y Pedro Zaraza.

Pero cuando la autoridad de Bolívar pareció consolidarse por encima de las ambiciones de los caudillos, una nueva forma de insurrección horadó el desarrollo de sus planes militares. La resistencia de las fuerzas patriotas localizadas en Oriente, los Llanos y el Apure empezó a dificultar el desenvolvimiento de las operaciones contra el enemigo.

—General, no traigo buenas noticias —le anunció Bermúdez, quien había regresado al afecto de Bolívar tras un desempeño sublime en batallas previas. Se desabrochó la casaca y continuó. —Los cumaneses desconfían de toda campaña que implique el abandono de regiones orientales, señor.

Bolívar se cruzó de brazos y tomó aire. Había supuesto que los egos del resto habían mermado. Ya veía que no.

—Páez muestra poco interés en capturar la plaza de San Fernando, y Zaraza solo quiere la consolidación de su dominio en los Llanos altos. Estamos en problemas, mi General.

—No me voy con pequeñeces, Bermúdez. Conmigo no se juega —retrucó Bolívar.

El 11 de diciembre de 1817, el Libertador dictó la ley marcial, que decretaba la movilización general de Venezuela, y cuando pudo alistar cinco mil hombres, envió una misiva a Páez comunicándole que marcharía a sus campamentos para abrir la campaña desde el Apure.

Comenzó la movilización de la caballería, la infantería y las tropas regulares rumbo al cuartel general de Páez, en San Juan de Payara. Luego de recorrer 185 leguas en veinte días, Simón Bolívar y sus hombres llegaron a la Urbana y el río Arauca. Las patas de los caballos pelearon contra la correntada, los jinetes enfrentaron su caudal, llegaron a la otra orilla y allí vieron, por primera vez, a los emisarios de Páez.

El 31 de enero, Bolívar y una pequeña escolta se adelantaron hasta Cajural. Los centinelas del campamento lo anoticiaron de la proximidad del caudillo del Apure. Desmontaron y se dispusieron a aguardar, pero Bolívar se mantuvo en alerta. A lo lejos, descubrió que una tropilla avanzaba. Montó inmediatamente y galopó hacia donde estaban Páez y los principales jefes de su ejército. Al encontrarse, echaron pie a tierra y, con muestras del mayor contento, se estrecharon en un abrazo.

Tras unos días, Simón Bolívar entró triunfante a San Juan de Payra. El pueblo vivó, los jinetes de Páez se apostaron sobre la calle principal, armando un arco de lanzas para que el Libertador y sus hombres fueran agasajados. Por la noche, el llanero lo convidó a una gran comida. Los hombres de Páez, exultantes y virulentos, se sentaron al lado de los oficiales de Bolívar, quienes se mostraron disciplinados y respetuosos de las jerarquías militares, y expusieron los contrastes de ambas realidades.

El conciliábulo entre Bolívar y Páez no fue fácil. No se ponían de acuerdo en el modo de encarar a Morillo. Luego de varias tensiones acordaron y el 10 de febrero los ejércitos patriotas se pusieron en marcha en dirección a las posiciones enemigas. Llegaron a Calabozo y a la velocidad del rayo, los mejores regimientos realistas fueron destrozados. Con un gran optimismo, Bolívar se dirigió al general derrotado.

—Usted y toda la guarnición de Calabozo caerán bien pronto en manos de sus vencedores; así, ninguna esperanza fundada puede lisonjear a sus desgraciados defensores. Yo los indulto en nombre de la República de Venezuela, y al mismo Fernando VII perdonaría, si estuviese con ustedes, reducido a Calabozo.

Sin embargo, la situación, que parecía contenida, se malogró por completo. Cuando todos asumieron que Morillo permanecía quieto y custodiado, a los cuatro días y a las once de la noche, sacándole provecho a la oscuridad, el general realista se fugó de la plaza sin que nadie se diera cuenta. A partir de ese momento, el ánimo del Libertador se contrarió. Páez anunció que prefería regresar a San Fernando para remontar sus tropas y a Bolívar no le quedó otra que acatar. Mientras tanto, Morillo apresuraba la concentración de sus fuerzas en todas partes.

Bolívar se quedó sin aliado. El 15 de marzo, sus tropas se pusieron en marcha hacia el norte. Pero su espíritu flaqueó. Las fiebres del Llano, el cansancio y una pena profunda lo embargaron en un agotamiento sin defensa. Exhausto, delirante y con una delgadez que preocupaba, fue hundiéndose en una quietud extrema.

A los pocos días se cruzó, de casualidad, con el oficial inglés, alistado en Londres para sumarse a la lucha por la independencia, Gustavo Matías Hippisley y este no tuvo reparo en insistir sobre un ascenso que le fue denegado.

El Libertador se encontraba hundido en su hamaca, no permanecía ni dos minutos en la misma posición.

—El general Bolívar, no contando sino 38 años, aparenta cincuenta. Está seco, demacrado, inquieto, febril. Parece haber soportado grandes fatigas. Sus ojos, que antes eran brillantes, ahora son opacos y pesados —le murmuró el inglés a un camarada.

El 29 de mayo, con la debilidad a cuestas, Bolívar embarcó rumbo a Angostura. Se desplegaron las velas y navegó el Orinoco.

1- Emancipación en la actualidad.

CAPÍTULO VIII

James golpeó la puerta antes de entrar a la recámara. Su mujer era muy celosa de su intimidad pero él se enfermaba de inquietud. Se sentía abandonado por su esposa la mayoría del tiempo. Si no lo miraba parecía un niño desamparado, si no lo atendía se convertía en un paria. Sabía que haberse desposado con una muchacha tanto más joven podía traerle algunas complicaciones pero no había imaginado que Manuela se le hiciera carne de ese modo. Más que carne, la presencia de Manuela era la ausencia de sangre, como si fuera un enfermo, como si padeciera de una tisis definitiva. Pero estaba más sano que nunca, tal vez su mal tenía nombre de mujer: la suya. Y de solo pensar en su falta, perdía el pie.

—Querido, ¿precisa algo? —lo espió en el espejo y volvió a lo que hacía. —Le escribo a mi adorado hermano, a quien extraño tantísimo. ¿Le he contado de él, no es así?

A Thorne, poco le interesaba la familia de Manuela. Asintió en silencio pero la perorata de su esposa inundó el dormitorio: que su querido José María hacía un papel magistral, iba de ascenso en ascenso castrense, que el grado de teniente de milicias ya le quedaba chico y que estaba a punto de unirse al Batallón de Numancia.

—¿Correrá peligro mi amado José María? —Manuela se perdió en la incertidumbre.

—No creo que debas asustarte, los soldados eligen el coraje como modo de vida, Manuela —quiso calmarla pero no lo logró.

—Pero señor, es mi hermano, y lo que más quiere mi corazón.

James suspiró y prefirió cambiar de tema. A otra cosa había ido a la alcoba de su mujer. Algo sabía del Numancia y del arrojo del mariscal Morillo. El jefe realista había formado el batallón para enfrentar a los independentistas venezolanos en la isla de Margarita. Se había hecho de una infinidad de hombres venidos desde España

para otra faena, y así sumado el número. Habían empezado la travesía a pie desde la Nueva Granada y agregado hombres por el camino. Pablo Morillo estaba en pie de guerra, pero no eran esas sus batallas, otros campos lo llamaban. Lo suyo era hacerse de dinero vendiendo lo que hiciera falta. Y le había ido muy bien, sin necesidad de exponer sus pensamientos. La discreción era lo suyo, guardar las emociones. Ahora, la única que escrutaba —con quien se mostraba del brazo— y era testigo de sus movimientos, era Manuela.

—Debo irme de viaje, querida. Tengo negocios que atender fuera de Lima —le anunció. —Pero estaré de regreso en unas semanas.

Manuela abandonó la pluma y giró hacia donde estaba su marido. Un alivio enorme colmó sus entrañas. Se quedaría sola durante varios días, saldría a las calles sin urgencia por regresar, iría de tertulia en tertulia con el salvoconducto de su status marital pero sin la guarda permanente de James. Nada mejor.

—Cuídese, mi señor, que yo aquí estaré esperándolo.

—Le he pedido a varios de mis amigos que te asistan en todo lo necesario —Thorne debería haber dicho vigilar antes que asistir.

—Pero no hace falta, James. Aquí en casa tengo a mis negras, que cumplen todas mis diligencias, a lo sumo me acercaré a casa de Rosita y ya.

El inglés se removió en el asiento. No le causó nada de gracia que su esposa se vareara con la Campuzano. La mujer era la comidilla de toda Lima, las murmuraciones acerca de su intimidad recorrían las casas de familia. La ecuatoriana había rechazado al hombre que la había traído a la ciudad y andaba de amoríos con otro: con el general realista Pío Domingo Tristán.

—No me gustaría que te vieras envuelta en habladurías, Manuela.

—Si yo no doy que hablar.

—Has visto que la gente es chismosa.

—No he visto nada, no me ocupo de lo que piensan los demás. Que ya es suficiente con mis pensamientos.

Thorne se palmeó los muslos, se incorporó y besó a su mujer en la mejilla. Se despidió y salió del dormitorio. Manuela volvió hacia el espejo de su tocador y se soltó el pelo. Pegó un grito y llamó a sus esclavas. Que la peinaran, la perfumaran y la vistieran, que esa noche salía, que no la esperaran despierta, que le había vuelto el alma al cuerpo y que ese cuerpo bailaría como si fuera la última vez.

***

Manuela y Rosa paseaban del brazo por el cuartel 5º, al noreste del Rímac, en las parroquias de San Sebastián y San Marcelo, donde quedaban sus residencias, entre los jirones de Ucayali e Ica, y de Cuzco y Arequipa. Las parroquias distaban unas cuantas cuadras una de otra, pero les gustaba caminar.

—Vamos a la Alameda de los Descalzos (1), Rosita —le pidió su amiga y le apretó el brazo.

—¿Llegaremos? ¿No moriremos en el intento? —lanzó una carcajada. —Tal vez deberíamos tomar un coche.

—Pero qué poca fe te tienes, mi querida. ¿Para qué somos jóvenes y lozanas? A ver, a caminar se ha dicho.

Y emprendieron el paseo lideradas por Manuela, quien mostraba más bríos que su acompañante. Rosita era más lánguida, la quiteña, en cambio, parecía un vendaval. Del brazo reían y compartían confidencias y, sin darse cuenta, llegaron a la Alameda, que rebosaba de paseantes. El cielo estaba limpio de nubes, no corría una gota de viento y el calor del mediodía se hacía notar.

—Cuéntame de tu nuevo amante, Rosita —Manuela murmuró al oído de la amiga, con su voz ronca.

—¿Qué quieres que te cuente? —y de nuevo la risotada. —Tristán me alegra la vida. Ya sabes cómo pienso, al año hay que cambiar de pareja. Tampoco sé si no estoy siendo un tanto permisiva, tal vez antes.

—Pero el hombre es casado —Manuela pecó de ingenua.

Rosita la miró y bufó entre risas. El recambio entre su antiguo amor y el general Pío Domingo Tristán no se había hecho a la luz del día. Sin terminar con uno había comenzado con el otro. El hombre había peleado dentro de las huestes realistas, había sido compañero de estudios y amigo de Manuel Belgrano en España, había luchado en su contra en las batallas de Salta y Tucumán, y había participado en una rebelión patriota en Cuzco. Había caído prisionero tras la derrota en la batalla de la Apacheta, pero fue nombrado gobernador de Arequipa por los patriotas. Después había sido presidente de la Audiencia del Cuzco, en 1816. Pero tras aquellos años de penalidades y fatigas sin interrupción, en comisiones delicadas y expuestas —había argüido Tristán— que habían debilitado su salud, había solicitado, como recompensa, a la venerable Munificencia el Virrey, que le confirieran la Superintendencia de Su Real Casa de Moneda, de la Capital de

Lima. Pedido y dado, recibió el cargo y todos contentos, sobre todo él.

—Nada sé de esa señora, solo entiendo de mis devociones y cuidados. Sobre todo los que los hombres deparan en mí —y Rosita le sonrió a su amiga, complacida.

—Estás en lo cierto —Manuela se apretó contra su compañera y guardó silencio. Pero los dichos de Rosita retumbaron en su mente. Tenían la misma edad pero su amiga tanta más experiencia.

—Tú no eres feliz con James —le disparó.

Manuela sintió el aguijón pero se distrajo con el ir y venir de los caminantes de la Alameda. Se perdió con un grupo de tapadas (2), que se habían detenido junto a la fuente.

—¿Vamos a beber un poco de agua, que el sol ya no me deja ni pensar? —y apuró a su amiga. —Estoy sedienta.

Manuela se quitó la pañoleta la empapó en agua y se la volvió a poner sobre los hombros. Jadeó de placer y las gotas surcaron su piel en camino descendente. Entre carcajadas y escalofríos, repitió la práctica. Rosita, en tanto, cuchicheaba con disimulo extremo, con una de las tapadas. Finalizada la tarea, regresaron al paseo.

—¿Quiénes eran esas mujeres? —preguntó Manuela con la vista hacia adelante.

—Suceden tantas cosas, amiga mía…

—Cuéntame, Rosita, ¿o no somos confidentes en todo?

—Lima arde y no quiero ser una simple observadora.

—Yo tampoco.

Soltaban las palabras como chicotazo, bamboleaban sus cuerpos sin prestar atención al resto de los peatones, que las miraban sin disimulo.

—Pues hay una guerra allí afuera y aquí se cuecen algunas habas.

—De pequeña fui testigo de cosas horrendas en Quito.

—Es que eso no ha acabado nunca, Manuela.

—Mira que mi padre ha debido escapar a España.

—Yo conspiro, precisamente, con sus contrincantes. Mi casa se llena de unos y otros, pero mi lucha es clara. En secreto, claro. Y trabajamos con algunas tapadas, que todo lo ven. Traen y llevan, recogen información de la buena y la transmiten a quienes deben, los nuestros.

Manuelita se agarró fuerte de su amiga y giró la cara para mirarla. Rosa le retribuyó el apretón y continuó la marcha. Ceñidas como nunca, Manuela y Rosita emprendieron el regreso, cavilando sobre lo

que sucedía en Lima. El Virrey estaba apoltronado en su sillón, sus laderos cuidaban su espalda y la comunidad realista celebraba con algarabía, mientras que en otro lado, pero a veces muy cerca, los patriotas intrigaban en sigilo. La conspiración se había desatado y Rosa Campuzano abría las puertas de su casa para albergar esas ideas calientes. Manuela Sáenz, sin marido a la vista, dejó crecer la inquietud por aquellos ideales de libertad.

***

El Virrey convocó de inmediato una junta con los principales funcionarios de su gobierno. Había llegado a sus oídos la noticia de la derrota en los Cerrillos del Maipo, al poniente de la ciudad de Santiago. El panorama era muy desalentador.

A medida que fueron llegando, los hombres ocuparon su sitio en una larga mesa donde aguardaba Pezuela, con cara de pocos amigos.

—Caballeros, les pido suma atención, la situación es amenazante. Como sabéis, hemos perdido definitivamente a Chile en Maipú —el Virrey, de pie, señaló el sitio en el mapa que ocupaba la mesa.

La inusitada cantidad de oficiales que ocupaba la punta de la sala miraba hacia adelante, sin perder palabra. Custodiaban al principal mandatario de Lima.

—Y me temo que esto no termina aquí. Nuestros cálculos ulteriores deben partir del segurísimo concepto de que los enemigos siempre activos, atrevidos y emprendedores, no desperdiciarán momento para poner planes agresivos, cuyo éxito favorable les facilitarán sus recientes ventajas.

Los oidores, regidores, alcaldes y demás representantes no se atrevieron ni a carraspear. Ni la sed pudieron calmar, las bebidas brillaban por su ausencia. La mirada de Pezuela estaba inyectada en sangre.

—Los planes enemigos no son otros que de apresurarse a mandar una expedición a estas dilatadas costas para introducir el desorden y la revolución en los pueblos, y propagarla de unos en otros hasta lograr hacer sucumbir a esta misma capital, objeto de sus perpetuas miras, por cuanto de su inagotable seno han salido desde el principio de la revolución, y para todos los puntos contaminados, las disposiciones y medios contra los cuales tantas veces han escollado sus obstinados esfuerzos —el Virrey escrutó a cada uno de los presentes. —Me consta que tales han sido sus aspiraciones en todos tiempos, y

me hallo cerciorado de que se agitan actualmente con el más extraordinario empeño por realizar cuanto antes este, su favorito proyecto.

El murmullo empezó a crecer, los convocados oscilaban entre la indignación y la inquietud. ¿Entonces la amenaza podía dejar de ser tal?

—¡Silencio, señores! Y la cosa no está a leguas de distancia, a ver si entienden de una vez. Para prometerse un próspero suceso en sus tentativas, sé que cuentan con algunos adictos a sus ideas que, ocultos, existen en los pueblos más fieles —Pezuela apoyó las manos sobre el filo de la mesa y continuó. —Y cuentan con mayor fundamento con la pronta concurrencia de la numerosa esclavatura que hay aquí, deseosa de libertad, así como lo han practicado en Buenos Aires.

El rumor se transformó en un griterío, que cómo era posible, que el pueblo limeño, que la lealtad a España era infinita, que viva el Rey y ya no se entendió nada más.

—Sé también, que para realizar lo proyectado han comprado dos navíos, que su intención era batir nuestra escuadra y, en seguida, hechos dueños de la mar, mandar con mayor desahogo sus expediciones de desembarco a los puntos de la costa —el Virrey elevó la voz.

—¡No puede ser!

—¡Esto es inconcebible!

—¡Los venceremos!

Insistieron los presentes, sin dar cuenta de la importancia de los dichos del Virrey Pezuela. Pero este, con más paciencia que nunca, les confió que había tenido que aquietar los temores de las tropas reunidas en las inmediaciones de Lima, enviándoles una proclama. Los soldados realistas temían que se los enviara al cadalso. El Virrey les había asegurado que el objeto de la llegada a la capital no era otro que mantener la tranquilidad pública.

Lo que no contó era que la instrucción de los reclutas estaba destinada a la defensa de la capital y costas del distrito para resistir a cualquier agresión marítima, cuya diligencia presentaba no pocas dificultades. Tampoco les confió que le había enviado un oficio al flamante Virrey de Nueva Granada, don Juan José Francisco de Sámano, persuadiéndolo de sus apuros, y la respuesta de este no había sido demasiado alentadora: “La fatal derrota que han sufrido las tropas del Rey, nuestro señor, cerca de Santiago de Chile, pone a su

Virreinato y a todo este continente por la parte del sur en consternación y peligro". También le había enviado el batallón de Numancia, emplazado en Popayán, refuerzo que debilitaba a los realistas y facilitaba la invasión de Simón Bolívar a Nueva Granada.

Pezuela se persignó en la mente y se encomendó a Dios Todopoderoso. Despachó a los presentes, necesitaba estar solo. Los desgraciados sucesos de las armas lo llenaban de amargura.

***

El 13 de abril de 1818, José de San Martín abandonó Santiago y emprendió el camino a Buenos Aires. Le había anunciado al Director Supremo de su llegada pero con la recomendación de que no quería bullas ni fandangos. Al romper el alba del 11 de mayo, entró a una ciudad silenciosa y continuó la marcha hasta la chacra de don Juan Martín de Pueyrredón, en San Isidro. Allí se instaló y fue el sitio elegido para llevar adelante las conversaciones con el Director y algunos miembros de la Logia Lautaro. San Martín iba a dar cuenta del estado de la situación y a reclamar dinero para continuar con la campaña libertadora.

Pasaron algunos buenos días, Pueyrredón intentó persuadir al general de que abandonara el uso del opio pero no pudo lograrlo. José le respondió que moriría si lo dejaba, pero protestó que solo lo tomaría en los accesos de fatiga. Las charlas no estuvieron exentas de bromas, el Director Supremo expresaba que el Libertador del Sur era capaz de hacer reír a un muerto. Finalmente, San Martín consiguió que el gobierno porteño levantara un empréstito de quinientos mil pesos para atender los gastos de la expedición al Perú.

El 4 de julio, con la tranquilidad que le daba la promesa del dinero, partió de Buenos Aires con su ayudante O'Brien, pero esta vez junto a su esposa Remedios de Escalada y su pequeña hija Merceditas, quien iba asistida por Jesusa, la esclava.

Se prepararon para el largo viaje pero el estado de los caminos complicó todo. Al llegar a San José del Morro en la provincia de San Luis, el carruaje del general sufrió una rotura. Se vieron obligados a descender, recorrieron el pueblito emplazado en la punta de la sierra y se detuvieron en la capilla.

Remedios acunó a su hija y San Martín le escribió al gobernador Dupuy para que le enviara una carreta, carretilla o lo que hubiera, hasta que Luzuriaga, el gobernador de Mendoza, le mandara algún

carruaje.

Cuando al fin llegó a Mendoza, estropeado por sus ahogos y el penoso viaje, se instaló con su familia en la chacra de Los Barriales. Su salud continuaba mal, Pueyrredón le escribía dándole malas noticias: no lograba concretar el préstamo. El desaliento era enorme. Su médico, Guillermo Collisberry, le había asegurado que su existencia no alcanzaría a seis meses.

El 16 de septiembre, el Director Supremo le respondió dándole aliento y que contara con todos los recursos que podría proporcionarle desde Buenos Aires. Pueyrredón presionó y obtuvo trescientos mil pesos. Dadas sus condiciones físicas, el 23 de octubre de 1818, San Martín dictó su testamento otorgándole disposición de sus bienes a su esposa, heredera junto a su hija Mercedes, en presencia de los coroneles mayores Toribio de Luzuriaga y el tío de Remedios, Hilarión de la Quintana, y del capitán de artillería fray Luis Beltrán.

Sin embargo, quien se encontraba mal en serio era su mujer. Desde los 12 años padecía de tisis y en los últimos tiempos, la enfermedad había recrudecido. Pálida como nunca, ni siquiera tenía ganas de comer. Tampoco podía cuidar de su hija. Remedios era puro silencio, parecía lejos de allí, exponía una serena altivez. Junto al doctor Ponce, el médico que la trataba, decidieron mantener su estado en secreto. Remedios le prohibió que le contara nada a su marido. Ella y la niña permanecieron en Los Barriales, San Martín se mudó a la residencia del Palacio de los Obispos.

A mediados de noviembre, le dirigió un manifiesto a los peruanos para explicar los motivos de la campaña que se preparaba en Chile:

> *Mi anuncio no es el de un conquistador que trata de sistematizar una nueva esclavitud. Yo no puedo ser sino un instrumento accidental de la justicia y un agente del destino.*
> *El resultado de la victoria hará que la capital del Perú vea por la primera vez reunidos a sus hijos eligiendo libremente su gobierno y apareciendo a la faz de las naciones del globo entre el rango de las naciones.*
> *Los Estados independientes de Chile y de las Provincias Unidas de Sudamérica me dirigen para entrar en vuestro territorio para defender la causa de la libertad.*

El Libertador de América del Sur barrió de su cuerpo la melancolía

que lo dominaba cual zureo de torcaza y comenzó, entonces, el cruce de la Cordillera.

1- Llamada también Alameda Grande y Alameda Vieja. La obra del paseo se había iniciado en mayo de 1609, desde el molino de Francisco de San Pedro (actual calle de Copacabana) hasta el Convento de Nuestra Señora de los Ángeles. En 1611 ya tenía colocadas tres fuentes pero faltaba plantarla y allanar sus calles. En 1613 el paseo se encontraba descuidado, los árboles decaídos y las fuentes sin agua. En 1614 se acordó restaurar la alameda y al año siguiente comenzó la restauración. Tenía ocho hileras de árboles de varios géneros y, en la calle del medio, tres fuentes de pila, labradas de piedra y con agua de pie, para lo que se había hecho una cañería que conducía agua del río.

2- Mujeres que vestían un traje compuesto por la saya y el manto, para salir al espacio público sin ser reconocidas. Solo mostraban un ojo.

CAPÍTULO IX

Manuela dio comienzo a una doble vida. Era una con su marido y otra en el salón barroco de Rosita. Cuando Thorne no estaba de viaje, se mostraba siempre disponible. Interpretaba, lo mejor que podía, el rol de la esposa solícita. Cosa que reclamaba el hombre, situación a la que accedía con buena disposición. Pero a todo le sacaba provecho: su marido debía reunirse con colegas en su casa, Manuela les ofrecía algún refrigerio y comida. Había traído recetas consigo y le gustaba desplegarlas en su casa. Convidaba a su mesa a comerciantes y capitanes de barco, y estos agradecían hasta el fin de sus días. Y cuando le tocaba el turno a algún que otro coterráneo de su marido, abría bien los ojos y los oídos, incluso aprendió el inglés y hasta llegó a hablarlo con gran ductilidad.

—Invita a franceses, James, así aprendo el idioma —pidió Manuela, zalamera, y su marido le cumplió.

Thorne hacía todo lo que su mujer le reclamaba. Y, aunque fuera en vano, su esfuerzo por comprenderla era descomunal. Manuelita le sonreía pero hacía silencio, el hombre temía que le escondiera algo, se sumía en alguna lectura, percibía que quería escapar de él. Manuela le resultaba un enigma y no lograba entenderla. Pero lo que lo enloquecía de miedo era la belleza desproporcionada de su esposa. Lo hacía temblar pero siempre guardaba las apariencias. Era demasiado difícil compartir la vida con una mujer preciosa. A veces se veía turbado y descompuesto. Su sola presencia lo desestabilizaba, tampoco soportaba su ausencia. La cabeza le estallaba.

Viva como pocas, Manuela intuía lo que le pasaba a su marido pero seguía con lo suyo. ¿Qué podía hacer? Nada. Si el hombre estaba inquieto, que encontrara la templanza en altamar. Y era ahí cuando ella revivía, cuando James partía. Porque la diversión parecía no haberse creado en la tierra de Thorne. No la condicionaba pero lo

único que le ofrecía era una vida monótona, y de solo pensarlo abría las fauces en un bostezo eterno. A la hora de la reclusión, del encuentro amoroso, el hombre era más frío que un témpano. Si fantaseaba con el ardor de la noche, estaba perdida. Su marido era helado.

Cuando estaba sola, se olvidaba de que era la señora de Thorne y hacía lo que le venía en gana. Por las noches asistía a lo de su amiga Rosita Campuzano, donde los convites habían dejado de ser fiestas con baile para transformarse en reuniones secretas. Y era allí donde desplegaba sus artes. Escuchaba con suma atención las arengas revolucionarias de los presentes y las guardaba en sus entrañas. Pasaban los días y Manuela se convencía más de cuál era su elección. Entre gallos y medianoche se vareaba en los círculos patrióticos, estaba más cerca que nunca de los hombres que conspiraban contra la Corona.

Una mañana, bien temprano, se dispuso a envolverse con la saya y el manto. Iba a salir a repartir algunas proclamas. Así había quedado la noche anterior, en casa de Rosita. Comenzaba a cubrirse el ojo con el velo de seda, cuando las negras entraron a su dormitorio.

—¿Pero qué hace, patroncita? —le preguntó Jonathás, y detrás entró su compañera, igual de azorada.

—Me preparo para salir y ustedes harán lo mismo. Pero no a la repartija, sino a afilar la oreja y escuchar todo. Negritas mías, que salgan y espíen, escuchen, tráiganme —susurró Manuela como si las paredes fueran capaces de escuchar. —Hagamos patria juntas, mis reinas.

Las esclavas se calzaron sus sombreros coloridos, collares y brazaletes, y salieron a la calle. Manuela aguardó unos minutos e hizo lo mismo. La ciudad empezaba a despertarse y era la hora ideal para recorrerla sin miedo. De todos modos, el corazón de la joven repiqueteaba con urgencia. Manuela sonreía entre excitada y temblorosa. Pero no tenía dudas. Debía desparramar las ideas por las calles de Lima. Soltó algunas proclamas en la plaza y cuando se cruzó con algunos caballeros que creyó afines, también las ofreció. Siempre cubierta, murmurando poco para que no le reconocieran ni siquiera la voz.

Cuando el sol marcaba el mediodía, Manuela abandonaba la intriga y regresaba a su casa. Tampoco faltó, en alguna oportunidad, la presencia de un oficial avispado que, reconociendo el gesto, lanzara

el grito de “¡alto ahí, situación dudosa!” y la estampida de la tapada, que nunca fue aprehendida. Manuela era más fugaz que una estrella. A la noche se reunía con Rosa y compartían sus aventuras diurnas.

—¡No sabes lo que me ocurrió esta vez! —le confió Manuela, a carcajada limpia.

—Pero debes tener cuidado, mi querida. Nunca te confíes demasiado.

—Voy muy despierta, Rosita, pero además tengo premoniciones. Intuyo adónde debo ir y a quiénes es mejor evitar. O en todo caso, derrotar —la mirada de Manuela brilló como nunca.

—¡Tampoco es para tanto! —retrucó entre risas.

—Nunca se sabe. A veces, el enemigo está más cerca de lo que una cree.

—Para eso tengo a mi Tristán, Manuelita. Se enternece en la cama y me confía todo. Incluso lo que no debiera. Y para que sepas, nunca nos usan, somos nosotras quienes los usamos a nuestro favor —y dejó la boca de pimpollo entreabierta.

—Yo tengo un marido inglés, así que estoy guarecida.

—No te creas, que en esta guerra entramos todos, no hay inglés que se salve.

Manuela escrutó a su amiga. Tuvo la visión de una belleza en paz, todo lo contrario con lo que le sucedía a ella, que vivía en guerra. Contra los demás, contra sí misma. No se había dado cuenta y faltaba poco para el amanecer. Había perdido la noción del tiempo y no lograba recordar si la fecha de regreso de James era esa o alguna otra. Estaba tomada por esa vida y la otra la tenía abandonada.

—Tengo que volver a casa —se incorporó de un salto y miró para todos lados.

—No puedes irte sola, es la hora del peligro —le ordenó Rosita. —Que te lleve Riva en el coche.

José de la Riva Agüero se levantó de inmediato y se aprestó a cumplir el pedido de la Campuzano. Hijo de un español y una limeña de la nobleza colonial, Riva Agüero era un ferviente patriota en las sombras, director de la Logia de Lima y el autor de la “Manifestación histórica y política de la Revolución de América”, publicada anónimamente en Buenos Aires, en 1816.

—Permítame, señora —y le extendió la mano.

Manuela se despidió de su amiga y marchó a la par del conspirador. Cubiertos ambos, subieron al coche.

—La felicito, Manuela. Su labor es encomiable.

—Yo le agradezco a usted, don José, que me reciban con tanta generosidad —la Sáenz desbordaba entusiasmo.

—Precisamos de todos en esta lucha, doña Manuela —Riva miró por la ventanilla, no perdía rastro.

—Para lo que haga falta estoy, señor.

Riva Agüero asintió y mantuvo la mirada en el camino. Acababa de publicar "Las veintiocho causas", el manifiesto que resumía por qué América debía independizarse. Estaba atento, y como nunca, de los sucesos externos, de los protagonistas que, desde el norte y el sur, replicaban sus ideas. Se acercaba el momento crucial.

Llegaron a destino, Manuela descendió en un movimiento y apuró la marcha. En un segundo desapareció. Riva Agüero golpeó la vara con los nudillos y el cochero arrancó para perderse por las calles de Lima.

La faena conspirativa de Manuela siguió su curso. Su talento para hacerse invisible era superior. Tal era la fama que empezaba a construirse que, una tarde, en reunión de caballeros, el Virrey Pezuela, atónito, declaró:

—El Fiscal me ha traído un montón de proclamas introducidas en esta capital por una mujer desconocida.

***

Manuela reposaba en su hamaca. Experta en torcer tabaco, se había armado unos cigarros y fumaba mientras leía su libro de cabecera en aquellos tiempos, *Vidas paralelas*, de su bienquerido Plutarco. La pierna izquierda le colgaba y bailaba al son de su mente, que recorría las tierras de la Siria y Egipto. Tal era el fervor que sentía por aquella lectura, que repetía párrafos de memoria. Lamentablemente, el ruido de un tranco pesado la sacó del frenesí de Marco Antonio y la llevó hacia la estampa de su marido, quien avanzaba sin pena ni gloria hacia el patio, su refugio en el mundo.

—¿Qué haces así vestida, Manuela? —Thorne la recorrió con la mirada y perseveró, cansado. —¿No te he dicho ya que no me gusta que te vistas como los hombres?

Manuela había adoptado el uso de pantalón y camisa cuando estaba en la casa, aunque también, a veces salía a provocar tirria por las calles de Lima. Las señoras la escrutaban con indignación, los caballeros con curiosidad y pavura.

—Pero James, no seas chapucero. Déjame tranquila, que no te molesto —le respondió con los ojos entrecerrados. Estaba cansada de discutir con su marido.

—Preferiría que no provoques a la maledicencia —se le arrimó un poco más pero un griterío llegó desde adentro.

Como tromba las negras entraron al patio sin siquiera haberse quitado las ropas de la calle. Llegaban de afuera y derechito al encuentro de su patrona.

—¡Señora! Ha pasado algo feísimo —gritó Jonathás y se arrojó sobre el cuerpo de Manuela.

—¡Debemos huir! —Nathán replicó a su amiga y también se tiró encima de su ama.

—¡Por favor! ¿No ven que estoy hablando con la señora? Retírense ahora mismo —increpó Thorne, harto de la intimidad que tenían las esclavas con su mujer. Por supuesto, la situación se había desmadrado y nadie le prestó atención.

—¿Qué pasó, negras mías? —de un salto, Manuela bajó de la hamaca.

Nathán y Jonathás dieron rienda suelta al revoleo de brazos y mirada de pánico, y se amontonaron en el relato. Como por arte de magia, Manuela rescató un "señora Rosita", "el amigo", "Inquisición" y ahí pegó un grito.

—¡Basta, que no entiendo nada!

Thorne tampoco había comprendido pero supuso que la cosa estaba mal. Intentó poner orden y sacárselas de encima, mas su esposa le apretó la mano contra el pecho y lo frenó.

—Venimos de casa de la Aureliana, que tiene un primo que ordena libros en lo de…, ay, patroncita, no me acuerdo del nombre…

—¡Pero me estás cansando, Jonathás! No me importa nada de esos, al grano, mujer —Manuela la tomó de los brazos y la sacudió.

—Que su amiga fue presa, patroncita —la negra refregó las manos con terror.

Y dio comienzo una batahola de Dios Todopoderoso y María Santísima. Thorne empezó a asustarse en serio y Manuela hostigó a su esclava a que le contara lo sucedido con Rosita. Con lujo de detalles, Jonathás se despachó: que se habían llegado unos hombres a la casa de la señora, que la habían sacado a empujones mientras otros emisarios de la Inquisición le revisaban papeles y libros, dándole vuelta las cosas, buscando vaya uno a saber qué. A doña Rosita la

habían llevado al Tribunal de la Inquisición denunciada por posible espionaje, acusada de conspirar a favor del separatismo, de desparramar nuevas alarmantes y de corromper a las tropas realistas induciendo a la rebeldía y a la deserción.

—Ay, mi querida —aulló Manuela, desesperada, y empezó a dar vueltas en redondo.

—¿Qué es lo que está pasando? ¿Qué debo saber, mujer?

James giró a su esposa de un saque y la increpó. Como pudo, Manuela le confió lo que hacía en casa de su amiga y en las calles de Lima.

—Te has vuelto loca —murmuró.

Thorne estaba muy disgustado; que fuera inglés no lo ponía al margen de la batalla sorda entre españoles y revolucionarios. Sabía que, si se armaba la gresca, caería él también, además, era un señor de negocios y no le gustaba que aquellos levantamientos perturbaran sus actividades y pusieran en jaque a las autoridades de Lima. El Virrey había instaurado el libre comercio con Gran Bretaña, acción que había justificado como necesaria para solventar los enormes gastos que requería la guerra. No eran tiempos para exponerse contrario a la Corona.

—James, te pido que me ayudes a liberar a Rosita —le rogó su mujer, con ojos desorbitados.

—Parece que no me has escuchado.

—Tal vez necesitemos algo de dinero… —insistió como si no hablara el idioma de su marido.

—Te ordeno que desistas de toda esta inmundicia.

—Parece que acá el que no entiende eres tú, Thorne. No abandonaré a mi amiga, de los únicos que prescindo son de mis enemigos —Manuela lo miró de frente con brasas en las pupilas y siguió. —Hablaré con el Virrey entonces, a él le pediré auxilio. ¡Negras, conmigo a mi recámara que me vestiré con mis mejores galas para ver a Pezuela!

Pegó la vuelta, abandonó a Thorne que quedó como un árbol reseco, y las esclavas caminaron detrás, cual su sombra.

***

La guardia la hizo pasar y Manuela le dedicó una reverencia exagerada. Pezuela, cortés, extendió ambas manos y le pidió que se incorporara. El despacho y su desmesura estaban vacíos de personas

pero no de mobiliario.

—Mi estimada señora, siéntese aquí y dígame qué le ocurre —Pezuela no recibía mujeres en el Palacio Real pero había hecho la excepción.

—Excelencia, le agradezco infinitamente la deferencia. Tal vez me haya atrevido por demás —le confió Manuela y se acomodó en la punta del cojín, liviana como pluma.

El Virrey negó con la mano y aguzó la mirada. La quiteña había hecho buenas migas con su esposa y nunca le habían llegado chismes, salvo la constancia en los cumplidos a raíz de su belleza.

—No quiero importunarlo con asuntos fatuos, pero vengo a pedirle por una amiga. Han cometido una equivocación con doña Rosita Campuzano, Excelencia.

—¿De qué error hablamos? —Pezuela se compuso, le había echado el ojo a la señora Campuzano, como tantos caballeros.

—La han apresado culpándola de mentiras, Su Excelencia. Me confiaron que está en la sala de Audiencias de la Inquisición. No es ella quién debiera comparecer ante tamaño estrado. Mi amiga es inocente.

—Vivimos tiempos tan convulsos, señora.

—Pero nos sentimos protegidos por Vuestra Excelencia. Sabemos que usted nos cuidará de todos los males —interpretó Manuela como una actriz hecha y derecha.

El Virrey sonrió apenas, orgulloso de escuchar el cumplido de boca de una mujer. Hacía pocos días se había reunido con el Subinspector de artillería e ingenieros, y el Comandante de Guerra en una Junta Particular de Guerra, a fin de tratar las mejores medidas luego de las nefastas novedades provenientes de Chile. José de San Martín alineaba hombres y disponía de barcos nuevos comprados por el gobierno de Chile y estaba dispuesto a marchar hacia Lima. Sin embargo, estas noticias no preocuparon demasiado a Pezuela, que percibía que Lima y el Callao estaban bien guarecidos, y reforzado el litoral. Había ordenado que colocaran dos cañones de montaña con sus carruajes en el puerto de Pisco, y había incrementado la defensa del puerto de Quilca, en Arequipa, con *Venganza*, la fragata de guerra. La escuadra realista tenía el dominio del Pacífico Sur.

—Vuelva a su casa, estimada señora. Extenderé la orden de que liberen a su amiga —el Virrey besó la mano de Manuelita y en ese instante se abrió la puerta y entraron dos oficiales para escoltarla

hacia afuera.

Manuela volvió a su casa, recogió a las esclavas y se dirigieron hacia la residencia de Rosita. La servidumbre la recibió y cual bólido se dirigió a la sala. Además de unas pocas señoras, el único caballero que ocupaba el sillón de importancia era don Juan Pío de Tristán. Manuelita asumió que era mejor decir poco.

—¡Señor, pero qué alegría verlo por aquí! Ahora me quedo más tranquila —mintió, sonriente.

—Buenas tardes, doña Manuela. Aquí estamos, aguardando a nuestra querida Rosa.

El hombre cabeceó apenas, era difícil encontrarle el hueco, sus actos estaban siempre impregnados de ambigüedad. Solo Rosita sabía manejarlo. A poco, entró una criada con refrigerios para los presentes. Manuela se sentó alejada de todo, con una esclava a cada lado. Abrió los oídos a cuanto palabrerío circulaba en la sala, hasta que sonaron los cerrojos de la puerta de calle, anunciando la llegada de la dueña de casa. Algunas damas corrieron a recibirla, Manuela y don Juan Pío permanecieron en sus asientos.

—Mis amigos queridos, sabía que estarían aquí —anunció Rosita al cruzar el umbral y, junto a ella, entró el brigadier José De la Mar, subinspector general del Virreinato.

Manuela se abalanzó contra su amiga y la abrazó. De la Mar se hizo a un lado y Tristán observó la escena, destemplado. Todos le preguntaban cómo estaba, qué había sucedido, si se encontraba bien.

—La señora está perfecta, solo algo fatigada —declaró De la Mar y la tomó del brazo.

Rosita le dedicó una sonrisa y agachó la vista. Tristán tragaba con incomodidad.

—¿Quieres recostarte, querida? —intervino Manuela, al segundo.

La reunión se disipó y Manuela acompañó a su amiga hasta el dormitorio. Apenas entraron, Rosita se largó a llorar.

—Ay, Manuela, ayúdame a quitarme todo. Tengo las medias húmedas, me oriné encima, tú no sabes el terror que pasé.

El corazón de Manuelita se agitó, desvistió a Rosa como pudo, mientras le repetía palabras tiernas.

—Era una locura, los aullidos de alrededor, los gritos de las salas contiguas, la tortura… —jadeó Rosita y acarició las manos de Manuela. —Pero no te asustes, no me han hecho tanto y juro no haber delatado a nadie.

—Te salvamos, Rosita —le puso la camisa de noche y la abrazó. —¿Y quién es el caballero con quien llegaste?

—Es un enviado del Virrey —los ojos le brillaron.

—Tristán lo miró con cara de pocos amigos.

Y rieron, cómplices. Se tendieron sobre la cama y, tomadas de la mano, se confiaron sus cosas. Debían seguir con el plan, pero le daban la bienvenida a La Mar a sus corazones. Podía servirles a la causa y Rosita tenía, por ahora, mucho amor para dar.

CAPÍTULO X

José de San Martín había recibido correspondencia crucial desde Lima. Riva Agüero se había transformado en un contacto fundamental para intercambiar estrategias y posibilidades para la avanzada a Perú. El limeño le había enviado datos valiosos sobre la situación de las fuerzas realistas. Le proponía que no se limitara a desembarcar en Arica, sino a atacar a través de la costa central del Perú. El plan de conquista le había llegado munido de un mapa territorial de Pisco a Huaura, además de las haciendas, esclavos, ganados, caballos, provisiones y recursos disponibles. Riva Agüero era generoso con la información.

A fines de enero de 1819, San Martín esbozó un proyecto de expedición de entre 2500 y 3000 hombres para tomar las costas del Perú. Establecido, junto al Ejército de los Andes en Curimón, sobre la ruta de Uspallata, no cejaba en la organización del plan maestro. Apenas dormía, peleaba contra las inclemencias del tiempo y de su cuerpo.

—Para penetrar hasta el corazón del Cuzco son necesarios 6100 hombres —ordenaba a sus generales.

Pero sabía que las rentas del Estado chileno y de las Provincias Unidas no tenían los fondos suficientes.

—Ya está demasiado visto que es irrealizable y, de consiguiente, no debemos mantenernos con ilusiones y sí con hechos. El objeto de esta expedición no es otra que el de hacer, casi, una guerra de partidarios —declaraba con seguridad.

Incluso asumía el riesgo de haber elegido al vicealmirante Thomas Cochrane, inglés de ciudadanía chilena, para hacer la primera incursión en territorio peruano. Era un hombre intrépido pero al mismo tiempo calmo y reflexivo.

Sin embargo, otros asuntos también embargaban los sentimientos

de José de San Martín: el cuerpo de su esposa Remedios. El mal que la aquejaba avanzaba a pasos aterradores y temía lo peor. Le había encomendado a su cuñado, el teniente coronel Mariano de Escalada, que se llegara hasta Mendoza para ver de convencerla a que partiera rumbo a Buenos Aires, si su salud se lo permitía. Si no lo conseguía, debía marchar con unos pliegos para el gobierno, pero si podía, debía quedarse para acompañarla y remitir los pliegos a una persona segura.

Con la bandera enarbolada en el *O'Higgins*, partió la primera expedición comandada por Cochrane desde Valparaíso rumbo a las costas del Perú. Hasta el 21 de febrero, la escuadra chilena se mantuvo a una distancia prudente para no ser vista desde el puerto. El ataque estaba planeado para el último día de Carnaval y era más probable que muchos oficiales y soldados de la guarnición se hallasen, según la costumbre, con licencia en Lima. No obstante, el mal clima produjo que la escuadra se separase y el ataque al puerto y a las embarcaciones realistas fuera suspendido por unos días.

El 26 de febrero, el Virrey fue advertido que a tres leguas del morro Solar se habían avistado cinco fragatas y un bergantín sospechosos. De inmediato ordenó que se despacharan cincuenta cazadores y cincuenta dragones para reforzar el punto. A los dos días y al despuntar el día, Pezuela se dirigió al puerto del Callao para controlar las fuerzas útiles y los buques de guerra. Embarcó en la corbeta *Sebastiana*, pero apenas podía ver las maniobras del enemigo. Era una mañana oscura de invierno. Pidió trasladarse al bergantín *Maypú* y, cerca del mediodía, divisó una fragata y le solicitó al comandante que se le acercase.

—Está prohibido reconocer ningún buque teniendo a la primera autoridad del reino a bordo —le respondió.

Una hora y media después el Virrey retornó a Lima. A las tres de la tarde, apenas entrado a Palacio, Pezuela escuchó bombardeos. El ataque planeado por Thomas Cochrane al Callao había comenzado.

***

Manuela se deslizó fuera de su casa y partió rumbo a la calle Guadalupe (1). Se encontraría con Rosita y varias señoras más en la fonda de Carmen Guzmán. Aquel era el sitio elegido para intercambiar información pero también para atraer oficiales y hombres influyentes del gobierno, seducirlos y dejarlos con la guardia baja. A veces los señores eran demasiado fáciles.

Para ella ya era bastante difícil hacer lo que quisiera sin consecuencias en casa. Su marido, cuando se enteraba de lo que hacía, demandaba explicaciones y le dedicaba sermones insufribles. Thorne no estaba de acuerdo con la novedosa y constante práctica de su esposa. Además del temor que padecía porque creía que Manuela estaba en peligro, no quería que estuviera en contacto con otros hombres. El desparpajo de su mujer lo inquietaba y los choques entre ellos eran constantes. Él demandaba, ella rebatía y procedía siempre de acuerdo a su voluntad. Sin embargo, le cansaba la riña, prefería escabullirse del ojo censor de su marido.

La noche anterior había hecho lo humanamente posible para evitar a James, pero, agotada de pelear, se había dejado hacer. Su marido se le había metido en la cama a la busca de lo que le correspondía y ella no había encontrado argumento creíble para rechazarlo. Con la mirada perdida en el techo, ni siquiera había puesto cara de esposa complaciente. Sus piernas habían respondido al reflejo de espaciarse un poco para que la carne extranjera de su marido avanzara. El calor de su cuerpo, sus entrañas, sus pensamientos perdían combustión cuando James la tocaba, como si fuera un sortilegio. Sin más, de ese modo lograba apaciguar la persecución a la que se veía sometida cuando su marido le ofrecía atención.

Llegó a la fonda y la mesa que ocupaban asiduamente ya estaba bastante completa. Sus amigas y camaradas en la clandestinidad ya habían llegado. Rosita sacudió su mano para llamarla y Manuela le respondió con su mejor sonrisa. Otras *salonniers* como la condesa De la Vega de Ren, doña Petronila Arias de Saavedra y Puente, o Petronila Carrillo de Albornoz y Boza no formaban parte de la reunión, preferían ofrecer su salón.

—Señoras, me han ganado de mano esta vez —besó a una por una, y se sentó al lado de Rosa.

Ocupaban sus sillas doña Brígida Silva y Ochoa, las hermanas García, Juana y Candelaria, la Marquesa María Hermenegilda de Guisla Larrea, Gertrudis Coello y Carmen Noriega. Le daban a la charla, hablaban todas al mismo tiempo, sin embargo se escuchaban y tomaban nota mental de cada cosa que se decía. Doña Brígida, con sus 52 años, pertenecía a una familia independentista de toda la vida. Había sido informante del frustrado levantamiento de Aguilar y Ubalde en 1805, y había contado con el apoyo de su esposo, el cusqueño Francisco Ochoa Camargo. Más adelante, Remigio Silva, uno

de sus hermanos, había participado en la conspiración contra el Virrey Abascal, y el otro hermano, Mateo, había sido uno de los impulsores de la instalación de una Junta de Gobierno en Cusco. El hijo de Brígida pertenecía al ejército realista y estaba en el cuartel de Santa Catalina, lo que le facilitaba el trabajo de espionaje.

—Estimadas, necesito que me entreguen toda la información que hayan recopilado, pues me dispongo a entregársela al corresponsal del general San Martín —murmuró doña Brígida. —Han desembarcado, de incógnito, algunos hombres de Cochrane y ya nos han contactado.

El 1° de marzo, Cochrane había bloqueado el Callao y, con esto, ejecutado la prohibición a todos los buques de hacer tráfico o de tener ninguna comunicación con los puertos de Guayaquil a Atacama. A los pocos días, atendiendo al número de prisioneros de guerra que Chile tenía en su poder y a favor de un número excesivo de españoles, había enviado un parlamentario al Virrey para solicitarle un canje de prisioneros, y el buen trato de los del bergantín *Maypú*. Pezuela había accedido.

—En cualquier momento cruzan la puerta algunos de los del Numancia —intervino Carmen Noriega, corajuda como pocas.

—Mi hermano forma parte del batallón, nos hemos carteado poco, lo último que supe fue que llegarían a Lima de un momento a otro — los ojos de Manuela brillaban de emoción; extrañaba a su querido José María.

Brígida le palmeó la mano con ternura, entendía muy bien por lo que estaba pasando. Cada señora le extendió, por debajo de la mesa, una nota con los datos conseguidos, mientras continuaban con la charla. La señora Silva y Ochoa se había enterado, gracias a su hijo, que el Virrey le había encomendado al coronel Lóriga, que diese aviso al comandante general del Cuerpo de Reserva y que estuviese prevenido porque circulaban rumores sobre el arribo de la expedición preparada en Chile. Y que incluso se dirigiera al general del Ejército del Alto Perú con igual diligencia. De inmediato, se lo habían transmitido a Cochrane, y este le había dado a conocer a Chile la situación del Virreinato.

A la madrugada del 23 de marzo, Cochrane había atacado la línea marítima e intentado quemar, sin lograrlo, los buques que se encontraban en el puerto. Pezuela, iracundo, había respondido que el Almirante no perdonaba astucia alguna, fuera o no admitida en la guerra, que no empleara para conseguir sus sanguinarios e inicuos

proyectos, cuando por otra parte anunciaba en sus proclamas que no era un intento de hacer la menor extorsión a los vecinos pacíficos. Cuatro días después, la escuadra chilena abandonaba las costas del Callao.

El tranco pesado de unas botas contra el piso y la prepotencia de unas carcajadas interrumpieron la reunión de las mujeres. Como si fueran los dueños, unos oficiales del batallón del regimiento de Numancia hicieron su entrada en la fonda de la señora Guzmán. Hablaban fuerte, reían, poco les importaba el resto de los parroquianos. Manuela dirigió su atención hacia los recién llegados y descubrió que, entre ellos, estaba su hermano. El corazón le dio un vuelco, empujó la silla y salió disparada hacia allí.

—¡Ah, José María! ¡Mi querido! ¡Hermano de mi alma! —gritó y se arrojó a sus brazos.

—¡Manuelita! ¡Pero qué casualidad! —Se miraban y volvían a abrazarse. —Ven que te presento a mis camaradas.

Manuela saludó a los compañeros de su hermano pero no quiso perder el tiempo. Necesitaba ponerse al día con José María, luego de tantos años sin verse.

—Estoy con unas amigas, también, pero no quiero compartirte con nadie. Mañana te vienes a mi casa —le pasó la dirección y volvió a besarlo. —Tenemos mucho de qué hablar.

Le estampó un último beso ante la mirada y la silbatina de los soldados y regresó a su silla. Anotició a las amigas acerca del parentesco y las mayores le recriminaron que no había vínculo que se perdonara. Hasta la familia debía compartir los ideales. Si no, a otra cosa.

***

Los meses se sucedieron a pura intriga. Manuela no abandonó el reclamo a su hermano para que abandonara a la fuerza española y se uniera a las filas independentistas. José María se dejó convencer y empezó a conspirar, también, dentro del batallón de Numancia. Con sumo cuidado, ambos apalabraban a cuanto soldado se les cruzara.

Los ánimos en Lima, durante 1819, se caldearon mucho más y el peligro era una constante. Sin embargo, los rebeldes se arrojaban sin medir consecuencias. El intercambio de información, incluso de armas, se hacía a plena luz del día. Manuela no solo repartía proclamas y se jugaba la vida, también escondía pistolas entre los

pliegues de sus faldas y hacía las entregas a quienes correspondiera. Estrechó su vínculo con Riva Agüero hasta que este fue apresado. Un mensajero de San Martín, que le traía correspondencia clasificada, había sido capturado. El Virrey ordenó el confinamiento de Riva Agüero en Tarma, la sierra central del Perú, mientras se ponía en condiciones el barco que lo desplazaría a España. Los fieles a la causa iniciaron una apelación legal y lograron que Pezuela desistiera. Libre de semejante trance, Riva Agüero volvió a la carga y trabajó para que los oficiales desertaran de las filas realistas. Junto a Manuela, fustigaron al regimiento de Numancia. También promovió la organización de guerrillas para que cortaran el acceso a Lima.

El 12 de agosto, la escuadra libertadora se hizo a la vela desde Valparaíso. El 23 de septiembre fondearon en el Callao y a fines de mes se presentaron en las inmediaciones de la isla San Lorenzo. Octubre se inició con nuevos ataques sobre el Callao. Por medio de balsas incendiarias, pruebas de disparos y la aproximación a las balsas y a un bergantín que se encontraba en el puerto, buscaron generar pánico entre la población del puerto y de Lima. El 8 de octubre, Cochrane elevó anclas ya que consideró inútil su permanencia en las inmediaciones del Callao. Las instrucciones le ordenaban no acercarse a los buques.

Temeroso de un nuevo ataque, el Virrey convocó a una nueva Junta de Guerra en noviembre, para tratar los acontecimientos de Santa Fe y Popayán, los recelos de Quito y el fantasma de Simón Bolívar, quien circulaba más al norte pero no fuera que contagiara, también, a aquellas tierras.

Lima era una bomba a punto de estallar y Manuela estaba dispuesta a encender la mecha.

1- Azángaro en la actualidad.

TERCERA PARTE

La caballeresa

CAPÍTULO I

Serían las seis y media. El sol empezaba a flaquear, persistía el recuerdo de lo que había sido y algunos rayos se inmiscuían por las ventanas. Las velas no ardían todavía, a Manuela le gustaba así.

—Confía en mí, Josecito. Si nunca te he decepcionado —le dijo a su hermano, mientras sorbían, de a poco, un oporto. —¿A que no te acuerdas cuando éramos dos miniaturas y te quedabas con los ojos grandes como la luna, escuchando mis cuentos? Me pedías más y más, y ya no sabía qué inventar.

Los hermanos reían, recordaban los juegos de la infancia, los berrinches, las pataletas. El reencuentro había sido a pura emoción. Manuela no se cansaba de admirar la guapeza de José María, y él la de ella. Se habían contado sus cosas, habían hecho referencia a su padre y al resto de la familia. Manuela le había presentado a su marido pero no se habían frecuentado. Cada vez que iba a la casa de su hermana, estaban solos.

—¡No me atrevía a contradecirte! —rio José María y se despatarró sobre el sillón. Volvían a ser niños otra vez.

—¡Y lo bien que hacías! —replicó Manuela y se echó los rizos húmedos hacia atrás. De un salto cruzó al sillón donde descansaba su hermano y se le acercó para hablar bajito. —¿Están listos para el motín?

Las insurgencias en Lima estaban a la orden del día. Las calles amanecían regadas con proclamas contrarias al Virreinato, se olían las ansias de libertad. El miedo iba difuminándose y la población casi no encubría sus pareceres. La información corría de un lado a otro, los revolucionarios se enteraban de la avanzada de la expedición dirigida por San Martín, y el General recibía las misivas enviadas desde Lima.

—No debes inquietarte, Manuela, que hemos sido el cuerpo más florido que ha traído Morillo, célebre por su disciplina.

—Pues indisciplínense, entonces —los ojos negros de la hermana parecían carbones.

Manuela no era la única que fustigaba a su hermano con la insurrección. Algunos sacerdotes del Oratorio San Felipe Neri, como el padre Joaquín Paredes y el padre Mariano José de Arce, también intentaban persuadir a los oficiales del Numancia, comandados por el teniente coronel Roberto Delgado. El capitán Tomás Heres, compañero de José María, visitaba con frecuencia al padre Paredes en el convento de San Pedro Lima. Hacía rato que se quejaba de los procedimientos militares que esgrimía Morillo. Pero al arribar a Lima, el descontento se había transformado en rebelión. Y las palabras del cura colaboraron tanto más.

Cuando Thorne no estaba en casa, Manuela recibía a José María y a varios tenientes y capitanes del Numancia. De a poco se habían ido sumando, las palabras que repetían los hermanos Sáenz no caían en saco roto. La persuasión era posible.

Las noticias que llegaban de España no eran alentadoras para los realistas. Todo lo que se había prometido —dinero y combate— empezaba a sonar a mero palabrerío. Desde el 1º de enero de 1820 se había reinstaurado el sistema constitucional que había regido en 1812. Fernando VII se había visto obligado a aceptar el sistema que tanto aborrecía y que había tratado de suprimir desde su regreso, en 1814. El 9 de marzo se había visto obligado a jurar la Constitución Liberal y a aceptar la convocatoria a las nuevas Cortes, que no colocaron a América como una de las primeras exigencias del nuevo gobierno.

Manuela ya no tenía que convencer a nadie. Estaban todos bien convencidos, su insistencia había acabado por decidirlos. Embelesada, escuchaba el intercambio entre Heres y su hermano. Sabían que San Martín y sus huestes se aprestaban a zarpar, y que Pezuela no daba demasiado crédito a los rumores; que mantenía la esperanza de la llegada de refuerzos desde la metrópolis y confiaba en que el Ejército de los Andes sufriría la falta de medios económicos, y por ende, sería un fracaso anunciado.

—Pobre el Virrey, tan crédulo había sido —afirmó el capitán Tomás Heres.

—Insiste con mantener el flujo comercial con Chile —José María se rio con ganas.

—Pues el bloqueo se ha levantado, así que debería agradecer que vuelven a entrar los alimentos.

—Que agradezca que el Cabildo presentó una solicitud para que permanezca a la cabeza del Virreinato.

—Me da un poco de pena, Pezuela. Colaboró para que liberaran a Rosita —intervino Manuela. —Pero no se atemoricen que no lo perdonaré a la hora de bajarle el pulgar. Es español, por tanto enemigo.

A principios de abril, para levantar la moral de los oficiales realistas, el Virrey había premiado con el grado militar superior a los jefes que habían defendido el Callao de los sucesivos ataques de Cochrane y su escuadra. Sin embargo, al mes siguiente, los problemas económicos se agravaron. El Consulado no pudo cumplir con el pago de los cuarenta mil pesos ofrecidos al ejército.

—Hay inquietud en la tropa realista. La dirigencia prefiere mirar para otro lado pero la situación no está nada bien —despachó Heres y se incorporó. —Debo irme, mis amigos. Tengo asuntos que atender, nos mantenemos en contacto.

El capitán se cuadró, tomó la mano de Manuela y se la besó. Cruzaron miradas, que de intensas mucho, aunque duraron poco. Y salió pisando fuerte.

—¿Qué pasa, hermanita? —preguntó José María.

—Nada, ¿qué va a pasar?

—A mí no me mientas, que te he visto cómo miras a tu marido y no digo lo mismo del capitán Heres.

Manuela sonrió con levedad y bajó la vista. Se perdió en la agitación de sus pensamientos, vislumbraba el hastío que le ofrecía la vida doméstica.

—Ni siquiera te ruborizas. Vamos, qué pasa con ese esposo tuyo.

—No pasa nada, José, la mismísima nada. Ni ganas de pelearlo tengo, imagina.

—Entonces estamos en problemas. Pero parece un buen hombre, ¿o me equivoco?

—Qué te puedo decir… Es lento, pesado hasta cuando camina, se sienta con cautela. ¡Por favor! —gritó como una loca, Manuela.— ¡Me desquicia! Un poco de enjundia, hombre, no piense tanto y haga más. No se ríe ni de sus propias bromas, me aburre cantidad, la monotonía de la vida que lleva…

—Ay, Manuela…

—Necesito sangre y este hombre tiene agua en las venas.

José María la escrutó de arriba abajo. Su hermana era la erupción

de un volcán y él la adoraba.

—Sabes que yo te defiendo en todo, pero ten cuidado, Manuelita. A veces no es bueno tentar al diablo.

—Si yo soy el diablo, mi siempre amado —la voz ronca de Manuela acabó en carcajada.

—No me desconcentre a la tropa, señora —bromeó José María.

—Los capitanes me desconcentran a mí.

Manuela se arrojó a los brazos de su hermano y siguieron con los juegos, como cuando eran niños.

***

El 7 de septiembre de 1820, la escuadra arribó a la bahía de Paracas, cincuenta leguas al sur de Lima. El bergantín *Dardo*, que transportaba la caballada, se había quedado rezagado, trayendo enormes problemas al ejército. Sin embargo, al día siguiente, intentando una solución, una avanzada, a cargo del general Las Heras, desembarcó con las monturas al hombro. En tierra se procurarían los caballos. Cuando se resolvió el impedimento, se dirigieron hacia el norte y se apoderaron de Pisco, para convertir el sitio en cabeza de playa. Transcurrieron tres días y, al fin, la fuerza patriota pudo desembarcar.

San Martín había tomado la decisión de no entrar a Lima directamente. Estratega, había determinado que la avanzada fuera sutil e inteligente, que no apuraran de más. Desde Pisco podría promover a la insurrección para, luego, hacer la avanzada cuando fuera una consecuencia natural de la adhesión paulatina de los peruanos. Estaba al tanto de que se enfrentaría a un ejército superior en número. De ahí en adelante, trabajaría con las nuevas incorporaciones y la red de espionaje, que crecía a paso redoblado.

Apenas desembarcado, San Martín dio su primera proclama en tierra peruana:

> *La América no puede contemplar la constitución española sino como un medio fraudulento de mantener en ella el sistema colonial. Ningún beneficio podemos esperar de un código formado a dos mil leguas de distancia, sin la intervención de nuestros representantes. El último virrey del Perú hace esfuerzos por prolongar su decrépita autoridad. El tiempo de la opresión y de la fuerza ha pasado. Yo vengo a poner término a esa época de dolor y humillación. Este es el*

voto del Ejército Libertador, ansioso de sellar con su sangre la libertad del Nuevo Mundo.

A la semana del desembarco, el General en Jefe recibió a un emisario de Pezuela. El Virrey lo invitaba a designar diputados para dar comienzo a una negociación. San Martín nombró al coronel Tomás Guido y al colombiano José García del Río, quienes se trasladaron a Miraflores, al sur de Lima. La reunión entre los emisarios de ambos bandos no fue fácil. Los realistas reclamaban que se suspendiesen las acciones bélicas y que las tropas libertadoras se retirasen, además de la aceptación de la Constitución española y el envío de diputados americanos a las Cortes; los patriotas, en cambio, reclamaron la evacuación del Alto Perú para luego ser ocupado por el Ejército Libertador.

El 1º de octubre se puso fin a la reunión de Miraflores y a los días, San Martín envió una división al mando del general Álvarez de Arenales para que operara en la Sierra, y luego descendiera hacia la costa desde Pasco, para colocarse al norte de Lima. El General en Jefe lo aguardaría allí con el grueso del ejército. El 23 de octubre, San Martín conminó a sus hombres a que reembarcaran para seguir hacia el norte y a las semanas estableció el cuartel general del ejército en Huacho.

Mientras tanto, la columna de Arenales cumplía con éxito su reconocimiento del interior del país, contagiándole el ánimo rebelde al pueblo y concretando las victorias en Nazca, Acarí y Jauja, con la batalla del Cerro de Pasco, el 6 de diciembre. Al mismo tiempo, San Martín se anoticiaba del pase definitivo del Numancia a las filas patriotas, al mando del capitán Tomás Heres. En la madrugada del 3 de diciembre, el batallón se había sublevado y apresado al coronel realista Ruperto Delgado González.

San Martín gritó y levantó el puño con alegría. El pase del Numancia era decisivo para aumentar sus filas y debilitar, en igual medida, a los españoles. El 20 de diciembre la intendencia de Trujillo también se plegó a los libertadores, encabezada por el marqués de Torre Tagle, y detrás llegó la declaración de la independencia de Piura, el 4 de enero. Entonces, a principios de 1821, todo el norte del Perú resultó emancipado, desde Chancay a Guayaquil.

No solo dominaba lo que sucedía con sus hombres, el General en Jefe estaba al tanto de las escaramuzas que no estaban bajo su mando.

Tras la batalla de Maipú, con la que consagraría la independencia de Chile, San Martín había seguido de cerca los sucesos del norte. Estaba bien enterado de la avanzada de Simón Bolívar desde los Llanos de Venezuela en agosto de 1819, de su enfrentamiento y destrucción de las tropas godas; y de la huida precipitada del Virrey de Nueva Granada, don Juan de Sámano, quien había echado mano de una capa de paño verde y un sombrero de cuero carmín para cubrirse. Así disfrazado había embarcado y, río abajo, abandonado Bogotá rumbo a Cartagena de Indias.

San Martín desplegó la infinidad de papeles sobre la mesa. Había leído muchas de las misivas que había recibido. Ninguna de su esposa. No era para menos. Todo había terminado muy mal en Mendoza. Le había ordenado a Remedios que se volviera a Buenos Aires. Había escuchado que su esposa había mantenido amoríos con dos de sus soldados. La furia le había quemado las entrañas. Ni siquiera levantó la voz, tanto peor. Subió a Remedios y a su hija al carruaje, y se fue. No había querido creerlo pero era la comidilla de la tropa. No sabía nada de su mujer, solo que su salud pendía de un hilo. Removió la correspondencia y encontró una firma conocida: la de Rosita Campuzano. Las cartas de la señora ecuatoriana llegaban constantemente. Lo mantenían al tanto de lo que sucedía en Lima. No era la única que le escribía. Pero a ella la leía con especial atención.

***

A cara descubierta acudieron al Palacio Real. Manuela y Rosita buscarían información pero interpretaban tan bien su rol, que no les hacía falta circular tapadas. Nadie desconfiaba de ellas. Ni siquiera en esos tiempos, en los que la situación parecía a punto de estallar.

Se anunciaron y las hicieron pasar al despacho del Virrey. El hombre le daba la espalda y miraba por la ventana. Pezuela se encontraba demasiado atribulado. La realidad no ayudaba.

—Excelencia, buenas tardes —saludaron las damas y el Virrey giró en redondo.

—Mis señoras, me honran con su visita. ¿Qué las trae por aquí? ¿Alguna dificultad? —retribuyó Pezuela y se acomodó la casaca azul.

—Qué bien le hacen los colores, Excelencia —Manuela le señaló el carmesí de la chupa y el calzón (1). —Lo elevan, le sientan de maravillas.

Quiso ablandarlo y lo logró, el Virrey le dedicó una sonrisa y se

mostró erguido. Todo el agotamiento que acarreaba su cuerpo, desapareció en el acto. Don Joaquín de la Pezuela se avino a caballero hidalgo.

—Hemos venido a traerle unos dulces que hizo mi cocinera, Excelencia —Rosa apoyó los frascos sobre la mesa y cerró su bolsa.

—Pero muchas gracias, doña Rosita. No debería haberse molestado —dijo el Virrey y las invitó a sentarse.

Las damas se acomodaron y dieron inicio a una charla trivial. Preguntaron por la familia y demás liviandades, como si les fuera de interés. En realidad las preocupaciones eran otras. Estaban enteradas de las negociaciones del hombre con San Martín, sabían que las propuestas habían ido y venido pero necesitaban conocer más. Cuáles eran las verdaderas intenciones del Virrey, para eso se habían presentado.

—Qué inquietante lo que está sucediendo, Excelencia —Manuela tiró la primera piedra y ensayó unos ojos de susto.

—No hay de qué preocuparse, mi amiga. No atiendan esas voces belicosas —denegó Pezuela.

—Pero yo quiero felicitarlo, Excelencia, por el acertado despliegue del día de la jura de la Constitución. Allí estuvimos avivándolo —se atrevió Rosita, trayendo el suceso del 15 de septiembre en la Plaza Mayor, con comitiva de Húsares, seguidos por sargentos de cada cuerpo, una compañía de Granaderos, los Tribunales y el mismísimo Virrey.

—Cierto, mi estimada, estamos con estas novedades y con las fuerzas a nuestro favor —exageró Pezuela, pero lo que no dijo fue que no se había oído ni una algarabía a su favor, hasta que en la Plaza de Santa Ana, el Oidor Osma había debido arrojar un puñado de plata a la multitud de negros y zambos que seguían a la comparsa, para que gritaran algunos vivas. Ni esa gente ni los principales habían manifestado regocijo ni repugnancia en el acto, todo les había sido indiferente.

—¿Pues las cosas están en calma, entonces, Excelencia? —Manuela insistió, quería saber si el Virrey estaba preparado en la retaguardia para pegar el salto, o disfrutando de las mieles de la negación de lo sucedido.

—Salvo por la novedad que causa un cambio de gobierno, no ha ocurrido la menor inquietud, doña Manuelita.

Las señoras le dedicaron una sonrisa y ocultaron la preocupación

en la que estaban sumidas. O Pezuela desvariaba o era de una perfidia descomunal. No podía ser que dijera tantas sandeces. El Virrey carraspeó para tomar aire y seguir. Sus amigas parecieron inquietas, las tranquilizaría.

—Les voy a confiar algo, para que vean que no deben hacer aspavientos —las miró con gesto paternal. —Hemos estado en negociaciones con el general San Martín y su ejército, y como caballeros que somos, el intercambio ha sido más que correcto. Le he hecho saber que una mala paz, si entre nosotros puede ser mala por ningún aspecto, es mejor que la guerra más feroz, y que les diéramos el día suspirado a los habitantes que tanto lo apetecen.

Pezuela no dijo que San Martín se había negado a sus proposiciones. Tampoco agregó que él no tenía la menor intención de dar la orden de ataque. No era momento para liarse en una batalla. La ciudad estaba sumida en un brote de epidemias, los habitantes caían como piedras, además de la necesidad que arrasaba a raíz de la falta de alimentos por el bloqueo.

Manuela y Rosita fingieron diligencias y se levantaron de los asientos. Debían seguir con la recorrida. Tenían que averiguar más.

—Lo dejamos con sus responsabilidades, Excelencia. No queremos robarle más tiempo con cosas de mujeres.

Sonrieron todos, reverencia fue y vino y las damas salieron por donde habían entrado. Se tomaron del brazo y caminaron hasta la casa de Manuela.

—Alístate que nos vamos a Aznapuquio —reclamó Rosita.

Manuela abrió los ojos como platos pero continuó la marcha hasta su dormitorio con la Campuzano pisándole los talones. El tiempo las urgía.

—¿Qué me pierdo?

—Es el campamento realista, allí no levantaremos suspicacias, mujer. Necesitamos saber qué pasa entre ellos. Las otras noches, La Mar me puso al tanto de algunos resquemores. Los españoles están en problemas y nosotras debemos aprovecharnos de ellos —Rosita se sentó sobre la cama de su amiga y suspiró.

—Cuéntame todo mientras me cambio —y Manuela se desvistió por completo, dejando su desnudez al aire. Si había algo que desconocía, era el pudor o la vergüenza. Se dirigió al ropero y buscó lo que quería vestir.

Rosita lanzó una carcajada suave, su amiga la deslumbraba, ese

desparpajo, su seguridad, su estilo tan opuesto al suyo, leve, casi etéreo. Y continuó con el relato. El mariscal de campo José De la Mar se había rendido ante los artilugios de Rosita y le confiaba hasta lo que no tenía. Parecía que el trabajo de la dama daba sus frutos porque el caballero hablaba más de lo que debía y parecía tambalear en sus convicciones. Manuela se calzó el pantalón colorado y la ruana de terciopelo negro, y se desarmó el peinado. Los rulos cayeron sobre sus hombros.

—¿Irás así vestida? —admiraba su atrevimiento, esa peculiaridad casi varonil.

—Montaré mi caballo, ve tú en el coche y yo seré tu escolta —Manuela levantó a su amiga de la cama y volvieron a salir. La casa parecía un páramo, su marido no estaba.

—¿No tendrás problemas con James?

—No tengo la menor idea, ya le he explicado cómo son las cosas por aquí —respondió la damita con displicencia. —Mi estado civil es mi salvoconducto, Rosita. Nadie me cuestiona nada, aunque me doy cuenta de los juicios ajenos cuando ando por ahí. Me importa nada que digan que soy arrogante y de moral suelta. Qué sabrán de moralidades esos comedidos.

Cuando estuvieron listas partieron hacia el norte de la ciudad, Rosita en coche, Manuela a caballo. Marcharon cerca de dos horas y llegaron al campamento. Había mucho movimiento, los uniformados iban y venían. Pero al ver a las recién llegadas, el mundo se detuvo.

—Venimos a hablar con De la Serna —anunció Campuzano y se ciñó el manto sobre el pecho.

El teniente general José De la Serna había pertenecido al riñón del Virrey. Pezuela le había ordenado, tres años atrás, que avanzara hacia Tucumán para atraer la atención del poderoso ejército que se preparaba en Mendoza para invadir la Capitanía General de Chile. De la Serna había manifestado su oposición pero había llevado adelante la orden. El resultado había sido infructuoso. El presente era distinto, un grupo de tenientes y capitanes veían con malos ojos el desempeño del Virrey.

Un oficial les indicó dónde estaba su jefe. No necesitaron anunciarse, entraron directamente.

—¡Rosita, Manuela! Señoras, las aguardaba con cierta intranquilidad, los caminos son tierra de nadie —De la Serna les dio la bienvenida.

En dos segundos los pusieron al tanto de lo que habían escuchado en el recinto del Virrey. El teniente asentía y mascullaba, los oficiales allí reunidos también prestaban atención. De la Serna dijo estar descontento, por no decir harto de las acciones de Pezuela, de sus constantes fracasos, que era un perezoso, que andaba en un limbo estrepitoso, que la avanzada diplomática del imberbe había sido un dislate y que el recién desembarcado San Martín iba venciendo escollos a fuerza de ingenio. Afuera con Pezuela, ¡que caiga el Virrey!

Cuando el intercambio hubo terminado, las señoras se despidieron y retomaron la marcha.

—Vuelve a Lima, Manuelita, que yo sigo hasta Huaura.

—¿Estás segura? Has visto lo que ha dicho De la Serna —Manuela se inquietó por la seguridad de su amiga.

—Tranquila, mi reina. Te vendrías conmigo si no fuera un despropósito. San Martín me espera y si faltas tanto de tu casa levantaremos sospechas. Thorne denunciará tu ausencia.

—Tienes razón. Regreso a casa y paso la información en Lima. Te ruego que tomes recaudos, Rosita.

—El cochero es de los nuestros, no temas.

—Me late el corazón con el encuentro que te espera. Conocerás, al fin, al General en Jefe —el pecho de Manuelita subía y bajaba, y sus ojos negros refulgieron.

De un salto desmontó y abrazó a su amiga. La besó una y otra vez. y la despidió. De nuevo en su monta, taconeó las verijas, movió las riendas y galopó en sentido contrario. Volvía a Lima. Al fin sentía el calor que la había abandonado hacía un buen tiempo. Le ardía la sangre, el cuerpo, un desborde nuevo la devoraba por dentro.

1- La casaca, la chupa y el calzón eran los típicos ropajes de los caballeros españoles de fines del siglo XVIII en adelante. Inspirados en la Corte de Versalles y exportados a América.

CAPÍTULO II

Manuela acompañó a su amiga hasta el Palacio Real. Rosita había llegado del campamento donde estaba instalado San Martín junto a sus hombres con información fresca. Debía ver a La Mar de inmediato. Pero antes había hecho una parada en lo de su socia de intrigas, necesitaba recomponerse un poco para enfrentar a los españoles.

Jonathás y Nathán asistieron a doña Rosita, le sirvieron algo caliente, un trozo de pan con queso y algunas frutas. El viaje había sido largo, precisaba reponer fuerzas.

—Cuéntame, Rosita. Te lo ruego, me come la curiosidad, necesito saber —la instó Manuela, despatarrada en el piso, pegada a su amiga.

—Ay, querida. Traigo unos pliegos con la firma misma de San Martín —los ojos celestes de Rosa nadaban en agitación. —Debo ver a La Mar, se los tengo que entregar a José.

Manuelita la tomó de la pierna, sonreía de nervios. Las negras zapateaban el suelo al ritmo de su corazón. Las mujeres desbordaban de excitación. No sabían muy bien qué era lo que pasaba pero presentían un vendaval. Cuando la Campuzano acabó con la ingesta y el intento por aquietar su propia tormenta, se levantó y se aprestó a salir.

—Te llevo, no irás sola, cuidaré de ti —anunció Manuela, tomó el paquete que descansaba sobre la mesa y le extendió la mano.

Rosita la abrazó, tomó aire y salieron a la calle. Las negras quedaron adentro, a regañadientes. Las amigas subieron al coche que esperaba en la vereda y marcharon hacia el Palacio Real. Manuelita jamás le soltó la mano, con el pulgar la acariciaba para transmitirle tranquilidad y fuerza. Llegaron al Palacio, Rosa descendió, habían pactado que Manuela la esperaría a la vuelta, alejada de posibles miradas peligrosas.

La señora fue interceptada en la puerta. Declaró que venía a

hacerle una solicitud al brigadier De La Mar, que era un asunto de índole privado, que ella era doña Rosa Campuzano. Los oficiales se cuadraron e interpretaron que la dama traía alguna cuestión doméstica a resolver. La condujeron hasta la Jefatura, abrieron las puertas y allí estaba La Mar junto a sus camaradas, los jefes Llanos, Otermin y algunos más.

—Buenas tardes, doña Rosita —la saludó La Mar e intentó esconder el asombro ante la inesperada visita. Los encuentros de ambos, en general, eran en la recámara de la dama.

—Cómo está, Brigadier, ¿me permite oírme en secreto? —preguntó Rosa y miró a un lado y al otro.

La Mar convino y la señora se le acercó y le susurró al oído. Traía comunicaciones del general del Ejército Libertador, dirigidos a los jefes americanos que tenían la desgracia de servir en las filas del ejército opresor. El resto de los allí presentes observaron la escena en silencio. Cuando Rosita terminó con el murmullo, caminó hasta un sofá y se sentó. El Brigadier lanzó unas palabras, los jefes dijeron lo suyo, dio comienzo a una conversación entre militares. Doña Rosita permaneció callada pero atenta a los movimientos. Al rato, los interrumpió y dijo haber evacuado su pretensión. Se incorporó, saludó a los señores y se retiró. Había dejado, en el sofá donde había estado sentada, el consabido pliego secreto. La Mar se hizo del oficio, lo leyó y nadie habló una sola palabra, procediendo con dignidad y como un caballero. Sus camaradas tampoco reclamaron explicaciones, las intrigas zumbaban en el aire.

Rosita caminó con paso firme hasta la esquina. Miró hacia un lado y vio la calle vacía; hacia el otro, y en la punta descansaba su coche. Apuró la marcha, de tanto en tanto, movía la cabeza para ver si la seguían. En un periquete, la puerta del carruaje se abrió y, en un movimiento, se sentó al lado de Manuela. Se miraron con ansiedad, jadearon al unísono y sonrieron. El plan estaba en marcha.

***

Los comandantes José De la Serna y Fulgencio de Toro salieron de Aznapuquio rumbo a Lima. Atrás dejaron al Ejército de Lima, cuyos regimientos eran los encargados de la defensa de la capital del Virreinato. Entrada la noche y ya en la capital, los comandantes se reunieron con el brigadier José de Canterac, el teniente coronel Antonio Seoane y el coronel Jerónimo Valdés. Lo tenían decidido,

darían un golpe contra el Virrey.

Tras asegurar la lealtad de sus unidades, firmaron un documento por el cual se le exigiría la inmediata renuncia al Virrey. Al día siguiente, le entregaron la intimación al secretario de la Junta de Generales Juan de Loriga para que se la presentara al mismo Pezuela.

El Virrey estaba en sus habitaciones, aún no se había vestido, era el alba del 29 de enero de 1821. La puerta se abrió de par en par y Loriga, junto a dos oficiales, entraron sin anunciarse. El avasallamiento puso de pésimo humor a Pezuela. Sin mediar palabra, el intruso le extendió el documento y el Virrey, sin la peluca, lo leyó. Aunque algo había intuido, tener la confirmación del levantamiento en sus manos lo llenó de desasosiego.

—Convoquen, de inmediato, a los altos mandos. Es necesario resolver este problema antes de que se entere San Martín —ordenó Pezuela y allí, frente a todos, comenzó a vestirse.

—Dese prisa, señor, el resto de la comitiva lo aguarda en el despacho —informó Loriga.

Pezuela llegó, flanqueado por dos hombres y entró a una sala ocupada por los amotinados. Casi sin mirar en derredor, repitió lo que había dicho en ropa de cama, en su alcoba. De inmediato percibió que Valdés era el verdadero cabecilla del motín. El pronunciamiento denunciaba la actitud del Virrey: se lo acusaba de agotar las fuerzas del Ejército Real del Perú dejándolo anclado en la defensa de Lima, de no batir al enemigo, de descuidar su obligación de mantener en la Sierra un ejército viable que aguantara hasta la llegada de refuerzos desde España, y tomar pésimas decisiones militares que habían llevado, desde el arribo de San Martín, hasta la innumerable cantidad de bajas realistas. Sin embargo, la peor acusación era la de querer capitular en contra del deseo de sus lugartenientes. Pezuela, ante las noticias desalentadoras que llegaban desde España, había considerado la capitulación, algo inaceptable para los oficiales.

El Virrey supo que no tenía salida. Miró a los levantiscos y supo que estarían dispuestos a tomar las armas si ponía obstáculos. Entonces nombró general en jefe a De la Serna.

—Le pedimos, Pezuela, que firme un juramento solemne en el que renuncia a su autoridad —sentenció el nombrado con gesto adusto.

El hombre firmó y como si se hubiera olvidado de respirar, salió del despacho. Los sublevados salieron detrás, formaron a las tropas y les dieron la noticia de que De la Serna sería el nuevo Virrey y Capitán

General.

—Camaradas, preferiría rechazar el nombramiento —intentó De la Serna. —Saben bien que deseo volver a España, el clima peruano no es bueno para mi salud.

Pero la Junta de Mandos le hizo entender que era su deber, que era el más alto oficial que quedaba. No tuvo alternativa, entonces nombró al brigadier José de Canterac general en jefe de Lima, y a Valdés jefe de Estado Mayor.

Los habitantes de Lima no daban crédito a los rumores que circulaban por la ciudad. Nadie podía creer que el Virrey hubiera sido derrocado, hasta que lo vieron partir en carruaje del Palacio, junto a su familia, mientras que los nuevos mandos hacían su entrada triunfal. De la Serna ordenó que se triplicaran las patrullas de vigilancia por la ciudad, y terminó, luego de idas y vueltas, por entregarle el pasaporte a Pezuela y algunos oficiales, para que regresaran a España, dos días después.

Don José de la Pezuela embarcó en el Callao y, con un gesto torcido y en silencio, se despidió del "intruso Virrey de Lima".

***

Manuela caminaba por la casa como gata en celo. Estaba furiosa, tenía los ojos inyectados, murmuraba como loca y revoleaba un papel que llevaba en la mano. Su marido abrió la puerta del despacho y se asomó, molesto ante el bullicio.

—¿Pero qué te pasa, mujer? Escucho tus lamentos a diez leguas a la redonda —increpó Thorne y salió detrás de ella.

Manuela giró la cabeza, lo miró con desprecio y continuó con el soliloquio rumbo a la sala. Se sentó a la mesa y se dispuso a escribir. Bufó pero no pudo apuntar una palabra.

—Hazme el favor y cuéntame. Seguramente podré ayudarte —y se acomodó a su lado.

Manuela le clavó la mirada y volvió a bufar. Estaba harta, harta de los problemas, harta de los inconvenientes, harta de los reveses. Parecían una constante. Lo único que le traía un poco de tranquilidad eran las intrigas. Ah, estaba hecha para eso, no para las contrariedades de la vida cotidiana.

—Me ha llegado una carta, James. Y con noticias que preferiría no leer.

Su querido tío Domingo había muerto hacía poco más de un año y

medio. No había podido despedirlo, había debido esconder su pena y hacer el duelo a la distancia. Los hechos limeños la habían distraído, no había tenido tiempo de llorarlo como él se merecía.

—¿Noticias de tu padre? —preguntó el hombre intentando un acercamiento.

—No, James, no. Una carta de Quito con pésimas nuevas.

Tras la muerte de Domingo, Manuelita había clausurado toda comunicación con los Aizpuru. Estaba demasiado dolida y había preferido cortar amarras con esa parte de su familia. Pero pasados unos meses y algo repuesta, había decidido reclamar lo que era de ella: la hacienda. Su abuelo, antes de morir, le había legado Catahuango, pero como era pequeña, su tío se había hecho cargo de la tierra. Con su madre y Domingo muertos, ya no tenía relación con los Aizpuru. Ignacia nunca había sido devota de ella. Y la devoción, en Manuela, iba dirigida a otras personas. Sabía lo que le correspondía, era hora de hacerlo saber. Como no tenía pensado, por el momento, regresar a Quito, había optado por otorgarle un poder legal al presbítero José Manuel Flores para que le reclamara sus bienes.

—¿Acerca de tu herencia? —insistió, preocupado. No quería que su esposa se entretuviera con otros asuntos fuera de él. Ya tenía demasiado con el capricho de la guerra.

—Flores no me ofrece novedades, James. Me dice que no le responden, que no encuentra soluciones inmediatas, que andan algunos Aizpuru reclamando lo que no es de ellos —rugió Manuela.

—Si quieres me ocupo yo —se ofreció.

—¿Pero qué podrás lograr tú, James? —suspiró, agotada.

—Bastante bien me va en los negocios, mi querida. Tal vez pueda viajar a Quito y presentarme ante los vivillos.

—¡De ninguna manera te quiero en Quito, hombre! Las cosas las arreglo yo —los gritos retumbaron en la sala. Manuela se abstrajo de la discusión y miró de lleno a su marido. Solo sentía desprecio por ese pobre hombre. Estaba hasta la coronilla de sus celos estúpidos, de la manera torpe con la que se le acercaba. Ya nada la colmaba, todo lo que James le había ofrecido le parecía fútil. Las visitas, las fiestas, los paseos, las invitaciones, los bailes, la ostentación de riqueza. —Me voy, tengo que salir.

Manuela se incorporó y tomó aire. Llamó a sus esclavas y aguardó a que llegaran.

—¿Adónde vas, querida?

—Me encuentro con mi hermano.

No dijo más. Thorne apretó la mandíbula. Se sentía abandonado, no le gustaba que su mujer se relacionara con José María. Eso, además, significaba que estaría rodeada de soldados. Y eso lo desesperaba. No quería que la miraran. Nadie debía hacerlo, solo él. Sabía que eso era imposible. A veces, crecían en él unas ganas locas de seguirla, de perseguir sus pasos, de ver adónde iba, con quién se encontraba, a quién miraba con esos ojos hambrientos. Pero no se atrevía.

Manuela salió escoltada por sus negras. Debía encontrarse con su hermano y algunos nuevos patriotas. Eso sí que le gustaba. Ese vigor, esa contundencia al hablar, pero sobre todo de hacer. Aquellos hombres hacían. Se sentía cautivada.

Le pediría consejo a José María, de seguro él la ayudaría; y si el pusilánime de su marido no le entregaba dinero para la causa, estaba dispuesta a vender sus pertenencias para contribuir. Para eso estaba viva, para eso respiraba.

***

El 25 de marzo, el capitán realista Manuel Abreu, enviado por Fernando VII para intentar una pacificación, arribó al campamento de Huaura. Se reunió largamente con San Martín y de ahí se trasladó a Lima para hacer lo mismo con el Virrey entrante. El capitán español le dio a conocer a De la Serna las instrucciones reales pero este, resuelto a retirarse de Lima para comenzar la resistencia desde el interior, no tuvo alternativa y acató. El rey de España instaba a que renaciesen las relaciones de trescientos años entre españoles y americanos, las que reclamaban las luces del siglo.

La reunión se llevó a cabo a principios de mayo en la hacienda de Punchauca, situada a pocas leguas de Lima. Los diputados de ambas partes deliberaron pero no llegaron a ningún acuerdo. Los representantes de San Martín declararon que no podían negociar sin que les reconocieran la independencia. Decidieron un armisticio y un encuentro entre los jefes de la negociación. San Martín y De la Serna debían reunirse en un mes.

El 2 de junio, el Virrey y el General en Jefe del Ejército Libertador se vieron la cara en Punchauca. San Martín llegó escoltado por los coroneles Llano, Las Heras, Necochea, Paroissien, el ayudante de campo Tomás Guido y Juan García del Río. Allí lo esperaban, desde

las tres de la tarde, De la Serna, el mariscal de campo La Mar, Monet, Canterac, Ortega y García Gambia.

San Martín se adelantó, su escolta quedó rezagada, y en el vestíbulo de la casa se topó con un grupo de hombres.

—¿Quién de ustedes es el general De la Serna? —preguntó con aire placentero.

El distinguido caballero español, de gallarda presencia y modales nobles, que traía oculta debajo de la sobrecasaca la banda carmesí, el distintivo de su autoridad, se dio a conocer. San Martín se acercó a su caballo, y cuando el Virrey puso el pie en tierra, lo abrazó estrechamente

—Venga para acá. Están cumplidos mis deseos, General, porque uno y otro podremos hacer la felicidad de este país —lo saludó, afectuoso.

De la Serna respondió con la misma cordialidad y entraron del brazo al salón, precedidos por los militares que se veían por primera vez. En principio, se entregaron a la bebida de refrescos y a departir franca y animadamente. El Virrey y el General en Jefe se apartaron y conversaron a solas durante algunos minutos. Enseguida, San Martín invitó a los presentes a pasar a una sala inmediata y, cuando estuvieron todos reunidos, tomó la palabra y se dirigió a De la Serna.

—General, considero este día como uno de los más felices de mi vida. He venido al Perú desde las márgenes del Plata, no a derramar sangre, sino a fundar la libertad y los derechos de que la misma metrópoli hace alarde al proclamar la constitución del año 1812, que vuestra excelencia y sus generales defendieron.

De la Serna, sus diputados y sus jefes atendieron con gestos de contento y calurosa aprobación, y dejaron que San Martín continuara con su discurso.

—Los liberales del mundo son hermanos en todas partes y, si en España se abjuró después esa constitución volviendo al régimen antiguo, no es de suponerse que sus primeros cabos en América, que aceptaron ante el mundo el honroso compromiso de sostenerla, abandonen sus más íntimas convicciones renunciando a elevadas ideas y a la noble aspiración de preparar, en este vasto hemisferio, un asilo seguro para sus compañeros de creencias —miró fijo a De la Serna y continuó. —Los comisionados de vuestra excelencia, entendiéndose lealmente con los míos, han arribado a convenir en que la independencia del Perú no es inconciliable con los más grandes

intereses de España y que, al ceder a la opinión declarada de los pueblos de América contra toda dominación extraña, harían a su patria un señalado servicio, si fraternizando con un sentimiento indomable, evitan una guerra inútil y abren las puertas a una reconciliación decorosa.

La voz cavernosa del General en Jefe inundaba la sala. Nadie se atrevía a intervenir, ni los suyos ni los españoles.

—El éxito no puede ser dudoso para millones de hombres resueltos a ser independientes; y que servirán mejor a la humanidad y a su país, si en vez de ventajas efímeras pueden ofrecerle emporios de comercio, relaciones fecundas y la concordia permanente entre hombres de la misma raza que hablan la misma lengua, y sienten con igual entusiasmo el generoso deseo de ser libres —continuó San Martín.

—Así también habla Fernando VII —intervino De la Serna y un murmullo de aprobación lo contuvo.

—No quiero, General, que mi palabra sola y la lealtad de mis soldados sean la única prenda de nuestras rectas intenciones. La garantía de lo que se pactare la fío a vuestra noble hidalguía. Si Vuestra Excelencia se presta a la cesación de una lucha estéril y enlaza sus pabellones con los nuestros para proclamar la independencia del Perú, se constituirá un gobierno provisional, presidido por vuestra excelencia, compuesto de dos miembros más, de los cuales Vuestra Excelencia nombrará el uno y yo el otro. Los ejércitos se abrazarán sobre el campo, vuestra excelencia responderá de su honor y de su disciplina. Y yo marcharé a la península, si necesario fuere, a manifestar el alcance de esta alta resolución, dejando a salvo en todo caso hasta los últimos ápices de la honra militar, y demostrando los beneficios para la misma España de un sistema que, en armonía con los intereses dinásticos de la casa reinante, fuese conciliable con el voto fundamental de la América independiente.

Y se hizo un silencio de tumba. San Martín no dijo más, escrutaba a su interlocutor, quería adivinarle lo que no decía. De la Serna tardó en responder. Se cruzó de brazos, aguantó, estoico, la mirada de todos.

—Aplazo el tomar en negocio de tanta trascendencia una resolución definitiva —expresó el español concisamente. —Prometo contestar en el espacio de dos días.

La reunión se desarmó y cada cual regresó a su sitio. De la Serna consultó al consejo de los jefes militares pero estos le maliciaron el acuerdo. Las instrucciones del Rey no aprobaban el compromiso de

reconocer la independencia y llevar a Madrid la discusión de la propuesta.

Fiel a su promesa, el Virrey dio una contestación negativa y ordenó evacuar Lima de inmediato. El 6 de julio, De la Serna salió de la capital rumbo a la Sierra para unirse al general Canterac.

CAPÍTULO III

El 6 de julio comenzó la evacuación de Lima, quedando dos mil efectivos bajo el mando del mariscal La Mar protegiendo el Callao, zona donde también se refugiaron los habitantes favorables a la causa de Fernando VII. El resto de las tropas, al mando de Canterac y De la Serna se establecieron en la Sierra, región que fue tomada sin mucho esfuerzo por los realistas. Allí estaba apostado el general Juan Antonio Álvarez de Arenales, quien había recibido la orden de San Martín de no arriesgar una contraofensiva y replegarse. El General en Jefe no quería derramamiento de sangre.

Pasaron cuatro días y, en las primeras horas de la noche, casi de incógnito, comenzó la entrada de las fuerzas patriotas en la capital peruana. Y a la semana, José de San Martín, pesimista y sombrío, se instaló, junto a su séquito civil y militar, en el palacio de los virreyes. Evadió los homenajes con que pretendieron recibirlo pero convocó a un Cabildo abierto para consultar a la población acerca de la independencia.

Mientras el pueblo se reunía en el Cabildo, el Palacio Real abrió sus puertas para recibir a quienes habían colaborado, desde Lima, con el avance patriota. A una de las tantas reuniones llegaron Manuela y su hermano, convocados por Rosita, que había colaborado activamente con la guerra de zapa.

Manuela entró al gran salón del brazo de José María. Lucía uno de sus vestidos más provocadores, había preferido no ponerse los pantalones, ya se mostraría con sus ropas de hombre; en esta oportunidad no montaba su caballo, conocería a los caballeros que habían traído la libertad a Lima. Rosita había llegado antes, ya participaba en las conversaciones.

José María notó que en uno de los grupos estaba Tomás de Heres, su camarada en el Numancia, y hacia allí se dirigió seguido por su

hermana.

—¡Tomás! Qué alegría verte —saludó al ahora coronel efectivo, San Martín lo había ascendido.

—Pero Sáenz, la alegría es mía —y abrazó a su amigo. —Manuelita, le agrego más contento ahora.

Se abrazaron y besaron en ambas mejillas. Los tres compartieron algunas novedades. Heres había entrado a Lima con el Ejército Libertador, estaba exultante, y José María lo anotició que él también había sido ascendido a capitán, por el general San Martín. Manuela felicitaba a uno y a otro por igual y miraba en derredor sin perder detalle. Y detuvo la vista en un grupo de soldados que hablaba acaloradamente y, participando en silencio, estaba Rosita. Su amiga asentía y parecía no perder la concentración. De repente, las miradas de ambas se cruzaron y la Campuzano levantó su mano para llamarla.

—¿Me permiten, caballeros? —dijo Manuela y caminó, altiva, hacia donde estaba su amiga.

Le tomó la mano y se la apretó. Rosita le sonrió, estaba emocionada.

—¿Quién es la señora? —preguntó con galantería Bernardo de Monteagudo, mano derecha de José de San Martín, y la escrutó desde el calzado, que se dejaba ver demasiado, hasta la crisma. —A sus órdenes.

—Mi querida amiga, doña Manuela Sáenz de Thorne —se apuró Rosita a presentarla. —Ha colaborado con la causa como la mejor, es la autora del vuelco del batallón Numancia, señores. Su hermano, el capitán Sáenz, es de los nuestros gracias a ella.

Manuela sonrió y no dijo nada. Rosa le presentó a José de San Martín, a Tomás Guido y a Monteagudo, que se había adelantado y le había besado la mano.

—Nos hacen falta mujeres como Rosita —la señaló San Martín y continuó con seriedad. —Gracias, doña Manuelita, por colaborar con la libertad.

—General, yo soy una loca por la libertad —le respondió Manuela y achinó sus ojos.

—Brava, señora. Eso está muy bien, pero no a toda costa. Hemos entrado a Lima con más seguridad que fiando el éxito a la suerte de una batalla. Los muchachos hubieran deseado esto último para terminar pronto la guerra, pero ha sido menester que tuvieran la misma cachaza que yo —reafirmó San Martín y señaló a Monteagudo.

—Y Bernardo, aquí, ha sido concluyente para estas lides.

—Permítame agregar, General, que calificar la guerra que sostienen estos hombres a nombre de la España es pura especulación. Aquí hay más, mientras dure la guerra, el tráfico mercantil no ha cesado. Los principales caudillos del ejército enemigo han monopolizado el vasto comercio de contrabando por puertos intermedios —intervino Guido y copó la atención de todos. —Algunos imbéciles de aquí se atrevieron a confiar que el cambio en la península trastornaría las miras de La Serna y comparsa, pero han visto…

—Tranquilo, mi edecán, a no exasperarse que no vale de nada —San Martín esbozó una mueca. Las más negras dudas lo dominaban, prefería la cautela, no le gustaban las mieles de la victoria. Las preguntas no dejaban de azotarlo. ¿Respondería la aristocracia criolla a su llamado insurrecto? ¿Podrían sus insuficientes fuerzas militares encontrar, en las costas peruanas, las adhesiones necesarias para enfrentar los ejércitos españoles en componenda con la indiada serrana?

Manuela se guardó a silencio. Se dedicó a observar el intercambio entre los soldados. En pocos segundos se armó una idea de cada uno. De inmediato sintió una conexión con el moreno Monteagudo, tan firme y entusiasta, un verdadero optimista; el edecán Guido también le gustó, sobre todo su vehemencia. Con el General en Jefe le sucedió algo bastante diferente. Toda esa ansiedad que había vivido gracias a las noticias que le habían llegado de San Martín, las infidencias de Rosita, se diluyeron entre sus manos. Le pareció ceñudo, flemático, demasiado parsimonioso al hablar. Tal vez se apuraba en tomar partido pero casi nunca se equivocaba. Y estaba cansada de las largas explicaciones, quería acción.

Los militares fueron cooptados por otros de los invitados y las damas tuvieron que continuar con el vareo.

—¡Qué hombre, Manuelita! —le dijo Rosa al oído. Tomó un pañuelito del bolsillo y se secó la sien.

—Me haces reír, amiga mía. Estás entregada.

Manuela lanzó una carcajada y tiró la cabeza hacia atrás. Siguieron caminando y, sin querer, se topó con su marido.

—¿Qué haces tú aquí, James? —le objetó Manuela, ofuscada con su presencia.

—Buenas tardes, mi querida. ¿Cómo le va, doña Rosita? —extendió el brazo para saludar a la señora Campuzano.

Al lado de Thorne estaban don Domingo Orué y Mirones, su amigo y socio en algunos negocios, y su esposa, doña María Josefa de Salazar y Gabiño. Manuela ni les dirigió la mirada, Rosita sonreía y saludaba, no quería un escándalo pero temió lo peor.

—¿Me espías, James? —redobló la apuesta y elevó la voz.

—Querida, he venido a acompañar a don Domingo, no sé si sabes pero ha abierto su hacienda para la tropa de don José de San Martín. Allí se atendió a los soldados enfermos de Huaura y el General le ha agradecido —le informó su marido con la serenidad de un cadáver.

Orué y su mujer saludaron a Manuela y a ella no le quedó otra que retribuirles. Rosita tomó envión y dio comienzo a una charla como si se conocieran de siempre. Había que echar agua a las brasas ardientes de su amiga. La conversación se sostuvo gracias al ahínco de los presentes, salvo el de Manuela, que optó por tragárselo y quedó prendada por su mente embravecida. Detestaba que su marido le siguiera los pasos, que se inmiscuyera en su territorio, que la encontrara en su parte más recóndita, aquella que él desconocía.

Cuando creyó que ya era suficiente, que ya era hora de que Thorne desapareciera, lo tomó del brazo y sin más, se retiraron del lugar.

***

Simón Bolívar, lejos de allí, estaba al tanto de todos los movimientos de José de San Martín. Ambos liberaban sus batallas contra los realistas, cada cual desde su región. Bolívar había firmado un armisticio con el general Morillo en Santa Ana, a pesar de la infinidad de inconvenientes que había debido de sortear.

Pablo Morillo, al recibir la orden de Fernando VII de que acatara la Carta de Cádiz —que ofrecía la obtención de una más justa representación del Nuevo Mundo en las Cortes de España— y el envío de los representantes al parlamento metropolitano, había puesto el grito en el cielo.

—¡Están locos! Ignoran lo que mandan, no conocen el país, ni los enemigos, ni los acontecimientos. Quieren que pase por la humillación de entrar en estas comunicaciones; entraré en ellas solo porque mi profesión es la subordinación y la obediencia —bramó el general realista.

Tragó bilis y le envió una misiva a Bolívar solicitándole un armisticio, y con ella le adjuntó la carta constitucional de Cádiz. Al recibirla, el venezolano arqueó la ceja, tomó la pluma y apuntó una

respuesta con la siguiente conclusión:

> *…me tomo la libertad de dirigir a Vuestra Excelencia la adjunta ley fundamental, que prescribe las bases únicas sobre las cuales puede tratar el gobierno de Colombia con el español.*

Le envió la Constitución de la Gran Colombia, expedida por el Congreso de Angostura en marzo de 1819. Bolívar le advertía que la de Cádiz no podía ser base de ningún entendimiento entre españoles y americanos.

Simón Bolívar, entonces, abandonó las costas granadinas y se dirigió a su cuartel general en la villa del Rosario de Cúcuta. En las proximidades, antes de arribar, salió a recibirlo un grupo de oficiales, entre quienes figuraba uno que se destacó por su juventud y arrojo. Simón quedó impactado por su templanza y así se lo anunció a sus laderos.

—Este es uno de los mejores oficiales del ejército. Estoy resuelto a sacarlo a la luz, persuadido de que algún día me rivalizará —dijo del coronel Antonio José de Sucre, quien acababa de llegar a Cúcuta. Pocos días después, fue nombrado miembro de la Guerra del Libertador en campaña.

A fines de abril de 1821 se reabrieron las hostilidades y, Bolívar, rápido como tejo, se dirigió a Morillo:

> *El gobierno de Colombia quiere manifestar a Vuestra Excelencia y a toda la nación española, que prefiere la paz a la guerra, aun a su propia costa, y propone entrar en comunicación con Vuestra Excelencia para transigir la dificultades de indemnización, se le den a Colombia las seguridades y garantías que ella exige como gaje de este empeño.*

Morillo le respondió que para entenderse debían suspender las armas. Deliberación fue y vino, emisarios adustos con el corre, ve y dile, los dos jerarcas acordaron reunirse en el pueblo de Santa Ana, verse cara a cara para firmar la paz. Cada cual abandonó su campamento y el 27 de noviembre tuvo lugar la cita. Bolívar llegó solo con una docena de oficiales, Morillo escoltado por un regimiento de húsares.

El español vestía el más lujoso de sus uniformes de general y en el

pecho lucía las condecoraciones e insignias de los numerosos títulos concedidos por la monarquía. El venezolano, en cambio, llegó con levita azul y gorra de campaña, montado sobre una mula. Al reconocerse, los dos generales echaron pie a tierra y se dieron un estrecho abrazo. Las conversaciones se dieron dentro de una cordialidad bien estudiada.

—Quisiera destacar cuán grande es la generosidad del Rey, mi Señor, al ofrecer a las colonias como conclusión de esta sangrienta e inútil guerra entre hermanos, una paz honrosa y la seguridad de que, bajo los principios liberales de la Constitución de Cádiz, los mantuanos (1) adquirirían los privilegios y preeminencias por cuya conquista se habían lanzado a la insurrección —le señaló Morillo al jefe de los rebeldes americanos.

—Los americanos nos orgullecemos de nuestra sangre española, y solo nos hemos levantado contra la Metrópoli para evitar que la prolongación forzada de un lazo de dependencia, como el que nos ha atado durante trescientos años, terminara en la destrucción de las vinculaciones creadas por la sangre, la religión, el idioma. Solo la libertad podrá, en el mundo moderno, unir a América y España —refutó un medido Bolívar. —Si su país reconoce la independencia, se habrá ganado para siempre el amor de los americanos, y en este amor encontrará un vínculo de unión más fuerte que la Carta de Cádiz y su antiguo título de conquistadora.

Al terminar las conversaciones iniciales, los dos jefes, seguidos de sus cuerpos de edecanes, se dirigieron a la mejor casa de la población, y allí Morillo le ofreció un suntuoso agasajo a su huésped. Tras la enésima ronda de brindis, la fraternización entre aquellos hombres que habían peleado a muerte durante diez años primó.

—Castigue el cielo a los que no estén animados de los mismos sentimientos que nosotros —brindó Morillo con la copa en alto.

—Odio eterno a los que deseen sangre y la derramen injustamente. ¡Por la heroica firmeza de los combatientes de uno y otro ejército! —respondió Bolívar.

Por la tarde y a instancias de Morillo, acordaron en erigir un monumento en aquel sitio para conmemorar la entrevista. A las dos semanas, el español se embarcó en La Guaira rumbo a España. Pero apenas terminada aquella firma del armisticio, el jefe realista había enviado un informe secreto al gobierno de Madrid. Entre otras cosas, había escrito: “Nada es comparable a la incansable actividad de este

caudillo. Su arrojo y su talento son sus títulos para mantenerse a la cabeza de la revolución y de la guerra: pero es cierto que tiene de su estirpe española rasgos y cualidades que le hacen muy superior a cuantos le rodean. Él es la revolución".

—¡Defended a Puerto Cabello a toda costa! —le ordenó a su sucesor, el general La Torre y partió.

***

En la mañana del 28 de julio de 1821, San Martín, rodeado de importantes personalidades civiles y eclesiásticas, y acompañado por los jefes del Ejército Libertador, ocupó la Plaza Mayor de Lima para declarar la independencia del Perú. El General, que acostumbraba a usar el sencillo uniforme de granadero, lo había cambiado por sus mejores galas. Así se lo había solicitado a sus jefes e incluso a las tropas. La plaza se había vestido para celebrar el acto fundacional como se merecía. Y los pobladores vivaban a su flamante héroe.

Flanqueado por Bernardo de Monteagudo y Tomás Guido —quien llevaba el estandarte del Perú y no escondía una emoción desbordante —, San Martín alzó la voz y exclamó:

—¡El Perú es, desde este momento, libre e independiente por la voluntad de los pueblos y de la justicia de su causa, que Dios defiende!

Cuando escuchó que la multitud lo aclamaba, San Martín desplegó la bandera que había ideado en Pisco: dividida por líneas diagonales en cuatro campos, blancos los dos de los extremos superior e inferior, y encarnados los laterales; con una corona de laurel ovalada, y dentro de ella un sol, saliendo por detrás de sierras escarpadas que se elevan sobre un mar tranquilo.

Miró a sus laderos y les agradeció en silencio. Sentía que, al fin, los desvelos compartidos habían sido recompensados con los santos fines de ver asegurada la independencia de la América del Sur. El Perú era libre.

Al caer el sol, en los salones del Cabildo se llevó adelante una celebración en honor del Libertador y su proclama. Ningún habitante de Lima quiso perdérsela. Allí se presentaron Manuela y su esposo, y Rosita sin escolta pero acompañando a la pareja amiga.

Manuelita abandonó el brazo de James y prefirió el de su querida Campuzano. Thorne no hizo reclamos y se perdió entre los presentes, y las amigas continuaron su camino entre cuchicheos, miradas cómplices y curiosidad constante. Alguno que otro, desprevenido,

quedaba prendado de la imagen de las señoras, que despertaban, desde el primer día, suspicacias entre la sociedad de Lima, que las señalaba como partícipes de una relación más que amistosa. A Manuela le habían llegado los rumores, sus esclavas se lo habían anunciado, y ella solo carcajeaba. Si andaban dispersando malicia, pues ella estaba lista para multiplicar provocaciones.

Entre saludo y beso, se les acercó Monteagudo, con los brazos abiertos de par en par.

—Mis señoras, que alegría tengo de verlas de nuevo —las recibió, exultante.

—Don Bernardo, buenas tardes, la alegría es nuestra —respondió Manuela y le extendió la mano para que se la besara. Le gustaba aquel hombre, desde el momento en que lo tuvo enfrente.

Monteagudo, al entrar a Lima, lo había hecho, no solo como Jefe del Ejército Unido, sino como el gobernante que regiría los destinos del Perú hasta que se afianzara su independencia. La Logia Lautaro había decidido que asumiera el gobierno desde que las fuerzas libertadoras entraran en la Capital del Virreinato. La Sociedad Secreta ejercía funciones dondequiera que estuviese José de San Martín.

—¿Ya han visto al Protector?

—¿De quién hablamos, caballero? —Manuela frunció el ceño, al igual que Rosita.

—Del general San Martín, pues, de ningún otro. Para nosotros ya es el Protector, en unos días será el nombramiento oficial —confirmó Monteagudo.

En ese momento, apareció San Martín, rodeado de oficiales. Se detuvo y saludó a las señoras.

—¡Mi General! ¡Mi General! —Rosita, entre sollozos, se arrojó a sus brazos.

— Serénese, señora, no hay por qué llorar —San Martín la apartó con cuidado y murmuró a media voz. —¿Me permitiría expresarle mi gratitud con un beso?

Pero prefirió controlar el exabrupto y se retiró unos pasos. Los allí presentes observaron el gesto con asombro. San Martín era secreto, no gustaba de andar exponiendo sus emociones. El opuesto a don Bernardo, que era impulsivo y propenso a mostrarse tal como era. Su porte arrogante, la piel morena y el brillo de sus pupilas oscuras perturbaba a las mujeres. Nada recoleto, lucía zapatos con hebilla de plata, guantes de gamuza y alfiler de brillantes en la pechera. Sabía lo

que provocaba en las señoras.

El Protector continuó su camino pero Monteagudo plantó bandera junto a las damas. Continuaron con el ida y vuelta pero Rosita estaba lejos de allí. Respondía a las preguntas pero había quedado muy agitada por el encuentro con San Martín. Disimulaba, pero Manuela lo percibió al instante. No le gustó el estado en el que había quedado su amiga. ¿Serían celos? ¿Por primera vez, su Rosa perdía los estribos? Pero, sobre todo, no le terminaba de agradar aquel José. No sabía bien por qué, pero le desconfiaba, lo veía listo para perderse la oportunidad de su vida. Había que vencer al enemigo, masacrarlo si acaso hiciera falta, y no lo veía a San Martín preparado para la faena.

Al día siguiente, el Protector, diligente y cortés, le devolvió la atención a Rosita Campuzano con otro baile, esta vez en los salones del Palacio de los Virreyes. Se encontraron, se vieron y se transformaron en amantes.

1- Individuos que pertenecían al grupo de criollos poderosos de la Colonia.

CAPÍTULO IV

El 27 de diciembre, San Martín ordenó la implantación de la "Orden del Sol", propuesta de su Ministro de Guerra y Marina, don Bernardo de Monteagudo. Fue creada para otorgarles una distinción a los ciudadanos dignos y virtuosos, para aquellos que se hubieran entregado a la independencia de América. El decreto decía:

> *He contemplado hacer hereditario el amor a la gloria, porque después de derogar los derechos hereditarios, que traen su origen de la época de nuestra humillación, es justo subrogarlos con otros, que sin herir la igualdad ante la ley, sirvan de estímulo a los que se interesan en ella. La Orden del Sol, patrimonio de los guerreros libertadores y premio de los hombres beneméritos, durará así mientras haya quien recuerde los años heroicos, porque las instituciones que se forman al empezar una grande época, se perpetúan por las ideas que cada generación recibe, cuando pasa por la edad en que averigua con respeto el origen de lo que han venerado sus padres.*

Y el 11 de enero del nuevo año, Manuela y Rosita, junto a 110 mujeres y 32 monjas, fueron convocadas al Palacio de los Virreyes. Sabían a qué iban, recibirían una distinción. Manuelita llegó ataviada con su casaca de húsar, desafiando todas las leyes de la femineidad. Era la única con trajes de varón, llevaba el coraje tatuado en el cuerpo. La miraban de reojo. Ninguna mujer se había animado a tanto. Con su prestancia de siempre y avalada por su nuevo amigo Monteagudo —a veces acusado de sibarita por sus camaradas porque se bañaba a diario, pulía sus uñas, gustaba del buen vestir y los perfumes— que la instaba a que hiciese lo que le viniera en gana, Manuela se paró bien erguida en primera fila, a recibir lo que ella

afirmaba merecer. Don José se le acercó y con la solemnidad que lo caracterizaba, le colocó la banda colorada y blanca, con la inscripción en letras de oro que decía: *Al patriotismo de las más sensibles*. Y la nombró Caballeresa de la Orden del Sol. Manuela inclinó la cabeza y le agradeció en silencio. Se sintió honrada.

Sin embargo, el ordenamiento había causado admiración en unos y perplejidad en otros. Que San Martín destacara a las mujeres, asesorado por Monteagudo, había despertado algunas suspicacias. De tapadillo, decían que el Protector había ungido a las señoras para darle el toque de gracia a su amante Campuzano; y al referirse al Ministro de Guerra, sonreían con socarronería. Monteagudo tenía mucho amor para dar y era un conocedor del corazón de las mujeres.

Tras haber ordenado a todas, Manuela pudo hacerse un tiempo con Rosita. Su amiga se había entregado en cuerpo y alma a San Martín y le era casi imposible cruzársela. La abrazó un buen rato y la observó con detenimiento.

—¿Cómo estás, Rosa mía? —le preguntó a la busca de verdades.

—Estoy muy bien, Manuelita. Lástima que no podamos vernos tanto, ¿no es cierto? —respondió agitada.

—Eres tú la que no puede, has sido tú la que me evita.

Rosita se había instalado, al comienzo del amorío, en la hacienda de Mirones, pero luego San Martín se la había llevado a la hacienda de La Magdalena, algo apartada de la ciudad, para acallar los rumores. El chisme circulaba igual y se lo acusaba —entre los que empezaban a percibir cierto malestar— de permanecer demasiado tiempo tendido entre las piernas de la Campuzano, en desmedro de la acción militar que había prometido.

—No seas así, Manuelita —le imploró Rosa con ojos de animal apaleado.

—¿Cómo? ¿Sabes que te llaman la Protectora? —continuó Manuela, insidiosa. —A ver si espabilas a ese hombre de una buena vez.

—¿Te escuchas, te das cuenta lo que dices? Hasta hace unos meses esperabas con ansias el desembarco de José en estas tierras. Y en un tris pareces su peor adversaria, Manuela.

La avanzada militar se había paralizado. Considerando equivocadamente que bastaba con la toma de Lima para decidir la suerte del Perú, San Martín había desaprovechado la oportunidad de aniquilar al enemigo, que había empezado a rearmarse en el interior

del país. Canterac había avanzado con 3500 hombres hacia Lima, a dos meses de evacuarla, con el afán de recuperarla. El Libertador, convencido de que no debía arriesgar lo que había logrado, prefirió optar por la defensiva. El ejército de Canterac se había encerrado en el Callao, agravando la situación de la población. El jefe patriota insistió hasta las últimas consecuencias en una guerra sin sangre y tardíamente ordenó su persecución. A los pocos días, logró la rendición de la fortaleza y le ofreció la capitulación a su jefe, el general La Mar. Aquella batalla blanca ganada por San Martín solo ayudó a desprestigiarlo entre sus ya descontentos oficiales.

—El hombre está demasiado quieto, no lo entiendo. ¿Será que anda reconcentrado en otras cuestiones? Ay, Rosita —la impaciencia de Manuela era evidente, no podía esconderla. Como la mayoría de los implicados en la revuelta patriota, había estado al tanto de la denuncia que se había llevado a cabo en octubre pasado, de la conspiración para atentar contra la vida de San Martín preparada por los jefes del Ejército de los Andes.

—Tú no entiendes de estas cosas, Manuela. El amor tiene muchos misterios…

—¿Pero estás bromeando conmigo? Pues yo no estoy para diversiones, amiga. La que no entiende eres tú.

Le pedían mucho a San Martín, le reclamaban acción y él parecía demorado en otros asuntos. Mientras organizaba a sus ministros, le escribía a O'Higgins a Chile anunciándole sus ganas de terminar la vida pública y entregar aquella pesada carga a manos seguras para retirarse a un rincón, a vivir como un hombre.

De la nada, apareció Monteagudo y felicitó a las flamantes caballeresas. Le hizo una reverencia a Rosita, saludó con más efusividad a Manuela.

—Señor, qué alegría —la Sáenz rompió todo protocolo y lo abrazó.

Monteagudo les contó que el Protector lo había puesto en el cargo que había quedado acéfalo, días atrás, de Ministro de Relaciones Exteriores, y Tomás Guido había tomado el suyo.

—Estimadas, mi celo es infatigable, nada sé emprender a medias. Y preparado estoy para mis enemigos —les sonrió con prestancia.

—Qué desgracia, Bernardo, siempre aparecen los traidores y desleales cuando una menos los espera —Manuela pensó en el grupo que combatía al gobierno, y en especial a Monteagudo. El primero que se le apareció en mente fue Riva Agüero, leal en otros tiempos.

El intercambio terminó y Manuela se despidió. Tomó de los hombros a Rosita y la miró fijo. No necesitó decirle nada. Estaba todo dicho, poco le interesaban las celebraciones o los homenajes. Ese tiempo muerto la desesperaba.

***

Bolívar había partido de Bogotá, el 12 de diciembre, hacia el puerto de Purificación sobre el río Magdalena y efectuado un largo recorrido con varias escalas. Había remontado el río y dos días antes de Nochebuena había recalado en La Plata, luego había subido el páramo de Las Moras vía Caloto y Japío, para hacer pie en Cali, el 2 de enero. Había optado por ese itinerario, más largo que otros más directos porque era el mejor para conducir las tropas.

Ya solo en su tienda de campaña, se dispuso a escribir una carta. La destinataria era la joven Bernardina, la menor de las hermanas Ibáñez, a quien había conocido en el puerto de Ocaña, a orillas del Magdalena, siete años atrás, aunque, la había vuelto a ver en 1819, en plena Campaña de los Andes. Como era bien sabido, el Libertador, además de hacer la guerra, siempre estaba más que dispuesto para envolverse en los juegos del amor. En cada puerto una dama y tras la victoria de Boyacá, con la hormona en alza, había entrado triunfante en Bogotá. Los Ibáñez, patriotas de la primera hora y con residencia en la ciudad, le habían ofrecido un banquete digno de un héroe. En aquel momento, hubo que elegir ninfa para la coronación y por unanimidad, la selección cayó en la preciosa Bernardina. Hubo jolgorio y galanteo pero la jovencita estaba comprometida con otro. Aunque tampoco había que olvidar que don Simón había vivido un tórrido romance, durante el encuentro anterior, con Nicolasa, su hermana mayor. Habían dado que hablar, la mayor se había entregado a la pasión sin importarle nada. Bernardina, pudorosa y grácil, evitó las escaramuzas como pudo. Parecía que al Libertador, una sola Ibáñez no le era suficiente.

Simón reclamó que lo dejaran tranquilo y le escribió a su adorada Bernardina que no pensaba sino en ella, que era su ángel celeste y le imploró que no lo acusara de indiferente ni de poco tierno. Le insistió que la distancia y el tiempo solo se combinaban para poner en mayor grado las deliciosas sensaciones de sus recuerdos y le rogó que le contestara, y terminó la misiva diciéndole “hazlo o renuncio a este delicioso alivio”.

Quería ordenar sus ideas pero el recuerdo de la joven lo invadía. No entendía cómo era posible que lo hubiera rechazado pero Bernardina había iniciado una relación con el coronel venezolano Ambrosio Plaza. La sangre se le ponía espesa de celos y escribía y escribía. Había nombrado vicepresidente de la República de Colombia a don Francisco de Paula Santander —él, en tanto, lucía la banda presidencial— y le había delegado las funciones ejecutivas. También se había contactado con Sucre y le había hecho saber que en sus planes estaba seguir a Quito.

Los días en Bogotá los había dedicado a organizar sus fuerzas y el aprovisionamiento. También le había escrito a San Martín para exponerle la necesidad de solucionar los problemas políticos que habían aparecido en Guayaquil y comentarle las noticias que llegaban de Europa, además de felicitarlo por su gesta. Con prudencia, le había advertido que él marcharía al sur para poner en seguridad a la provincia de Guayaquil. Pero siempre se había dado el tiempo para el vareo con la dama del lugar. Tras la coronación y el baile, no había cejado con el avance a la familia Ibáñez. Enterado del compromiso de la jovencita arremetió con la madre, doña Manuela Jacabo Arias, quien había enviudado pero había abierto las puertas de su hogar al gran Bolívar. El Libertador sabía encandilar a jóvenes y mayores por igual. Esto lo había aprendido de la mujer que lo había iniciado en las lides amatorias, a sus jóvenes 16 años: la mexicana doña Ignacia Rodríguez de Velasco y Osorio, más conocida como “La Güera”. Varios años mayor que él, y desposada con don José Gerónimo López de Peralta Villar Villamil Primo, Caballero de Calatrava, le había enseñado qué debía hacer con una señora ardiente.

La madre de Bernardina había quedado sola y desamparada tras la muerte de su amado marido. Y rápida como vuelo de ave, le había llorado la carta a Bolívar. ¿Cómo se haría cargo de sus párvulas? ¿Quién les daría de comer? ¿Dónde pasarían la noche? No se dijo más y don Simón, el 27 de noviembre, adquirió del Estado una casa alta de tapia y teja, en la calle de Santa Clara, barrio de la Catedral, calle de por medio con el Palacio Viejo, pagándola con sueldos atrasados, y se la donó a la viuda de Ibáñez.

Pero Bernardina no respondía. Simón no claudicaba e insistía con el cortejo:

Tú eres sola en el mundo para mí. Por ti espero tener aún dicha y

placer, porque en ti está lo que yo anhelo. Después de estas y otras muchas cosas que no te digo por modestia y discreción, no pienses que no te amo.
Escríbeme mucho, ya estoy cansado de hacerlo yo, y tú, ingrata no me escribes…

Tu enamorado

Y en la portada de la misiva así se anunciaba: *Para La Melindrosa y más que Melindrosa, bella Bernardina.*

Del otro lado hubo silencio espectral. Quienes sí respondían y mantenían contacto constante eran Santander y Sucre. El Vicepresidente era una posible fuente de recursos para seguir adelante y el otro condicionaba la actividad en la zona de Quito.

—Necesitamos reclutar mil hombres porque no podremos hacer nada con los setecientos enfermos del general Pedro León Torres —reveló a sus adláteres.

El clima era adverso y los soldados desertaban con facilidad, se enfermaban o morían. Le habían llegado noticias acerca de la presencia de embarcaciones enemigas en la costa colombiana del Pacífico. Presto, le escribió a Santander advirtiéndole que el clima era abominable, que irían a luchar contra lo imposible y que no podría variar la naturaleza de aquel país ni la de aquellos débiles hombres.

Asumió que era imperante la ayuda militar de San Martín a Sucre, era indispensable. Se carteó con los jerarcas del sur, O'Higgins, San Martín y Pueyrredón, y les insistió en la idea de la asociación de los cinco Estados de la América. Sentía que era una idea sublime en sí misma, motivo de asombro, y que daría por resultado una América unida de corazón, sumisa a una ley y guiada por la antorcha de la libertad.

***

—Vuelvo a Quito, James —le anunció Manuela apenas franqueó la puerta del despacho de su marido.

Thorne levantó la vista de aquello que lo tenía bien concentrado y la miró atónito. Manuela, con los brazos en jarra, jadeó impaciente.

—No entiendo a qué te refieres. ¿Qué es lo que te urge, Manuela? —el hombre soltó la pluma y se sumió en su clásico gesto lerdo.

—Pero James, si sabes bien que mi vida es una urgencia. No llego

a entender cómo puedes vivir en ese estado demorado. Como si tuvieras todo el tiempo del mundo. Pues yo no lo tengo, estoy en apuros —dijo como chicotazo. —Si ya te he contado que tengo problemas con Ignacia y sus hijos, debo comparecer en Quito para reclamar lo que me pertenece. Mi apoderado no ha hecho nada, si no me presento, pierdo todo.

En el Juzgado de Segunda Nominación, ante el Escribano Real y Receptor Francisco Matute, Manuela había entregado un poder general, elaborado y presentado en la ciudad de los Reyes del Perú, dándole plenos poderes al presbítero José Manuel Flórez para que demandara lo que legítimamente le correspondía. El presbítero, cura capellán del Monasterio Real de la Concepción de Quito y examinador Sinodal del Obispado había sustituido el poder a nombre de don Francisco Javier Escudero, Procurador de Causas de la Audiencia constitucional, en San Francisco de Quito.

—¿Quieres que te acompañe? —se ofreció Thorne.

—No hace falta, soy yo quién debe solucionar sus asuntos.

Manuela quería resolver el tema de la herencia de los Aizpuru pero, además, necesitaba irse de Lima. Esa ciudad estaba quieta como tumba vacía y eso la volvía loca. En las noches, tendida en su cama, fantaseaba con la guerra; se veía montada en su caballo, desenfundando la pistola para hacer justicia sobre los cuerpos enemigos. Tenía sed de sangre, hambre de muerte realista. Y en Lima se respiraba aire de tregua. No estaba hecha para eso. Necesitaba del permiso de su marido para partir. Era una señora casada y su esposo era quien le otorgaba la autorización. Ya se había fugado una vez, sabía bien lo que era infringir las normas y las consecuencias que aquello traía. No estaba para esos trotes.

—Pues no me parece.

—¿Y qué te parece aquello que me he venido a enterar, que andas en relaciones con otra y que este interés que muestras por mí es todo mentira? —le gritó Manuela. Algo había escuchado acerca de un amorío prohibido de su esposo.

—¿Qué dices? —le respondió James y se acomodó el monóculo.

—Déjate de idioteces, hombre, que no sabes mentir. Se te nota en la cara —el sudor la había encendido. —Me voy y no te atrevas a detenerme porque corres peligro.

Thorne carraspeó, no tenía sentido contradecirla. Su mujer decía la verdad y cuando se enfurecía de ese modo, le daba pánico. Manuela, a

veces, lo llenaba de temor.

—Si así lo quieres, mi querida. ¿Preparo sitio en alguna de las embarcaciones? —le propuso James.

—No te preocupes, viajaré custodiada por mi hermano.

—¿Irás por tierra? Ay, Manuelita —la preocupación aumentó, los caminos eran un peligro.

—Está decidido, Thorne. Parto mañana con mis esclavas, no salgo sola.

—Consigo lugar para todos. Permíteme ayudarte.

Al día siguiente, y con su pasaporte en regla, partieron Manuela, Jonathás y Nathán. José María pasó a buscarlas por la casa, montaron los caballos y las mulas y se unieron al batallón al que pertenecía Sáenz, al mando del coronel Andrés de Santa Cruz. Las fuerzas peruanas seguirían el complejo itinerario trazado por Sucre. Este no sería un viaje de placer, todo lo contrario. El General había reunido a su ejército con la consigna de marchar hacia la Sierra para combatir al ejército realista, con la intención de impedir la reunión de las tropas españolas del Perú del Sur con las de Pasto, al norte. El 9 de febrero, Sucre se reunió con los 1500 hombres de la división peruana y con Manuela y sus esclavas, mezcladas entre tanto guerrero, uniformadas de húsares para no desentonar, en el pueblo de Saraguro.

Comenzaron su camino hacia el norte, a través de la Sierra, para evitar un combate directo contra el enemigo en condiciones desfavorables. La fuerza multinacional arribó a Cuenca el 21 de febrero. Cerca de tres mil hombres, la mitad de Sucre y la otra, la Expedición Auxiliar de Santa Cruz conformada por peruanos, chilenos, altoperuanos y argentinos —entre los que se destacaban Félix de Olazábal, Antonio Sánchez y un escuadrón del Regimiento de Granaderos a Caballo de los Andes, al mando de Juan Galo de Lavalle — recapturaron Cuenca sin disparar un solo tiro.

Durante los meses de marzo y abril, los realistas continuaron la marcha hacia el norte y evitaron enfrentarse a la fuerza patriota. Sin embargo, el 21 de abril se produjo una contienda feroz en Tapi, cerca de Riobamba. Al caer la tarde, los realistas emprendieron la retirada mientras que Sucre y sus hombres tomaban el sitio. Allí permanecieron hasta fin de mes. Manuela se entregó a la acción. Asistió a los enfermos, cuidó los pertrechos, no participó en las escaramuzas porque su hermano le rogó que permaneciera en la vanguardia. No quiso faltarle el respeto y le hizo caso. Pero no le

faltaron ganas.

El 2 de mayo llegaron a Latacunga, situado a dieciocho leguas de Quito. Ahí, Sucre reorganizó sus tropas y sumó voluntarios de los poblados cercanos. Mientras tanto, aguardaban refuerzos y nuevos informes de inteligencia sobre el paradero del ejército realista. Pasaron los días y los generales deliberaron acerca de la metodología del avance. Sucre prefirió evitar un enfrentamiento en terreno desfavorable. Marcharon por las laderas del volcán Cotopaxi y así llegaron al Valle de los Chillos. El General y su ejército se desviaron en Tambillo, Manuela montada en su alazán y sus esclavas en mula siguieron hacia el norte.

CAPÍTULO V

Al fin llegaron a Quito, el 19 de mayo de 1822. Manuela había encabezado la marcha, detrás la siguieron Jonathás y Nathán. Las esclavas, para levantar los ánimos, habían entonado alguna copla, pero se hicieron a silencio cuando cruzaron las puertas de la ciudad. Manuelita reconoció la tierra donde había nacido y a la que regresaba tras varios años. El recuerdo de su infancia la tomó por asalto, venía a enfrentarse con aquel fantasma que creía muerto y sepultado. Levantó el mentón para retirar ese ruido en su cabeza y siguió adelante.

Arribaron a la Plaza de San Francisco y se apearon para seguir en andas hasta la casa.

—Vamos, mis negras, que parecen tortugas. Apuremos la marcha —les ordenó, impaciente pero bastante cansada.

—Nos miran raro, patroncita —Jonathás se encasquetó el turbante aún más y se asió del brazo de Manuela.

—Sigan caminando, como si nada —dijo y pasó entre un grupo de chapetones que la miraron con recelo.

—¡Alto, la señora y las negras! —gritó un oficial. —Las cédulas de tránsito. ¡De inmediato!

Manuela se detuvo, giró y le regaló una mirada que metía pavor. Introdujo la mano en la bolsa y le extendió los salvoconductos. El realista observó las papeletas con detenimiento y levantó la vista hacia la dueña.

—Estamos en alerta, señora, a fin de realizar algún hallazgo de sedición —le devolvió lo suyo y las dejó seguir.

No precisó tocar la puerta de calle. Apenas se acercó a la entrada, salió Ignacia y la recibió con un abrazo gélido. Estaba al tanto del regreso de su sobrina, ella se lo había anticipado. Entraron a la casa y Manuela permaneció un buen rato en silencio. Miró a un lado, al otro, y de nuevo la memoria le jugó una mala pasada. Volvieron sus risas de

chiquilla juguetona, las tardes solitarias en su recámara, también las lágrimas que llegaban desde el fondo de su pecho.

—Te alistamos tus habitaciones, Manuela —Ignacia intentó aligerar la incomodad que se respiraba en el ambiente.

—Te agradezco, tía. Pero aquí no me quedo. Sabes a qué he venido, pero además tengo otras cuestiones que deseo concretar.

Ignacia la invitó a sentarse en la sala, su sobrina le siguió el paso.

—Esperemos llegar a un acuerdo. No hagamos alarde de crispaciones y cuestionamientos que han quedado en el pasado —intentó doña Ignacia.

Manuela suspiró y optó por no pelear. Por lo menos en ese momento. Le extendió la mano y la invitó a que la siguiera.

—Vamos a la cocina, tengo un hambre voraz. Acompáñame antes de que me retire.

—Muy bien, Manuelita —e Ignacia se dejó llevar.

Allí estaban sus esclavas, contando sus peripecias como cotorras, en el medio de la cocina. El resto de los criados atendían las aventuras de Jonathás y Nathán con gran interés. Hubo que interrumpir la conferencia para que prepararan alguna cosilla para comer. Tía y sobrina se sentaron y la servidumbre dispuso la mesa.

—Mañana, a primera hora, me presentaré para colaborar con el ejército independentista. Como un soldado más, para tomar las armas y defender a mi querida ciudad —anunció Manuela.

No voló una mosca en la cocina. Todos detuvieron sus quehaceres y se tragaron las risas.

—¿Pero qué dices, m'hija? —Ignacia la increpó. Se había olvidado del ímpetu de su sobrina.

—Lo que has escuchado. No puedo quedarme sentada sin hacer nada.

Doña Ignacia negó con la cabeza, se incorporó y se retiró sin mediar palabra. La cocina se transformó en un velorio. Las esclavas se acercaron, de a poco y en puntillas, a donde estaba sentada su patrona. Para quebrar el clima irrumpieron, a voz en cuello, a avivar a Manuela, que ellas la seguirían hasta el campo de batalla, empuñarían sus armas y rematarían todo aquel que Manuela matara.

—Vengan aquí, mis hermanas fieles —y las tomó de la cintura, una de cada lado. —Nos ponemos manos a la obra, mañana las quiero en las calles, trabajando como bien saben, agazapadas, y a traerme información. Quiero posiciones, estrategias y formaciones del

enemigo. Como nosotras no hay, mis queridas. Encontraremos hasta lo que ellos no saben.

Salieron de lo de Aizpuru y se dirigieron a la residencia de su otro medio hermano, Juan Antonio Sáenz del Campo. Allí se hospedaron poco tiempo. Después arrendó una casa, contigua a la Iglesia del Sagrario, y se instaló con sus negras. De inmediato se transformó en su centro de operaciones.

***

Bolívar, en las últimas etapas de la campaña de Venezuela, había tomado la decisión de llevar la guerra hacia el sur. Pero no había contado con la ayuda solicitada al gobierno de Chile porque la armada de aquel país —fundamental para la colaboración— estaba ya comprometida en acciones decisivas contra la escuadra española del Pacífico. El tiempo pasaba y no le llegaban novedades de Sucre. Sus hombres se enfermaban, temía que el clima no los acompañara. *Estoy de noche y de día en las mayores angustias y la realidad no es para menos*…, pensaba.

El número de enfermos llegaba a dos mil, perdía fuerza. Decidió, entonces, dirigirse personalmente hacia Pasto y marchó el 8 de marzo. Sus hombres, en otras rutas, le informaban las enormes dificultades que iban encontrando a medida que avanzaban: la falta de comida, los síntomas de las enfermedades, las medidas de vigilancia, el cuidado del ganado, la administración de los hospitales, las mujeres que debían atender a los que padecían algún mal. Todo era de una precariedad pasmosa. Sin embargo, Bolívar siguió adelante. Si no se ocupaba él personalmente de las cosas, repetía, "todo sale tuerto".

—No hallo el modo de contener la progresión del mal en un ejército que vuela a su ruina, a pesar de que no hago más que cavilar noche y día, soñando y pensando sin cesar —mascullaba.

Entonces se vio obligado a adoptar otro plan: las fuerzas granadinas se movilizarían por tierra hasta Buenaventura y, desde Guayaquil, se incorporarían a los ejércitos que, al mando del comandante general Sucre, actuaban ya en las proximidades de Quito.

Desgraciadamente hubo que demorar la marcha. Para no exponerse a una derrota, Bolívar ordenó suspender la movilización e hizo regresar gran parte de sus hombres a Popayán e intentar la ruta de Pasto. La marcha se prolongó por caminos quebrados, donde las caballerías se perdían o inutilizaban. El Ejército Libertador sufrió por

el clima, por la escasez de provisiones, por las dilatadas marchas y combatió, en su propia casa con hombres aclimatados y prácticos en aquellos lugares.

La premura que guiaba a Simón Bolívar en aquellos momentos se debía a los graves peligros que sufrían, en el sur, los ejércitos de Sucre. Los realistas ganaban batallas en el Perú que parecían decisivas. El 7 de abril de 1822, el Libertador y sus hombres derrotaron al enemigo en la batalla de Bomboná. Tras este embate, la situación de los ejércitos realistas se tornó desesperada y el comandante español, don Basilio García, recibió la propuesta de rendición de Bolívar.

Mientras tanto, le llegaban noticias de sus emisarios del sur, que le confirmaban que Sucre empezaba a ascender por las laderas del volcán Pichincha, presto a dar su estocada final.

El general Sucre estaba convencido de que tomaría Quito por una sola batalla en la que todas las probabilidades le aseguraban una victoria.

—El pueblo quiteño es muy patriota, y sus halagos, la seducción, y todos los medios de hacer desertar la tropa son un campo que se les abre para evitar la prolongación de sus males y la sangre —declaró Sucre a poco de emprender el avance.

Reclamaba que abandonaran las banderas de sus asesinos y tiranos, ofrecía ascensos, retribuciones monetarias, lo que fuera para aunar fuerzas.

El ansia independentista teñía hasta al más mentado.

***

Manuela estaba rendida. Había llegado a la casa, secundada por sus esclavas, luego de auxiliar a los heridos y ayudarles a calmar sus dolencias. Ya todo había terminado.

—Les ha venido muy bien el bálsamo del Perú y las infusiones de amapola —compartió con sus criadas mientras se quitaba el manto del cuerpo.

El 24 de mayo había amanecido con una gran agitación. En las proximidades de Quito, en las faldas del volcán Pichincha, había dado comienzo la batalla. Los generales del ejército patriota no les habían permitido unirse a ellos. Manuela se había presentado con ínfulas ante los militares, reclamando que ella y sus esclavas sentían el vivo interés de emprender la lucha. Los hombres, con poca paciencia, respondieron que la señora no traía permiso del esposo o del padre para tan

asombrosa solicitud.

—¡Es a criollas y mulatas a quienes nos pertenece la libertad de este suelo! —levantó la voz pero no hubo caso. Como llegaron, dieron la vuelta.

Sin embargo, el revés no la acobardó. Envió una ración completa a la compañía de la guardia del batallón *Paya,* y cinco mulas para su abastecimiento y la reposición de pérdidas. Manuela no buscaba retribución económica, si ese era el precio de la libertad, bien poco había sido. Los días previos al primer fuego estuvo en estado de alerta. Los realistas se mantenían en vigilia por toda la población y no dejaban de meter sus narices en todo y reuniones.

—Lástima que estos godos ponen fin al encanto de hacerles estallar la pólvora entre las patas —revelaba, iracunda, ante Jonathás y Nathán.

El día previo a la batalla había llegado un soldado del batallón *Yaguachi* vestido de paisano a advertirles a los simpatizantes de la causa que se prepararan ayudas de parte de los civiles, de ser necesario, para reforzar a los valientes, pues se aprestaban a tomar Quito, con el general Sucre al mando.

La mañana del 24 había despuntado con demasiada inquietud. Los godos habían proclamado bandos a los cuatro vientos y dado la orden de que nadie saliera de sus casas. En caso contrario, se justificaba el estado de rebeldía y se castigaría con el cepo. La ciudad entera miraba a través de las rendijas y los visillos de las ventanas. Los realistas corrían a las faldas del Pichincha para detener el avance del general Sucre y su tropa. Este ya se encontraba arriba y los había madrugado en posiciones.

Manuela se había instalado en el balcón de la casa con un catalejo y, desde allí, divisó el fuego de la artillería y las cargas de infantería, arremetiendo contra toda voluntad.

—¡Parece una fiesta de castillos más que una batalla, mis negras! —exclamaba, desquiciada. —¡Pero ten cuidado, Nathán!

Le esclava se había subido a un escaparate vencido y se había dado un tremendo golpe. Mientras tanto, Jonathás gritaba como desquiciada. Las tres gozaban con mucho nerviosismo, eran testigos de la contienda, con los dientes en las uñas, y dale que te dale. El olor a pólvora traía los alaridos de los cobardes que se despenaban por huir de las bayonetas que les perseguían. La caballería se movía lenta pero precisa en el bosque, abajo, aguardando la orden de ataque.

El batallón *Paya* al mando del Comandante José Leal, quien enarbolaba orgulloso su bandera y estandarte, fue el primero en tener contacto cuerpo a cuerpo con el enemigo. Algunas dudas estuvieron a punto de hacerles perder las posiciones logradas por el ejército patriota, pero el coronel Córdova, al mando del batallón *Magdalena*, arengó muy bonito a los soldados, y estos, febrilmente, se lanzaron prestos a derrotar y destruir a los españoles, obligándolos a salir despavoridos a buscar refugio al fuerte del Panecillo.

—¿Sabían que Nemencio, el lacayo de papá, se encuentra muy irritado? —Manuela, entre risotadas pero sin perder el estado de zozobra, se dirigió a sus esclavas. —El hombre es chapetón y no hace sino maldecir con el tabaco entre los dientes. Le he manifestado que no va a sucederle nada pero es tan terco por ser gallego que se torna imposible.

Se escuchaban los disparos sin cuartel, hasta que los godos emprendieron la retirada. La caballería se lanzó a la caza de los que huían. La artillería cubrió de descargas todo el campo de batalla. Los peruanos del batallón *Piura* fueron derrotados, lo mismo que los del *Trujillo*. Pero los colombianos del *Paya* y del *Yaguachi* respondieron valerosamente. El general Sucre le propuso al comandante español Aymerich una rendición honrosa, que el realista aceptó. Se llevó adelante la capitulación y Quito fue libre del poder español.

***

La gente había salido a festejar el triunfo patriota. La ciudad se encontraba muy bonita y adornada con arcos triunfales de Hores, por donde los libertadores habían hecho su entrada triunfal. Manuela estaba henchida de contento, quería felicitar a los artífices de aquella gloriosa jornada. Se puso su pantalón colorado y su ruana de terciopelo negro y partió rumbo al cuartel general. Apenas cruzó la entrada, se hizo un silencio majestuoso. Los oficiales quedaron mudos con su presencia. Manuela sacudió su melena negra y ensortijada y fijó sus ojos negros, atrevidos y brillantes, en cada uno de ellos. Con la cadencia que la pintaba de cuerpo entero, les dedicó una sonrisa. El embrujo se llevó adelante de inmediato.

Preguntó por Sucre y le señalaron dónde estaba. Con paso firme caminó hacia el apuesto general y se presentó.

—Su Excelencia, vengo a felicitarle y a ofrecerle mis servicios —le dijo Manuela, muy emocionada.

—Pero señora de Thorne, le agradezco las palabras, son tan importantes para nosotros —Sucre le besó la mano y la invitó a que lo acompañara.

Caminaron hasta el despojado despacho del General y la convidó a una charla menos multitudinaria. Conocía de mentas a la señora, algo le habían comentado acerca de su arrojo, ahora la tenía de cuerpo presente.

—He sabido que envió animales y algo más a la tropa. gracias señora, qué gusto que pueda decírselo a usted en persona —le agradeció el General y perdió sus ojos en la tez blanca como la leche de Manuela.

—Entonces le habrán dicho de mi compromiso con la causa, aunque mi padre y mi marido se opongan a que ande en roce con el ejército —respondió, provocadora y cambió de postura con movimientos lentos.

—Será que la veneran tanto, señora, y no querrán que arriesgue la vida.

—Pero Excelencia, no me queda más que hacer mi voluntad, que es más fuerte que yo. ¡Creo que nací con vena para la gloria! —exclamó Manuelita y se rio con ganas.

—Ya lo creo —y Sucre también sonrió. —He visto que han preparado la ciudad con todos los honores.

—Como debe ser, mi General. El pueblo está de fiesta. Se ha celebrado un Tedeum en la Catedral, todos colaboramos en el arreglo y decoración del altar. Estoy muy emocionada —y los ojos de Manuela brillaron como nunca.

—Seguramente se emocionará aún más cuando conozca al Libertador —anunció Sucre y le confió que le habían cursado la invitación a Simón Bolívar.

—¿Entonces es cierto que el Libertador nos honrará con su visita?

—Pues claro, con su llegada se completarán los festejos patriotas. Su presencia legitimará el establecimiento de la república —respondió con solemnidad.

— Cuénteme cómo es él, Excelencia —le pidió Manuela, llena de intriga.

—Todo cuanto le diga es poco, señora. Su bravura es deslumbrante, el arrojo de nuestro Libertador es el faro que nos guía.

—Cuanto más me dice, más quiero conocerlo.

—Y qué decir de su sabiduría. Es un hombre muy preparado,

señora, es muy culto —Sucre sumaba atributos de Bolívar.

—Pero no se subestime, mi General, que usted es un caballero muy valiente, el más. Y además veo sinceridad en sus ojos. Eso me gusta —sin embargo Manuela pensaba en Bolívar, cómo anhelaba conocerlo y tratarlo; pero debía aguantar la ansiedad.

—Le agradezco nuevamente, doña Manuelita. Me siento honrado que una señora de su talla comparezca en el cuartel.

—General, le brindo mi amistad y mi casa. Es bienvenido cuando guste, el honor es mío —lisonjeó como experta.

Continuaron con la conversación. Se escuchaban risas y cánticos que venían de afuera. Los oficiales estaban exultantes, tenían ganas de celebrar. Y no eran los únicos.

CAPÍTULO VI

Quito se había vestido de fiesta, sus pobladores habían salido a la calle, se aguardaba el arribo de Simón Bolívar. El Camino Real había sido empapelado con las proclamas que anunciaban el gran día: 16 de junio de 1822. La ciudad era un enjambre de hombres y mujeres apurando el paso para encontrar un buen sitio para verlo de cerca. Marqueses con sus terciopelos bordados e indios con poncho de lana y coleta trenzada se mezclaban en las calles con gesto ansioso. Desde temprano, repiqueteaban las campanas de toda la ciudad para agregarle impaciencia a la jornada.

Un jinete buscaba dominar su caballo y avanzaba entre los curiosos que habían tomado la calle a grito en cuello, anunciando que el Libertador estaba en los lindes de la comarca. La multitud, enardecida, avanzaba a los empujones, intentando el mejor sitio.

Manuela se había demorado más de lo previsto. Los nervios le habían jugado una mala pasada y había estado horas acicalándose. Se probaba un atuendo, le parecía horrendo, otro, le sentaba pésimo. Nada la conformaba. Hasta que dio en el clavo y eligió el vestido de linón blanco guarnecido con plata. Sabía que el color era demasiado osado para esos tiempos pero redobló la apuesta. Quería llamar la atención del venezolano. Y se lo calzó, ayudada por sus esclavas, que llenaron la alcoba de jadeos y vítores.

—El escote es algo bajo. Tanto mejor, mis queridas —desafió Manuela y paseó sus manos por el pecho.

Nathán y Jonathás largaron una carcajada y siguieron con la tarea. Le recogieron los rulos en un moño griego y la ayudaron a colocarse la banda de *moiré* colorada y blanca, le prendieron la medalla de oro debajo del pecho izquierdo, que reafirmaba su nombramiento de Caballeresa de la Orden del Sol. Manuelita se colocó sus chapines de fiesta y salió de su casa. El rugido del tumulto le pegó de lleno contra

la cara pero tomó aire y siguió adelante. Los tacones sonaban contra la losa a paso redoblado, la damita buscaba los espacios vacíos entre la marea humana para avanzar y evitar así a la soldadesca, que intentaba poner un poco de orden. Tarea imposible. Como pudo, llegó a la mansión de don Juan de Larrea —la casa más opulenta de Quito, de dos pisos, ventanas enrejadas y barandas de madera tallada— donde había sido convidada para observar, con comodidad, el arribo del Libertador. Se anunció y la hicieron pasar.

—Doña Manuelita, qué suerte que pudo llegar, la calle está imposible —Larrea le tomó la mano y se la besó.

—Mi querido Juan, ha sido una odisea pero aquí estoy. Todo sea por agasajar a Bolívar —le respondió con su voz ronca y se apoyó en su brazo.

Así recorrieron el amplio salón, bajo la atenta mirada de los presentes. Algunos desconocían por completo quién era la despampanante señora que avanzaba como si fuera la reina del mundo, otros recordaban la historia de la bastarda que había logrado un buen matrimonio. No pasó desapercibida, y el sol que refulgía debajo de su pecho encandilaba por demás, a los que conocían la importancia de la insignia y a quienes se dejaban seducir por la ignorancia.

Las calles de Quito brillaban como nunca. Las fachadas de las casas lucían su laurel indígena, en las iglesias ondeaba la bandera republicana y de los balcones por donde ingresaría el Libertador se habían desplegado los colores rojo, azul y oro. Las tropas vencedoras habían abandonado el uniforme anterior y lucían los verdes, el color de la gloria. A cada paso, se habían erigido arcos de triunfo de caña guadúa y ramas de laurel y flores, y a lo largo del camino, con la emoción por haber sido las elegidas, las niñas más bonitas de la ciudad lucían sus vestidos brillantes, de capas y capas de gasa. Cada una sostenía su canasta repleta de pétalos de rosa, para arrojárselos al héroe en su arribo. La banda de músicos avanzaba por el camino, hacían sonar sus instrumentos como si aquel fuera el último día. En la Plaza de San Francisco, los vendedores ambulantes vivaban sus productos al grito de “¡chicha, torta y salchicha!”, también se ofrecían, a quien soltara unas monedas, las papeletas con el himno patriótico, además de las escarapelas tricolores para los sombreros de los caballeros, y las cintas para las coletas de los indios.

Todos los vecinos estaban muy entusiasmados, la señora Rosalía y

su hija Eulalia del Carmelo, el doctor Lozano y la señora María Francisca, la viuda del coronel Patricio Pareja y las señoritas Pilar y María del Carmen Gómez Donoso; la familia Moreano Villagómez, que había recibido la visita de su hijo Gonzalo, ya teniente y se lo veía muy apuesto y con gallardía; don Luis Ponce de Valencia y su familia, los esposos don José Asunción Casares y la señora Camila Ponce, la señora Abigail Rivas de Tamayo, dueña del bazar "Borla de Oro", quien había donado todos los encajes, bordados y botonaduras para los uniformes del batallón *Paya*, y sus hijos Antonio y José Miguel

Y en una sola voz tronó el nombre de Bolívar. Los habitantes de Quito comenzaron a llamar al Libertador de América y presidente de Colombia como si fueran adivinos, intuyeron que el hombre y su escolta estaban al llegar. Unos aplausos entusiastas, a lo lejos, anunciaron la avanzada. Los oficiales que encabezaban la comitiva apuraron la marcha, se amontonaron en la entrada y hubo momentos de estupor e impaciencia. Hasta que las filas se abrieron para darle paso al jinete de triunfo. A las ocho y media de la mañana, Simón Bolívar avanzó solo por la calle principal, erguido sobre la silla que vestía a su caballo blanco favorito con las más preciosas monturas y arreos. Como una estatua clásica montada sobre *Pastor*, el militar contuvo las riendas y jugó al espoleo, que tan bien dominaba. Los cascos de los caballos parecían acompañar el redoble con una alegría similar a la de las castañuelas. El pueblo creyó ver al dios salvador y Bolívar les retribuyó con creces. Saludaba con prestancia a cada paso que daba, desde la altura que le otorgaba su animal. Bolívar era un hombre menudo y de corta estatura pero parecía inmenso montado en su caballo, echando un fuego libertador desde sus ojos negros. A diferencia de sus soldados, que ostentaban sus trajes de gloria, el Libertador lucía una casaca sencilla de cuello en alto, adornada con una sola medalla, y pantalones de ante, ajustados.

Así cabalgó hacia la Plaza Mayor, erguido, impetuoso, desbordante de gallardía. El hombre se alimentaba con los aplausos que recibía a su paso, tenía hambre de gloria, sed de aprobación constante. De tanto en tanto, se acercaba y aceptaba la florecilla que alguna niña le ofrecía, o le tendía la mano a un soldado herido. Bolívar era idolatrado por el pueblo y sonreía agradecido, sabiéndose primordial. Las mujeres, casadas, solteras, ancianas o jovenzuelas le dedicaban sus miradas con intención. Era conocida la fama del Libertador: además de un excelso estratega para las campañas y un general siempre

dispuesto al combate, las señoras buscaban conocer hasta el último detalle de su intimidad. Se había corrido la voz de que Bolívar no podía vivir sin el favor constante de las damas. Le eran fundamentales como el vino y la carne. Las quiteñas lo veían inmenso, dotado de hombría, un experto en las cuitas de la virilidad. Si estaban casadas, podían disponerse a probar la experiencia de Simón, y si vírgenes, entregar la ofrenda más preciada. Las mujeres se habían destemplado con la presencia ígnea del venezolano. Y él sonreía con lo que despertaba.

Mientras se acercaba a la plaza, unas niñas vestidas de ángeles corrían delante de la escuadra, esparciendo flores para honrar su paso. Desde los balcones cercanos caían pétalos de rosas, impregnando todo con su perfume. Los señores de la casa saludaban, las damas se inclinaban hacia delante, a ver si lograban robarle, tan solo, una mirada.

En la plaza lo aguardaban los regidores de Quito, quienes le dieron la bienvenida. Mientras Bolívar aguardaba a la larga fila de jinetes uniformados que oficiaban de escolta con sus sables desenvainados saludando al sol, contuvo a su caballo con algunas palabras y unas palmadas en el pescuezo. Se incorporó de nuevo y miró hacia arriba, como distraído, al balcón de don Juan de Larrea, luego a la multitud que lo ovacionaba.

En la mansión del caballero la agitación era similar a la que acontecía en las calles. Los "¡Viva Bolívar!" habían enloquecido a los presentes, quienes empezaron a darse de empujones para lograr el mejor sitio en los balcones. Todos querían ver a su ídolo desde arriba. Manuela persiguió, como si fuera un depredador, a un grupo de damas que buscó su lugar en el balcón principal.

—Permiso, ¿puedo pasar? ¿Me dejarían, que debo transmitirle algo al Libertador? —empujó con delicadeza una impetuosa Manuelita.

El resto la miró con asombro, por no decir desprecio. ¿A qué tanto apuro, aquella intrusa buena para poco?

—Algunas no tienen vergüenza —exclamó la Marquesa de Ronda, a viva voz.

—Cuánta verdad, Marquesa, cuánta —Manuelita respondió en el acto y le mantuvo la mirada. —Y para peor, ni la edad las modifica.

—¿Qué dice? ¿A quién le habla? —envalentonada, retrucó la dama de edad.

Pero como por arte de magia, Manuela pegó la vuelta, se plantó en

primera fila y dio rienda suelta a su excitación. Sin importarle nada, arrojó su cuerpo hacia adelante, parapetada por la baranda. Parecía dispuesta a tirarse. Apenas lo vio, sintió que era la encarnación de la gallardía en la Tierra, que era el más grande entre los grandes. Estaba muy emocionada por conocer, al fin, a aquel señor a quien llamaban el Mesías Americano y del que tanto había oído hablar. No podía quitarle los ojos de encima, la tenía embrujada. Bolívar era la fascinación hecha carne, lo único que quería era llamar su atención.

Las señoras la escrutaron azoradas, que no era para tanto, que esta loca es capaz de tirarse, pero qué disparate, y Manuela insistió con la provocación. Allí, en un rincón, habían dejado una infinidad de coronas de laureles. Tomó la más llamativa y se la tiró a los pies de *Pastor,* que zapateaba sus cascos contra el suelo. Pero el viento tomó el mando o vaya uno a saber qué, la corona dio de lleno en la casaca, justo en el pecho del Libertador. Bolívar, iracundo ante el imprevisto, levantó la mirada para vociferar contra el cretino, cuando, en cambio, vio a la culpable: Manuelita, ruborizada hasta lo más escondido y con los brazos extendidos en el acto, se cubrió la boca con la mano y la deslizó por su cuello hasta detenerla en el blanco de su vestido.

Las miradas de ambos se cruzaron, él se quitó el sombrero y le hizo un saludo pavonado en agradecimiento, ella, arrebatada, bajó la vista para volverlo a mirar. Quién sería esa mujer desbordante de gracia, se preguntó Simón Bolívar. Fue la envidia de todos, familiares y amigos; para Manuela, el delirio y la alegría de que el hombre la distinguiera entre todas. Casi pierde el conocimiento.

***

Don Juan de Larrea había sido sindicado para ser el anfitrión del Baile de la Victoria, en honores a Bolívar. Su casa, la más importante de Quito, era perfecta para estas cuitas. Luego de la entrada triunfal del Libertador a la ciudad, la residencia de Larrea se convirtió en un caos. Mientras se despedía a los últimos invitados al balcón, la servidumbre fue y vino con los encargos del patrón. Aunque el convite era a las ocho de la noche, no se podía desperdiciar ni un minuto: la casa debía brillar como todo el oro del Alto Perú. Los muebles estilo Directorio habían sido pulidos y abrillantados para que destacaran especialmente los morados de damasco, y trasladados hacia las paredes para ampliar aún más el gran salón donde se llevaría adelante el baile. Las largas mesas talladas de las habitaciones contiguas se

surtieron de bebidas y manjares de paladar negro, desde temprano; y el jardín del patio principal se limpió, se quitaron las hojas mustias, se rociaron las flores para que los colores refulgieran, y hubo acicalada especial para el querubín abrazado al cisne que lanzaba el agua de la fuente, centro de atracción del patio.

A la tarde, Larrea se presentó en casa de Manuela para invitarla al baile. Ella accedió y dispuso, de inmediato, la vajilla y arreglos de flores, tal como le reclamaron en colaboración, de parte del comité de recepción. Cuando lo tuvo listo, lo envió.

En las primeras horas de la noche, la ciudad empezó a celebrar. Los habitantes tomaron las calles, algunos soldados, borrachos de chicha, deambulaban a grito pelado y nadie los silenciaba. Todo estaba permitido. Algunas mujeres, desbordantes de atrevimiento, se aventuraron a vivir amores con quien se les prestara, y el sereno, atento a los desmanes, intentaba sofocarlos, aunque la intención oliera a poco. La ciudad quería festejar, era una noche a puro desenfreno y nadie parecía temerle.

Los invitados al baile comenzaron a llegar. Las inmediaciones de la residencia de Larrea estaban tomadas por el ir y venir de las personalidades más importantes de Quito. No habían quedado coches disponibles, todos se habían reservado con anticipación, así que algunas damas de edad considerable tuvieron que recurrir a las sillas de mano comandadas por indios de librea, y tantos otros debieron llegar a pie por las calles adoquinadas, guiados por la servidumbre con farolillo en mano, mientras que los lacayos sostenían los parasoles desbordantes de brocados, signo de distinción y alcurnia.

Los caballeros lucían sus calzones cortos de seda y los chalecos floreados a la moda del XVIII, con las pelucas empolvadas y sombrero de tres picos; los de mediana edad, el traje de corte español con la casaca a rayas de solapas anchas y grandes botones decorados, y los jóvenes, jacobinos convencidos, se presentaron con frac, pantalón con presilla, botas altas lustradas a más no dar, sobretodos con esclavina y sombreros de copa. Las señoras, en cambio, usaron la fecha para imponer su status: estaban aquellas que soñaban con *altri tempi*, dominadas por brocados, pelucones y bastón, lanzando miradas altaneras a quien se atreviera a posar sus ojos en ellas; las jóvenes se animaron a vestidos de gasa con organdí blanco o rosa, sus chapines de baile y el peinado a la griega, y las más audaces expusieron sus melenas cortas, de lo más *sauvage* que una dama pudiera animarse en

Quito.

Los invitados cruzaron el portal sobre el que descansaba el escudo de armas de Larrea y se dirigieron al salón de baile situado en el segundo piso, donde eran recibidos por el anfitrión y por el general Simón Bolívar, iluminados por la enorme araña llena de caireles y velas.

—Acompáñeme, mi General, aquí le hemos dispuesto un sitial de honor —le dijo al oído Larrea y le indicó que lo acompañara.

Bolívar lo siguió hasta el extremo de la sala, donde habían armado un dosel de seda tricolor y un pequeño estrado por encima del nivel del piso. Allí se instaló, sabía que todos querrían verlo y saludarlo, y él estuvo más que dispuesto. Había llegado puntual, de excelente talante y vestido de gala. Llevaba una casaca militar colorada con galones de oro y, sobre las charreteras que sobresalían de los hombros, se destacaban tres estrellas doradas, seña de su rango de teniente general de los ejércitos aliados de liberación; se había calzado sus botas negras Wellington, las de tacón alto, le gustaba crecer en altura y, para completar la estampa, su sable de gala. Cuando se le acercaba una dama a saludarlo, le retribuía la atención con modos de gran señor. Besaba las manos gráciles y dedicaba miradas vehementes, estaba acostumbrado a la conquista, como si entendiera de antemano todo lo concerniente al universo femenino. Con los hombres era más franco y agradecía los halagos con largos abrazos. Todos quedaban fascinados con las formas del Libertador.

Detrás del invitado de honor se hicieron presentes sus camaradas de armas, y no todos eran sudamericanos. Luego de la batalla de Waterloo en 1815 con la que se había delineado el fin de las guerras napoleónicas y la formación de la Gran Colombia, Bolívar había dado que hablar en Europa. Muchos oficiales de aquel continente habían buscado trabajo con él y ocupado lugares dentro de su ejército. En la sala departían, como si estuvieran en su casa, soldados ingleses, escoceses, alemanes, irlandeses, rusos y polacos, quienes formaban parte de las planas mayores de sus regimientos. De los extranjeros, el favorito de Bolívar era el capitán Daniel O'Leary, oriundo de Belfast, de tan solo 22 años, pero quienes asumían las órdenes inmediatas eran todos sudamericanos. El mariscal Antonio de Sucre había dejado la universidad a los 16 años para sumarse a las huestes de Bolívar, y había ascendido por sus propios méritos. Allí estaba, de cortejo con una bonita dama de la fiesta. También ostentaba seguridad el general

José María Córdova, guerrero agresivo y pertinaz, de nacionalidad colombiana. Conversaba animadamente con el escocés Rupert Hand, mientras le daban con ganas a la copa de oporto.

Con el festejo en su apogeo, Manuela Sáenz franqueó el inmenso portal, acompañada por la esposa de su padre, doña Juana del Campo y Sáenz, y su hermano José María, y fueron atendidos por un paje que los condujo hasta el salón. Manuela miró en derredor, la habitación estaba colmada, no cabía un alfiler. Algunas parejas habían tomado el centro de la sala para practicar sus pasos de baile, al son de la música; otras preferían la charla y la risotada. Aguzó la vista y lo vio, en la otra punta, al ídolo de la velada, flanqueado por el dueño de casa, quien no cesaba en el agasajo. El corazón retumbó dentro de su pecho y temió que la delatara. Respiró hondo en busca de una serenidad esquiva y avanzó hacia el estrado. El gentío la emboscaba, demoraba su caminar firme pero eso le agregaba cadencia a la ya consignada. En un acto reflejo, acarició el organdí que caía en pliegues desde el talle imperio de su vestido. El escote revelaba demasiado pero seguía la moda francesa. La banda de la Orden del Sol cubría algo del pecho descubierto y su larga cabellera estaba recogida como una tiara, con trenzas que se entrelazaban con flores naturales blancas. Manuela era una esfinge.

Aún le faltaba un gran trecho pero insistió con la mirada fija en Simón Bolívar. Él, como si el fuego de los ojos de la dama le hubiera dado una advertencia, levantó los suyos y la miró. De inmediato se dio cuenta de que era la muchacha que le había arrojado la corona. Sonrió un poco y la dejó venir. Larrea, quien notó que la dama se acercaba, se excusó ante Bolívar y bajó el escalón para ir a su encuentro. Las recibió, entusiasta, y luego de saludar muy cortésmente a la señora de Sáenz, tomó del brazo a Manuela y la llevó hasta el sitio donde se hallaba el Libertador, que conversaba amenamente con unos convidados, acompañado de sus generales y edecanes. Al ver que se acercaban, se levantó, disculpándose con cortesía y, atento al arribo de la dama, se inclinó con una reverencia acentuada. El corazón de Manuela palpitaba al punto de estallar.

—Su Excelencia, es para mí halagador presentarle a la señora Manuela Sáenz de Thorne —la presentó Larrea.

—Buenas noches, señora —sonrió Bolívar, y la miró fijamente con esos ojos negros que querían descubrirlo todo.

—Le pido disculpas, Excelencia, por lo de esta mañana —se apuró

Manuelita.

—Mi estimada señora, ¡si es usted la bella dama que ha incendiado mi corazón al tocar mi pecho con su corona! Si todos mis soldados tuvieran esa puntería, yo habría ganado todas las batallas —retrucó Simón y logró ruborizarla.

Pero continuó el arrime de fanáticos con ánimo de acaparar la atención del hombre. Manuela no le quitó los ojos, sabía que se mostraba un tanto ansiosa pero quiso exponer la admiración que él le provocaba. Bolívar no se quedó atrás. Repartía salutaciones por doquier aunque sin ocultar el interés que le había despertado esa joven mujer de 24 años. Él tenía 39, era viudo y una vida repleta de señoras deseantes en su haber, pero aquella era especial.

Manuela se acomodó a un costado, a pocos pasos de Bolívar. Permaneció en silencio, observando sus movimientos. Los músicos tocaban los ritmos de moda y las parejas demostraban su gusto por el baile. La fiesta era todo un éxito. Sonó una contradanza y varios oficiales sacaron a bailar a las señoritas que aguardaban expectantes. Manuelita se distrajo y posó su mirada en los bailarines. Le gustaba mirar la plasticidad de los cuerpos y así se dejó llevar. Dio comienzo a un minué y eso bastó para llenar aún más el salón de baile. Era un ritmo venerado por todos, salvo por ella, que lo execraba.

—¿Bailaría conmigo, señora de Thorne? —Bolívar se le había parado enfrente y le ofreció la mano, que fue sujetada, sin dudar un segundo, por Manuelita.

Y lideraron la pista, como era de prever. Nadie les quitó los ojos de encima y a ellos les importó poco y nada. Los músicos volvieron a tocar una contradanza, por lo que Manuelita suspiró aliviada. Bolívar se le acercó y la sujetó con firmeza.

—¿Por qué suspira, señora? ¿Le aprieto demasiado fuerte? —murmuró bastante cerca.

—Para nada, Excelencia. Es que detesto el minué.

—¿Y esto le gusta?

—Ahora sí —anunció con su voz ronca.

—Qué bien baila, mi señora.

—Lo que ve es un atisbo, Excelencia. Lo hago tantísimo mejor que esto. Pero usted no se queda atrás —agregó, atrevida.

—Eso dicen, que soy un buen bailarín, habilidad con la que es la mejor manera de preparar una estrategia de guerra —Bolívar le sonrió.

Siguieron con el baile pero sobre todo conversaron. Cuando llegó el turno del vals se pusieron algo románticos. Las señoras carraspeaban, incómodas. Aquello que sucedía, ahí nomás, no estaba bien. Ella, una señora casada, y él, en fin, un candidato supremo pero de temer. Los hombres escrutaban con envidia y también incomodidad. Bolívar la tomó de la mano y le convidó algo de beber. Se dirigieron hacia la mesa en busca de vino y allí se quedaron, junto a un grupo que probaba y brindaba. Algunos soldados hablaban en inglés, Manuela de inmediato entabló conversación con ellos en su idioma. Lo hablaba de maravillas gracias a su esposo y a sus amigos ingleses. Todos quedaron encantados con su habilidad y Manuela se cebó, dando rienda suelta a expresiones algo subidas de tono. Reían a los gritos, ella llamaba la atención. Y le encantaba. Los ingleses le pedían más y ella no los defraudó. El resto de la fiesta miraba de reojo. De la nada, Manuela volvió adonde se llevaba adelante la danza y sola, sin pareja como marcaba el protocolo, se dispuso a bailar. Tomó el bajo de su falda con las dos manos y se la levantó, dejando las piernas al descubierto. Los oficiales aplaudían, se escuchaban onomatopeyas de estupor. Manuela se contoneaba, movía sus caderas como nadie, como sus negras, con impudicia, sin vergüenza, dominada por la intuición de su cuerpo. Bailaba una ñapanga (1) mirando hacia abajo y, de tanto en tanto y con la cabeza gacha, miraba fijo a Bolívar. El meneo de Manuela se había convertido en un escándalo. Los soldados la rodeaban, y en el otro extremo y contra la pared, descansaban pero no tanto, los censores de la celebración.

—Eso no es un baile, eso es la resurrección de la carne —afirmó el Obispo de Quito, con los ojos inyectados en sangre.

Bolívar la arrancó del enjambre y se la llevó a un sitio más apartado. Le dijo que ahora entendía lo que era bailar y ella le respondió con risas sinceras. Le pidió que le contara todo de ella, la curiosidad le corroía las entrañas. Quería conocerla, saber más, devorarla.

—Señora, su belleza es el mejor regalo que un héroe puede recibir, pues su encantamiento se halla en su agradable vivacidad. Es forzoso, entonces, que yo le manifieste el motivo real de mi alegría. Me encuentro fascinado por usted, por no decir enamorado. De usted y de la Caballeresa del Sol. Quién hubiera sabido que en esta ciudad se encontraba, precisamente, la poseedora del crisol donde debo fraguar mis sentimientos. Su arrobadora belleza hace que cualquier hombre

transgreda los más caros principios de la fidelidad y del respeto. Permítame usted que yo, su humilde admirador, haga uso de esa maravillosa transgresión. Insisto en que usted ha tocado justo en mi corazón.

—¿Así, Excelencia? —y Manuela posó su mano sobre el pecho de Bolívar.

—Ah, *Agnosco veteris vestigia plamea*... (2)

Manuelita se quedó de una pieza. Supo al instante que se trataba de Virgilio.

—¿Me recita *La Eneida*, Excelencia? —y abandonó todo protocolo. —Puedo recitarle todo Tácito, todo Plutarco. ¿A ver? *Proximus a domina nullo prohibente sedeto*… (3)

—Sí, sí, sí, eso es. Pero ahora elige a Ovidio, Manuela, mi dueña, es urgente que me proporcione todos los medios a fin de tener una entrevista conmigo —sonriendo, le susurró al oído. —Encuentro apasionado…

Persistieron un rato más con el duelo de citas y de ese modo liaron sus mentes. Se reían cómplices, habían bailado, conversado, compartido durante horas. Bolívar estaba preso de tal entusiasmo, que la presentaba a sus generales, advirtiéndoles de antemano que ella estaba comprometida con él y con la causa; les decía que ella era la realización de sus sueños, la compensación a sus desvelos por la libertad.

Aunque muchos hombres la habían lisonjeado, nunca había percibido a uno con tal osadía. Y le hizo bromas que a Bolívar le encantaron, confiándole que ella tenía la habilidad y el genio de hacerlo reír, lo que otros no lograban fácilmente. Él adujo que las palabras de Manuela eran órdenes que iban a ser cumplidas de inmediato. Hasta destacó ser, desde ese momento, "quiteño de corazón" y arrancó aplausos de los presentes. Manuela se ruborizó, en todo caso era una señora casada.

Cuando ya nadie reparó en ellos, o eso quisieron creer, Simón Bolívar la tomó de la mano y la sacó de la casa. En la calle y solo iluminados por la luna, la trajo contra su cuerpo y la besó con ganas. Manuela abrió su boca con hambre y se perdió en aquel hombre. Algunos edecanes fueron testigos del desenfreno del Libertador y la señora. Sin preguntar, porque siempre supo la respuesta, la llevó al cuartel general, donde su ayuda de cámara, José María Espinosa, realizaba un retrato en arpillera del busto de Bolívar. Saludaron al

pasar, Espinosa siguió con lo suyo intentando hacerse invisible y le hizo una reverencia leve a la señora en aprobación. Abrieron otra puerta, Bolívar le arrancó el vestido y ella le suplicó que la poseyera.

1- La ñapanga es la denominación que recibe la mujer mestiza en el sur de Colombia y en la región de Quito. Cuenta la tradición, que una ñapanga inspiró la canción “La Guaneña”, que es casi el himno de la región desde el siglo XIX y tonada del carnaval de negros y blancos, interpretada en ritmo de bambuco.

2- Verso de *La Eneida* en latín: “Reconozco las huellas de una antigua llama”.

3- Verso de *Arte de Amar*, de Ovidio: “Ya que nadie lo prohíbe, siéntate junto a tu dueña”.

CAPÍTULO VII

Bien entrada la mañana, Manuela pasó por su casa para levantar a Jonathás y seguir camino al hospital, donde atendía a los heridos. Había pasado la noche con Bolívar. No había pegado un ojo pero poco le importaba. Revivía en su cabeza lo que había sentido en el cuerpo y aún se estremecía. Recorría las calles con su esclava en estado de sonambulismo.

—Ah, patroncita, está más guapa que nunca —le dijo Jonathás, vestida con su uniforme de soldado, el turbante carmín y los estrafalarios pendientes que aparecían debajo de la pelambre enrulada.

—No camines tan rápido, negra mía, que estoy cansada —le rogó Manuela, con picardía.

—Ahora no vale quejarse, si eligió la tempestad, solita deberá pasarla —largó una carcajada y exageró un paso marcial.

Rieron juntas y continuaron hacia el hospital. Jonathás la acicateó para que le contara todo y Manuelita no se hizo rogar: que no sabía qué le había pasado pero que se había sentido liberada de James y en cambio retribuida en la gloria de aquel señor Bolívar que se había fijado en ella y le había hecho sentir la vida intensamente; pero cómo dudarlo, si la patroncita era la mujer más bonitísima de América y ella lo podía atestiguar, interrumpió la negra; siguió Manuela y le confió que se había dado perfecta cuenta de que en ese señor había una gran necesidad de cariño, que era fuerte pero débil en su interior, que en su alma anidaba un deseo incontenible de amor, que había tratado de demostrar su ánimo siempre vivo pero que ella había vislumbrado que en su mirada se adivinaba una tragedia, que le había comentado que se sentía en el cénit de su gloria pero que, en verdad, necesitaba a alguien confidente y que le diera seguridad. La esclava la miró de reojo, ah, el borbotón de palabras bonitas para encandilar a las

muchachas en flor, pero su amita, rápida de respuestas, le gritoneó que aquello se lo había dicho muy en serio y que una mujer no solo debe trastornar a un hombre con su belleza, sino dedicarle toda su atención, en vista de tal vez una intuición más fina, que procura ver todo con la realidad de los aconteceres y el tino de poder seducir con mejores armas al enemigo, con solo un guiño.

—¿Pero usted le habló de guerras, patroncita? —Jonathás, indignada, la reprendió con los brazos en jarra.

Manuela, a los gritos, siguió con lo suyo y destacó que, siendo caprichosa como en efecto lo era, no se limitaba a tal conducta, por el contrario, advertía la necesidad de sacrificio y hacía méritos para imponerse una actitud de atención a toda prueba. La negra asintió con revoleo de ojos y la dejó continuar, la señora vociferó que sabía que el señor la necesitaba, lo sabía, y ella a él, que ambos formaban un círculo de sentimiento donde la seguridad va en busca del refugio del otro.

Llegaron al hospital y lo recorrieron hasta llegar a la gran sala que se había armado para los heridos de guerra. Manuela intentó pasar desapercibida pero se dio cuenta de que las miradas acechaban. Se acercó, solícita, al doctor que estaba a cargo y le pidió novedades. El galeno respondió uno por uno los requerimientos y entablaron una extensa conversación. Jonathás quedó rezagada pero atenta al cuchicheo que sonorizaba la sala. Toda la ciudad sabía lo que había sucedido la noche anterior. El chisme había corrido como pólvora y repetían: de tal madre, tal hija. Manuela Sáenz de Thorne era una mujerzuela, se había llevado al Libertador a su cama, que la muy loca tenía dueño y estaba a leguas de allí. Las quiteñas estaban enfurecidas por la provocación evidente de la mujer, aunque si ellas hubieran podido, habrían hecho lo mismo.

—Doña Manuela, cuando termine el relevo nos vamos para la casa —se le acercó su esclava con el reclamo. No quería que las palabras malditas le hicieran mella.

Con gestos de señora, Manuela asintió. Cuanto más decían, más se insuflaba su orgullo. Reía para sus adentros, alimaña envidiosa.

—¿Qué andan diciendo, mi negrita? ¿Así que hay problemas con que dé mis conocimientos, escasos, mi vigor y mi carácter, así como mis sentimientos y mi existencia, si fuera necesaria, a Simón Bolívar? —Manuela levantó la voz y a Jonathás se le retorció la panza. —Pues a nosotros no nos preocupa pues solo se trata de la carcoma que

impide a los débiles el enlace de dos almas correspondidas.

Miró en derredor para controlar el soponcio generalizado. Las damas se sonrojaron pero no dejaron de escrutarla. Aquello encendía aún más a la muchacha iracunda.

—Pero por favor, si mi atención de atender a este señor motiva tales respuestas, no son más que el egoísmo por no verse involucrados en persona en tal destino —siguió, más destemplada que nunca. —¿Y usted, qué mira? Soy mujer y joven. Y apasionada.

Jonathás la tomó del brazo con suavidad y le susurró que salieran de allí. Manuela le hizo caso. Con la frente en alto caminó hasta la salida. El siseo viperino continuó y la muchacha apretó la mandíbula, buscando fuerzas de donde pudiera. Les hubiera rajado las testas a los tiros, hubiera ardido en su fuego, las lágrimas que aguantaba ardían dentro de sí, ya verían escoria del mal, gentuza hedionda.

***

Bolívar estaba instalado en el Palacio Real. Desde temprano se ocupaba de los menesteres que lo habían traído hasta allí: el nuevo orden americano. Despabilado, recorría el despacho, gritando órdenes a sus subalternos. Tres secretarios apuntaban, como podían, lo que se les dictaba. Nadie podía seguir la enjundia del Libertador. Y cuando no hablaba, su mente no cejaba con las posibilidades, estrategias y proyectos a perseguir. No tenía paz, incluso cuando no hacía la guerra.

La pacificación del Ecuador era mucho más difícil de lo que nadie hubiera podido sospechar. Formaba parte de Colombia y era el más grande de los departamentos originales, junto con Venezuela y la misma Colombia. Bolívar estaba convencido de que la paz llegaría a ese país cuando el continente se considerase libre, cuando los godos fuesen expulsados de todas las regiones del país. La soberanía de Colombia carecería de valor mientras los realistas continuaran ejerciendo su dominación en cualquiera de los otros virreinatos. Y el Ecuador representaba una inquietud imposible de soslayar.

Unos meses atrás, el Congreso de Cúcuta había promulgado la Constitución por la cual se establecía una república que concedía un enorme poder al presidente. La antigua Capitanía General de Venezuela había sido dividida en tres departamentos: Orinoco, Venezuela y Zulia; Nueva Granada en tres: Bogotá, Cundinamarca y Magdalena; y el Reino de Quito en cuatro: Cauca, Cuenca, Guayaquil y

Quito. El Congreso había elegido a Bolívar como presidente de Colombia y a Santander como vicepresidente.

Y en esos días de algarabía quiteña, Simón Bolívar no abandonó el trabajo. Había declarado a todo el reino como departamento de Quito y nombrado al general Sucre su primer intendente. Discutía acciones, firmaba decretos, revisaba el Tesoro, nombraba jueces, gobernadores, vetaba a los inservibles, buscaba a los mejores, reformaba la enseñanza, asunto que lo desvelaba desde temprana edad. Tenía presente a su querido tutor de la infancia, don Simón Rodríguez, maestro que lo había iniciado en la educación más exigente en Venezuela, para luego navegar los océanos rumbo a España, donde había terminado su formación.

También la correspondencia iba y venía. Le reclamaba contante a Santander, la escasez complicaba las operaciones militares y no eran tiempos para nadar en gloria. Habían entrado en Quito pero nada estaba dicho del todo. La liberación del antiguo reino era esencial para evitar que el puerto de Guayaquil, que había declarado su independencia el año anterior y se había convertido en una república presidida por don José Joaquín de Olmedo, cayera en manos de los peruanos. Bolívar y varios más temían que el puerto pudiera unirse al Perú.

Había enviado una misiva a Lima, agradeciendo al general San Martín el contingente de tropas peruanas que había enviado para colaborar con la victoria de Quito. Caminaba como león enjaulado en el despacho del palacio gubernamental, mientras los escribas hacían lo suyo. Un ayudante entró con una infinidad de papeles y le hizo la entrega. Bolívar notó los ojos de carnero degollado del hombre y tomó el escrito que lideraba la pila. Era de San Martín. Se sentó y leyó: el Protector del Perú protestaba ante el hecho de que hubiese enviado un ultimátum al Estado de Guayaquil, instándolo a declararse en favor de Colombia. Las pretensiones del Perú estaban justificadas, decía San Martín, desde el punto de vista geográfico. Guayaquil limitaba al norte con el Perú, formaba parte de la costa del Pacífico.

—Esta pretensión está injustificada —bramó Bolívar y los presentes levantaron la vista de sus quehaceres. —Guayaquil pertenece al Ecuador y el Ecuador a la administración de Colombia; era el puerto de Quito, la segunda salida de Colombia. ¡Lo que importa no es aquel ridículo pedazo de tierra, sino el concepto moral que representa la posesión de esa ciudad!

Sus hombres no supieron si debían responderle algo o era preferible callar. No hicieron a tiempo, Bolívar se dispuso a dictar una carta para San Martín. Ante el estupor de todos, lo hizo en tonos amables. Le habló del honor, de las virtudes y de las grandezas que les obligaban a ambos, admitió que aquello que él le proponía, un plebiscito entre los habitantes de Guayaquil, estaba plenamente de acuerdo con las normas de la democracia. Pero que también resultaba peligroso al momento, teniendo en cuenta la anarquía que reinaba en esas tierras. Prometió que luego de la ocupación de Guayaquil y una vez que dicha ciudad fuera incorporada a Colombia, estaría bien dispuesto a consultar a sus habitantes y tomar en consideración sus deseos.

—¿Mando la carta a Lima, Presidente? —preguntó el ayudante.

—¡De inmediato! —contestó Bolívar.

Se había hecho de noche, el frío de la ciudad atravesaba las ventanas. Despidió a sus hombres y respiró con lentitud. Quería descansar, quitarse el trabajo del cuerpo. José, su mayordomo, entró con el vaso de vino de siempre y se dejó llevar. Un solo pensamiento lo invadió: Manuela. Palacios, el criado que lo acompañaba desde su más tierna infancia, quien lo protegía como a su propio hijo, su hombre de confianza, se dio cuenta de que su amo andaba en algo. Dicho y hecho, tomó la pluma, apuntó con velocidad y le entregó la esquela, que decía:

Ven, ven junto a mí. Ven ahora…

Presto, salió Palacios, custodiado por sus mastines, a la busca de la dama. Y Manuela, envuelta en su manto, salió de su casa para cumplir el pedido. Guiada por el farolillo de Palacios y detrás de los inmensos perros iba Manuela, en la oscuridad y el silencio de la noche, solo interrumpido por un distante, “Ave María, las diez han dado y sin novedad”, en boca del sereno.

El criado abrió la puerta del Palacio, que a esa hora estaba desierto, y lideró la marcha por pasillos oscuros hasta las habitaciones presidenciales. Golpeó quedo para anunciar la llegada. Se retiró con los perros, Manuela entró y se quitó el manto. Casi no hubo tiempo para hablar. Aquello estaba más cerca del ardor que de la ternura amorosa. Bolívar empezaba a vislumbrar las primeras instancias de la tisis (1), la enfermedad que había matado a su madre y espectro

latente en su vida, sin embargo, el deseo que le despertaba aquella mujer era irrefrenable. Era un hombre de pasiones, los encuentros con las señoras lo arrastraban a la sinrazón. El ardor en su sangre no mermaba nunca y por primera vez se había cruzado con su igual. No era solo la pasión física de Manuela —que era tanta, que era mucha— lo que lo acorralaba. Era una necesidad íntima de aquella mujer, como si ella supiera todo, como si lo conociera más que él mismo. Al principio no lo había notado, había pensado que sería una más, una de las tantas, pero con el correr de las horas se vio sumergido en sus aguas. Manuela lo escuchaba, retrucaba como el mejor lugarteniente, le calmaba el ansia y lo bebía en la eternidad. Durante muchos años había intentado evitar este tipo de relaciones. Tras la muerte de su joven esposa, apenas desposados, la grácil María Teresa del Toro, había jurado no volverse a comprometer. Había jugado a los amoríos con una infinidad de señoras, había perdido la cuenta, era interminable, pero Manuela lo había embrujado. Sentía que con ella amaba a un continente. Era mucha mujer.

***

—Esto es inaudito, agradezco que ya no viva Del Mazo, volvería a morirse del espanto —sentenció doña Ignacia, en un gesto desesperado.

—No hables así de papá, te lo ruego —Juana, la mayor, reprendió a su madre. Podía tolerar cualquier cosa, de ninguna manera que hiciera referencia a su padre.

—No contenta con todo lo que le ha hecho a la familia, ahora esto —Ignacia insistió.

Le había llegado el rumor de que su sobrina andaba en la cama de Bolívar, que era la amante del Libertador, que había accedido a sus avances y formaba parte de su lista infinita de conquistas. Manuela deshonraba el apellido, al igual que su madre. Creer o reventar, llevaban ambas la lujuria en la sangre.

—Y yo que creía que todo esto se había acabado con la muerte de Joaquina —se lamentó la única Aizpuru viva.

—¿Pero cómo puedes hablar así de la muerte, mamá? De mi padre, de tu hermana… —Juana agrandó aún más los ojos, indignada.

—Manuela es la comidilla de Quito, hija mía. Todos hablan de su horroroso estilo de vida, se revuelca con Bolívar delante de las narices de la ciudad. Pareciera que nos lo hace a propósito.

Se había enterado de que la Marquesa de Ronda había convidado en su casa a las predilectas para dar cuenta de los actos licenciosos de Manuela. Ignacia no formaba parte de aquella agrupación pero, al instante, las sesiones privadas se habían hecho públicas. Las damas de barbilla en alto y nariz fruncida habían decretado que el accionar de la mujerzuela era imperdonable, que era el colmo de la tolerancia, que se le tenía vedada esa práctica por ser casada, que con la llegada de Bolívar varias de las jóvenes más distinguidas se habían hecho esperanzas matrimoniales, que el hombre era un gran candidato, rico, célebre, noble, valiente, bien parecido y, sobre todas las cosas, viudo. Bolívar era óptimo para las solteras, no para una casada, y mucho menos para Manuela Sáenz.

Pero no eran las únicas que hablaban pestes del *affaire*. También algunos caballeros le habían puesto el ojo censor a la situación, y los peores eran los cercanos a Bolívar. El impetuoso general José María Córdova había seguido, sin disimulo, los pasos de los amantes. Había formado parte de las tropas colombianas en Pichincha y demostrado un ímpetu fuera de serie. Sus camaradas reproducían la anécdota que lo pintaba de cuerpo entero: unos años atrás, corriendo toros en la plaza y exhibiendo sus habilidades en el coleo llanero (2), había caído del caballo, perdiendo el sentido durante más de ocho horas, y permanecido quince días en estado crítico, sin poder levantarse. Sin embargo, casi nada lo amedrentaba. Al ver el coqueteo de Bolívar en el baile, no había dado crédito. Le parecía un despropósito que perdiera el tiempo en esa señora. La fiesta era de gran importancia como para dejarse llevar por el encanto de una mujer. Las mujeres quedaban en último plano, la guerra y la independencia ocupaban el sitio principal. Bolívar no podía perderse en esa falda, no valía la pena. Había escrutado a la dueña del encantamiento, había conversado con ella días atrás en el cuartel, pero poca cosa. El coronel limeño Andrés Santa Cruz —conocedor de la historia de Manuela— lo había puesto en autos acerca de la condecoración, pero le había importado un bledo. Nada debía desconcentrar al jefe. Y a nadie. Todos debían rendirle honores a la causa, debían aprender de él.

—¿Y a ti qué te importa lo que hace Manuela? —refutó Juana, harta de escuchar los rezongos de su madre.

—Reclama lo que no es suyo y avanza en sitios prohibidos. Todo lo que hace está mal, hija. Ya hemos sido señalados por los actos de mi hermana, ahora esto. No hay derecho.

—Pero si ha sido educada en el convento, no entiendo nada —Juana negó con la cabeza una y otra vez.

—Lo hace a propósito, para castigarnos. Mala entraña —los ojos de Ignacia brillaron como nunca.

El pleito iniciado por Manuela contra su familia materna había avivado la furia que ya existía. A la muerte de Domingo, una caja de Pandora repleta de secretos se había destapado. Joaquina, antes de morir, había llegado a hacer un testamento, por el que le transmitía sus derechos sobre las vastas tierras familiares de las afueras de Quito, a su hija. De acuerdo con las leyes de Castilla, aquella cláusula era inviolable. Ahora Manuela reclamaba los diez mil pesos que representaban su herencia. Ignacia y sus hijos hacían oídos sordos al reclamo, tendrían que vender la finca para reunir el dinero reclamado y no pensaban hacerlo.

—Ya sé lo que haré —anunció la señora, triunfante.

—Mamita, me das miedo.

—No te asustes que nosotras saldremos ilesas de todo esto y no tendremos que poner un peso, guardaremos lo nuestro —Ignacia se relamía como animal con su presa. —Ya mismo me pongo a escribirle a Thorne. Le contaré todo lo que hace su esposa con Bolívar, la humillación a la que está siendo expuesto y de seguro vendrá a buscarla. Nos la quitará del medio.

Se incorporó con una agilidad desconocida y se dirigió al despacho. Ya le confiaría, y agregaría de su cuenta, los hechos ultrajantes de Manuela. Y se encendería el conflicto. James era más celoso que un portugués, así lo señalaba Manuela y ahora Ignacia se aprovechaba de la emocionalidad intempestiva del inglés. ¿Así que un Otelo? Muy bien, si llegaba a las últimas consecuencias con su Desdémona quiteña, allá él. Los Aizpuru quedaban limpios de culpa y cargo.

***

Era la última noche que pasaban juntos. Al día siguiente, por la mañana, Bolívar partiría rumbo a Guayaquil. Manuela había llegado, como todas las noches, custodiada por el criado y sus perros. Pero nada era como había sido hasta entonces, el Libertador estaba distante. Caminaba por sus habitaciones con el pantalón puesto pero sin la camisa. Hacía demasiado calor, era 3 de julio.

—¿Qué sucede, mi Simón? —preguntó, ansiosa por saber pero

temerosa al mismo tiempo.

—Ya lo sabes, si todo lo sabes, Manuela.

—Aquí estoy para escucharlo, prefiero las palabras de su boca —largó el mantón y dejó su figura al descubierto.

Bolívar quedó encandilado ante las curvas de la mujer pero siguió con lo que lo tenía atrapado: su lucha. Con un fervor enloquecido, le confió que España debía ser derrotada por completo en todas las Américas, que soñaba con un imperio de los Andes, mitad democrático, mitad feudal, y con esa nueva forma de gobierno, una nueva raza.

—Los lazos que nos unían con España han quedado cortados y no somos ni indios ni europeos, aunque tenemos algo de unos y otros —le dijo, mirándola a los ojos. —Yo deseo más que ningún otro, ver formar en América la más grande nación del mundo.

Manuela se conmovió con la emoción de Bolívar. Se hubiera arrojado a sus brazos pero se quedó quieta, quería escucharlo y él estaba en vena. El hombre continuó y destacó que la raza estaba en formación, y que la autoridad y disciplina del gobierno debían compensar la poca constancia del pueblo, en una palabra, el continente era un caos: en el sur, el Río de la Plata se había independizado pero vivía una anarquía, el Paraguay otro tanto, Chile, que se había liberado de España en 1817, estaba desunido. Y Perú, solo Lima y algo de la costa, estaba en manos de los patriotas; en el interior, en los Andes, había un ejército realista listo a caerle a Lima en cualquier momento; Perú le era hostil a la República porque la libertad le había sido impuesta desde afuera. Lima era la metrópoli aristocrática y establecía las normas de todo el país. Y esa era la misión de la Gran Colombia… *Ah, la Gran Colombia debe ser el sol y en su derredor girarán los países sudamericanos…,* soñaba Bolívar.

—Cuántas verdades, mi señor. Estoy dispuesta a seguirlo hasta el fin del mundo. Sus ideales son los míos, su ímpetu, el mío —Manuela era puro arrebol pero sabía que la frontera de la Gran Colombia era Ecuador; Quito ya era suya, pero Guayaquil era el problema, y no era el único puerto que manejaba todo el comercio del país, era el único puerto seguro a leguas a la redonda. Quien fuera su dueño, sería dueño de Ecuador.

—Necesito conquistar Guayaquil —declaró con la vista hacia adelante.

—Entonces iría lo antes posible para estar antes que San Martín —

Manuela sabía de lo que hablaba. —No debe permitir que esa provincia se separe de su patria madre, y que los peruanos intenten mutilar ese pedazo de suelo colombiano.

Bolívar volvió de sus cavilaciones y le prestó la atención que merecía.

—Conozco muy bien las debilidades del señor general San Martín, Excelencia. Me condecoró como Caballeresa del Sol —manifestó Manuela.

—Calla, mujer, no digas más —la detuvo, no quiso que siguiera.

Manuela se recostó en la *chaise longue* y entornó sus ojos. Había usado su amistad con algunos de los devotos de José de San Martín, en especial con Rosita, para averiguar asuntos necesarios a la causa de la anexión de Guayaquil a Colombia. Bolívar recorría sus aposentos a zancada limpia. Estaba muy preocupado.

—¿Sabe, señora mía, con qué elementos puedo, de su intuición, convencer a este señor general, para que salga del país sin alboroto, desistiendo de su aventura temeraria de anexar Guayaquil al Perú? —se hincó a su lado y aguardó su respuesta.

—Vaya usted en persona e impresione a esos indecisos, acójalos bajo protección de la república de Colombia y encárguese usted mismo del mando militar y político de ese puerto y su provincia —destacó Manuela y se incorporó, y se le acercó más. —A San Martín le interesa Guayaquil, claro, pero es masón, y además de todo, el general San Martín es ególatra y le encanta la monarquía, y es mojigato.

Le pasó la mano por la cara en una caricia firme. Lo quería sumido a sus pies, que la necesitara como el aire a su vida, que no pudiera continuar si no fuera por la vitalidad que ella le otorgaba. Bolívar se dejó tocar, escuchaba con suma atención lo que le decía Manuela, que sabía todo, aunque desconocía que él también era masón.

—Disponga entonces de cualesquiera de estos atributos, Excelencia, además de que él presentará la dimisión por su propia cuenta.

Bolívar la tomó y la atrajo hacia sí. Ella se había puesto rígida de repente.

—¿Qué pasa, Manuela?

—Los hombres —dijo luego de un rato, como si hablara consigo misma—, los hombres son bruscos, quieren gozar. Son torpes y estúpidos, bien lo sabemos, pero los necesitamos. Sí, los necesitamos pero los despreciamos. Son la lujuria incansable que no es más que

eso, no una satisfacción o algo que podría ser suavidad, tal vez amistad o incluso amor.

—¿Pero qué dices? —y la abrazó.

—Quisiera que esta noche fuera como la primera —Manuela escondió las lágrimas que confirmaban la tristeza que traía porque su amante la abandonaba al día siguiente.

—Es mejor que la primera. Han sido doce noches de amor, mi Manuela —se desabotonó el pantalón y al mismo tiempo le quitó el vestido, las enaguas y todo. La recorrió con sus manos, quiso que ese cuerpo le quedara grabado y ella jadeó como una hembra en celo.

Se aparearon una y otra vez, sabiendo que sería la última. Bolívar prometía que se volverían a ver, ella insistía con que seguiría sus pasos. Agotado, él se derrumbó en un sueño pesado. Manuela, desesperada, se vistió en silencio y se despidió sin que la escuchara. Salió a la calle, faltaba poco para que amaneciera. Volvió sola a su casa, llorando a moco tendido.

1- Recién en 1839 el profesor de medicina Johann Lukas Schönlein propone por primera vez el vocablo tuberculosis para denominar a la tisis.

2- Una técnica y deporte ganadero que consiste en derribar un toro o res, a caballo o a pie, jalándolo de la cola. En Colombia es muy popular en la región de los llanos.

CAPÍTULO VIII

El 11 de julio de 1822, Bolívar llegó a Guayaquil, acompañado por 1500 hombres. Había dado la orden, antes de partir, para que dispusieran todo para su entrada triunfal. Arribó al puerto y entró a la ciudad montado a caballo, y desfiló al frente de sus tropas. Tal había sido el hechizo y la sorpresa que había desplegado para ganarse a las personalidades rimbombantes de Guayaquil, que lo recibieron con la bandera de la República clavada en su asta.

Sin embargo no todo era algarabía en la ciudad. La Junta de Gobierno guardaba una actitud de reserva con el recién llegado y el patriciado, más amable con el monarquismo de San Martín, disimulaba pésimamente su hostilidad para con las fuerzas granadinas. Presentía, llegado el caso, una amenaza para sus privilegios.

Grande fue la sorpresa del Protector José de San Martín, cuando la *Macedonia*, la goleta que lo traía, echó el ancla en las cercanías de la isla del Puná y pudo ver los pendones de la Gran Colombia ondeando junto a las banderas rojiblancas del Perú. No pudo hacer a tiempo para acostumbrarse. A poco, llegaron los edecanes de Bolívar, enviados por él al conocer su proximidad, y lo invitaron a desembarcar.

—¡Buenas tardes, General! Bienvenido a territorio colombiano —se anunciaron, firmes.

—Agradecido estoy por la invitación, mañana descenderé a tierra. —San Martín disimuló su despecho mientras asimilaba que Bolívar les había ganado de mano. —Les ruego comuniquen a su jefe mis grandes deseos de conocer personalmente al héroe de Colombia.

Desde las primeras horas de la mañana del 26 de julio, la rada fue engalanada con banderas de Colombia, el Perú y la Argentina, y la guardia del Libertador formó calle de honor desde el muelle hasta la casa destinada por Bolívar para alojamiento de su visitante. Hacia las

diez, el toque de clarines y las bandas de guerra anunciaron el arribo de Simón Bolívar, luciendo su uniforme de gala, botas altas y espuelas, al desembarcadero, rodeado por su escolta. Poco después, se desprendió de la *Macedonia* la barca que condujo a José de San Martín a tierra. Miles de espectadores aguardaban el encuentro de los dos caudillos con una tensa ansiedad.

San Martín iba con su talla alta y talante marcial en extremo. Vestía su uniforme de siempre, severa y minuciosamente prendido, y exento de todo adorno y aditamento que saliese del rigor del equipo del soldado. Para todos los climas y estaciones, para la noche en las crestas nevadas de los Andes y el día en los tórridos arenales del Perú, el mismo. Bajo esa cubierta férrea, guardaba un espíritu ardiente, templado por la prudencia astuta e impenetrable de quien sabe anticipar los hechos, distraer las pasiones ajenas, subyugar las voluntades y hacerlas concurrir discretamente a sus fines.

Desembarcó y sonó el toque de las dianas de guerra y las salvas de la artillería del puerto, y se mezclaron con las aclamaciones de la multitud. Bolívar se adelantó para recibir a su ilustre huésped y lo abrazó. Inmediatamente después, los dos se dirigieron a la residencia destinada al general argentino, donde recibieron la visita protocolar de las autoridades locales y de los jefes del ejército colombiano. Se conversó por arriba, se abstuvieron de tocar los temas ásperos y al mediodía Bolívar se despidió y San Martín le prometió que lo visitaría por la tarde.

Cerca de las cuatro, sin escolta ni compañías, el Protector del Perú se presentó en la Casa de Gobierno, donde lo esperaba Bolívar, rodeado de sus edecanes.

—Nos dejan solos, por favor —ordenó el Libertador.

Desde el primer momento, Bolívar notó que San Martín estaba muy plantado, con ese aire superior y majestuoso con el que había cautivado, en su tiempo, a las gentes cultivadas del Plata y del Perú. Y como quien no quiere la cosa, el Protector volvió a las vaguedades, hizo preguntas sobre política, sobre asuntos militares sin profundizar en ninguna. Era notorio que lo hacía a propósito. Bolívar repitió el gesto y evitó escoger los temas.

—Libertador, ¿no está disgustado por las pellejerías de Guayaquil? —San Martín empleó el término porteño para calificar los disturbios políticos.

—La situación política del puerto ya ha encontrado adecuada

solución en las adhesiones de su pueblo al gobierno de Colombia, que no tardarán en quedar ampliamente ratificadas por los comicios próximos a celebrarse —le respondió, con ojo de lince.

—¿No le parece una cuestión a considerar la impreparación de los pueblos americanos para el gobierno republicano y democrático? —intervino, con sutileza, San Martín y continuó: —En Guayaquil y en el mismo Quito se está fraguando una conspiración para establecer, en aquellas regiones, un estado independiente de la Gran Colombia.

Y se hizo un silencio demasiado extenso que no postergó el intercambio de miradas. Bolívar y San Martín se estudiaban, uno, optimista y convencido; el otro frío y realista, con ese realismo que sirve para apreciar las acciones inmediatas. Tenían diferentes modos de ver el mundo: Bolívar le manifestó su oposición a la coronación de príncipes europeos en América. Se paseó nerviosamente por la habitación, hablando exaltado, mientras San Martín lo observaba pétreo. Cuando le tocó retrucar le manifestó la profunda alarma que lo embargaba por los procedimientos radicales empleados por América para fomentar la revolución contra España; agregó que por tales vías se marchaba sin pausa hacia el caos y una guerra civil.

San Martín buscaba un sistema capaz de permitir la liberación del Nuevo Mundo, sin destruir las relaciones tradicionales.

—Están creyendo algunos —dijo el Libertador— que es muy fácil ponerse una corona y que todos la adoren. Yo creo que el tiempo de las monarquías se fue y que hasta que la corrupción de los hombres no llegue a ahogar el amor a la libertad, los tronos no volverán a estar de moda.

Y se lanzó sobre la mesa el asunto de la cooperación militar colombiana, pero aunque San Martín tenía un especial interés por tratar el problema, percibió que sus propuestas eran retrucadas en pugna. Le pareció mejor dar por terminada la conversación y continuar al día siguiente.

En la segunda entrevista, el Protector le propuso la celebración de un tratado de alianza defensiva y ofensiva entre los dos estados, que Guayaquil le parecía conveniente para residencia de la Federación, y que los reclutas de ambos estados se remitieran recíprocamente a llenar las bajas de los cuerpos. Bolívar respondió que sobre esas bases el entendimiento era imposible. La personalidad avasallante del Libertador golpeó contra un cuerpo destemplado. San Martín no quiso más, le aseguró que se retiraría en Mendoza, que renunciaba al

Protectorado, que también renunciaría a la reelección pero que antes iba a dejar bien establecidas las bases del gobierno. Puso fin al encuentro y le anunció su propósito de partir de inmediato rumbo al Perú.

—Hemos organizado un baile en su honor, General. Aplace, si es posible, su partida para mañana —le insistió Bolívar.

A la noche, en la suntuosa sala de la Casa de Gobierno, la sociedad de Guayaquil fue testigo del último encuentro entre Simón Bolívar y José de San Martín. El venezolano bailó exultante, tenía ganas de festejar; el argentino, frío, reservado y cortés, se instaló en un extremo del salón y agradeció los saludos y homenajes. A la madrugada, le pidió a uno de sus edecanes que le avisara a Bolívar su deseo de partir. Juntos salieron y se dirigieron al muelle, donde estaba todo preparado para la partida. En medio de las sombras de la noche se abrazaron por última vez. Al amanecer del 28 de julio, la *Macedonia* levaba anclas hacia el Perú.

***

Contaba los días como si fuera directo al patíbulo y las cartas no llegaban. Bolívar no daba señales de vida y Manuela oscilaba entre la furia asesina y el desasosiego más absoluto. La última noticia que había tenido del hombre en cuestión había sido a poco de marcharse. Aquella tarde no supo si mantenerse con vida o arrojarse a las fauces del más allá. Un oficial de suma confianza se había presentado en su casa con una misiva de su amante.

—¿Y por qué no me la ha enviado a mí? —cuestionó, iracunda.

—Ah, señora, no me pregunte a mí que nada sé. Me dejó el encargo antes de salir —le confió el oficial presintiendo que había dicho más de la cuenta.

Manuela lo dispensó y se dirigió a la soledad de su alcoba para leer en paz.

Cuartel General en Guaranda

A la distinguida dama, Sra. Manuela Sáenz
Apreciada Manuelita:

Quiero contestarte, bellísima Manuela, a tus requerimientos de amor que son muy justos. Pero he de ser sincero para quien, como

tú, todo me lo ha dado. Antes no hubo ilusión, no porque no te amara, Manuela; y es tiempo de que sepas que antes amé a otra con singular pasión de juventud, que por respeto nunca nombro.
No esquivo tus llamados, que son caros a mis deseos y a mi pasión. Solo reflexiono y te doy un tiempo a ti, pues tus palabras me obligan a regresar a ti: porque sé que esta es mi época de amarte y amarnos mutuamente.
Solo quiero tiempo para acostumbrarme, pues la vida militar no es fácil, ni fácil retirarse. Me he burlado de la muerte muchas veces, y esta me acecha delirante a cada paso.
Qué debo brindarte: ¿un encuentro vivo acaso? Permíteme estar seguro de mí, de ti y verás, querida amiga, quién es el Bolívar al que tú admiras. No podría mentirte.
¡Nunca miento! Que es loca mi pasión por ti, lo sabes.
Dame tiempo,

Bolívar

Había abollado el papel tras leerlo, para volverlo, desesperada, a estirar. En cada palabra estaba su hombre. Manuela ardió en el fuego del averno al leer que había amado a otra. Aunque Bolívar no la hubiera nombrado, ella sabía bien que se trataba de su difunta esposa. Igual, no lo toleraba. Leía y releía la misiva, para encontrar nuevos sentidos, renovadas pistas pero la espera, igual, se le hacía insoportable.

Sus criadas se turnaban para acompañarla mañana, tarde y noche. Le ponían la oreja para escuchar sus interminables diatribas de amor contrariado: que cómo era posible que no le escribiera, si él le había hecho la promesa y de esas cosas ella bien sabía, las promesas se cumplen y si no, a callar, embustero. Y las cartas seguían sin llegar. Aunque la que sí le hizo honores con la correspondencia fue su amiga Rosa Campuzano que la puso en autos de lo sucedido en Guayaquil. Manuela leía y creía ver a su querida Rosita sollozando de dolor, confirmándole que San Martín había puesto pies en polvorosa, renunciado a todo y dejándola en el más absoluto de los abandonos. Ni siquiera se había despedido de ella, ni una carta, nada. A quien sí le había escrito San Martín había sido a Bolívar, apenas desembarcado en Lima. Ni lerdo ni perezoso le había hecho saber cómo estaba:

Estimado General:

Le escribiré no solo con mi franqueza natural, sino con la que exigen los grandes intereses de América. Los resultados de nuestra entrevista no son los que yo tenía previstos para dar un final rápido a la guerra. Por desgracia, estoy completamente convencido de que o bien usted no ha estimado sincero mi ofrecimiento de servir a sus órdenes con las tropas a mi mando, o mi persona le resulta molesta. Las razones que usted adujo —que su tacto no le permitiría nunca darme órdenes y que, aunque ese fuera el caso, el congreso colombiano no lo autorizaría a separarse del territorio de Colombia — no me han parecido muy plausibles…

La carta seguía en los mismos términos, pero a Rosita, nada. Lo mismo pasaba entre Manuela y el Libertador. Ausencia mortal.

—Mi negra querida, tú, que me conoces mejor que nadie, sabes que soy por temperamento informal —le decía a Jonathás, que asentía sin chistar. —Pero guay de que se requiera de mí formalidad, asisto sin ambages, agrupando mis cualidades a una potencia de servicio y obra.

Manuelita afirmaba que debía retribuírsele, era definitiva en sus dogmas. Se sabía ambiciosa y a mucha honra, y estaba comprometida con la libertad. ¿A qué un pajarillo enjaulado? ¿Un zorrillo encadenado? El venado corre cual saeta veloz por los prados y, desconfiado, vaga por los montes, atento al ataque del tigre. Filosofaba Manuela, y exclamaba que así era su desconfianza, que en unos no era más que la forma de negarse a servir, y en otros, su caso, la necesidad para sobrevivir.

—Sé que con este señor llegaré a la cima. Daré mis conocimientos, mi vigor y mi carácter, así como mis sentimientos, mi existencia si fuera necesaria.

—¿No exagera un poco, patroncita? —consultó Jonathás y cerró los ojos, tratando de evitar lo que vendría.

—¿Pero qué dices, atrevida? —gritó Manuela.

El que sí se había dado por enterado del *affaire,* era Thorne. Tras la infidencia de su cuñada, el chismorreo se había multiplicado y había llegado a sus oídos. El corazón le había dado un vuelco. No quería creer pero la repetición del rumor lo había dado por confirmado. Estaba desesperado, no sabía si ir a buscarla, acercarse por medio de

una esquela, mandarle emisarios o retar a duelo al lascivo. Optó por la correspondencia y Manuela lo mandó al ostracismo más absoluto. No respondió. ¡No era esa la carta que esperaba!

Hasta que llegaron los calores y Manuela recibió la invitación por intermedio de la familia Garaycoa, íntima de Bolívar, a pasar el verano en Babahoyo, en la hacienda *El Garzal*, propiedad de sus amigos. No dudó un instante. Armó el equipaje y asistida por sus criadas, emprendió el viaje.

***

Manuela llegó a *El Garzal* y la hacienda la conquistó de inmediato. Fue recibida por la dueña de casa, doña Eufemia Llaguno de Garaycoa y sus hijas, Carmen y Joaquina, y el joven Francisco. Le recordó aquellos días felices de su infancia en Catahuango, cuando se sentía hechizada por la naturaleza. El sitio la invitaba a cantar, a retozar, fantaseó con quedarse a vivir allí junto a su amado Simón. El ambiente, con su aire cálido y delicioso, le traía la emoción vibrante del olor del guarapo (1), que llegaba fresco del trapiche y le hacía experimentar mil sensaciones almibaradas.

Durante sus largas caminatas al rayo del sol se imaginaba a Bolívar junto a ella, mascullaba que ese suelo merecía recibir sus pisadas, que el bosque y la alameda de la entrada —esa que gustaba de recorrer sola, al despuntar el día—, mojados por el rocío nocturno, acompañarían su llegada y evocarían la nostalgia de su amada Caracas, y que los prados, la huerta y el jardín que estaba por todas partes, le servirían de inspiración fulgurante a su amor.

La señora disfrutaba de las laderas y campos de flores y gramíneas silvestres, que eran un regalo a la vista y un encantamiento del alma. La casa grande, donde estaba alojada, invitaba al reposo, la meditación y la lectura.

A los días de su llegada, la hacienda se llenó de movimiento. Una fila de edecanes y algunos oficiales recorrieron el camino de entrada para hacerse presente en la casa. Eran enviados de Bolívar y habían arribado para provisionar todo y resolver asuntos concernientes a la instalación de su despacho. A Manuela se le iluminó la cara, Su Excelencia le daría el gusto de llegarse hasta ella. Colaboró en todo lo que pudo con sus emisarios, le armaron un cuartel general para coordinar todo el archivo, correspondencia y afines de la guerra y el Estado. Manuela presintió que el hombre iba a tener mucho trabajo y

se encomendó, en secreto, a sacarlo de allí para que su alma y su cuerpo tuvieran un descanso, en armonía. Tenía la esperanza de disfrutarlo todo, como siempre había soñado. ¿Sería una pasión desbordaba, tejida en la locura sensual de sus pensamientos? Poco le importó, suficiente de dudas.

El comedor, que se inundaba de luz a través de los ventanales, acogía a todos con alegría. Entrada la noche, cuando partían a sus dormitorios para entregarse al descanso, Manuela rogaba que Bolívar llegara, de una buena vez, para saturarse de amor. Y cuando despuntaba el día y solo se oía el murmullo sordo de una casa que aún duerme, se ponía una bata sobre el cuerpo y caminaba hasta los bajíos de la ribera. Se la quitaba y en la más completa desnudez entraba a darse un baño, acompañada del susurro de los guadales próximos, el canto de los pericos y loros, espantados por su propio nerviosismo. El agua fresca se ponía en contacto con el calor de su cuerpo y ella ansiaba la presencia de su amante.

Todos los días le escribía una esquela contándole las bellezas del lugar, haciendo más deliciosa la espera y más acuciante para él la llegada. Le confiaba los colores de las flores y de las mariposas, las frutas que comerían juntos, el canto de las aves de madrugada, el estrépito de los caballos al entrar a la cuadra, y el roncar de Ruperto, un inmenso y dócil caimán, criado de pequeño. Todo aquello invitaba al regocijo del amor y de la aventura. Manuela sostenía que el éxito de una mujer estaba en su gracia y en su ingenio, además de su belleza, que atraía como el almíbar de las flores a los pajarillos, que se deleitan con su néctar.

Una mañana, llegó jadeante de su baño, se encerró en su alcoba y, con el cuerpo húmedo por las gotas que caían de su larga melena negra, se dispuso a escribirle una esquela. Había decidido que fuera enviada en el acto por uno de los edecanes.

El Garzal, 28 de julio de 1822

General Simón Bolívar
Muy señor mío:

Aquí estoy yo, ¡esperándole! No me niegue su presencia de usted. Sabe que me dejó en delirio y no va a irse sin verme y sin hablar… con su amiga, que lo es loca y desesperadamente.

… aquí hay todo lo que usted soñó y me dijo sobre el encuentro de Romeo y Julieta… y exuberancias de mí misma.

Hasta que un día, mientras observaba el horizonte, Manuelita distinguió, en la lejanía, la embarcación en la que venía el Libertador. Intentó respirar para calmar la exaltación que la embargó. Al fin llegaba. Tanto había soñado con ese momento que, ahora que lo tenía cerca, pensó que el corazón le jugaría una mala pasada. El tiempo que transcurrió hasta su desembarco pareció interminable. Bolívar se le acercó y la estrechó entre sus brazos. Manuela se abandonó sobre él, temblorosa de felicidad.

—Quería verlo, Su Excelencia. Me he sentido mala sin usted, verlo siquiera con mis propios ojos —agitada, le acarició la cara.

—Yo también quería verte y reverte, y tocarte y sentirte y saborearte y unirte a mí por todos los contactos —Simón la miraba y reía.

La tomó de la cintura y enfiló hacia la casa. Detrás, iban los acompañantes del Libertador. Saludó a sus edecanes, que lo aguardaban en la puerta de la casa grande. Sin más, la pareja se dirigió a las habitaciones.

—¿A que tú no me quieres tanto como yo? —Bolívar la provocó, mientras se quitaba la casaca.

—Hágame feliz, mi señor.

La desvistió con urgencia. Manuela se montó sobre las piernas firmes de su amante. Se entregaron a la pasión contenida. Ella murmuraba y reía, volvía a creer en su hombre, amaba y era amada intensamente. Y entre jadeo y grito, él le susurró: “Aprende a amar y no te vayas ni aun con Dios mismo”.

1- Bebida extraída directamente de la caña de azúcar y consumida preferentemente durante el verano. Se volvió muy popular entre la población indígena, quienes lo utilizaban principalmente en las fiestas y celebraciones.

CAPÍTULO IX

El estado de ensoñación de la pareja voló de un plumazo y cada uno siguió con rumbos diferentes. Manuela marchó hacia Quito, donde fue recibida entre murmuraciones y miradas furtivas. La ciudad entera la señalaba. Su ausencia había provocado el desprecio generalizado de la sociedad quiteña. Ella, en cambio, contraatacaba como mejor sabía, hacía poco caso de las habladurías y continuaba con su vida. Leía, le entusiasmaba mucho leer, y se reía en la cara de las prácticas habituales de las chismosas que la criticaban. *Nada hay en las mujeres que no sea hablar, coser cadenetas y bordados de encaje, en cambio los hombres, con qué galantería…*, pensaba Manuela y continuaba con lo suyo. Le escribía a sus amigas, las Garaycoa, detallándoles con un dejo de tristeza que la Iglesia se había apoderado de ella, que vivía en un oratorio y las monjas le mandaban la comida, que los canónigos la refrescaban, que el Tedeum era su canto y la oración mental su sueño, que meditaba en las bellezas de Guayaquil y en la modestia de las serranas que no querían ver a nadie por miedo al pecado. En fin, apuntaba Manuela, que su vida era toda espiritual y cuando volvieran a verla, ya estaría angelizada.

Las misivas con las amistades que se había agenciado en *El Garzal* iba y venían, se contaban sus cosas, eran confidentes. Las Garaycoa habían sido más que generosas, los habían dejado en paz para que vivieran su amor en la más completa tranquilidad, pero ahora querían saber todo y más. Manuela contaba, pero lo que no hacían del otro lado era referirse al origen del vínculo que tenían con Simón Bolívar. El hombre, cuando exponía sus pareceres con las Garaycoa, decía que aquella era una familia en cuya suerte se interesaba, pero como quedaba en evidencia, sobre todo la de las mujeres. Joaquina, la más jovencita de todas, cada vez que lo veía quedaba en estado de pasmo. Y él se dejaba adular. Nadie había hablado con honestidad del asunto,

Manuela lo desconocía por completo.

En cambio, Bolívar se dirigió a la población de Cuenca. La renuncia de San Martín en el Perú lo había forzado a tomar la decisión de intervenir el Virreinato, militar y políticamente. Le había escrito a Santander desestimando su pedido de marchar a Bogotá. Había resuelto levantar cuatro mil hombres para mandarlos o llevarlos al Perú. No sabía a quién confiárselos en un país muy difícil y enredado, que no tenía qué comer y era carísimo, que no tenía agua y estaba helado, que no tenía gobierno y todos mandaban, contra un enemigo que parecía temible y que probablemente cambiaba la suerte de América si no se le ponía una resistencia victoriosa.

Bolívar tomó la ruta Naranjal-El Cajas, y el 8 de septiembre llegó a Cuenca. La ciudad lo recibió con banderas, festejos y música, y en la entrada, en el primer arco triunfal, se podía leer, “A Simón Bolívar, Presidente de Colombia”. Cuenca formaba parte del país y era la sede de la primera Corte Superior de Justicia de los territorios del Ecuador, fundada por el mariscal Sucre. Tal era el entusiasmo por su visita, que le habían preparado una casa del sector de Chaguarchimbana para que se alojara, con todas las comodidades. También habían organizado muchas reuniones y grandes banquetes. Sucre se había dirigido al Cabildo cuencano para que los propietarios de casas del centro de la ciudad y las afueras, las refaccionaran, pintaran y blanquearan. Esa misma noche le ofrecieron un banquete, costeado por los miembros del Cabildo Eclesiástico y algunas señoras de familia principal.

El banquete, para unos tiempos de necesidad después de la guerra de la independencia, fue extraordinario. Tiraron la casa por la ventana y ofrecieron productos importados de Francia y España, especias venidas del Oriente, así como productos traídos en canoa y luego a lomo de mula desde la costa. Las mesas se cubrieron con manteles blancos de lana, servilletas con guarda dorada y los salones se iluminaron con velas, ceras del Norte y faroles. Las delicias se sirvieron en vajillas de cristal, de porcelana azul y cubiertos de plata, la mayoría prestada por vecinos de la ciudad, poncheras, tacitas de café y otros utensilios, además de cinco piezas de seda para adornarlas; se mandó a traer nieve, indispensable para los refrescos, los sorbetes y helados; se sirvió carne de cerdo, lechones, borregos horneados, de ternera y borrego para el puchero, gallinas, pollos, pavos, patos, cabritos de leche, perniles y róbalos. Se sirvió abundante vino, aguardiente, tres docenas de resolí (1), vino de Burdeos, coñac,

champagne, aguardiente de Ginebra, vino moscatel y seis tinajas de aguardiente de ron, comprado en Cuenca.

El agasajado probó de todo pero en la dosis adecuada. No quería dejarse llevar por la gula. Había dejado atrás la voracidad gastronómica, a veces, el cuerpo le pasaba factura. Algunas noches la temperatura se elevaba y le impedía dormir. Pero fingía salud de hierro y persistía como si nada. Necesitaba volver a la concentración militar, debía regresar a su cauce y ahora, sin Manuela, tal vez pudiera lograrlo. Ella demandaba demasiado y, a veces, él se veía atrapado en su manto. Haberse alejado de aquella señora le daba un respiro, como había sucedido con el resto, con todas y con las que vendrían. Las mujeres eran parte de su vida, su alimento, pero tras algunos bocados, se saciaba. Sabía que algunos camaradas lo señalaban por eso, por desmadrarse entre las enaguas, en la desnudez de aquellos cuerpos que le regalaban una vitalidad inusitada. Pero cuando tragaba de más, necesitaba recobrar el aire. E irse, fugarse hacia adelante, aunque permanecer a través de alguna esquela furtiva. Pero nada más. Sin embargo, con Manuela todo había sido diferente. La ausencia de reclamos del resto parecía no ser el estilo de la señora de Thorne. Ella pedía, reclamaba, ordenaba y amaba. Todo hasta la muerte. El vigor de Manuela, su inteligencia, su entrega eran insaciables. Bolívar respiraba aliviado, con ella lejos podía disponer a su antojo.

Allí se quedó hasta el 4 de octubre y continuó viaje al sur, hasta Loja, donde los vecinos los recibieron con un espléndido baile, para montar nuevamente su caballo y estar de regreso en Cuenca el 21, donde descansaría hasta fin de mes. Y entre sueño y vigilia rememoró aquellas noches de lascivia en Palmira del Valle, con la bella Paulina García, y su juego secreto en Cali con su dama tapada, obligada por su situación marital, a diferencia de Manuela, que aquellos asuntos no la acobardaban. A él le gustaban todas.

***

Manuela descansaba en la *chaise longue*, vestía solo la bata de noche a pesar del frío de noviembre. Mujer acalorada, ni el invierno la intimidaba. Eran las seis de la tarde y empezaba a oscurecer. Sus criadas le habían servido su copa de oporto y aprovechó para refugiarse en la contemplación. La realidad de su tierra, los asuntos de la política y sus agallas eran los asuntos primordiales, pero no, aunque

hiciera fuerza para permanecer en los temas vitales, el hombre de sus desvelos la asaltaba. Le resultaba imposible no saber nada de él. Su ausencia la invadía como el peor enemigo, escribía y no tenía respuesta, le reclamaba al fulgor de la luna que se lo trajera y menos. *Ay, desconfianza, antes desconocida para mí, se me ha alojado en el pecho…*, cavilaba con la mirada perdida.

Y de repente, el silencio de la casa se vio interrumpido por unos golpes estrepitosos en la puerta. No esperaban a nadie, Manuela se incorporó del letargo que la embargaba y se puso en estado de alerta. A poco, Jonathás entró en la sala con ojos descontrolados y, detrás y a paso firme, avanzó Bolívar, sonriente.

—¡Mi señor! ¿Qué es esta sorpresa? —exclamó Manuela y de un salto se arrojó a sus brazos.

—Adorada mía —le dijo entre risas, mientras la besaba.

—¡Jonathás, que te vayas ahora mismo! ¿Qué haces con esos ojos de pescado muerto? —ordenó Manuela sin abandonar las caricias a su hombre.

La esclava hizo caso a regañadientes, le gustaba el venezolano que inquietaba a su patrona, a pesar de los chismes. Había escuchado que el presidente revoloteaba de cama en cama como picaflor, pero igual le agradaba. De todos los hombres que habían pasado por la casa de la señora, este era el más querendón. Hizo una reverencia exagerada y se largó.

—Pareces hecha para mí, Manuela —se alejó unos pasos y la miró entera. —Apenas cubierta, como esperándome, como si supieras que vendría.

—Pues nada sabía, mi hombre amado.

Bolívar no esperó a llevarla a la recámara. Ahí mismo le quitó la bata y se fundieron en un abrazo febril. No hubo preámbulos, le invadió el cuerpo sin solicitárselo. Lo único que necesitaba Manuela era la virilidad de su amante dentro de ella. Él la buscaba con la mirada del depredador, necesitaba calmarla, no era fácil de domar. La espalda de Bolívar quedó surcada por las uñas de Manuela, que había perdido los estribos cuando él murmuraba y hacía.

Fueron unas semanas de pura desmesura. Durante el día, cada uno se ocupaba de sus asuntos y por las noches se encontraban para amarse. Pero las cosas habían cambiado. Manuela ya no era la misma, había dejado de ser la dama que todo lo atiende y aún más entiende. Lo increpaba ante cada rumor que escuchaba, le exigía cuentas por sus

revolcones, lo amenazaba con una fuerza que infundía miedo. Él se defendía, incluso la gresca podía tornarse pesada y rápidamente se dio cuenta de que Manuela no era una mujer con la que se pudiera bromear. Todo se lo tomaba en serio: el amor, la entrega, incluso la muerte. Y cuando se peleaban, las furias de ambos eran tales, que las reconciliaciones sucumbían en el mismo tenor. Manuela amaba y odiaba con la misma intensidad. Podía rajarle tres tiros a su amante ladino, para después curarle las heridas con una dedicación superior. Era un animal que no pensaba, se dejaba llevar por sus impulsos.

Sin embargo, sus asuntos personales la tenían a mal traer. Intentaba no cargar a Simón con sus penas con los Aizpuru, pero su familia la tenía acorralada. Insistía en recuperar sus tierras, sin embargo su tía había encontrado una triquiñuela para no cedérselas. La lucha entre ambas era despiadada y Manuela parecía ubicarse como la perdedora. Pero no cejaba. Bolívar, preocupado por la angustia que acarreaba su amada, intentó ayudarla. Le ofreció interceder en los tribunales. Él en persona se ocuparía de la restitución de los bienes. Manuela le agradeció eternamente.

En una de las tantas conferencias de oficiales, Bolívar se enteró de que había estallado una contrarrevolución en Pasto. Los patriotas de Quito se alarmaron, los vecinos tenían los nervios de punta con la noticia. Además, no solo en Ecuador se vivía un clima de insurrección, el descontento en Colombia y el caos en Lima preocuparon a Bolívar. Tomó el toro por las astas y envió al general Sucre al frente de una tropa de lanceros para sofocar el levantamiento. Tras una dura campaña, las fuerzas republicanas lograron aplastar la rebelión y Pasto fue escenario del último combate. Pero Bolívar juzgó que su presencia en el lugar de los hechos era esencial. De pronto y sin tiempo para decir adiós a Manuela, desapareció. Lo necesitaban sus hombres. Le urgía separarse de aquella mujer.

***

Horas antes de Nochebuena, Manuela conoció el paradero de Simón. En una misiva escueta, el hombre le hacía saber que habían salido victoriosos en Yucanquer y que continuaba rumbo a Pasto; le rogaba que lo disculpara por salir como tejo y sin cumplir las promesas, le confió que se aburría, y que lo único que hacían era conjugar el verbo *ennuyer* (2).

Manuela tragó la bilis en la que se había sumido y, con paños fríos,

le respondió que las más de sesenta leguas que los separaban no eran nada y por más que considerara su aburrimiento, no había de estarlo tanto como lo estaba la mejor de sus amigas. Rechinaba los dientes, se llenaba de pensamientos funestos, no le gustaba sentirse sojuzgada por el sentimiento definitivo que la unía a Bolívar, pero tampoco podía escapar de él. Lo amaba y llegaba a pensar que solo la muerte les daría algo de libertad. Sin su presencia se consideraba un cuerpo sin alma, carne desangrada y sin sentido. Nada podía ser tan frío como la vida sin Bolívar.

El mismo día de Navidad, Manuela volvió a tener noticias. Simón le decía que se sentía solo. Ella respondió en el acto: que la considerara su amor loco y desesperado por unirse hasta la gloria de su ser. Se despedía como la más fiel de sus amigas.

El 2 de enero, Bolívar llegó a Pasto para poner orden. Impuso a los vecinos que contribuyeran con la suma de 30.000 pesos, 3000 reses y 2500 caballos, además ordenó una recluta general de todos los hombres útiles para las armas, y confiscó los bienes de los dirigentes realistas. Sin embargo, algunas cuestiones afectivas lo alejaron de sus obligaciones y lo mantuvieron afligido. Se había enterado de la muerte de Fernando Rodríguez del Toro e Ibarra, primo de su esposa y con quien había compartido sus días juveniles en Madrid y París. Habían sido compañeros de aventuras en Caracas, al regreso de ambos, y compartido acciones en las primeras tropas de la República. En Cuenca, Simón había recibido carta de Fernando en la que le había dado cuenta de su pésima salud y pocas esperanzas de vida. Al conocer la trágica noticia, su desasosiego fue grande y no tuvo valor de escribirle a la familia. Rememoró la misma pena que había sentido a la muerte de María Teresa, ese golpe al ánimo, la misma melancolía. Creía que su amigo había muerto de tristeza por tanta humillación recibida, por las miserias infinitas sufridas. No era el único asunto familiar que lo complicaba. María Antonia, su querida hermana mayor, había enviudado y luego de una larga estadía en varias de las islas del Caribe, había regresado a Caracas. Simón se había alegrado de que volviera, de que ya no viviera entre españoles; que María Antonia estuviera cerca y sin marido le permitía a Bolívar designarla apoderada de sus asuntos, atender los inmuebles, administrar las haciendas que le quedaban a la familia, organizar un sistema adecuado para la gestión de las minas de Aroa y pensar en Anacleto, el hijo que había tenido con su marido Pablo Clemente y Francia, para

que se ocupara de algunos menesteres.

Una tarde, su fiel criado entró al despacho del cuartel general con una carta en mano.

—Gracias José —y la abrió con ansiedad. —Espero que no sean malas noticias, es de mi hermana.

Palacios no movió un músculo, esperó a que su patrón leyera la correspondencia. Simón movía la cabeza de un lado a otro, leía en silencio pero movía la boca en un acto reflejo. Levantó la vista y suspiró con fuerza.

—Antonia se preocupa demasiado, José. En un sentido me halaga que mi hermana me quiera tanto y piense en mí, eso me pone contento, pero exagera —le dijo a su confidente.

—¿Y en qué exagera, señor?

—¿En qué va a ser, José? En todo lo concerniente a Manuela, si dará motivos para habladurías, si será capaz de empañar mis virtudes y no sé cuántas cosas más.

—Es que la señora Antonia no conoce a la señora Manuelita y tal vez le hayan llenado la cabeza —especuló Palacios aunque conocía de memoria el escarnio al que la sometían a la muchacha. Y aunque nadie se atrevía a decirle una palabra, algunos generales abonaban al oprobio.

—No me gusta que la traten así. Su mayor pecado ha sido el fervor con que, como patriota, se ha desbordado en atenciones para conmigo, ¿no es cierto, José? —lo miró, tenso y luego se aflojó. —Bien sé que me obligo a mí mismo a intentar separar mis sentimientos de mis actos; pero ¿qué hago con esta loca emoción que me incita a verla de nuevo?

El criado asintió, era de las pocas personas que conocían a Bolívar y lo aceptaba cómo era. Su lealtad era inmensa.

—Manuela se muestra como una noble amiga de alma muy superior. Culta, desprovista de toda intención de ambición, de un temperamento viril, además de femenina.

—Así lo creo, señor.

—Abandonó su hogar para brindarnos a la causa, es enérgica cuando se lo requiere, se desdobla en una ternura infantil cuando su noble corazón se lo pide, orgullosa porque le viene de sangre. Yo la he aceptado por su hábil descaro de imponerme su amor.

—Cuéntele todo esto a la señora Antonia, ella sabrá entender — José habló pausado.

—Me lastima tanto que hablen mal de Manuela. Diría que nunca antes me he sentido tan seguro de mí mismo como ahora. ¿Será que me encuentro enamorado? ¿Qué te parece? —y lanzó una carcajada limpia.

Simón se dispuso a escribirle a su hermana. Estaba de un humor espléndido.

***

Manuela bella, Manuela mía, hoy mismo dejo todo y voy, cual centella que traspasa el universo, a encontrarme con la más dulce y tierna mujercita que colma mis pasiones con el ansia infinita de gozarte aquí y ahora, sin que importen las distancias. ¿Cómo lo sientes, ah? ¿Verdad que también estoy loco por ti?

Tú me nombras, me tienes al instante. Pues sepa usted mi amiga, que estoy en este momento cantando la música y tarareando el sonido que tú escuchas. Pienso en tus ojos, tu cabello, en el aroma de tu cuerpo y la tersura de tu piel, empaco inmediatamente, como Marco Antonio fue hacia su Cleopatra. Veo tu etérea figura ante mis ojos, y escucho el murmullo que quiere escaparse de tu boca, desesperadamente, para salir a mi encuentro.

Espérame, y hazlo, ataviada con ese velo azul y transparente, igual que la ninfa que cautiva al argonauta.

Tuyo,

Bolívar

Manuela leyó y un fuego creció en sus entrañas. Guardó la carta y llamó a sus esclavas. Les ordenó que armaran el equipaje, marchaban a Catahuango. Le escribió unas líneas a Bolívar anunciándole dónde lo esperaba. El trayecto hasta la hacienda familiar se le hizo interminable. Pensaba en la condena que eran los Aizpuru, la suerte al revés que era su matrimonio, el hartazgo que le producían los reclamos de su marido pero, sobre todo, en las promesas de Bolívar. *¿Así que me piensa, me ama, me idolatra?... Ah, mi Simón, arránquese su corazón, si así lo quiere, pero no el mío, que lo tengo vivo para usted, para entregarle toda mi adoración, por encima de todos los prejuicios…*, susurraba entre el galope de su caballo.

Apenas metió pie en la finca, se quitó las ropas de montar y se

puso lo que le había solicitado su amor. Jonathás le remarcó que debía abrigarse, que el frío podía malograrla pero Manuela respondió con ojos de águila. Aguardó a su amado en las escalinatas de la casa grande, ataviada con el velo azul, hasta que llegó. Se fundieron en un abrazo y se encerraron en la recámara. Nadie los interrumpió, Manuela había planeado con suma sagacidad la elección del sitio, alejado de cualquier intervención no deseada.

Pero Bolívar arribó con el cuerpo algo dañado. Estaba agotado. Aquel hombre resistente a todo, capaz de cabalgar durante días sin mostrar ni un atisbo de cansancio, parecía haber quedado en el pasado. La tisis empezaba a hacer sus anuncios y cuando sentía que no daba más, consultaba con su médico de cabecera. No tenía un gran concepto de los doctores, tampoco seguía al pie de la letra lo que le decían, pero cuando su salud lo reclamaba, buscaba solaz en ellos. El doctor Charles Moore le había recomendado que descansara, que era el mejor remedio. Bolívar le confió a Manuela lo que le sucedía y ella tomó el mando. Le acomodó las habitaciones para el reposo y siguió las instrucciones de Moore al pie de la letra. Se transformó en su secretaria, decidía quién podía verlo y quién no, se erigió en una suerte de vigía, mandamás del círculo íntimo, y él se dejó llevar. En cuanto Bolívar recobraba las fuerzas, Manuela daba rienda suelta a su ardor hasta dejarlo exhausto otra vez.

Simón odiaba ser absorbido por las fauces de una mujer, sobre todo por una tan capaz y decidida como Manuela. Peleó contra su despliegue como pudo, sin embargo, ella se le impuso. Cuando Manuela percibió que Bolívar se sentía un poco mejor, le trajo una visita.

—Excelencia, le presento a un amigo querido, don Bernardo de Monteagudo —lo anunció.

El patriota argentino, que había perdido poder tras la renuncia de San Martín, venía a solicitar la protección de Bolívar. Manuela le había confiado a Simón todo lo que sabía acerca de Monteagudo, de sus tiempos en Lima, junto a los independentistas. Le parecía una pieza fundamental, le tenía simpatía y compartían pareceres pero no estaba tan segura del acercamiento. Temía que si Bolívar lo protegía demasiado, los limeños se enfurecerían. Tal vez aquello fuera una imprudencia política de proporciones. Pero Bolívar no la escuchó. Necesitaba hombres como Monteagudo de su lado.

Dicho y hecho, una delegación proveniente del Perú desembarcó

en Quito. La fuerza patriota estaba disminuyendo, los realistas presionaban cada vez más, la situación era desesperante. Los emisarios peruanos le reclamaron al Libertador si la República de Colombia y su presidente estaban dispuestos a intervenir en la guerra del Perú y salvar su independencia.

—He decidido salvar a ese país de los tiranos —afirmó Bolívar y se preparó para la partida. Primero recalaría en Guayaquil, para luego seguir camino hacia Lima.

1- Bebida de aguardiente de vino con café y anís.

2- Enojarse, en francés.

CAPÍTULO X

Durante la primavera y el verano, Bolívar se instaló en Guayaquil para preparar al ejército con el que haría su entrada a Lima. Desde distintos lugares empezaron a llegar las tropas: los lanceros de Venezuela, los granaderos de Colombia, la Legión Británica, y para comandarlos, nombró al general Sucre. Llegaban hombres, llegaban municiones y uniformes, pero escaseaba lo esencial: dinero. Casi todo el dinero con el que se financiaba la guerra provenía de Colombia, que se encontraba empobrecida por los años de combate.

Los reclamos del presidente a su vice Santander eran continuos y este respondía con palabrerío, pero el contante no aparecía. Veía con malos ojos la aventura peruana. Bolívar insistía, le pedía que comprendiera que ya no pertenecía solamente a los colombianos, tampoco a Caracas, ahora pertenecía a la nación. Tras la espera llegaron los fondos pero no la "Ley de Autorización" que le permitiría abandonar el territorio de la Gran Colombia para dirigir la campaña al Perú.

Bolívar esperaba y perdía la paciencia. Le escribía a Manuela contándole los pormenores de su intolerancia y las vueltas que le daba Santander. No hubo que pedir demasiado, Manuelita pasó a detestar al vicepresidente de Colombia. Le pareció sinuoso, desagradable y, sobre todo, poco confiable. Se transformó en su peor enemigo, se interponía entre su hombre y la gloria. Sin mediaciones, Manuela dio rienda suelta a su odio y empezó a vociferar en público todo tipo de vituperios acerca de Santander. Esto no tardó en llegar a Bogotá y a oídos del protagonista. El vicepresidente se la puso entre ceja y ceja y la desdeñó a la voz de "la Sáenz" y la trató de mujerzuela, y a Bolívar de burlar los santos dogmas del matrimonio.

Sin embargo, mientras aguardaba la autorización del Congreso para zarpar, Bolívar también se hacía tiempo para los convites

sociales. Entre fiesta y sarao, bailó con cuanta señora le aceptara el brazo, y con una de ellas vivió un fogoso romance. La joven de 17 años, Joaquina Garaycoa, en un periquete se dejó seducir, al fin. La recibía en sus habitaciones a la luz del día, en la oscuridad de la noche y a toda hora. Estaba desatado y solo encontraba la calma en el cuerpo de la vestal. Pero el asunto creció en intensidad para la jovenzuela, que estaba dispuesta a todo, incluso a reclamarlo en matrimonio. Bolívar se vio obligado a que le hicieran entrega de una carta con sus excusas y a no verla nunca más. En la misiva le reclamaba que volviera a su familia, que olvidaran cuanto había pasado, que preservara su honor y reputación. La muchacha lloriqueó en soledad.

Cansado de esperar el documento que no aparecía, desafió al Congreso y el 6 de agosto ordenó al bergantín *Chimborazo* que se preparara a zarpar. En los últimos días del mes, la embarcación ancló en el puerto de su destino y los cañones de las fortalezas tronaron en señal de saludo. En la rada, el marqués de Torre Tagle, sucesor de Riva Agüero y presidente provisorio del Perú, y su gabinete, le dieron la bienvenida a Bolívar, en nombre de la nación. Poco después de su llegada, se convirtió en el centro de la vida social de Lima y entre sus enemigos se rumoreó que el hombre hacía "política de salón" y se comentaba, con malicia, que se dedicaba a las aventuras amorosas con las damas de la sociedad limeña. Bolívar estaba encantado, le escribía a Santander que los hombres se mostraban muy adictos a él y que querían hacer sacrificios, y que las damas eran muy agradables y buenas mozas y que departía con todas en los bailes…

Bolívar se convirtió en el dictador militar del Perú. Había llegado para luchar contra los realistas pero se encontró mezclado en una guerra civil.

—Los asuntos peruanos han llegado al colmo de la anarquía. Solo el enemigo se muestra bien organizado, unido, fuerte, enérgico y capaz —afirmaba con preocupación.

Pronto se sintió incómodo con lo que sucedía y a los pocos días, le dijo a un amigo:

—Estoy ya lamentando haber venido aquí.

Cansado de todo y de todos, decidió que sería mejor alejarse de la ciudad. Eligió la finca en Magdalena para alojarse, la aldea situada a poco más de dos leguas al oeste de Lima y a corta distancia del mar. El 13 de septiembre le escribió a Manuela confiándole la preocupación

que tenía su corazón, además de su admiración por la valentía con la que enfrentaba sola al anatema de la luz pública, en detrimento de su honor y posición. Además le agradecía la intrepidez con la que había disuelto el motín que había atosigado el orden legal en Quito; le reclamó prudencia, a fin de que no se lastimara su destino en la causa de la libertad de los pueblos y de la República, y le marcó su preferencia para que fuera a Lima, para hacerse cargo de la secretaría y de su archivo personal, así como de los demás documentos de la Campaña del Sur.

A los diez días, su Manuela le respondió en pocas líneas que no había otra mujer que pudiera deleitarlo con el fervor y la pasión que la unían a su persona. Y que conociera a la verdadera mujer, leal y sin reservas.

A fin de mes, Bolívar le dio la orden a su edecán, el Coronel Daniel Florencio O'Leary:

> *En vista de la necesidad que acontece a estos tiempos, pido a usted se sirva ejecutar los arreglos necesarios; dándosele a la distinguida dama doña Manuela Sáenz los pormenores de la Secretaría, Archivo General, más documentos de la Campaña del Sur; para que, trasladados a la quinta La Magdalena, se organice su incorporación al Estado Mayor General de la Campaña Libertadora, y con el rango de Húsar.*

***

Con sus esclavas y sus baúles llenos de ropa, Manuela abordó el bergantín *Helena*, rumbo al Callao. De inmediato hizo buenas migas con el capitán Simpson y este le dio la mejor cabina, la reservada a la esposa del capitán. Se alejaba de Quito, la ciudad donde había nacido, y volvía a Lima. Eso podía traerle problemas, era el sitio donde había vivido con su marido, el lugar de residencia de Thorne, a pesar de que en ese momento estuviera en Chile, en viaje de negocios. La capital peruana era sinónimo de James. Pero Manuela tomó aire con ínfulas y se preparó para enfrentarse a quien hiciera falta.

Al llegar, se instaló en su casa y recuperó la vida de antaño. Circulaba por las calles en la calesa de dos ruedas y andaba con la naturalidad de quien desoye las maledicencias. Retomó algunas amistades y se ocupó de las actividades comerciales de su esposo, quien le había dejado un poder notarial para que pudiera realizarlas

sin problemas. En un periquete estuvo de vuelta en los círculos de la sociedad limeña. Nathán y Jonathás también dieron piruetas de felicidad. Sus amistades y relaciones en las cofradías de libertos, negros y esclavos estaban intactas.

Pero a la mayoría de las damas de linaje las enfureció la presencia de Manuela. Para ellas era una Mesalina sin tapujos. Ya era demasiado que la bastarda ocupara un lugar de poder sin título. ¿Cómo era posible que anduviera tan liviana de cascos, creyéndose la dueña del Perú, sin Bolívar a la redonda? Y, además, ¿casada y en la cama del Libertador? Atrevida, loca, puta. Ante la campaña de desprestigio, Manuela respondió como era de prever. Hizo uso de sus vínculos con los círculos militares y destruyó a las malditas y, no conforme, le gritó en la cara a Josefa, la esposa del Marqués de Torre Tagle, que su conducta dejaba bastante que desear. Las chismosas continuaban con su verborragia y afirmaban que Bolívar ignoraba la verdadera cara de su amante.

En octubre, a pesar de algunas objeciones, Manuela fue incorporada oficialmente al estado mayor de Bolívar. El corazón le zapateó el pecho y decidió mudarse cerca de su mentor. Ya nada tenía que hacer en Lima. Volvió a empacar y junto a sus negras, se mudó a pocas cuadras de la finca de Magdalena. Necesitaba estar cerca de Bolívar. Se vistió para sus funciones —se agregó escalafón de coronela — y apareció en el cuartel con casaca azul y vueltas y cuello rojos, y en cada una de las charreteras doradas donde la tira de paño azul indica el rango, se hizo bordar una hoja de laurel en hilo de plata.

—Bienvenida, doña Manuelita —la recibió Palacios, el mayordomo, quien se mostró encantado con su presencia.

Manuela abandonó los protocolos y se deshizo en besos y abrazos para el hombre de confianza de Bolívar. No en vano se habían hecho íntimos en los tiempos quiteños. Rápidamente se metió en el mundo castrense del cuartel general de Magdalena, sitio que había sido elegido como lugar de veraneo de los limeños desde comienzos del siglo XVIII, y el que había ocupado San Martín. La villa de los Virreyes tenía grandes ventanales enrejados y una doble escalinata que llegaba a las inmensas puertas de entrada, y miraba a una pequeña plaza con higueras de las Indias, que eran aprovechadas para tomar la sombra. Detrás de la casa, en el patio, había olivos y macetones repletos de flores. Las habitaciones eran ideales para suplir las necesidades de Bolívar: eran espaciosas y estaban empapeladas con diseños floridos;

estaban decoradas con muebles de estilo provenzal y los pisos eran de baldosas siena, por donde repiqueteaba el ir y venir de las botas del estado mayor. Las puertas estaban custodiadas por centinelas y los húsares recorrían la plaza. Al costado de la villa, en una casa convertida en establo, descansaban los caballos de los correos.

En ese ambiente trabajó Manuela. De día, rodeada de soldados, de noche, el encuentro era en solitario y con Bolívar. Con algunos se llevaba de maravillas, con otros mejor olvidar. El general Sucre era de sus favoritos, no así José María Córdova, que la ignoraba de punta a punta. El joven general permanecía silencioso durante las reuniones del Consejo, solo se sentía en su salsa cuando desplegaba su fuerza en el campo de batalla. La inactividad lo aburría sobremanera y desconfiaba de la presencia de Manuela en ese lugar destinado a los hombres. El general Jacinto Lara también había puesto el grito en el cielo al enterarse del nombramiento de la Sáenz pero era el único a quien Bolívar le aceptaba las críticas personales. A veces lograba apaciguar su impetuosidad. El Ministro de Guerra, Tomás de Heres, solo tenía ojos para el enemigo. Todo lo demás le importaba poco y nada. El resto de los oficiales, O'Leary, O'Connor, Fergusson la tenían en muy buena estima. Veían que ella era capaz de comunicarle al jefe lo que ellos no se atreverían jamás.

Manuela estaba en el centro de operaciones, donde siempre había querido estar y trabajaba en estrecha colaboración con los secretarios Diego Ibarra, José Pérez —mujeriego hasta decir basta— y el amanuense principal, el coronel Juan Santana. De Juan se hizo amiga en el acto. Ella lo defendía cuando Bolívar lo atacaba; Simón lo tildaba de frío, de tener un humor melancólico, pero destacaba que sabía guardar un secreto. Santana le entregaba las cartas personales a Manuela, ella las guardaba bajo mil llaves. Si alguno le reclamaba esa correspondencia, ella ponía cara de muerta y no entregaba nada.

La señora entraba a la casa como si fuera la dueña. A veces lo hacía por la parte de atrás y, metida, se iba a la cocina a prepararle la comida a Simón. Nadie la frenaba, ella aducía que lo único que le gustaba a Bolívar era lo que ella le cocinaba. Y seguía camino hacia sus habitaciones. A veces, los generales la distraían un poco, dándole tareas para hacer. Buscaban retenerla, ella desconocía el por qué. Es que el jefe se complacía con otras.

Una tarde, Manuela entró a la casa al grito de "Simón". No obtuvo respuesta. En las habitaciones aledañas, el trabajo bullía, los oficiales

armaban y desarmaban pliegos y vaya uno a saber qué. Manuela asomó la cabeza y nadie reparó en ella. Bolívar no era de la partida. Continuó la recorrida y entró a la alcoba del Libertador, la alcoba que ella conocía bien, la alcoba donde ellos se amaban. Miró en su derredor, algo andaba mal. La cama estaba revuelta, aquello era imposible a esa hora del día. Las criadas pero sobre todo su mayordomo se ocupaban de limpiar y acomodar su cuarto apenas se levantaba. Y eso sucedía a tempranas horas. ¿Qué hacían las cobijas revueltas? Manuela se aproximó con cautela para tenderle la cama. A Simón no le gustaba el desorden. Quitó la cobija y las almohadas de la cama y algo llamó su atención. En uno de los extremos del colchón, algo brillaba. Manuela se acercó y allí, sobre el blanco de la sábana, descansaba un arete. La mano se le paralizó, le faltó el aire. Y no era de ella. Tomó el arete y cuando se incorporó, unos pasos la obligaron a darse vuelta. En la puerta estaba Bolívar. Como una tromba, Manuela se le abalanzó. No pudo pensar más, con uñas y dientes atacó al artífice del delito. Con las manos fue directo a la cara y al pecho, lo arañó hasta dejarlo en carne viva, le mordió fieramente las orejas y siguió en el pecho, para continuar hacia abajo. Quería mutilarlo. Bolívar no atinaba a entender los motivos de semejante odio pero algo intuyó. Manuela aullaba, era un ocelote con ganas de matar. Cuando se dio cuenta de que él ya no oponía resistencia, se levantó pálida, sudorosa, con la boca ensangrentada y con la mirada desencajada, le dijo:

—¡Ninguna, oiga bien esto señor, que para eso tiene oídos, ninguna perra va a volver a dormir con usted en mi cama! —y le puso el arete de filigrana frente a los ojos. —No porque usted lo admita, tampoco porque se lo ofrezcan.

Se acomodó las ropas, tomó aire para aplacar el temblor y sin quitarse la sangre de la boca, se fue.

Bolívar quedó aturdido y sumamente dolorido. A los gritos reclamó a su mayordomo.

—¿Qué ha pasado, señor? —preguntó José, ansioso, al entrar a la alcoba. —¿Pero ha sido víctima de un atentado?

—Ha sido Manuela —le informó y guardó reposo durante una semana. Las heridas tardaron en cicatrizar.

***

Bolívar le escribió diez cartas reclamando que lo perdonara. Le

suplicó que no lo dejara por algo tan insignificante, que sin ella moriría, que nunca después de una batalla se había encontrado tan maltratado y maltrecho como se hallaba en ese momento y sin su auxilio, le pedía que cediera su enojo y le diera una oportunidad para explicarle, que moriría sin su presencia, que no encontraba otro recurso que el de levantarse como Lázaro e implorarle benevolencia, que parecía perro del hortelano castigado por jauría, que no lo dejara morir de amor, que le explicara qué conducta debía seguir. Y como dominaba el arte de la escritura, incluso agregó frases poéticas para conmover a su amada.

Manuela se hizo desear pero al final claudicó. Al verlo vendado olvidó todo. Él también y fueron dos semanas de delirio amoroso bajo los cuidados de la dama.

—Mi fierecilla —la apodó Bolívar.

—Suya, señor.

—Manuela, mi amable loca.

Como todo, los días de romance acabaron y el Libertador debió regresar a sus ocupaciones. Mientras el ejército se reorganizaba, montó su caballo y recorrió el interior del país para observar las condiciones del terreno y emprender la ofensiva contra las fuerzas realistas. Pero el esfuerzo al que conminó a su salud pasó de la raya. Su médico, que era parte de la comitiva, le sugirió, otra vez, que se tomara un descanso. La terrible tisis se había manifestado. En el campamento tosió, incluso vomitó sangre y, durante varios días, permaneció tendido y volando de fiebre. El doctor Moore ordenó que regresaran a Lima de inmediato. Lo subieron a un barco pero a mitad de camino tuvo un acceso de tos tan intenso que el capitán temió por su vida. Entraron a una de esas radas desiertas y Bolívar fue desembarcado, en estado de postración, en el pueblo de Pativilca.

Manuela, en tanto, había regresado a Lima. Día tras día se sentaba a escribirle a su amado. Pero la respuesta nunca llegaba. No tenía idea qué era lo que sucedía. La carta que recibió fue la de su esposo, que le reclamaba los votos, que regresara con él, que nada importaba, que la perdonaba, que daba vuelta la página, que comenzaran de nuevo. Bufó, harta y levantó los brazos al cielo.

Rumiaba como animal en celo, fantaseaba todo tipo de situaciones, dignas de una mente afiebrada; que ya no la quería, que era un ingrato, que era un imbécil, que alguna serpiente maligna se lo había tragado, que nadie como ella, ninguna como Manuela. Estaba

preocupada por el devenir político pero el estado de su corazón la desconcentraba de todo. No podía pensar, nada la aquietaba. Desesperada, le escribió a Santana para que le diera alguna noticia. Su querido amigo le respondió y le brindó algo de calma. Le contó que Bolívar planeaba volver a Lima para quedarse un buen tiempo, que el Libertador había obrado con gran destreza y tino y que se preparaba para sellar su gloria y la independencia de ese desgraciado país.

Pero en Lima circuló el rumor de que Bolívar se estaba muriendo en Pativilca. Cuando la noticia llegó a oídos de Manuela, ordenó a sus criadas que le prepararan todo para partir. Sin embargo, el viaje se detuvo por una carta de Juan Santana. El secretario le confió que el Libertador se hallaba bueno de sus males pero el viaje sería demorado. Allí estaban, como alma que se llevaba el diablo, muertos de calor, de fastidio y aburridos como nunca.

Volvió en sí. Manuela abandonó su estado desesperado y se dedicó a conspirar. De buenas a primeras, se hizo de las pruebas necesarias para confirmar que el Marqués de Torre Tagle andaba en componendas con los realistas. Mandó la información a Pativilca y Bolívar actuó en consecuencia. Le envió al Marqués una misiva afirmándole que el país no sería salvado de ese modo. Le solicitaba unión y disciplina. Pero el pedido no surtió efecto. Torre Tagle, entre otras cosas, estaba completamente dominado por su esposa. Josefa odiaba a Bolívar, recordaba bien los improperios de Manuela.

En horas de la madrugada del 4 de febrero de 1824, la fortaleza del Callao fue violentada. Pocos días después, el propio Torre Tagle le abrió las puertas de Lima a los realistas.

CAPÍTULO XI

Manuela llegó a recoger algunas de sus ropas, los archivos y uniformes de Bolívar, además de su vajilla de oro y poco más, y junto a Jonathás y Nathán, logró escapar de la persecución de los godos. Figuraba en la lista de los más buscados por los españoles, su vínculo con el Libertador, además de su entrega a la causa patriota, la habían convertido en enemiga acérrima de la fuerza realista. Las tres mujeres, vestidas de uniforme, lograron unirse al escuadrón de caballería liderado por el general William Miller y salieron al desierto.

Cruzaron correntadas, se escondieron bajo las noches sin luna, en algunos parajes perdidos aparecieron montoneras que, lejos de atacarlos, eligieron sumarse a aquella tropa improvisada. Manuela cabalgaba erguida y sin miedo, confiaba que la figura distante de Bolívar los protegía, además, creía en el general inglés, hombre temerario si los había.

Fueron semanas de avanzada hacia el norte a través de la puna, tras los pasos de Bolívar. Pero el General era difícil de encontrar, cambiaba constantemente el emplazamiento de su cuartel para evitar que los realistas siguieran su pista. Manuela y el "Gobierno ambulante" marchaban por los inhóspitos caminos de los Andes en búsqueda del Libertador. Llegado el momento, decidieron que sería mejor dividirse. El general Lara, cansado del paso lento de las mulas de carga que llevaban los baúles de Manuela y los archivos de Bolívar, dividió un destacamento y dobló hacia el oeste rumbo a Huarás.

Frente a la casa más importante del pueblo, varios soldados montaban guardia con el uniforme de la Legión Peruana. En la entrada colgaba el pendón del Libertador. El general Lara entró y encontró a Bolívar rodeado de papeles. Se cuadró y anunció.

—Están al llegar la señora Manuelita y el doctor Monteagudo —dijo Lara, muy irritado. No solo rechazaba a Manuela, durante el viaje

había quedado asqueado con las fragancias de don Bernardo, siempre perfumado por su agua de colonia.

Bolívar ni siquiera levantó la vista, continuó con lo suyo como si nada.

—Estamos en vísperas de vérnoslas con los godos y Vuestra Excelencia está de nuevo acompañado de mujeres —la intolerancia avanzaba y poco le importó meter a Monteagudo en la saca mujeril.

—Bien, corren los riesgos de la campaña —recién metió basa Bolívar.

—Eso está mejor —replicó Lara— pero la verdad es que alguien acabará con Monteagudo.

—¡Que alguien se atreva a tocarle un pelo de la cabeza y…! —Bolívar gritó y se levantó de la mesa.

No se dijo más. Le escribió a Manuela, que se había instalado a treinta leguas de allí, en Huamachuco, para expresarle la alegría que le causaba que estuviera sana y salva. “Guardo la esperanza de que nos veamos lo antes posible”, apuntó. Pero tomó los caminos otra vez.

Llegó al pueblo de San Ildefonso de Caras con su comitiva, fue agasajado a punto de deidad. El alcalde le ofreció tres jovencitas para el disfrute personal pero eligió a otra, a Manuela Madroño. Compartieron el lecho esa noche y varias más, a vistas de todos los presentes del cuartel. Aquello llegó a oídos de la auténtica Manuela, quien, enfurecida por la aventura, mandó reclamos escritos una y otra vez. Nadie respondió. Para encontrar calma a su desasosiego, inició un ir y venir de misivas con su amigo Juan Santana. Le pedía datos, información, todo. Incluso le confiaba que estaba dispuesta a cometer un absurdo por amor, que estaba mal de salud y que podía ser que muriera esta vez, ya que tampoco tenía ganas de vivir. Manuelita estaba cansada.

Sin embargo, en silencio y sin aviso, Bolívar se presentó en Huamachuco. Una Manuela vacilante lo recibió con pasión. La reconciliación fue vehemente, pero sabiendo que aquello duraría poco. Los cuerpos se fundieron con el hambre que nunca calma, lo incierto de la situación los poseyó hasta el paroxismo. Y a los pocos días, el General volvió a partir.

El vaivén de la correspondencia se repitió. Manuela escribía siempre, Simón era reticente. Así transcurrieron las semanas, los meses. El único que serenaba el ansia por saber de la señora era su fiel Santana.

En Trujillo, Bolívar creó un nuevo ejército pero todavía no tenía suficientes soldados. Volvió a reclamar hombres a su Vicepresidente en Bogotá. La respuesta no tardó en llegar: gobernaba Colombia, no el Perú. Y entre sus adláteres, Santander repelía que todos los aplausos se los llevara Bolívar, y que los peruanos no reconocieran los esfuerzos que realizaba el gobierno colombiano. Las copias de la correspondencia llegaron a manos de Manuela, encargada del archivo del General. Puso el grito en el cielo, agregó pestes contra Santander.

En la gélida noche del 6 de agosto de 1824, en la pampa de Junín, en el centro del Perú, se llevó adelante un feroz enfrentamiento. En una hora, los patriotas derrotaron a las legiones de España. Cientos de cadáveres quedaron tendidos en el campo de batalla, los caballos sin jinete relinchaban en el silencio nocturno. Bolívar celebró en su campamento. Manuela seguía los acontecimientos con algo de demora. Intrépida, llegó al campo cuando todo hubo terminado para enterrar al coronel Sowerby en la iglesia india de Carahuamayo. Siguió las indicaciones del general Miller y sobre una lápida, colocó el epitafio que su coterráneo había escrito. Cumplida la misión, se perdió en las montañas nevadas.

La guerra continuaba, cada cual perseguía a su enemigo. Bolívar flanqueado por sus tropas, Manuela por sus negras. Las novedades llegaban tarde, a veces no llegaban. Santana intentaba ponerla al tanto, pero siempre quedaba retrasado. La señora se instaló en el vallecito de Jauja y se dedicó a esperar. Y a escuchar los rumores. A fines de octubre recibió noticias de su ladero, y antes de que pudiera pensar en una respuesta, llegó la tropa comandada por Bolívar.

Pero algo se había roto entre ellos. Manuela se entregó como siempre y él la contuvo entre sus brazos. Sin embargo, el General echaba furias, la situación lo alejaba, ella sufría por quedarse afuera. Pero siguió tejiendo, se instó a no decir palabra, a no demostrar vacilación alguna. Y la figura de Santander pasó a ser su enemigo público número uno. Manuela le marcaba el paso a Simón, mucho, poco, lo que fuere, insistía con que no debía atender al granadino, debía lanzarse a la guerra y no esperar ni un segundo más, y debía ordenar que ese hombre fuera ahorcado por traidor. Bolívar no quería ni escucharla.

El romance duró poco. Bolívar le informó a Sucre que le entregaba el mando del ejército, que estaba cansado de los rumores que lo tildaban de tirano y de la disputa con Santander. Le rogó que cuidara

de Manuelita de cualquier peligro, sin que eso desmedrara en las actividades militares que surgieran en el trayecto, o desorientara los cuidados de la guerra. Con un escuadrón de caballería como escolta, el Libertador se fue.

El 10 de diciembre, el general Sucre le escribió al Libertador de Colombia participándole de los combates librados en Ayacucho, que habían servido para engrandecer las glorias de las armas colombianas. Agregó que doña Manuela Sáenz se había destacado por su valentía, incorporándose desde el primer momento a la división de Húsares y luego a la de Vencedores, organizando y proporcionando el avituallamiento de las tropas, atendiendo a los soldados heridos, batiéndose a tiro limpio bajo los fuegos enemigos, rescatando a los heridos. Y le reclamaba que la señora merecía un homenaje por su conducta, le rogaba que le otorgara el grado de coronel del ejército colombiano.

***

Instalados en Lima, quisieron creer que eran una pareja. Sobre todo, Manuela. Sabía que estaba casada pero esos largos meses detrás de Simón Bolívar la habían confundido, se había hundido en el torbellino guerrero y pasional. Pero en la capital del Perú, todo era diferente. Su marido residía allí y no estaba en viaje de negocios. Los primeros meses de 1825 fueron de amor sin tempestades entre Manuela y Simón.

—Ese hombre es una basura, mi señor —lanzó Manuela enfurecida y revoleó el cigarro que tenía en la mano. —Y no me mire con esos ojos que aunque busque esconder sus cosas, aquí estoy yo para encontrarlas. Le hablo del mierda de Santander, sí, ese.

Manuela clasificaba la correspondencia de Bolívar y había encontrado una carta, a título de privado, firmada por el colombiano. Allí, Santander le solicitaba que degradara la ascensión que le habían dado, que era un escándalo, que ella lo perjudicaba políticamente.

—¿Quién se cree que es? —gritó como una loca.

—Mi Manuela, no te pongas así, no le des importancia que ya te he defendido como corresponde —Bolívar intentó calmarla.

Simón había respondido que aquello era una difamación vil y despreciable, que todos conocían el valor y arrojo ante el peligro de Manuela y que el ascenso lo había otorgado con el propósito de hacer justicia. Con mano firme le había señalado que un ejército se hacía

con héroes, y en tal caso heroínas, símbolo del ímpetu.

Pero el desprecio que sentía Manuela por Santander no se disipó y mantuvo su intuición. La fama de Bolívar, en tanto, había cruzado fronteras. En Europa preparaban las recompensas diplomáticas de sus victorias y en América del Norte, otro tanto. Estados Unidos envió a sus emisarios en la fragata *United States* y cuando echó anclas en aguas peruanas convidaron al Libertador a un banquete oficial a bordo. Hacia allí se dirigió junto a algunos oficiales que sabían inglés y sin Manuela. El comodoro Isaac Hull lo recibió con todos los honores, hubo brindis varios y discursos halagadores, sin embargo, Bolívar le echó el ojo a una joven dama que yacía sentada en el extremo opuesto de la mesa. La señora de bucles castaños y escote generoso levantó la copa y lo miró. Cuando estuvieron frente a frente, la damisela se presentó.

—Buenas noches, Jeannette Hart, de Saybrook, Connecticut, a las órdenes de Vuestra Excelencia.

Era la hija del capitán Elisha Hart y hablaba, para beneplácito de Bolívar, un cautivante francés. Conversaron toda la noche. Algunos días después, Jeannette le retribuyó la visita en tierra firme. Después del encuentro, le envió una esquela con ansias poéticas. Bolívar le respondió en francés y le entregó, en ofrenda amorosa, una miniatura de sí mismo. Cuando el vaivén delictivo llegó a la mente belicosa de Manuela, esta inspiró y aguardó su turno. Llegó el día en que se ofreció un baile en honor a los oficiales de la fragata. Bolívar estaba exultante y le hizo la corte, desfachatadamente, a la señorita Hart. Bailaron frente a todos, algunos aplaudían a rabiar. Otra no. Durante una pausa en el baile, Manuela se le abalanzó a la criminal.

—¿Hasta cuándo piensa estar aquí? —le respiró encima.

—No lo sé —dijo la señorita y la miró desafiante.

—Sería mejor que se fuera pronto, y que, entretanto, se relacionara con sus compatriotas o con los ingleses.

Jeannette la miró de costado y replicó:

—¿Y quién es usted para dar consejos que no se le han pedido?

—Yo —siseó Manuela— soy la Sáenz.

La fiesta se acabó en ese mismo instante.

En abril volvieron los tiempos de zozobra para Manuela. Simón haría una visita oficial al Alto Perú. Ella insistió en acompañarlo pero no pudo ser. El general Lara conminó a Bolívar a que la señora no fuera de la partida. En ese momento no se podían permitir ningún

escándalo. En las calles de Lima se decía que doña Manuela había echado a su marido para que no volviera y que lo había humillado en público.

Palacios, siempre listo, preparó los baúles de su patrón, los cestos donde viajarían los mastines, y al alba, partieron.

Luego de tres días, Manuela salió en su calesa al encuentro de su marido. Thorne la recibió como si no hubiera pasado nada. El hombre intentó aquietar la mente y no pensar en la imagen recurrente de su esposa desnuda en brazos de aquel venezolano. Guardó las apariencias todo lo que pudo.

—Volvamos a lo nuestro, mi querida —intentó el inglés.

—Si sabes bien lo que he vivido, no tiene sentido que nos hagamos los ingenuos, James.

— Estoy dispuesto a perdonarte todo, Manuela —incluso a tragarse el orgullo pero no lo dijo. Los celos lo carcomían.

—¿Hablas en serio? —preguntó incrédula.

—Con la condición de que pongas fin a tu aventura de inmediato, y nunca la vuelvas a mencionar.

Manuela suspiró y permaneció en silencio. Bolívar se había ido, los reencuentros eran cada vez más complicados, sus subalternos la execraban y hacían todo lo posible por sacársela de encima. Y por si esto fuera poco, estaba casada con James Thorne.

—Perfecto, pero yo tengo las mías. Mis esclavas quedan aquí.

—No te hacen falta.

—Sin ellas, yo me voy.

Se pusieron de acuerdo. Se mostraron en público como el matrimonio perfecto, aunque todos sabían que aquello era una farsa. Un día y de la nada, recibió carta de su amado. Bolívar le confiaba que pensaba en ella a cada momento, que gemía de dolor de pensar que había debido reconciliarse sin amar y que él se había visto obligado a separarse de quien idolatraba. En el futuro, ella estaría sola aunque al lado de su marido, y él solo en el medio del mundo.

Lima estaba en estado de sitio y los cañones tronaban a toda hora. Las playas del Callao olían a putrefacción, los cadáveres insepultos manchaban las arenas, las aves de rapiña revoloteaban en busca de alimento.

Thorne empezó a perder la paciencia. Manuela estaba tomada por la sombra de Bolívar. Su ausencia se le hacía cada vez más presente, y las cartas que, aunque a escondidas, iban y venían. James buscó un

artilugio para encantarla y la invitó a Londres. Manuelita le escribió a Simón contándoselo para ponerlo a prueba y, desde el otro lado del mundo, el hombre le respondió como en sus mejores tiempos.

—No voy a Londres, en absoluto —Manuela rechazó a su esposo.

—¿Pero qué dices?

—Lo que escuchas, que te vas solo, yo no voy.

Thorne se volvió loco. La insultó de arriba abajo, ella no se inmutó. Esto resultó peor aún, insufló su furia, se le acercó con tranco pesado y le dio vuelta la cara de un cachetazo. Manuela trastabilló pero no dijo palabra. Con la mejilla enrojecida y lágrimas en los ojos, se hizo a silencio.

Se escondió para escribirle la última carta a Bolívar. Temía que si su marido la descubría fuera capaz de matarla. El silencio de Manuela comenzó a desesperar al Libertador. En un rapto de locura le escribió a su Ministro de Guerra suplicándole que la visitara y viera cómo se encontraba. El general Tomás de Heres cumplió la orden y le pasó un informe. Debían cuidarse más que nunca, la vida de Manuela se había convertido en una pesadilla.

—Manuela, tengo un viaje de negocios, te pido que vengas conmigo —reclamó Thorne.

—No me voy de Lima, James.

El inglés se fue y Manuela, sola, se retiró a la casa de Magdalena. Las exigencias comerciales obligaron a Thorne a extender su viaje. No podía volver. Le escribió decenas de cartas rogándole que lo perdonara, que volviera con él. Harta, respondió:

> *No, no y no; por el amor de Dios, basta. ¿Por qué te empeñas en que cambie de resolución? ¡Mil veces, no! Señor mío, eres excelente, eres inimitable. Pero, mi amigo, no es grano de anís que te haya dejado por el general Bolívar; dejar a un marido sin tus méritos no sería nada. ¿Crees por un momento que, después de ser amada por este general durante años, de tener la seguridad de que poseo su corazón, voy a preferir ser la esposa del Padre, del Hijo o del Espíritu Santo o de los tres juntos? Sé muy bien que no puedo unirme a él por las leyes del honor, como tú las llamas, pero, ¿crees que me siento menos honrada porque sea mi amante y no mi marido? ¡Oh! No vivo para los prejuicios de la sociedad, que solo fueron inventados para que nos atormentemos el uno al otro.*
>
> *Déjame en paz, mi querido inglés. Déjame en paz. Hagamos en*

cambio otra cosa. Nos casaremos cuando estemos en el cielo, pero en esta tierra ¡no! ¿Crees que la solución es mala? En nuestro hogar celestial nuestras vidas serán eternamente espirituales. Entonces, todo será muy inglés, porque la monotonía está reservada para tu nación (en amor, claro está, porque sois muy ávido para los negocios). Amas sin placer. Conversas sin gracia, caminas sin prisa, te sientas con cautela y no te ríes ni de tus propias bromas. Son atributos divinos, pero yo, miserable mortal que puedo reírme de mí misma, me río de ti también, con toda esa seriedad inglesa. ¡Cómo padeceré en el cielo! Tanto como si me fuera a vivir a Inglaterra o Constantinopla. Eres más celoso que un portugués. Por eso no te quiero. ¿Tengo mal gusto?

Pero basta de bromas. En serio, sin ligereza, con toda la escrupulosidad, la verdad y la pureza de una inglesa, nunca más volveré a tu lado. Eres católico, yo soy atea y esto es nuestro gran obstáculo religioso; quiero a otro y esto es una razón mayor y todavía más fuerte. ¿Ves con qué exactitud razono?

Siempre tuya,

Manuela

CAPÍTULO XII

El 26 de enero de 1827, el pueblo de Lima se despabiló con el despropósito de ver a las tropas colombianas ocupando la gran Plaza. Los centinelas habían tomado todas las esquinas e impedían la entrada. Los comercios no abrieron sus puertas y suspendieron las actividades. Pronto se supo que una mayoría de los oficiales comandada por el teniente coronel Bustamante, quien escondía su cara detrás de una capa negra goda, había detenido a sus dos generales, Jacinto Lara y Arthur Sandes, y a cinco coroneles. La afrenta se había hecho con tanta pericia, que todos ellos habían sido arrestados en sus camas y sin ofrecer oposición. La revolución no había costado ni una gota de sangre. Los Castillos del Callao habían sido ocupados la noche anterior. Esos jefes y unos cuantos de rango inferior fueron llevados prisioneros a los Castillos y, luego, las tropas regresaron a sus respectivos cuarteles. Las tropas colombianas se habían rebelado contra sus generales.

El Ministro de Guerra, Tomás de Heres, unos de los consignados por Bolívar para proteger a Manuela, había sido el único que había logrado escapar. Aprovechando la oscuridad, se había montado a una canoa que lo llevó hasta un barco francés que descansaba en la rada. Pérez, el otro protector de Manuela, había sido sometido a arresto domiciliario. Nadie del bando de Bolívar estaba en libertad. Salvo Manuela.

A poco de que el Libertador abandonara Lima, Santander se había ocupado de enviar a sus agentes a la ciudad para organizar la conspiración. El coronel Bustamante había sido elegido para comandar el golpe y, al lograrlo con éxito, ocupó el sitio de mando. Preciso para el liderazgo, no dejaba nada liberado al azar. Y en una de esas, un oficial entró a su despacho con cara de pocos amigos.

—Mi comandante, estamos en problemas —anunció, sin más.

—Venga, hablar de una vez, entonces; que el tiempo corre —Bustamante lo escrutó.

—Es que anda la Sáenz, vestida con el uniforme de coronel en los cuarteles, tratando de provocar una contrarrevolución, comandante.

Bustamante estaba al tanto de quién era Manuela Sáenz y sabía bien lo que producía entre los soldados. Ni qué hablar en la carne de Bolívar. Aquello era *vox populi*. Pero la mujer era querida en la tropa, defendía a los soldados siempre que lo precisaran, los cuidaba si estaban enfermos, se divertía con ellos, era una más. Y ahora, blandiendo el sable, los incitaba a la rebelión.

Entre gallos y medianoche, cinco hombres del nuevo gobierno peruano se presentaron en la finca de Magdalena y tiraron la puerta abajo. Los gritos de Jonathás y Nathán no lograron despabilar a su patrona. Los oficiales entraron a las habitaciones de Manuela y la arrancaron de la cama.

—¡Salgan de aquí, basuras irredentas! ¡Que no me toquen que se las verán conmigo, hijos de una gran puta! —forcejeaba y gritaba Manuela.

Tuvieron que someterla con rigor, parecía un gato montés luchando por su vida. Con los brazos y las piernas marcadas de moretones y golpes, la encerraron en el claustro del convento de las Nazarenas. Bustamante se acercó al monasterio y a través de la reja del locutorio, pidió hablar con la Superiora.

—La rea debe permanecer recluida, sin ningún tipo de comunicación y, ante todo, privada de papel y pluma —ordenó.

—No me parece apropiado un tratamiento semejante a la señora. Estáis equivocado, señor —replicó la abadesa Agustina de San Joaquín.

—La equivocada es usted, abadesa. Y confío en que cumplirá mi pedido —amenazó Bustamante.

A la mañana siguiente, Manuela le escribió una carta al cónsul de Gran Colombia, don Cristóbal Armero, protestando por la detención. Le reclamó que no le habían participado los motivos de su encarcelación ni quién la acusaba, que todo el proceso era inquisitorial. La respuesta fue débil. Entonces la maquinaria se puso en marcha. Manuela escribió a algunos soldados que conocía, sus carceleros aumentaron las precauciones. Sus negras oficiaron de correos humanos, escondían en sus turbantes las cartas que iban y venían. Pero Jonathás fue sorprendida con el arma del delito

agazapada entre sus rizos y fue encerrada en la prisión de mujeres de Casas Matas, conocida por el espanto de sus condiciones sanitarias y la perversidad de sus reclusas. Nathán, vestida de monja, se convirtió, entonces, en el correo de Manuela.

Las cartas surtieron efecto. Hubo varios motines entre los soldados colombianos, los peruanos les temían. Manuela estuvo mucho tiempo encerrada, pudo meditar acerca de los últimos acontecimientos. Con casi 30 años, había vivido más de lo que cualquier mujer podía imaginar. Se había expuesto en su honor por defender a un hombre, pero sobre todo, a su libertad. Volvía a sentir aquello de no ser hija de nadie, no le pertenecía a ninguna persona viva, era de ella. Y su Bolívar, a tantas leguas de distancia, lejos quedaban sus dichos de que era el amante ideal y que su recuerdo la atormentaba todo el tiempo, que la había dejado en delirio, inundando sus sentidos que no lograba saciar y sus súplicas de que la besara toda como él le había enseñado…

Los oficiales peruanos la tildaban de arpía deslenguada, de que era un insulto para el honor y la moral públicos. Cansado de su poder en las sombras, el Canciller le envió un ultimátum a Santander anunciándole que la sacaría del país en las siguientes 24 horas.

***

Manuela llegó al Callao bien custodiada. A punta de pistola la subieron al bergantín *Bluecher*. No la querían en Lima, que se fuera, que se alejara de allí, no pertenecía a ese sitio, al destierro con ella o adónde fuera. La embarcación la depositaría en Guayaquil, al gobierno del Perú aquello le bastaba. La querían lejos. Con su gesto de superioridad intacto, Manuela se acomodó en cubierta. No viajaba sola. Expulsados como criminales, emigraban junto a ella el general Lara, el brigadier general Arthur Sandes y el inefable general Córdova, además de sus respectivos edecanes.

El bergantín enfiló hacia el norte, solo se oía un oleaje suave acariciando la madera. Nadie hablaba, parecían dormidos. Cada uno se reconcentraba en sus pensamientos, la ley de la vida, la compensación injusta a tanta entrega, cada uno a su manera, con resignación o furia.

Pasaron los días, las noches, las semanas, y una tarde, antes de que desapareciera el sol bajo el agua, la comitiva había ocupado la cubierta. Todavía faltaban unas horas para que se sentaran a la mesa a

comer, para luego descansar. Manuela estaba destemplada, tenía uno de esos días, buscaba respuestas, quería sangre. Empezó a caminar por la borda, era una fiera enjaulada.

—A ver, Lara si cambia esa cara, que está pálido como la luna —y se le sentó al lado.

El general Juan Jacinto Lara y Menéndez apenas le dedicó un movimiento de cabeza. Los días en prisión lo habían perturbado bastante. Aún no entendía cómo Santander había promovido un golpe contra Bolívar. De aliado a enemigo, le parecía abominable.

—Sé que usted no me quiere, que me ha atacado desde el primer momento —continuó Manuela y el resto de los presentes empezó a incomodarse. —¿Pero ha visto? ¿Vio que siempre he tenido la razón? Las lacras se evidencian desde el mínimo instante.

Sandes se le acercó y le pidió que saliera de allí, que la acompañara a tomar el fresco y que quería mostrarle algo en el extremo del bergantín. El otrora comandante del Ejército de los Rifles apreciaba a la señora y se dio cuenta, en el acto, de que se la llevaba Ceuta, que no tenía un buen día. Manuelita lo miró con ternura y lo abrazó. Y siguió con lo suyo, Sandes no podía aplacar su ansia, no resarcía lo que buscaba. En la otra punta se encontraban Córdova y su edecán, Francisco Giraldo. Los miró fijo y se dirigió hacia ellos.

—¿Y usted, José? O mejor te trato de tú, ¿qué te parece? —se le paró enfrente, él permaneció sentado e impertérrito.

José María Córdova era el hombre más guapo que pudiera imaginarse. De porte marcial, también era un gran bailarín y se enloquecía por las mujeres. No por esa. Con sus amigos era afable y complaciente, salvo que anduviera en esos días sombríos. De una enorme franqueza, a veces decía demasiado.

—Prefiero que no me trate —disparó como chicotazo.

—¿Ah, sí? —Manuela se tomó el ruedo de la falda y de a poco la fue levantando. —Que me mires…

Córdova le sujetó la muñeca con fuerza para que se detuviera, ella se le sentó sobre las piernas. Lo escrutó desafiante y se rio.

—No me busque, señora, que no le va a gustar lo que tengo para decirle —y le apretó el brazo aún más, cortándole la circulación. Ella no movió un pelo.

Giraldo intentó interceder y ella le rajó un insulto.

—Que de aquí no se mueve nadie, esto es entre él y yo —agregó la mujer.

Acercó su boca a la oreja y así, a horcajadas, empujó su cuerpo contra las piernas del General. Le murmuró impertinencias pero al mismo tiempo lo trató de traidor, de abandonar a Bolívar, de no estar a la altura de su tiempo, ¿y a su altura? ¿Y le gusta, así, de este modo, o más suave, más fuerte, tan fuerte como con Simón? Que todos eran la mismísima peste, que emanaban fetidez, asco debería darles, asco eran y así morirían.

Córdova se incorporó y se la quitó de encima. Ahí se le acercó él y en voz baja pero con la claridad justa para que escucharan todos, dijo:

—Usted es solo una escandalosa mujer pública.

Pegó la vuelta y se encerró en su cabina. Se hizo un silencio de tumba. Nadie se atrevió a emitir sonido. Manuela jadeaba, rabiosa.

—¿Qué miran? ¡Que soy más hombre que todos ustedes! Idiotas —gritó y solo atinó a mirar a Jonathás, que estaba en un rincón de la proa, hecha un guiñapo.

Manuela buscó la calma pero el viaje continuó en ese clima. Atracaron en el puerto de Guayaquil y descendieron a tierra firme. No contenta con lo sucedido a bordo, Manuela volvió a desafiar a Córdova.

—Agradezca que no es un hombre porque estaría recibiendo un pistoletazo en el medio de los ojos, doña —bramó el General y siguió su camino lejos de Manuela.

La ciudad estaba devastada. También habían sido víctimas de una revuelta. Los oficiales estaban conminados en sus alojamientos o en las tabernas. Nadie les abría las puertas a las mujeres.

—Nos vamos a Quito, mis negras. A como sea —les anunció.

No había caballos disponibles, tampoco mulas, y coches mucho menos. Miró a un lado, a otro, eligió cuatro soldados colombianos entre los más apuestos del regimiento, y con ellos como escolta y sus dos negras, se dirigió a Quito, a pie. Llegaron luego de diez días.

***

Su hermano las alojó en su casa. El querido José María había ascendido y era general del Ejército de la República. Él y su esposa, la joven Josefa de Fernández-Salvador y Gómez de la Torre, se habían instalado en Quito. Manuela, hundida por el sinfín de desgracias que le había tocado vivir, necesitaba del cariño verdadero. Estaba desesperada, la soledad a fuerza de la distancia le había quitado las ganas de vivir. Había decidido seguir amando a Bolívar a pesar de

todo, pero sentía que el suyo era un amor desviado. Nadie la comprendía, tampoco buscaba aprobación del mundo, sin embargo, sabía que nada en ella era natural y transcurría en línea recta. Daba vueltas, se perdía en su laberinto pero siempre la rescataba su Simón. La salvación duraba poco pero era deliciosa.

La casa de su hermano estaba situada en las proximidades de la Plaza de San Francisco. Todo le recordaba a su más tierna infancia, pero cuando salía a la calle acompañada por su negra colorida, lo único que recibía era un despliegue de miradas dañinas que partían de las mujeres. Las señoras de Quito despreciaban con ganas a Manuela y ninguna se dignó a disimularlo. Incluso eran capaces de gritarle algún que otro improperio. Manuelita estiraba su cuello para rebatir el odio pero en su fuero interno lloraba como una criatura abandonada. Simón no estaba, Bolívar se encontraba demasiado lejos. Ella sabía bien que el hombre andaba de aquí para allá apagando fuegos y avivando tempestades pero el vacío que le dejaba la colmaba de pena. Le había escrito pero no había obtenido respuesta. Gracias a su hermano, se enteraba de su derrotero y cada vez que podía insistía en sus averiguaciones.

—¿Dónde anda ahora, mi José María? Dime, por favor —le suplicaba.

—Si sabes, Manuelita, que el Libertador recorre cuanto paraje existe en la Gran Colombia y también en Venezuela. Es incansable —le respondió su hermano pero prefirió obviar la noticia de las agonías nocturnas ocasionadas por la fiebre. Bolívar no estaba bien, se enfermaba de noche y de día oscilaba entre la furia y la melancolía. La tropa cuidaba a su jefe pero el rumor se esparcía.

Una tarde llegó la misiva tan esperada. El general Sandes, a quien no veía desde el viaje a Guayaquil, se la trajo personalmente. Simón le escribía desde Caracas exponiendo la preocupación que lo embargaba por sus aventuras y le agradecía a la Providencia de que se encontrara sana y salva. Le rogaba que lo disculpara por su indolencia al no escribirle pero más de un asunto le traía de cabeza; que no podía estar sin ella, que no tenía tanta fuerza como ella para no verla, y que fuera, fuera, fuera luego a Bogotá, que la esperaba con un ansia infinita.

Pero Manuela era un témpano. Eran tiempos de indignación por la falta, entonces buscó castigarlo un poco. Le respondió que estaba muy brava y enferma, y que cuán cierto era que las grandes ausencias

mataban al amor y aumentaban las grandes pasiones. ¿Tanto le cuesta escribirme?, apuntó, y si tenía que hacerse violencia que no la hiciera nunca. Le confirmó que saldría el 1 de diciembre y que iba porque él la llamaba, pero que después no la mandara de vuelta a Quito pues más bien querría morir que pasar por sinvergüenza.

Cumplió su palabra y partió a los caminos escoltada por un escuadrón de lanceros, al mando del coronel Charles Demarquet, quien había sido el primer edecán de Bolívar y se llevaba de maravillas con ella. No hubo objeción cuando expuso su equipaje. En varias mulas se acomodaron los cofres de sus archivos privados, los baúles con sus ropas y vestidos, sus esclavas y los criados.

Fue un viaje interminable, más de trescientas leguas en las que faltó el alimento, algunos puentes caídos por la guerra, imposibilitando los cruces. Todo se demoraba más de la cuenta y Manuela temía que nada saliera como lo había soñado. A medida que avanzaban el destino se alejaba. Era una pesadilla. Cada tanto aparecía un tropel encomendado por Bolívar, para que cuidara la caravana de Manuela Sáenz. Cuando llegaron al valle de Cauca, la esperaba una carta escrita de puño y letra de Simón, en la que le decía que la esperaba, que faltaba poco. Atravesaron montañas, cruzaron ríos, durmieron mirando las estrellas, tiritaron bajo la lluvia y en los primeros días de 1828 llegaron al llano que rodea a Bogotá. Tomaron el Camino Real, y a los costados, desde algunas taperas de barro con techo de paja, salían sus moradores a mirar quién andaba por ahí. Pero así como se asomaban, volvían para adentro. No les gustaba la llegada de intrusos. Manuela observaba todo, encontró la respuesta a semejante desazón colombiana. El único culpable de todo era Santander y nadie como Bolívar para reponer tanta destrucción. Santander era el peor enemigo de América, mientras Bolívar la recorría para unirla otra vez.

Y llegaron a las puertas de Bogotá. La ciudad era un páramo, las calles estaban desiertas. Manuela se entristeció al ver tamaño panorama. Aquella idealización de la Gran Colombia se hundió bajo la tierra. Jonathás se arrimó a su caballo y le frunció la nariz. Tampoco le gustó lo que veía.

La ciudad estaba repleta de iglesias y conventos, pero sus habitantes brillaban por su ausencia. Abandonaron la Calle de Florián y llegaron a la plaza principal, que se llenaba los viernes de mercado y gritos, o de cadáveres cuando tronaban las balas de las ejecuciones.

Demarquet le gritó a un indio para que se le acercara.

—¿Sabrá dónde está el general Bolívar? —cuestionó.

El indio lo escrutó.

—¿Está en su mansión, en la Quinta, o en el Palacio de San Carlos?

—Pues el General ha de estar viviendo en la Quinta, porque como podrá ver, Bogotá está rota, la sacudió un terrible terremoto hace bien poco, señor. Ha dejado en ruinas al palacio de gobierno.

—¡A la Quinta, entonces! —ordenó Demarquet y la columna lo siguió.

Manuela lanzó un bufido, agotada. Hubiera preferido llegar al palacio, asearse, comer algo rico y sacarse esa ropa para ponerse alguno de los divinos vestidos que traía en los baúles. Hacía casi dos años que no veía a Bolívar. Ansiaba acomodarse para la ocasión. Y otra vez a los caminos, hacia el norte de la ciudad. El silencio de la noche se veía amenazado por los cascos de los caballos sobre la tierra, la caravana enfiló hacia las afueras de Bogotá.

La Quinta estaba emplazada en una elevación del terreno. Escondida detrás de un tupido follaje, apenas se dejaba ver la villa iluminada. Algún perro anunció, con su ladrido insolente, el arribo del grupo desconocido.

—¡Alto! —gritó un centinela, y detrás de él aparecieron los soldados, apuntando sus fusiles.

—¿Quién vive? —la guardia se acercó más.

—El Libertador.

El oficial de guardia levantó el farol y lo acercó a la cara del coronel Demarquet. Lo reconoció en el acto y se cuadró. Tomó la documentación, la leyó y pasó a iluminar a la señora. Manuela le dedicó una sonrisa desafiante. Vestía su uniforme de húsar, los pantalones carmín con arabescos negros muy ajustados, la casaca militar y botas altas con espuelas doradas, que tintineaban al apretar las verijas de su animal. Sobre sus muslos tenía un par de pistolas turcas, listas para ser usadas. Sacudió la melena ensortijada y aparecieron unos pendientes de coral, colgando de sus orejas. El oficial quedó pasmado y se plantó para empezar un interrogatorio.

—Tranquilo, señor capitán, es la Sáenz —apuró Demarquet.

La columna continuó la marcha hacia el caserón. Una larga alameda, con recuerdos de batallas a los lados, condujo al contingente. Llegaron, Manuela descendió de un salto y subió las escalinatas en pocos segundos. Abrió las puertas de cristal y entró al vestíbulo,

decorado por muebles de caoba, de estilo Imperio, tapizados con damasco color sangre, un sofá a la laca dorada, una butaca muy trabajada con pan de oro, y a la derecha, un pequeño salón, también en los mismos colores, de cuyas paredes colgaban pinturas de las batallas triunfales de Bolívar. Cruzó más puertas y llegó a la amplia biblioteca, iluminada a pleno por la imponente araña. Allí departían algunos hombres, los guerreros del Libertador discutían acerca del Congreso de Ocaña, que se celebraría en pocos días. William Fergusson, Bedford Wilson, el coronel Ibarra y Thomas Menby, y O'Leary, recibieron a Manuela con entusiasmo. Algunas caras nuevas —el apuesto general Urdaneta, miembro del gabinete militar de Bolívar, José Paris, el único civil presente y amigo discreto, lo ayudaba en la administración de sus bienes —saludaron a la recién llegada con el mismo respeto que hubieran mostrado a la esposa de Simón Bolívar. Solo una presencia expuso su cara de asco al ver entrar a Manuela: el general Córdova.

—Buenas noches, caballeros —saludó la señora y evitó los ojos de su enemigo. —Qué grato encuentro.

Con el sigilo acostumbrado, Santana entró a la biblioteca por una de sus puertas. Manuela corrió a abrazarlo. Su confidente la saludó con alivio. Conocía de memoria los pormenores de la relación. Él había sido el escriba de la pasión entre su patrón y la dama. Cuando Bolívar no había tenido tiempo o salud para escribirle las cartas, se las había dictado a José Santana.

—Venga conmigo, señora —y la llevó al despacho del Libertador.

Manuela entró sin llamar. Cerró la puerta detrás de ella. José se retiró con el mismo sigilo con el que se había acercado. Las risas de Manuelita y Simón, inundaron la casa.

CAPÍTULO XIII

Se despedían, al día siguiente Bolívar partía. Caminaban por los jardines, como todas las mañanas, pero esta vez se decían adiós. Por un tiempo nada más, aunque a veces las horas se transformaban en meses y a veces en años. Manuela y Simón iban de la mano entre las madreselvas y las rosas silvestres, él con su uniforme, ella con un vestido de *cashmere* y detalles de armiño.

—Noche eterna la de anoche, mi adorada Manuela —murmuró el Libertador, rememorando las últimas horas.

—Como todas nuestras noches, amado mío —le apretó la mano y le dedicó unos ojos tiernos. —¿Quieres que volvamos a la casa?

Manuela había advertido que Simón no era el de antes. Era notorio el desmejoramiento físico del General. Faltaba poco para que cumpliera 45 años pero no era solo eso, la enfermedad avanzaba, sorda e implacable. Él no le hablaba de eso, ni nombrar el mal podía, pero ella sabía. Todo sabía.

—No, quiero estar aquí contigo.

Le besó la mano y siguieron con la recorrida bucólica. Bolívar se preparaba para partir rumbo a Ocaña. Se había enterado de que Santander se proponía asistir a la Convención y juzgó fundamental contrapesar, con su presencia, la influencia que ejercería el granadino en la Asamblea.

—Mi Excelencia, preciso que me escuches con atención y cumplas mis deseos —habló Manuela y él se avino a escucharla. —Nada debemos confiar, debemos cuidarnos, mi querido, estamos rodeados de enemigos.

Manuelita estaba en lo cierto. Los adversarios de Bolívar habían lanzado su odio por doquier, imputando a la señora como artífice de todos sus males, que él había sucumbido a sus manejos, que había perdido toda fuerza por culpa de ella, que estaba hechizado por la

Sáenz, bruja cruel. Sin embargo, ella se había transformado en el parapeto contra cualquier veneno que avanzara contra su hombre. Tenía el poder de vivar o vetar a cuanto hombre intentara avanzar en la villa. Junto a Palacios, María Luisa, la cocinera, y Petrona, la criada, manejaban la casa y la vida de don Simón.

—El peor, Santander, todo lo que hace es para que lo fusilemos, Simón.

—¿Pero qué dices, Manuelita?

—Lo que escuchas, querido. Dios quiera que mueran todos esos malvados que se llaman Paula, Padilla, Páez, sabes bien de quiénes hablo. Sería el gran día de Colombia, el día que estos viles muriesen. Este es el pensamiento más humano, que mueran diez para salvar millones.

Bolívar lanzó una carcajada, siempre tan definitiva la señora. La miró, le parecía una fuente inagotable de asombro. Eso mismo, Manuela era inquieta y contundente y no dejaba de asombrarlo.

—Ya verás que me darás la razón, adorado. Sé bien cuánto puedo hacer por un amigo, y cuánto más por el hombre que más idolatro.

—Agradezco tanto el tenerte, compañera fiel. Tus consejos son consentidos por mis obligaciones, tuyos son todos mis afectos, y lo que estimas sobre los generales del grupo P, no debe incomodarte —la atrajo hacia su cuerpo y la rodeó por el hombro. —Deja para las preocupaciones de este viejo, todas tus dudas.

Manuela lo besó con fruición, como si su vida se extinguiera. Volvieron a la casa y le preparó la cama para que descansara antes de partir rumbo a Ocaña. Quiso dejarlo solo para que durmiera pero él no la dejó, quería su cuerpo. Terminaron agotados y Manuela se durmió. Tras unas horas de calma, Bolívar tosió. La tos no cedió. Cuidadoso, salió de la cama para no despertar a la dama. Intentó cubrir los tosidos con la mano, buscó un pañuelo y siguió con las expectoraciones. Los suspiros de la mujer calmaron sus dudas, se cubrió el cuerpo desnudo con la camisa de cama y salió del dormitorio para buscar a Palacios. No quería despertar a Manuela. Cuando la puerta se cerró detrás de él, ella abrió los ojos de par en par. Había escuchado todo. Sobre la mesa, descansaba el pañuelo. Manuela se levantó y fue a buscarlo. Acercó la vela, estaba teñido de sangre.

***

Bolívar rumbeó hacia Ocaña con su comitiva. Su proyecto de

nueva Constitución estaba listo y la Asamblea Constituyente fue convocada en la pequeña localidad de montaña, a varias leguas de Bogotá. Pero nunca llegó, mientras se dirigía a destino, el desarrollo de los acontecimientos trastocó su plan. La desunión de la Gran Colombia había tentado a España a que regresara con su afán combativo. Una escuadra enemiga navegaba las aguas para el desembarco de sus tropas. Y más al norte, en Cartagena, una guarnición amenazaba con un golpe. No tuvo opción y se detuvo en Bucaramanga y desde allí le pidió al general O'Leary que inaugurara la Asamblea.

La Convención no iba bien. Sus enemigos políticos dilataban la cuestión y su nueva Constitución no podía ver la luz. Cuando decidió, finalmente, llegarse hasta Ocaña para dar vuelta la taba, los propios le encomendaron que no fuera, que su presencia sería mal interpretada. Durante los dos meses en que se llevó adelante la Convención, Bolívar se quedó en Bucaramanga. Por las mañanas, montaba a *Paloma Blanca* y paseaba por el campo, vestido con ropajes rurales, pantalón y chaleco blancos, corbata negra, casaca azul, sombrero de paja y botas. Dormía en su cama pero le gustaba descansar en una hamaca, desde la que llamaba a sus edecanes o amigos cercanos, para darle a las largas conversaciones. También salía a caminar o marchar de prisa, y en determinados momentos, se lanzaba a la corrida. Se bañaba mucho, le gustaba que le llenaran la tina de agua caliente, se afeitaba diariamente, cuidaba muy bien sus dientes y su pelo. La aparición de una nuevo pelo gris lo llenaba de inquietud. Nadaba con entusiasmo en ríos o en el mar. Y como era ambidiestro, con igual habilidad jugaba al billar, se afeitaba y blandía la espada, el sable o el florete con ambas manos.

Durante las comidas estaba generalmente alegre y conversador, salvo cuando se agitaba por alguna preocupación, en cuyo caso guardaba silencio. Comía mucho, con ají y pimienta en abundancia. Prefería la arepa a cualquier pan, más legumbres que carne, muchas frutas y casi nunca dulces. Preparaba sus propias ensaladas y exigía que, en la mesa, todo estuviese en orden. Gustaba del vino, que tomaba con moderación y al brindar, declamaba que "alegra al hombre, alivia sus pesares y aumenta su valor". Pero claro, siempre que lo hiciera él. Algunas grescas había iniciado con Manuela cuando se pasaba de oporto. Vacilaba ante la manteca, muy apreciada por él pero estimada como dañina. No le agradaba fumar ni que se fumara

en su presencia; otro motivo para la contienda con la Sáenz, fumadora empedernida. Tampoco usaba rapé y pocas veces recurría al café.

Bolívar se sentía a gusto con las tertulias amistosas después de la comida, a veces con partidas de ropilla (1) incluida. Cuando ganaba estaba alegre pero si perdía se irritaba y protestaba contra la mala suerte. En ocasiones quería estar solo y alejado, parecía impasible ante alguna señal de peligro. Tenía gusto por la lectura, en la cama o en la hamaca. Leía en silencio o en voz alta, haciendo comentarios sobre el autor en cuestión. Criticaba a algunos autores ingleses, particularmente a Walter Scott, elogiaba las obras de Voltaire, en él encontraba estilo, grandes y profundos pensamientos, pero no le gustaba la *Nueva Eloísa*, de Rousseau. Se pasaba las horas leyendo.

Solo un día se sintió enfermo: le dolía la cabeza y sentía el estómago cargado. Prefirió no almorzar, tampoco quiso tomar drogas de botica, recomendadas por su doctor.

—La alegría que siento de haber sanado sin ellas —proclamó.

Y contaba que tenía tres acontecimientos de su pasado muy fijos en la memoria.

—Pienso en mi esposa María Teresa, mis viajes a Europa y las oportunidades en las que estuve a punto de morir —recordó Bolívar. —Quise mucho a mi mujer y su muerte me hizo jurar no volver a casarme. He cumplido mi palabra.

Sus interlocutores escuchaban con atención lo que decía. No olvidaba los detalles del atentado contra su vida en Jamaica, en 1815, en manos de un criado, el negro Pío, ni el peligro que había corrido en el campamento Rincón de Toros, en 1818, y cómo pudo haberse ahogado en el río Orinoco por tratar de competir como nadador con su amanuense Martel. Con nostalgia se refería a sus aficiones de otros tiempos.

—He sido muy aficionado al baile, pero aquella pasión se ha apagado totalmente en mí. Siempre he preferido el vals —afirmó.

Sin embargo, se hizo un tiempo y le escribió a su adorada Manuela. Le confió que le faltaba su consejo y su presencia, allí donde todo le era ingrato; que la Gran Colombia se sumergía en la discordia de los partidos y no quedaba otro camino que sucumbir o la dictadura. Le pedía consejo y le contó que su fiel acompañante Lacroix le decía que la patria y la historia le debían todo, y que aún añoraba esos besos suyos, además de sus fragancias.

***

Manuela había salido a cabalgar. Necesitaba aire, sentirse libre, que nadie la persiguiera, que no la atravesaran las balas maliciosas del qué dirán, porque en Bogotá tampoco se privaban de señalarla: que la *cocotte* del General, que la Madame du Barry de por aquí y algunos brulotes más. Manuela causaba todo tipo de polémicas, nunca pasaba desapercibida. De día, y vestida de oficial, era capaz de provocar, como aquella vez cuando cabalgaba por las calles y se percató de la presencia de un soldado que llevaba la consigna de acción en una nota colocada en el extremo del fusil, como era la costumbre. Embravecida, se había lanzado al galope sobre el pobre muchachito, arrancado la nota a su paso para leerla, obligando al soldado a disparar sobre la ladrona. Manuela había regresado sobre sus pasos para devolver el santo y seña, y como si nada, había continuado con lo suyo.

Había invitado a unos oficiales a que la acompañaran en su travesía, además de la infaltable Jonathás, que no la abandonaba jamás, su sombra en vida. Hacía un calor insoportable desde temprano, Manuela andaba de camisa y pantalón, y su casaca de oficial superior. Cada tanto, instaba a que se lanzaran al galope, ganaba ella siempre. Iban al paso, secándose el sudor, habían dejado atrás, hacía rato, la calle de la Carrera. Manuela se recogió las trenzas debajo de un sombrero y se colocó un mostacho sobre la boca, y se dio a imitar a Santander, a los gritos. Todos reían a carcajadas, ella más. De repente, unas voces que venían de atrás, interrumpieron la diversión.

—Buen día, Coronel —se anunció uno de los recién llegados.

Manuela maniobró su caballo como una amazona, escondiendo la cara para que no la vieran. Hasta que ya no hubo caso y se mostró con una sonrisa y el mostacho de mentira. Todos rieron y ella se lo quitó.

—Coronela puede ser, soy Manuela Sáenz. ¿Quieren acompañarnos, caballeros?

Y se sumaron al grupo hacia Soacha, acompañados de una mula cargada de comida y vinos. Los caballos piafaron y tascaron el freno hasta el momento de partir. La mañana los invitó a disfrutar de las mesetas de las cordilleras, Manuela los instó a que galoparan junto a ella y todos accedieron. Cerca de la loma de Canoas, el caballo de la Coronela tuvo un traspié y ella salió volando para caer a unos pasos de su animal. Quedó tendida sobre la tierra, completamente inmóvil. Todos saltaron de sus montas, corrieron a mirar si estaba viva. En el

grupo de los amigos nuevos se encontraba el médico escocés Ninian Richard Cheyne. Junto a Jean, el francés que la había descubierto, se abalanzaron sobre ella.

—¡Haga una exploración, doctor, ya que usted tiene conocimientos de los seres! —dijo Jean, exasperado, mientras le desabotonaba el uniforme.

El escocés, alto, fornido, de aspecto imponente y melena abundante y ondulada se arrimó al cuerpo inerte de Manuela y la miró con ojos vivaces iluminados por la penetración. La tocó con cuidado.

—Mala lengua —le dijo Manuelita y se abrió la camisa por completo para que verificara lo que tenía.

Cheyne continuó examinándola, le puso sus manos grandes sobre la piel y subió y descendió. El público observaba sin emitir sonido. Hasta que el doctor dijo que no había pasado nada, una ligera luxación en el hombro izquierdo. Manuela montó a la silla sin dificultad y continuaron al paso hacia Canoas, y siguieron por un estrecho sendero que los llevó a un sitio desde donde se podía ver la cascada.

—Pero cuánta belleza, propongo que nos detengamos a admirar la caída del agua y luego almorcemos, ¿qué les parece? —propuso el francés.

—Me parece una gran idea —se acopló el señor Illingworth.

—De ninguna manera, tengo hambre, almorzaremos ya mismo —ordenó Manuela y Jonathás tendió un mantel sobre la hierba y sirvió las delicias que habían traído, además de los vinos exquisitos, entre los cuales descolló el champagne.

Se comió y bebió en exceso. Un misionero inglés improvisaba versos sin sentido sobre el infierno, el paraíso y el fin del mundo, dos irlandeses, en un estado etílico importante, se durmieron y procedieron a roncar como si fuera la última vez. Jonathás pegó un salto y empezó a girar en un baile desenfrenado, y Manuela la imitó. La tomó de las manos y bailaron una danza cómplice. Manuela se soltó para continuar el baile, sola. De a poco empezó a acercarse al precipicio. Movía los brazos suavemente, la camisa, algo abierta, dejaba imaginar lo que se escondía. Murmuraba un cántico imperceptible, acallado por el ruido del Tequendama, y el abismo se acercaba cada vez más. Jean vio lo que estaba a punto de suceder y se lanzó sobre ella. La tomó del cuello de la camisa y quiso atraerla hacia él pero se inició una lucha que agregó riesgo al baile. Se dejó resbalar

y asió fuertemente su pierna, mientras que Cheyne, quien se había percatado del peligro que corría aquella desatada mujer, se tomó con fuerza de un árbol y enrolló las trenzas de Manuela en su brazo izquierdo. En un movimiento la salvó de lo que parecía su intención de saltar al vacío. Cheyne la tomó en sus brazos y la llevó a un lugar seguro. Una vez que todo hubo pasado, resolvieron regresar. Hubo que tirarles agua a los irlandeses, que continuaban con los ronquidos. Se despertaron sobresaltados, pensando que habían caído a la cascada. Antes de partir, lanzaron las botellas al Tequendama.

Regresaron a Bogotá al trote y bien cansados. A la caída del sol entraron a la ciudad. Manuela seguía inquieta, la borrachera se le había pasado pero recordaba todo.

—Vengan a mi casa, señores —los invitó y terminaron el día en los salones de la Quinta. Bolívar le había encomendado a su mayordomo que le diera todo lo que ella demandara.

Manuela lucía fresca como una lechuga, las trenzas sueltas y la melena adornada con flores naturales.

—Me salvó la vida, Cheyne. Usted es mi nuevo amigo escocés, tiene fuerzas para soportarme —le susurró al oído y se adhirió al cuerpo grande del hombre.

***

Al enterarse el gobierno peruano, presidido por el mariscal don José de La Mar, de la batahola política en la que Colombia estaba sumida, asumió que había llegado el momento de expulsar a las fuerzas de la República de los lugares centrales del continente, para imponer el predominio del Perú en las provincias del Ecuador y en la República de Bolivia. Todo estaba más que listo, había llegado información de que el partido santanderista miraba con alegría las dificultades de la política del Libertador, y las tropas del sur habían perdido la moral de otros tiempos.

El mariscal Sucre, quien gobernaba en Bolivia, intentando evitar males mayores, dedicó toda su atención a preparar el regreso a Colombia. Para privar a La Mar de que encontrara cualquier pretexto de intervención, reclamó una entrevista y el 5 de mayo de 1828, en las márgenes del Desaguadero, le declaró que ultimaba detalles para la completa evacuación de las fuerzas colombianas. Tres días después, el ejército invasor, sin demasiada resistencia, ocupó La Paz y continuó su avance hacia Oruro.

Cuando Bolívar regresaba de Bucamaranga hacia la capital, las relaciones de Colombia con el Perú llegaban a su punto de máxima tensión. El representante diplomático peruano en Bogotá exigió el inmediato retiro de tropas de las regiones del sur y se declaró sin autorización para escuchar las quejas del gobierno por la intervención del ejército peruano en Bolivia. Ante esta situación y luego de una serie de encuentros ríspidos con el diplomático peruano, el 3 de julio, Bolívar dio a conocer su histórica proclama, en la que decía, entre otras cosas:

¡Ciudadanos!

La perfidia del gobierno del Perú ha pasado todos los límites y ha hollado todos los derechos de sus vecinos de Bolivia y de Colombia… Referiros el catálogo de los crímenes del gobierno del Perú sería demasiado y vuestro sufrimiento no podría escucharlo sin un horrible grito de venganza; pero yo no quiero excitar vuestra indignación ni avivar vuestras dolorosas heridas. Os convido solamente a alarmaros contra esos miserables que ya han violado el suelo de nuestra hija, y que intentan aún profanar el seno de la madre de los héroes. Armaos, colombianos del sur. Volad a las fronteras del Perú y esperad allí la hora de vindicta. Mi presencia entre vosotros será la señal del combate.

La Mar ordenó la movilización general hacia las fronteras de Colombia. La guerra iba a comenzar. Santander, de regreso de Ocaña, se había instalado en su hacienda de *Hato Grande,* en las proximidades de Bogotá. Aprovechaba y le confiaba al abogado y periodista Vicente Azuero que se sentía tranquilo en cuanto a la seguridad que le inspiraba su conciencia pero con cuidado de no ser víctima de algún malvado; que no había visto al Presidente, que nadie se desdeñaba en hablar con él en la calle y de visitarlo, y que no había recibido el más leve insulto; que la opinión pública era cada vez mejor y más general, y que sumaban reclutas para su partido, el liberal, que las fiestas nacionales habían estado frías y desanimadas, pero que debía aplaudir la tranquilidad imperante, pues ni papeles incendiarios ni palabrotas, ni nada irritante observaba en el trato social, que no era poca fortuna.

Sin embargo, las calles de Bogotá estaban plagadas de *papeluchas* (2) que nombraban a Bolívar como “tirano”, lo mismo se publicaba en

el periódico *El Conductor*, donde Azuero era el redactor principal. Manuela, enterada de la operación contra su amado, llamó a uno de los lanceros negros más fornidos y le dio la orden. El soldado salió presto y en la Calle del Comercio encontró al periodista en plena distribución de los libelos. En un movimiento, el lancero le dio un puñetazo en la cara y lo derribó. No conforme, le zapateó la cabeza con ganas. Azuero tuvo suerte, en ese instante apareció el general Córdova, que venía de una visita galante, y lo salvó de la muerte. Pero esta no fue la única embestida contra Bolívar. Su fiel Fergusson también había descubierto otro panfleto amenazante, *Incombustible,* firmado por el periodista Florentino González.

Desesperada por los riesgos que corría Simón, su hombre amado, Manuela le escribió:

> *Estoy metida en la cama por culpa de un resfrío, pero esto no disminuye mi ánimo en salvaguardar su persona en toda esta confabulación que está armando Santander.*
> *¡Dígame usted!, que por esto pesqué el resfrío, por asistir a una cita. Supe esta tarde los planes malvados contra su ilustre persona, que ya perfeccionan Santander, Córdova, Crespo, Serna y otros, incluidos seis ladinos. Incluso acordaron el santo y seña.*
> *Estoy muy preocupada, y si me baja la fiebre voy por usted, que es un desdichado de su seguridad.*

Pero ella no fue la única que se dirigió a Bolívar. El general Córdova también hizo su reclamo y Manuela fue el tópico central de la demanda. El Libertador le respondió a todo con tono amigable. Al llegar al punto de la “amable loca”, le preguntó qué quería que le dijera, que él la conocía de tiempo atrás, que había procurado separarse de ella pero que nada se podía contra una resistencia como la de ella, pero luego de que pasara aquel suceso pensaba hacer el más determinado esfuerzo por hacerla marchar a su país o donde quisiera. Y le decía a su querido amigo que no tenía que decirle nada que no supiera, tanto al respecto del suceso desgraciado de esos locos, como a la prueba de amistad que le daba, que era de él de corazón y que no existía razón para ese disgusto.

1- Juego de naipes.

2- Papel escrito o impreso, cuyo contenido se considera despreciable.

CAPÍTULO XIV

Bolívar ordenó que se levantara la Convención, declaró vacante el cargo de Vicepresidente, se puso el uniforme militar y entró a Bogotá con sus tropas. El 13 de julio, en la gran plaza frente a la Catedral, asumió poderes dictatoriales sobre la República. Estaba dispuesto a terminar con el caos. Eligió como residencia oficial el Palacio de San Carlos. Había dejado de lado a Manuela.

Pero ella no. El 24 de julio, Bolívar cumplía 45 años y Manuela quería festejárselos. Preparó la Quinta para la celebración, ordenó que las fachadas de la imponente villa fueran cubiertas con banderas y se armaron varias mesas en los jardines, desbordantes de comida y bebida. El Libertador no asistió. Pero sí lo hicieron algunos miembros de su Consejo y una compañía del batallón de Granaderos hizo ejercicios en la entrada, en honor a los invitados.

Manuela estaba exultante, la melena suelta repleta de flores de todos los colores, las mejillas ensalzadas con colorete, la boca pintada y un vestido de seda roja como la sangre, iba y venía en pos de cumplir las necesidades de los presentes.

—A ver, María Luisa, Petrona, que saquen unos barriles de chicha para los soldados —ordenó Manuela, quería que sus invitados disfrutaran de la mejor fiesta del mundo.

Era todo risas y Manuela, que oficiaba de dueña de casa de la que fuera la residencia del Libertador, propiciaba divertimento a la amplia lista de convidados, entre los que se destacaban Cheyne, que había llegado con Jean, el francés, y William Wills, un inglés que había desembarcado en Colombia años atrás, empleado de la Colombian Minning Asociation.

Cuando el oporto empezó a hacer su efecto, Manuela reclamó a los músicos que tocaran más fuerte y se paró en el centro de la escena para mostrar sus dotes en la cachucha. Todos se acercaron a disfrutar

de las piernas perfectas de la bailarina, las mejillas de Cheyne y de Wills se habían enrojecido, efecto de los vinos y el panorama.

—Venga, Richard, a bailar conmigo —y arrastró a Cheyne al centro. —¡Miren que este hombre me ha salvado la vida!

Y con un desparpajo absoluto lo pegó a su cuerpo y se zarandeó. Estaba furiosa porque Bolívar no había asistido a su homenaje. El odio se había transformado en urgencia lasciva y el fornido escocés era su nuevo botín. Cheyne la ceñía con fuerza, Manuela jadeaba. En pocos pasos, Wills se avino a la pareja y en un pase de manos tomó a Manuela y continuó el baile. Ella rio con ganas, volcó la cabeza hacia atrás, ofreciendo el cuello pálido. El inglés lo besó con ganas.

De la nada, uno de los invitados, también exaltado por la bebida, mencionó, en voz demasiado alta, el nombre de Santander. Fue como una chispa sobre un barril de pólvora. A los gritos, la fiesta en su plenitud dedicó furias a quien consideraban el principal enemigo de Bolívar.

—¡A fusilar a Santander! ¡A por la efigie! —propuso uno de los invitados, siguiendo la costumbre española.

Manuela aplaudió, fascinada. Sus ojos brillaban. Le dio la orden a Jonathás, la esclava trajo un saco, lo llenaron de trapos, lo vistieron con un uniforme oficial que había sido desechado, y le pusieron un bicornio. Manuela le dibujó la cara de Santander, reprodujo la expresión altanera, los ojos negros, los largos mostachos, y por si hubiera alguna duda, pintó *Francisco de Santander, ejecutado por traición* en un letrero, y lo colgó del muñeco.

Un pelotón de soldados con demasiada chicha en la cabeza, llevó con ampulosidad burlesca a “Santander” hasta las puertas de la finca y lo apoyó contra la pared. El deán de la Catedral, presente en el lugar, le administró los últimos rituales. Detrás llegó el coronel Crofston —las malas lenguas decían que andaba en devaneos con Jonathás— de la Legión Británica, y le señaló a su ayudante que diera la orden de fuego. Manuela vivaba.

—Me niego, mi Coronel, a participar en esta indigna farsa —dijo el oficial colombiano y envainó su espada.

Crofston lo maldijo y le impuso un arresto. Y en un segundo sacó su propia espada, formó a los soldados y dio la orden de fuego. “Santander” se deshizo.

***

—Excelencia, está la señora Manuela a la puerta —su mayordomo le murmuró al oído.

Bolívar trabajaba en su despacho junto a varios de sus hombres. Se discutía cuál sería el destino de Santander, entre tanto caos. Bogotá estaba efervescente, aliados y oponentes disputaban, casi a cara descubierta, el futuro de Colombia. Hacía unas horas, había llegado José Ignacio Paris, desde *Hato Grande*, con noticias del granadino. Habían comenzado a deliberar, pero la entrada de Palacios los había interrumpido.

—Pero ¿será posible, José? Saquen a esa mujer de Palacio, no es posible que no entienda razones —replicó Simón en voz alta, a diferencia de su empleado.

Los presentes mantuvieron silencio. A buenos entendedores, pocas palabras, sabían bien a quién se refería el General. O'Leary, Soublette y algún otro hacían como si nada. Por otro lado, la habían tenido en estima a doña Manuela.

—Ya lo hemos intentado, Excelencia —insistió el mayordomo, daba vueltas sobre el incidente feroz que habían vivido en la puerta. —No nos ha sido fácil.

Manuela había apelado a uñas y manotazos. Decía que era urgente, que si no le permitían pasar se arrepentirían. Había intentado lágrimas de cocodrilo incluso, pero los centinelas habían cruzado sus fusiles. La entrada estaba prohibida.

—Ya no sé qué hacer para que entienda. La quiero lejos, necesito que se vaya de Bogotá, todo esto es una locura, y aquello del fusilamiento de Santander y a vista de todos. ¿Qué busca esta mujer? —gritó Bolívar, cada vez más furioso. —Podríamos sumarla, a esta altura, a la lista de enemigos. ¡Sáquenla de mi vista!

Todos se miraron con gesto asombrado, estaban incómodos, hubieran preferido no ser testigos del encono del Libertador hacia la señora.

—Ah, ¿pero no saben lo que hizo? Mandó a matar a un muñeco de Santander. ¡Está loca! —Bolívar caminaba por el despacho, los tacones de sus botas retumbaban por el Palacio.

—Permítame decirle, Excelencia, que el verdadero Santander está flaco y enfermo, pero me pareció aún más de espíritu —intervino Paris, a ver si calmaba las aguas.

Bolívar se distrajo por un instante de la avanzada femenina y volvió a su asiento para escuchar más.

—Y me ha hablado de su pedido de las letras de cuartel (1), pero no le ha dado demasiada importancia. Ha dicho que no le sorprende la conducta que han tomado hacia él algunas personas que le deben favores.

—¿De quién hablará Santander? —se preguntó Bolívar.

—No sé, pero me ha dicho que siente temor por la consolidación del Gobierno cuando usted falte, Excelencia.

El Libertador lo miró fijo con sus ojos de águila. No le gustaba que hablaran de ausencias, aunque sabía bien que aquello era irreversible. Y su cuerpo, que a veces no le respondía…

—Quiere venir a Bogotá y presentarse al Ministerio para pedir, como recompensa a sus servicios, que se le permita salir de Colombia para los Estados Unidos —siguió Paris. —Dice que no quiere más, ni pide más, y cree que no hay ninguna razón para negárselo.

—¿Y usted qué piensa, Pepe? —dio vueltas Bolívar.

—Estimo que no debería desoír su justa pretensión. Si Santander se va al exterior como un particular, cuánto daño puede hacer, pero si lo hace como empleado, queda amarrado y si se suelta, pierde —contundente, replicó Paris.

Pero el Libertador estaba al tanto de lo que sucedía en la ciudad. El rumor de que, en el silencio de la noche, sus opositores empezaban a reunirse para planear su asesinato, retumbaba cada vez más. Y el nombre de Santander se repetía como eco. Levantó la vista y vio a su mayordomo, y recordó lo que había venido a decirle. Manuela, siempre Manuela, que alguien le resolviera ese asunto.

***

Más terca que nunca, Manuela decidió que saldría de la Quinta. Ya no podía quedarse en la finca oficial, pues entonces se instalaría en Bogotá. Nada de retirarse de Colombia, no haría caso al pedido de Simón. ¿Pues quién se creía que era, su propietario, el dueño de sus movimientos? Ya se lo había avisado, que ella haría lo que querría, y si la llamaba, nada de enviarla de vuelta a Quito. Que iba para quedarse, nunca para irse. ¿Sería posible que no la entendieran? ¿Era posible que no supieran que ella siempre tenía la razón, que sabía lo que sucedería antes de tiempo? Así lo había demostrado durante años. Y Bolívar bien que estaba al tanto aunque se hiciera el desentendido. La venganza era su alimento, vencía de ser negativa en grado sumo y había encontrado su objetivo.

Halló un sitio para habitar y, sin dudarlo, pagó 32 pesos de plata a don Pedro Lasso de la Vega por el mismo. La Plazuela de San Carlos, construida en tiempos de Carlos IV, mantenía el espíritu independentista. Sus balcones evocaban los edificios de Valencia y las inmensas puertas macizas escondían los patios rebosantes de flores. En el segundo piso y a lo largo del edificio, había viviendas que compartían los balcones que avanzaban sobre la plazoleta. Desde allí se podía ver el Palacio San Carlos y, para el otro lado, la Calle del Comercio, y enfrente, San Ignacio, la iglesia adonde concurría la sociedad bogotana. Había elegido el sitio perfecto, desde allí oficiaba de vigía, observaba el sitio donde vivía Bolívar y estaba atenta a quienes entraban y salían. Por las mañanas, salía de la cama, se ponía su bata con los brazos al descubierto, y se sentaba en el balcón para llevar adelante el operativo.

Rápidamente equipó su nueva residencia. Compró espejos dorados coronados por el águila del Imperio y los mandó a colocar en el gran salón. También unos sofás tapizados en damasco morado, recién llegados de Francia, porcelana de Inglaterra y cristalería de Filadelfia, además del mobiliario de las habitaciones para sus esclavas y criados, y algún que otro animal que se trajo de la Quinta. Y como por arte de magia recuperó su vida. De día se calzaba su uniforme de húsar y salía a las calles a buscar información, y por las noches ofrecía sus míticas tertulias.

Luego de una noche larga, había convidado a su amigo francés a que la pasara a buscar a la mañana siguiente. Necesitaba comprar unas telas y él tenía sus contactos. Jean arribó a la casa, todo estaba en silencio.

—Vengo a ver a la señora Manuela —se le anunció a la criada.

—No se ha levantado todavía, pero pase —le dijo y le señaló el camino a la alcoba.

El hombre tocó la puerta y entró. Y casi le da un soponcio. Allí, sobre la cama, estaba Manuelita con el osezno —se lo había traído de la Quinta— tendido sobre ella, con las garras posadas sobre sus pechos.

—Don Juan, vaya a la cocina y traiga un jarro de leche que colocará al pie de mi cama. Este diablo de oso no quiere dejarme —le ordenó Manuela, sin moverse.

El francés voló de la alcoba y volvió con la leche. El animal, de a poco, dejó a su víctima y descendió para beber. Jean volvió a salir

despavorido y trajo al primer hombre que encontró. Juntos atraparon al oso, lo encadenaron y lo llevaron al patio, a pesar de sus gruñidos. Tembloroso, regresó a la alcoba para socorrer a su amiga.

—Vea usted, Juan —y se abrió las ropas mostrándole sus pechos—, no estoy herida.

—Señora, la aguardo afuera —y pegó la vuelta.

Con Manuela vestida salieron a la calle. El francés quedó demolido, no solo debió acompañarla a la compra, la dama le solicitó que le hiciera de escudo humano para continuar con sus averiguaciones. Así fue que, entre escuchas fortuitas y cuestionamientos hostiles, descubrió que las amenazas de muerte a Bolívar habían confirmado fecha: el 10 de agosto por la noche, asesinarían al Libertador en la fiesta de disfraces que se celebraría en el Teatro del Coliseo.

***

Manuela le escribió a Simón. Estaba desesperada, quería advertirle lo que había descubierto. Como él ya no la recibía, le imploró por lo que más quería en este mundo, que no era ella, que no asistiera al baile de disfraces; que desistiera, ¡por Dios!, de la invitación, de la cual no se le había hecho llegar participación a ella, y que por eso haría lo que tendría que hacer en procura de su desestima. Le juró amor y firmó. No obtuvo respuesta. El 7 de agosto insistió:

Tengo a la mano todas las pistas que me han guiado a serias conclusiones acerca de la bajeza en que han incurrido Santander y los otros, en prepararle a usted un atentado. Horror de los horrores, usted no me escucha; piensa que solo soy mujer. Pues sepa usted que sí, además de mis celos, mi patriotismo y mi grande amor por usted, está la vigilia que guardo sobre su persona, que me es tan grata para mí.

Le ruego, le imploro no dé usted la oportunidad, pues han conjurado, al golpe de las doce, ¡asesinarlo! De no escucharme, usted me verá hacer hasta lo indebido por salvarlo.

Manuela

Tampoco supo de él. Sin saber qué hacer, lo llamó a Pepe Paris y, a los gritos le confió lo que pasaba: si no cuidan a Bolívar, aparece muerto. Lo asesinan. Paris, sin nombrarla, le recomendó a Bolívar,

asistido por el Consejo, que suspendiera sus paseos diarios a caballo.

Pero llegó la noche fatídica, caía una llovizna incómoda sobre la ciudad. Frente al Palacio de San Carlos estaba el Teatro del Coliseo, donde se celebraba el baile de máscaras. La *créme de la créme* de Bogotá no se lo perdería, como sucedía todos los años. Además de ufanarse, luego, por haber sido parte de la fiesta, los invitados aprovechaban la máscara para llevar adelante algún que otro amor ilícito. Escondidos detrás del disfraz, todo estaba permitido. Manuela, con su uniforme pero sin antifaz, cruzó la calle y llegó a la entrada, con la fiesta ya comenzada. Junto a ella, su cancerbera, Jonathás. Atravesó las puertas y entró al *foyer*, iluminado por algunos faroles, y nadie la miró. Pensaban que estaba disfrazada. Intentando pasar desapercibida, fue detrás de un caballero que bien podía esconderla, y subió las escaleras detrás de él. El caballero en cuestión, don Marcelo Tenorio, comerciante e integrante fervoroso de la Logia Fraternidad Bogotana y gran amigo de don Francisco de Paula Santander, fue abordado por otro hombre vestido de conquistador español, que cubría su cara con una cota de malla.

—¿Me conoce? —dijo y levantó la visera.

Tenorio solo lo escrutó.

—Dentro de media hora, cuando den las 12… morirá el tirano —y abrió su jubón, descubrió un sol naciente pintado y tocó el cuchillo que llevaba en el cinto. —Somos 12. El resultado: silencio.

Los conjurados habían combinado que llegado el momento, se pondrían el gorro frigio, apagarían las luces y apuñalarían a Bolívar.

Manuela se adelantó y quiso entrar a la sala, donde ya sonaba una cachucha y los disfrazados daban sus primeros pasos. El alcalde de la ciudad, don Ventura Ahumada, con calzones cortos de seda, oficiaba de anfitrión. Al ver a aquella mujer demasiado agitada, le cerró el paso.

—Soy Manuela Sáenz —le dijo, prepotente.

—Así sea usted Santa Manuela, no puede entrar al salón con ropas de hombre —se interpuso el alcalde.

En ese preciso momento, entraba Bolívar, flanqueado por el coronel Fergusson y el general Córdova, quienes habían estado conversando en la calle con unos oficiales. El griterío de Manuela y el alcalde había atraído a Jonathás hasta la entrada. Bolívar, no pudo creer lo que sucedía.

—¿Esa es la esclava de Manuela? —preguntó, asqueado.

—Sí, mi General —contestó Fergusson.

—Esto es de no creer —Bolívar apartó de un golpe a Jonathás y se dirigió a la calle.

Córdova, envuelto en una capa de terciopelo azul fue tras él.

—¿Se va, mi General?

—Esto es inconcebible. Acompáñeme.

Bolívar y sus adláteres se retiraron. Al rato, Manuela también salió. La calle estaba vacía.

—Venga, doña Manolita, vamos a la casa que la llovizna la va a enfermar —su esclava la tomó del hombro y se la llevó.

Las lágrimas se perdieron entre la lluvia. Bolívar la había despreciado, ella le había salvado la vida.

***

Los conjurados se habían reunido. Preparaban el atentado desde hacía tiempo, la finalidad secreta era derribar el gobierno de Bolívar, pero con ello iba su asesinato, el del secretario de Guerra Rafael Urdaneta, el de Manuela y el de tantos más. Las reuniones nocturnas se celebraban en las casas de las gentes de posición, el partido realista conspiraba activamente. La excusa que daban era la ansiada libertad, pero en muchos de ellos prevalecía la ambición más que el patriotismo. Los más exaltados eran unos jóvenes que, con el pretexto de estudiar, se reunían con varios profesores del Colegio de San Bartolomé, quienes también avivaban la conjura. El viejo doctor francés Arganil, uno de los *sans culotte* de Marsella y de la Revolución Francesa, dirigía la conspiración, junto a Auguste Horment, también de ciudadanía francesa, y el oficial venezolano Pedro Carujo.

Los más encendidos no pasaban de los 20 años, entre ellos estaba el joven escritor Luis Vargas Tejada, el estudiante de filosofía Mariano Ospina Rodríguez y Florentino González. Imbuidos por los aires románticos imperantes, los incendiarios creían que a tirano muerto, un gobierno nuevo saldría a la luz, desbordante de buenas intenciones. Confiaban en la figura de Santander para esos renovados tiempos aunque precisaban contar con algunos militares para convocar al ejército. Deliberación fue y vino, tentaron al coronel Ramón Guerrera, del estado mayor de Bolívar, y al comandante Pedro Carujo, un militar de poca estatura pero enjundia fuerte, pelirrojo y español, que en los inicios de la guerra había participado con lealtad a la fuerza realista, y a la victoria republicana, cambió de bando a la velocidad del rayo.

Tras algunas deliberaciones, acordaron que el atentado se llevaría adelante el día de San Simón, el santo patrono de Bolívar, el 28 de octubre. Aplaudieron, desbordantes de ansiedad. Tenían tiempo para organizar todo al detalle, nada podría fallar. Sin embargo, todo cambió. El 25 de septiembre a la mañana, el capitán Benedicto Triana entró mareado al cuartel, traía una borrachera de proporciones. Sin darse cuenta, tropezó con otro oficial, hubo jadeos y empujones, y Triana subió a una mesa como pudo y aulló a todo pulmón:

—¡Ha llegado la hora de ahogar la tiranía de Bolívar en océanos de sangre!

De inmediato se dio parte del escándalo, el capitán fue arrojado al calabozo y se fue con la información a Bolívar. El coronel Guerrera, enterado de la situación, se puso en contacto con Carujo y le reclamó que había que poner manos a la obra: el plan se había descubierto. Se dio cita a los conspiradores en casa de Luis Vargas Tejada, en la parroquia de Santa Bárbara. Eran treinta. Se convino dar el golpe aquella misma noche. Se dividieron en tres grupos: Carujo y los suyos asaltarían el palacio y darían muerte a Bolívar; el coronel Guerrera y otros militares reducirían al Batallón de Vargas y liberarían al almirante José Prudencio Padilla, encerrado por haber participado en un levantamiento de oficiales en Cartagena por oponerse a firmar un documento que aprobaba la Constitución vitalicia propuesta por Bolívar en la Convención de Ocaña; y el tercer grupo permanecería en la retaguardia, dispuesto a acudir en ayuda si eran reclamados.

Había llovido todo el día, la noche se había convertido en un páramo desapacible. José Palacios cruzó la plaza con paso frenético junto a los dos mastines de su patrón y un recado. Como si el tiempo no hubiera pasado, apuró el tranco hacia la casa de doña Manuela. Se anunció y, como antes, la señora lo recibió. El mayordomo le extendió la esquela, ella leyó: “Estoy con una jaqueca horrible; por favor, ven luego”.

—Diga a Su Excelencia, José, que estoy más enferma que él y que no iré —Manuela echaba chispas.

Palacios se retiró, sin más, pero al rato volvió con la urgencia renovada: “Por favor, ven en seguida”. Manuela resopló y le pidió que la esperara. Se calzó unas botas de caucho para evitar la mojadura, se envolvió el cuerpo y la cabeza con un manto, y salió detrás del mayordomo, y a un paso, Jonathás. Cruzó a los centinelas con la mirada en alto, subió las escaleras y entró a la recámara sin llamar.

Bolívar, desnudo, tomaba un baño caliente.

—Qué alegría tengo de verte, lo necesitaba más que nada en el mundo —la saludó.

Manuela lo miró y se le acercó sin decir palabra. Se quitó el manto y lo apoyó sobre una silla.

—Va a haber una revolución —murmuró Simón.

—Ya lo sé, Bolívar. Y me alegra que lo hayas advertido a tiempo. Tú nunca crees en lo que yo te digo, y siempre recibes mis consejos con desconfianza.

Las precauciones en el palacio no eran suficientes. La guardia se había doblado y nada más, y en los cuarteles, los oficiales habían sido cambiados. Junto a su cama, Bolívar tenía sus pistolas y su espada.

—No te enojes, mi Manuelita, léeme algo, pensemos que el tiempo no ha pasado —le pidió.

Manuela se sentó a su lado y le leyó. Entre el vaho del agua y la cadencia de la voz de la dama, Bolívar se adormiló. Ella dejó el libro, lo ayudó a salir de la tina y a meterse en la cama. Luego, tomó la vela y se fue a la habitación contigua.

Las 12 dieron y sereno, y amparados por la oscuridad, los conjurados se reunieron en el Puente de San Agustín. Avanzaron hacia la Plazuela de San Carlos y se detuvieron para armarse con pistolas y sables que había traído el comandante Carujo desde los cuarteles. Pero la noche no los agazapó lo suficiente y los centinelas, atentos a los movimientos, gritaron su: "¿Quién vive?".

—¡Libertad! —gritó Carujo y sus hombres blandieron sus sables contra los pescuezos de los guardias.

Abrieron las puertas y se abalanzaron al interior del palacio. Atravesaron los corredores a la busca de Bolívar. La batahola despertó a los perros que se hicieron presentes a ladrido batiente, mientras que el joven oficial, Andrés Ibarra, intentaba enfrentar a los atacantes. Tomó su arma y los esperó en el descanso de las escaleras, pero recibió un golpe en la cabeza que lo dejó inconsciente.

Manuela escuchó la tromba, corrió a las habitaciones de Bolívar y lo despertó. Se levantó al instante, con una espada en una mano y la pistola en la otra, avanzó hacia la puerta.

—¿Pero qué haces en camisa de noche? Ponte el uniforme, hazme el favor —bromeó Manuela y lo ayudó a vestirse.

Desde afuera llegaban los gritos, los ladridos de los perros, algunos tiros. "¿Dónde está el tirano? ¡Muera Bolívar! ¡Viva la libertad!", se

escuchaba. Manuela le dio sus botas de caucho y lo cubrió con una capa. Le sacó la espada de la mano, sigilosa se asomó a la puerta y en un hilo de voz le dijo:

—¿Esta ventana, da a la calle, no es cierto? Es alta pero nada es suficiente. ¡Salta!

Bolívar la abrazó, besó a Manuela y saltó. Ella no se asomó, escuchó el golpe de la caída y los pasos de la fuga, detrás de los latidos de su corazón. Tomó aire en busca de algo de calma y, con la espada en mano, miró hacia la puerta. En ese momento, los conjurados irrumpieron en la habitación.

—¡Dónde está Bolívar!

—En la sala del consejo.

—¿Y qué es esta ventana abierta? ¡Se ha escapado!

—De ninguna manera, la he abierto para ver lo que sucedía afuera.

Se arrojaron sobre ella, le arrancaron el sable y la empujaron hacia la sala del consejo. No había un alma. Se desesperaron, empezaron a buscar a Bolívar por todos lados. Palacios se acercó a Manuela, a ver cómo se encontraba y, ella, experta en esas lides, le susurró lo que había sucedido. En un segundo, el mayordomo se perdió entre las sombras y corrió en busca de su amo.

Los atacantes volvieron sobre Manuela, la hicieron marchar a punta de sable. Ella hizo caso, aprovechaba y contaba los minutos para que Bolívar hiciera a tiempo de escapar. Estaba segura de que a esa altura ya estaría en el puente. Llegaron al descanso de la escalera y vio a Ibarra tendido en el piso, teñido de sangre. Corrió a socorrerlo a pesar de la amenaza de los conjurados.

—¿Ha muerto el Libertador? —preguntó Ibarra, débilmente.

—No, tranquilo, está vivo —lo calmó Manuela y se dio cuenta de que la habían escuchado. Se incorporó y siguió. —¡Sí, Bolívar está vivo!

Uno de los conspiradores se le fue encima. Le dio un puñetazo y Manuela cayó hacia adelante. El resto se le fue al humo.

—¡Mátenme, vamos! ¡Miserables, cobardes! —los provocó, lastimada.

Auguste Horment se interpuso entre los agresores y ella, y gritó que terminaran con aquello, que no habían ido allí a matar mujeres. Carujo, dominado por la ira, le tiró una patada que le rozó el hombro y le dio en la cabeza. La arrancaron del piso y la tiraron dentro de la habitación de Bolívar. La encerraron con llave y dejaron a un hombre

para custodiarla. A nadie le preocupó la herida que tenía.

Manuela escuchó ruidos que venían de afuera. Se asomó a la ventana y vio la figura del coronel Fergusson a medio vestir, con el sable desenvainado, que corría hacia la entrada del palacio. Manuela le chistó.

—¿Dónde está el Libertador? —preguntó.

Pero ella no pudo responder, se puso un dedo sobre la boca para que callara. Fergusson se dirigió a la entrada.

—¡No entre! —gritó Manuela. —¡No entre, que lo matarán!

Fergusson no le hizo caso. Corrió hacia la puerta y se topó con Carujo, que levantó su pistola y le rajó un tiro sobre la cara. Las piernas del irlandés se doblaron y cayó inerte. Carujo, no conforme, recogió el sable del suelo y le atravesó el cuerpo.

El otro grupo de conjurados había disparado contra el Batallón de Vargas. Sin embargo, su comandante, el coronel Charles Whittle, se defendió a pura bravura. Los hombres de Bolívar convergieron en el palacio. El doctor Moore, el médico del Libertador, curó a Manuela, Jonathás arrastró el cadáver de Fergusson hacia adentro. Pronto llegó el general Urdaneta con una tropa y todos se reunieron en una de las salas.

Mientras tanto, Bolívar se había escondido debajo de un puente. Tras su salto al vacío había corrido, ocultándose entre las sombras de la noche. Al oír unos pasos, se había agazapado y preparado la pistola, pero pronto se dio cuenta de que aquel cuerpo que se había acercado no era otro que su fiel José Palacios. Los dos corrieron hacia el Viaducto del Carmen, que cruzaba el río San Agustín, con la esperanza de irse a extramuros. Pero unas voces los conminaron a hundirse en el agua hasta las rodillas. Simón y su leal liberto esperaron hasta que escucharon gritos amigos.

—¡Viva el Libertador! —vociferaban los soldados que perseguían su halo.

Bolívar salió arrastrándose de aquel pantano y se incorporó. Abrazó a sus hombres, pidió un caballo y apuró el paso hacia los cuarteles, donde se calzó un uniforme limpio para dirigirse a la plaza. Urdaneta había comandado la situación. Los cientos de sospechosos de sedición habían sido detenidos y los tenían en la plaza, sometidos con grilletes. Cuando el Libertador entró, la guarnición de Bogotá prorrumpió en vítores. Con emoción, agradeció a todos por su lealtad. Uno por uno, todos sus generales, se acercaron para felicitarlo.

Cuando Santander le tendió la mano, Bolívar se mantuvo tieso y le dedicó una de sus peores miradas.

Luego, emprendió el regreso al palacio. Eran las cinco de la madrugada, las calles ya estaban con gente, candiles en mano, vitoreando a su Presidente. Apenas franqueó las puertas de la residencia, un tumulto lo recibió. Vio a Manuela y fue directo hacia ella.

—Manuela, mi Manuela, eres la libertadora del Libertador —le dijo, muy conmovido.

Ella guardó sus emociones. Se hubiera vencido junto a él pero no debía hacerlo. Sonrió apenas y no dijo nada. Él se dirigió hacia sus habitaciones, ella lo siguió. Lo ayudó a quitarse la ropa y lo miró, mientras se tendía sobre la cama. Bolívar necesitaba descansar. Pero no hubo caso. Se quitó las cobijas y salió del lecho, y como un león enjaulado comenzó a pasear por la recámara.

—Dime lo que ha pasado. Sí, cuéntame todo.

Manuela iba a empezar pero la interrumpió: que mejor no le contara nada. Y volvió a pedir detalles. Así se hizo de día.

1- La jubilación en el lenguaje castrense.

CAPÍTULO XV

Tras el levantamiento hubo represalias, largos interrogatorios, calabozo para algunos y castigos para otros. Pero Bolívar, en su fuero íntimo, adujo que esto no calmaría las rispideces. Había tomado en cuenta que aquello no era un problema militar, sino un descontento popular. El pueblo no lo comprendía, no veía los sacrificios que él había hecho para mantener unida a la Gran Colombia. Pasó días buscando una solución y entendió que lo mejor sería conceder una amnistía general y renunciar a sus cargos. El general Urdaneta protestó con vehemencia pero no hubo caso. Bolívar insistió con su decisión. Hasta que Manuela entró en acción y sentenció que la única opción era el terror. Santander no tenía escrúpulos, iría hasta el final, que ella sabía bien, que alguna vez la escucharan. Simón cedió y, en la mañana del 2 de octubre, el verdugo comenzó su tarea. Además de las ejecuciones, hubo encarcelamientos y destierros. El juicio contra Santander duró varios días. Fue condenado a muerte pero el Consejo pidió clemencia y Manuela se opuso. Lo quería bien muerto. Bolívar, en vez, optó por el destierro perpetuo.

El Libertador, entonces, se instaló en la Quinta. Necesitaba descansar. La enfermedad lo consumía. Manuela regresó a su lado, abandonó la tirria y acompañó a su querido Simón. Tomó el toro por las astas y sentenció que debía ser tratado por un médico de su confianza. Convocó a su amigo, el doctor Cheyne, y pronto suplantó a Moore. La tisis avanzaba, Bolívar debía reposar y alimentarse bien. Manuelita estaba convencida de que gracias a su devota atención, además del ojo clínico de su amigo, reconfortaría al enfermo.

—Estoy abrumado, mi loca —le confió Simón. —El prestigio de mi nombre se ha desvanecido.

Pero Manuela lo colmaba de amor e intentaba convencerlo de que volviera a confiar en sí mismo. Ella decidía quiénes entraban y salían

de la villa. Aceptaba o rechazaba las visitas, a él le regalaba su mejor talante, aunque a veces, en la soledad de la noche, estrujaba sus manos con pavor porque el aspecto de su Simón era enfermizo, estaba flaco y bastante desmejorado. Cerraba los ojos para no pensar, rogaba al Dios en el que no creía, que su hombre volviera a ser el de antes.

Llegaron noticias de la situación de Santander y eso la puso contenta. Un amigo que lo había escoltado hasta la plaza principal de Cartagena le escribió para decirle que el granadino estaba enfermo, que se lo veía muy abatido y que aseguraba que no volvería más a Colombia. Manuela gritó de alegría. ¡Lejos con el diablo! Su entusiasmo se afirmó cuando Bolívar le entregó la administración del gobierno a Urdaneta. Era uno de los leales.

El 28 de octubre decidieron celebrar la fiesta onomástica de Simón Bolívar con un gran baile en el Palacio de San Carlos. El Libertador volvió a entrar del brazo de Manuela, como en los viejos tiempos. Él lució frac y calzones blancos de lana, medias de seda y zapatos con hebilla. Colgando de su cuello, una cinta de *moiré* azul con una condecoración: el medallón de George Washington; Manuela fue muy recatada, el escote realzado por un collar de diamantes y esmeraldas. Pero el cuerpo de Simón aguantó poco y debieron retirarse a poco de llegar.

Sin embargo, la fiesta bogotana duró poco. El 19 de enero de 1829, Perú invadió el Ecuador.

—Envíen a mis emisarios a Quito, de inmediato. ¡Saquen a Sucre de su retiro quiteño! —ordenó Bolívar mientras comenzaba con los preparativos.

Manuela observó en silencio. No le gustó lo que veía. Bolívar insistía con poner orden al caos que se avecinaba, reunía a su ejército, volvía a la actividad. Pero ella no lo veía en condiciones.

—Mi querida, te quedas aquí, esperándome, como siempre —Simón les había ordenado al general Urdaneta, al discreto Pepe Paris y a John Illingsworth, amigo de ella y entusiasta partidario de él, que la protegieran.

—Amado mío —se despidió Manuela.

Sufriendo de un modo muy evidente, Bolívar montó su caballo y marchó hacia el tumulto.

***

Manuela vivía rodeada de gente. Además de los encomendados por

Bolívar, tenía otros amigos que no la dejaban ni a sol ni a sombra. Había quedado sola en Bogotá, intentaba no darse cuenta.

El terceto hacía sus labores de sostén a la perfección. Urdaneta era el encargado de facilitarle dinero para su manutención. Todo esto era informado a Bolívar, quien esperaba ansioso las novedades. Pepe Paris, en cambio, y siempre que anduviera por las inmediaciones, la visitaba. El hombre había comenzado a dedicarse a la explotación de minas de esmeralda en la selva y eso lo tenía ocupado. En uno de los regresos de sus viajes, le había traído una esmeralda de obsequio. Manuela no la había aceptado, ahora no le agradaban las piedras preciosas. Illingsworth, en tanto, aparecía todas las tardes con alguna delicia gastronómica y se pasaban horas dándole a la conversación.

Pero no eran los únicos que la visitaban. Su amigo francés, Cheyne y Wills también disfrutaban de la compañía de Manuelita. Una tarde, Jean se presentó en la casa. Como preparaba un viaje a Quito, la señora le había prometido una recomendación dirigida a José María, su hermano, residente en aquella ciudad.

—Juan, mi querido, termino de almorzar. ¿Gustaría algo? —le convidó Manuela.

—No, señora, vengo comido.

—Entonces vayamos al salón.

Se acomodaron en los silloncitos de damasco morado y la señora le ofreció un oporto.

—Pues le quiero advertir sobre la belleza de los bordados que encontrará en mi tierra, Juan —empezó Manuela, alegre. —Puede llevarle a sus novias o a su madre, usted bien sabrá. La habilidad de mis compatriotas quiteñas no tiene igual.

—Le agradezco, señora Manuela.

—Pero mire, Juan, mire aquí —y se empeñó en mostrarle la camisa trabajada. Sin más y con total naturalidad, tomó la camisa que traía puesta y la levantó para que el hombre pudiese examinar la obra de sus amigas.

—Observe, don Juan, ¡cómo están hechas! —obligándolo a mirar algo más que los bordados de la tela.

—Pero hechas en torno —respondió el francés aludiendo a las piernas de Manuela.

En ese instante entró Wills que venía de afuera. Ella, como si nada, le dio la bienvenida con una sonrisa de oreja a oreja.

—Muestro a don Juan bordados de Quito.

Así de desfachatada, siempre. Manuela no había perdido las mañas. Tampoco había dejado de mostrar interés y preocupación por la política. Largaba a su esclava a la calle para que le consiguiera información y cuando esta la traía, la escuchaba en trance. No perdía detalle y preguntaba, buscaba, rastreaba como un depredador. Le llegaban noticias de que el ejército peruano se acercaba a Quito, y parecía que algunos jefes de las fuerzas colombianas habían coqueteado con ellos. El impetuoso general Córdova había obrado por su cuenta y logrado someterlos. Bolívar había concedido una amnistía general y ordenado a Sucre que embistiera contra el enemigo. Sabiendo que el Libertador no estaba en condiciones de llevar las tropas al campo de batalla, el general Sucre había concentrado las fuerzas y avanzado en Tarqui, hasta lograr una victoria arrolladora.

La noticia alegró a Manuela. Exultante, aceptó la invitación de Pepe Paris, dichoso de ofrecer su casa para una tertulia. Hacia allí se dirigió y fue el centro de la noche. Ofició de celestina e intentó casar a más de uno. A los gritos se pronunció en contra del matrimonio aunque le encantaba que otros se entregaran a la práctica.

—Que el himeneo no obliga a nada, es una pasión de placer —adujo, resuelta.

Y reclamó que nadie se atreviera a hablar del suyo, que había sido una catástrofe y que bien sola estaba, sin marido pero con amor, que se llamaba Simón Bolívar, héroe de todos los héroes.

Mientras tanto, Bogotá era un hervidero. Representantes personales de Carlos X, de la mismísima Francia, habían sido recibidos con consideraciones especiales por el gobierno. El retorno de la monarquía tenía mucho apoyo en las clases pudientes y el alto clero. El gobierno de los Borbones siempre se había mostrado hostil a la insurrección de las colonias españolas, sin embargo, cuando la República fue reconocida por los Estados Unidos, Inglaterra y Holanda, Francia decidió enviar su comisión real a Colombia. Nunca había obtenido audiencia con Bolívar, ahora las cosas eran bien distintas.

En la noche del 8 de septiembre, Manuela comía en su casa con Urdaneta. Le había traído unos pesos y ella le había reclamado que lo acompañara. Conversaban animadamente cuando una de sus esclavas los interrumpió.

—Doña Manolita, piden por usted —dijo con premura.

—Habrá que hacerlo entrar entonces —ordenó Manuela.

Mugriento de lluvia y barro entró un correo, con noticia urgente. La señora lo sentó a su mesa, le ofreció algo de comida y lo apuró a que hablara. El hombre se despachó con la desgracia de que Córdova había iniciado una revuelta. Manuela arqueó la ceja y vociferó que continuara. Que se había apoderado de los cuarteles de Medellín y estaba concentrando fuerzas; todo parecía incluso peor.

—¡Han visto! Lo que siempre he dicho. ¡Traidor! —aulló Manuela.

—No se desespere, señora. Creo que podré solucionar fácilmente este problema con Córdova.

Urdaneta convocó a su mejor hombre, el general Daniel O'Leary, para que liquidara la revuelta. Junto a novecientos hombres, se llegó al sitio de la gresca y la extinguió. El general Córdova murió en su ley. Bolívar, enterado de lo sucedido, se sintió muy apenado por "el lamentable y trágico fin" de su joven e intempestivo general.

Una mañana helada de noviembre, Manuelita se despertó con correspondencia. Sin siquiera vestirse, abrió la carta que llegaba desde el cuartel general de Ibarra. La firmaba Bolívar:

Tengo el gusto de participarte con albricias la conclusión del tratado de paz con el Perú, que fuera firmado y ratificado el 22 de septiembre pasado, para así dar la anhelada paz a la Gran Colombia.

Próximamente salgo en camino hacia Popayán. Muy pronto nos veremos. Estoy terminando un oficio que habré de enviar al Ministerio de Relaciones Exteriores, para prevenir al Consejo de Ministros que suspenda toda negociación sobre monarquía, y deje al próximo Congreso decidir acerca de los intereses de esta nación. Creo con inmensa firmeza que, con estas disposiciones, se habrá de acabar con esa odiosa propuesta que empaña la gloria de la libertad.

Guárdame en tu corazón y cuéntame pormenores de la política. Te diré que pienso firmemente en apoyar a Sucre como mi sucesor. Ojalá sea respaldado por todos.

Te ruego prepares algo de esto, que me interesa mucho por el futuro de la Gran Colombia. Mi amor, espérame con esa ansia con que te dignas amarme.

Soy siempre tu más fiel amante, de alma y corazón.

Manuela apretó el papel contra su pecho. Volvería a encontrarse

con su Simón.

***

Bolívar entró a Bogotá el 15 de enero de 1830. La gente se apretujó en la larga calle, el pueblo lo vitoreaba. La ciudad se había engalanado para la entrada del Libertador, los arcos de triunfo a puro laurel, los cañones tronaban, las banderas flameaban, grandes y niños aplaudían a su ídolo. Los regimientos de milicias de caballería de la Sabana formaron en la carrera de San Victorino hasta el Palacio, los balcones, las ventanas, las torres, estaban llenas de gente, pero en la multitud reinaba un silencio triste. El instinto del pueblo veía en aquella solemnidad los funerales de la gran República más que la entrada triunfal de su glorioso fundador. Sin embargo, él hizo poco caso a las demostraciones de cariño. Estaba enfermo, su cara lo anunciaba a gritos. Tenía las mejillas chupadas, los labios lívidos, los ojos brillantes de fiebre.

Pero además estaba furioso, con los ministros, con el Gabinete. Ellos eran los culpables de todos los males. Habían provocado la muerte de Córdova, habían permitido que volviera la idea de la monarquía, habían promovido tensiones con Estados Unidos y Gran Bretaña. Iracundo, increpó a los responsables que de inmediato le entregaron la renuncia. Sacudido por la tos y la enfermedad, Bolívar se dirigió a la Quinta, donde lo aguardaba Manuela.

Aterida de frío, lo esperó al pie de la escalinata pero le importó poco y nada. Bolívar llegó junto a su escolta, tardó en desmontar. Sus oficiales amagaron a ayudarlo pero fue solo el envión, prefirieron no someter a su jefe a semejante humillación. Manuela apuró el paso hacia él, lo tomó del brazo y lo llevó hacia adentro entre bienvenidas y caricias. No quería que nadie lo viera en este estado, Simón estaba peor.

Verlo así la destruyó. Juró en silencio que ella lo regresaría a la vida. *Tú no te vas, tú no me dejas, Libertador… Ya verás que la vida es bonita, que mi amor vale la pena, que tú, bien entero, vales completo… Si supieras que te amo con locura, pues bien que lo sabes…*, farfullaba Manuela mientras ocupaba todos los sitios.

—Han llegado los médicos, Excelencia —anunció Palacios.

—Que pasen, José. Hazme el favor y llama a Manuela —le reclamó el General, sentado al sillón de la sala.

Los especialistas acudían casi a diario a la villa. Atendían el cuerpo

enfermo de Bolívar pero poco podía hacerse con la tos convulsa que lo sacudía cada vez más. Manuela se la pasaba en la cocina, preparándole sus platos favoritos, aunque el hambre lo había abandonado. Ella fiscalizaba que comiera, él trataba de darle el gusto. Cuando expectoraba, era Manuela quien le limpiaba los restos de sangre de la boca. No quería que nadie lo viera así de vencido, su hombre, su todopoderoso, su Dios.

Como por arte de magia, Simón recobró sus fuerzas. Con Manuela a su lado, su salud mejoró. Luego del desayuno, salían a dar caminatas por los jardines de la Quinta. Y siempre repetían el ritual de la lectura.

—Léeme algo, Manuelita. Nadie lo hace como tú —le pedía y ella abría el libro. —Plutarco, mi querida, nuestro venerado Plutarco.

Con el libro en una mano y el brazo de Bolívar en el otro, recitaba con su voz ronca el pasaje que él le pedía:

> *Al llegar a la tumba se desplomó sobre el sarcófago con las mujeres que le acompañaban y exclamó: "¡Ay Antonio, amor mío!, te enterré ayer a ti con estas manos que eran libres, pero ahora hago libaciones siendo una cautiva vigilada, sin que me pueda, ni con golpes ni con lamentos, maltratar este cuerpo esclavo, custodiado para engrandecer los triunfos que se celebrarán sobre tu cadáver. No esperemos que te ofrezca otras honras, pues son las últimas con las que te agasajará Cleopatra, antes de que se la lleven. Mientras vivías, no nos separamos el uno del otro, pero en la hora de nuestra muerte, vamos a cambiar incluso de país"…*

Manuela lo miraba por el rabillo del ojo, él iba con la mirada perdida, hacia adelante, como si adivinara, como si entendiera lo que avanzaba. Le pidió a uno de sus secretarios que le reclamara al mariscal de Ayacucho, a su querido Sucre que se llegara hasta Bogotá, quería que presidiera el Congreso Admirable convocado por él. Le urgía que las facciones conciliaran para evitar la disolución de la Gran Colombia.

—En esa Asamblea se reunirán la sabiduría nacional, la esperanza legítima de los pueblos y el último punto de reunión de los patriotas —adujo Bolívar mientras pergeñaba su estocada final.

En los días siguientes, se entrevistó con muchos de los representantes y les anunció su propósito de abandonar el mando para entregárselo a Sucre. Hubo voces que no acordaron con la propuesta.

El 1° de marzo de 1830 se reunieron en el Palacio de San Carlos, oyeron una misa solemne en la basílica de la Arquidiócesis y un saludo de 21 cañonazos anunció el principio del rito, otro igual al final. En el vastísimo santuario se apiñó una escogida concurrencia de uno y otro sexo, y el recogimiento religioso solemnizó el augusto acto nacional. Manuela prefirió no exponerse en suelo católico, aguardó afuera. Las tropas formadas en la plaza hicieron los honores militares por última vez al Libertador como jefe del Estado. Al salir del templo, Bolívar fue trasladado al lugar de las sesiones y ocupó la silla presidencial. Tomó la palabra y en una breve alocución expuso a los diputados la gravedad de las circunstancias, manifestándoles que de su prudencia y sabiduría, esperaba la salvación de la patria. Cuando terminó la ceremonia, Bolívar abandonó el recinto y el secretario del Congreso leyó la proclama firmada por él, que decía:

> *Colombianos, hoy he dejado de mandaros… Escuchad mi última voz: al terminar mi carrera política, a nombre de Colombia os pido, os ruego, que permanezcáis unidos para que no seáis los asesinos de la patria y vuestros propios verdugos.*

Y regresó al abrazo de Manuela. Se mostraba liberado ante los pocos que lo rodeaban, como si se hubiera quitado un peso de encima. Pero los destinos del país, los devaneos políticos y las disputas por el poder seguían ejerciendo en él la más absoluta de las fascinaciones. En el silencio de la noche bregaba por la vuelta de sus adláteres, que le pidieran el regreso, que lo aclamaran, los aplausos, el vitoreo, que lo necesitaran, que lo ungieran nuevamente con la Presidencia de la República. Pasaban los días y soñaba con el futuro glorioso: con laureles en la frente, junto a Manuela de viaje por el mundo.

Como bala de cañón, explotó la noticia funesta: Venezuela había declarado su independencia, cortaba lazos con Colombia. Y borraban a Simón Bolívar de sus filas heroicas.

—¡Suficiente! Esto es inconcebible —vociferó Bolívar y volvió a vestir su uniforme azul y oro. Convocó al Consejo de Ministros y cuando los tuvo frente a su cara, increpó a los traidores. Denunció a José Antonio Páez por separar a Venezuela de la unión y reclamó que le devolvieran la banda presidencial para volver al campo de batalla.

Se hizo un silencio de tumba. Tras arduas deliberaciones, el Gabinete le informó que debía formarse un nuevo gobierno. Pero

Bolívar no sería de la partida.

Dos días después, Urdaneta se presentó en la Quinta. Bolívar lo recibió en su despacho y, a puertas cerradas, le informó, sumido en la incomodidad, que su presencia en Bogotá era una amenaza para la tranquilidad de la nación. Debía marcharse, su vida corría peligro.

CAPÍTULO XVI

—Nos vamos, José. Cuanto antes, ahora, cuando sea —le ordenó Bolívar a su mayordomo. —Prepara el equipaje, te lo pido.

Necesitaba partir, cerrar el capítulo, estaba aterrado. Lo acechaban sus peores pensamientos, no los enemigos más que conocidos. Con la misma urgencia de sus años juveniles, había puesto en orden sus cosas: esa casa, que le había sido entregada al entrar en Bogotá, se la regaló a su querido Paris. Algunos de sus retratos y otros recuerdos, se los entregó a otros amigos. No tenía lugar para llevar consigo sus pertenencias, eran demasiadas, y había decidido tomar la ruta hacia Europa, tal vez Inglaterra, quien sabe Francia. Pero necesitaba dinero. Sacó a la venta la vajilla de oro y plata que le habían obsequiado en sus años gloriosos, por la que solo recibió diecisiete mil pesos.

Los más cercanos fueron a despedirse. El coronel Posada Gutiérrez lo encontró en los jardines. El paso de Bolívar era lento y cansado, apenas se oía su voz. Caminaron por la orilla del arroyo que serpenteaba el silencioso paisaje. El General, cruzado de brazos, pensativo, contempló la corriente.

—¿Cuánto tiempo tarda esta agua en mezclarse con la infinitud del océano? —preguntó. —El mismo que el hombre, en la descomposición de la tumba, en mezclarse con la tierra de donde procede. Algunas partes se evaporan como la gloria humana.

Luego se llevó las manos a la cabeza, se apretó las sienes y exclamó con voz temblorosa:

—¡Mi gloria! ¡Mi gloria! ¿Por qué la destruyen? ¿Por qué me calumnian?

La noche anterior a la partida nadie durmió. La guardia se había redoblado, Manuela, cubierta por una cobija, mantenía la vigilia cerca de la puerta de la recámara de Bolívar. Había corrido la voz de que no partiría vivo. La inestabilidad reinaba en Bogotá. Las horas pasaban y

Manuela escuchaba el taconeo de los oficiales, su ir y venir, los intercambios de santo y seña para verificar identidades. El terror ante un probable atentado circulaba por los pasillos de la villa. Pero, sobre todo, Manuela estaba dominada por la desesperación de no saber qué pasaría con su vida, con su futuro. Le había suplicado a Simón que la llevara con él, tenía miedo de quedarse sola en Bogotá. Por primera vez sentía el pavor del destino. Su amado le había dado, como única respuesta, que en cuanto supiera en donde se afincaría, la mandaría llamar.

El 8 de mayo se despidió de Manuela. Se fundieron en un abrazo apretado y no dijeron palabra. Ella confiaba en su llamado. Bolívar montó su caballo con dificultad y emprendió la retirada. Su viejo servidor, con lágrimas en los ojos, lo siguió de cerca, junto a un reducido grupo de leales. La fila recorría las calles estrechas en su éxodo. En una esquina, una pequeña corrió hasta el caballo de Bolívar y le entregó un ramillete de flores. Pero también se cruzaron con un grupo de exaltados, que le gritó, con acento desafiante: "¡Longanizo!" (1).

Bolívar ya se encontraba fuera de la ciudad cuando fue alcanzado por un correo con una carta. Era de Sucre, quien le confesaba su tristeza por no haberlo encontrado en la casa para despedirlo.

> *Adiós, mi General, reciba usted por gaje de mi amistad las lágrimas que en este momento me hace verter la ausencia de usted. Sea usted feliz en todas partes y en todas partes cuente usted con los servicios y con la gratitud de su más fiel y apasionado amigo.*

El 16 de mayo, Bolívar se embarcó rumbo a Cartagena. El viaje se le hacía largo, interminable. Nada podía empeorar el calvario pero el 1º de julio supo que el gran mariscal de Ayacucho, su apasionado amigo, al dirigirse a los departamentos del sur, había sido asesinado por oscuros malhechores.

—Dios excelso, se ha derramado la sangre del inocente Abel — exclamó un horrorizado Bolívar.

El clima, pero aún más el hundimiento moral que le produjo el asesinato de su camarada, profundizaron el agravamiento de sus dolencias. Sus amigos le reclamaron la necesidad de abandonar Cartagena en busca de un sitio mejor para su salud. Movieron cielo y tierra y consiguieron que el hidalgo español don Joaquín de Mier le

ofreciera su quinta de recreo situada en las proximidades de Santa Marta. Bolívar le solicitó al gobierno de Bogotá que le enviara de inmediato el pasaporte para salir de Colombia, en busca de médicos competentes.

El 1° de diciembre de 1830, a bordo del bergantín *Manuel*, arribó a Santa Marta.

***

En tanto, en Bogotá, Manuela peleaba contra los ataques constantes. Mientras recibía noticias de Bolívar en las que le rogaba que se cuidara, pues perdiéndose ella, se perderían ambos, las huestes opositoras la perseguían sin cuartel. Sin embargo, si la oposición había creído que aquello aplastaría el temple de la señora, se equivocó. Manuela, como nunca, lucía su uniforme con el cinto de pistolas, y a la calle. Una mañana tuvo la desgracia de encontrar a un indio vendiendo unas *papeluchas* en las que se la caricaturizaba del peor modo. Apretó las verijas de su alazán y acorraló al desacatado.

—¡A ver, hijo de puta! —y le clavó la lanza en el trasero, obligándolo a escapar a los gritos por la calle.

Las paredes de la ciudad sufrían la pegatina de las papeletas oprobiosas, de noche salían sus amigos a quitarlas. El autor de esta campaña de desprestigio no era otro que el archienemigo de la señora, Vicente Azuero, que ahora era secretario del Interior. Para continuar con la operación, el hombre le reclamó que devolviera al gobierno el archivo privado de Bolívar. Manuela lanzó una carcajada y respondió que no tenía nada que perteneciera al gobierno. No conforme, Manuela mandó a sus servidores, en la oscuridad de la noche, a que repartieran papeles con el pedido del retorno de Bolívar.

Azuero se enardeció. La Sáenz le parecía peligrosa. Y peligrosa en serio. Como tromba se presentó en el despacho del alcalde a reclamar que hicieran algo con esa demoníaca mujer.

Y llegó la festividad de Corpus Christi. Manuela apuntaba, enloquecida una proclama, cuando Jonathás entró a la casa de un portazo.

—Doña Manolita, están poniendo las caricaturas de usted y del Libertador en la plaza.

—¿Ah, sí? —sentenció, iracunda y abandonó lo que hacía.

Conminó a sus esclavas y salieron a la calle. En la plaza había dos muñecos de bambú, debajo del hombre, un gran cartel que decía

Despotismo y Bolívar, y debajo de la mujer, *Tiranía y Manuela Sáenz*, custodiados por unos cuantos soldados con el uniforme verde de la República. En un principio, los guardias no dieron cuenta de los tres jinetes que se les vinieron al galope, hasta que sintieron el caño de las pistolas de Manuela sobre la cara.

—¡Rompan todo! —les ordenó a sus esclavas.

Dicho y hecho, destruyeron los muñecos ante los ojos atónitos de los centinelas. Manuela picó las espuelas y, entre tiros, salió al galope.

Azuero aprovechó y la denunció. Pidió la guillotina para Manuela Sáenz. Al día siguiente, ella respondió con un manifiesto que circuló en una hoja impresa:

Al público,

El respeto debido a la opinión de los hombres me obliga a dar este paso; y cuando debo satisfacer al público, mi silencio sería criminal. Poderosos motivos tengo para creer que la parte sensata del pueblo de Bogotá no me acusa, y bajo este principio contesto, no para calmar pasiones ajenas, ni para desahogar yo las mías, pero sí para someterme a las leyes, únicos jueces competentes de quien no ha cometido más que imprudencias, por haber sido un millón de veces a ella provocada.

Ninguna mano elevada me ha ofendido; esta no es infame. Quien me ofende ni aún tiene la firmeza bastante para dejarse conocer y menos para perseguirme legalmente; esto me vindica, pues todos saben que he sido insultada, calumniada y atacada.

Confieso que no soy tolerante; pero añado al mismo tiempo que he sido demasiado sufrida. Pueden calificar de crimen mi exaltación; pueden vituperarme; sacien, pues, su sed; mas no han conseguido desesperarme; mi quietud descansa en la tranquilidad de mi conciencia y no en la malignidad de mis enemigos, en la de los enemigos de S. E. el Libertador. Si aun habiéndose alejado este señor de los negocios públicos no ha bastado para saciar la cólera de estos, y me han colocado por blanco, yo les digo: que todo pueden hacer, pueden disponer alevosamente de mi existencia, menos hacerme retrogradar ni una línea en el respeto, amistad y gratitud al general Bolívar; y los que suponen ser esto un delito, no hacen sino demostrar la pobreza de su alma, y yo la firmeza de mi genio, protestando que jamás me harán ni vacilar, ni temer. El odio

y la venganza no son las armas con que yo combato; antes sí desafío al público de todos los lugares en donde he existido a que digan si he cometido algunas bajezas; por el contrario, he hecho todo el bien que ha estado a mi alcance.

El autor del artículo de La Aurora debe saber que la imprenta libre no es para personalidades, y que el abuso con que se escribe cede más bien en desdoro del país que en injuria de las personas a quienes ataca. Con estas palabras le contesto. Él me ha vituperado, del modo más bajo, yo le perdono; pero sí le hago una pequeña observación: ¿por qué llama hermanos a los del sur, y a mi forastera? Seré todo lo que quiera: lo que sé es que mi país es el continente de la América y que he nacido bajo la línea del Ecuador.

Manuela Sáenz,
Bogotá, a 30 de junio de 1830.

El enfrentamiento siguió a todas luces. Las mujeres de la ciudad apoyaron a Manuela, el gobierno se sintió acorralado. Hasta que llegó a sus manos un folleto titulado *La Torre de Babel* por medio del cual se lo atacaba fieramente. Denuncias mediante, el juez Isidoro Carrizozo le hizo saber al regidor del Distrito de la Catedral, Domingo Durán, que procediera a detener y encarcelar a Manuela Sáenz, autora del impreso.

Durán juntó a varios hombres y se encaminó a la Plazuela de San Carlos. Se parapetaron en la puerta, listos a voltearla, cuando Jonathás los recibió con su mejor sonrisa. Con una reverencia les indicó el camino al dormitorio de la señora. Tendida sobre la cama, con un *deshabillé* y un paño sobre la frente, yacía Manuela. Durán carraspeó y le extendió la orden de arresto.

—Señor, usted, que veo es un caballero, ¿se atrevería a exponer al público a una mujer tan enferma? —susurró con su voz ronca.

El hombre pegó la vuelta y se retiró sin cumplir la orden. El juez puso el grito en el cielo y lo conminó a que trajera a la rea y la encerrara en la enfermería de la prisión. Durán volvió bamboleando su panza pero, esta vez, Manuela lo esperaba en lo alto de la escalera, con su uniforme de húsar y el sable desenvainado.

—Mi querido regidor, da un paso más y lo atravieso, y haré una viuda de la gorda señora de Durán.

El Regidor metió pies en polvorosa y volvió a la media hora, junto

al alcalde, el juez y diez soldados. Se dirigieron al balcón, Manuela brillaba por su ausencia. Entraron a la casa, tiraron la puerta del dormitorio abajo y del otro lado, estaba ella, empuñando sus pistolas turcas. En ese instante, enterado de la batahola, se hizo presente Pepe Paris.

—Doña Manuela, tranquila, se lo suplico —el amigo cumplidor intervino como pudo.

Paris deliberó con los representantes y negoció que la señora se entregaría para no dejar en ridículo al gobierno, se sometería al arresto y los acompañaría, engrillada, hasta la prisión. Sería puesta en libertad de inmediato. Manuela aceptó y fue a la cárcel.

Pero salir del calabozo no la sosegó. Bogotá ardía. El gobierno interino terminó por sucumbir y el general Urdaneta se hizo cargo del poder, hasta el regreso de Simón Bolívar. Enviaban correspondencia suplicándole que volviera pero las respuestas no llegaban. Transcurrían los días grises de noviembre y sin novedades. Manuela empezó a preocuparse. Llegaban noticias de que estaba muy enfermo pero ella eligió no creer.

—¡Que abandonen los santanderistas toda esperanza, porque el Libertador es inmortal! Nunca morirá, aunque lo quemen —vociferaba Manuela.

***

En el muelle, las autoridades de Santa Marta y don Joaquín de Mier esperaban a Bolívar. Al ver descender a ese hombre enflaquecido, desmejorado, casi moribundo y cuyos ojos, ardidos de fiebre, eran el único signo de vida en aquel cuerpo tembloroso, sus caras se velaron de tristeza. El general no se podía mantener en pie, tal era su debilidad. En andas lo trasladaron a la antigua casa del consulado español, donde lo instalaron provisionalmente. Allí lo visitó, por primera vez, el médico francés Próspero Reverend. Tras la revisación de rigor, el doctor le diagnosticó un catarro pulmonar que, habiendo sido descuidado, había pasado al estado crónico y consecutivamente degenerado en tisis tuberculosa.

Al quinto día de su arribo y deseoso de buscar el aire del campo, el Libertador pidió el coche y, a pesar de las protestas de Reverend que insistía en la necesidad de la más absoluta quietud, marchó a la quinta del señor De Mier, en San Pedro Alejandrino. Al llegar a la hacienda y nada más atravesar el salón de recibo, Bolívar advirtió que aquella

residencia reunía el ambiente y las costumbres de los habitantes de España. De inmediato los recuerdos de infancia acudieron a su memoria, la educación en Madrid, sus días felices. Lo acomodaron en unas amplias habitaciones y el doctor le recetó que permaneciera en sitios ventilados, mantuviera el pecho y los pies descubiertos, pediluvios para restablecer los humores, píldoras purgantes, narcóticos, expectorantes, la inevitable quinina, dietas, tisanas, frotaciones estimulantes, untura anodina para el dolor de pecho, antiespasmódicos, píldoras calmantes, revulsivos, remedios refrigerantes de la cabeza y vejigatorios en la nuca. Bolívar sintió que le regresaban las fuerzas. Los cuidados y el cumplimiento al pie de la letra de las órdenes de Reverend hicieron que percibiera una leve mejoría.

—Iré a Jamaica a curarme definitivamente —le dijo a José.

El criado se acercó a la cama, donde yacía el Libertador, con el frasco de linimento. Era la hora de la colocación.

—Prepara mi equipaje —le ordenó con voz seca. —Bueno, ¿qué esperas? No nos quieren en este país.

Palacios lo miró y no dijo palabra. Pero sus gestos vociferaban lo que sentía, el dolor de ver a su amo postrado era inconmensurable.

—Estoy muy enfermo —murmuró Bolívar. —¿No es cierto?

El 8 de diciembre, Reverend colocó el boletín en la puerta de la quinta, donde informaba al pueblo el estado de salud de su paciente. El diagnóstico rezaba: *Anoche principió a variar la enfermedad. S.E. además del pequeño desvarío que ya se le había notado, estaba bastante amodorrado, tenía la cabeza caliente y los extremos fríos, a ratos. La calentura le dio con más fuerza, le entró también el hipo con más frecuencia y con más tesón. Sin embargo, el enfermo disimula sus padecimientos, pues estando solo daba algunos quejidos.*

Bolívar empezó a perder las esperanzas y, al día siguiente, aprovechando los instantes de lucidez, hizo llamar a su secretario y a algunos de sus oficiales que no habían querido abandonarlo. Estaban con él los generales Monti Silva, Portocarrero e Infante, los coroneles Oruz, Pare y Wilson, el capitán Ibarra, y su sobrino, el teniente Fernando Bolívar. Con voz temblorosa, empezó a dictar una última proclama para sus compatriotas.

El 12, llegó el querido general francés Louis Péroux de Lacroix a la hacienda. Le permitieron ver al paciente, al entrar a las habitaciones el golpe fue durísimo. Como pudo, aguantó las lágrimas para que su

jefe no lo viera flaquear. Bolívar hizo echar a los que estaban en la alcoba, quería unos minutos con Lacroix.

—Venga, mi amigo, siéntese a mi lado que no puedo alzar la voz —lo invitó con una sonrisa rota.

—Le traigo noticias, Excelencia —intentó Lacroix, no sabía qué decir.

—Poco me interesan, ya, Louis, solo tengo ánimo para desear la felicidad de la patria.

Lacroix solo pudo pensar en la perversidad y la ingratitud de sus deudores, que habían recibido de su Excelencia, nada más que generosidad. Y, de la nada, pensó en la señora Manuela.

—Pobre mi loca, la dejo sola… —murmuró Bolívar y, dominado por la fiebre y los últimos ardores vitales, continuó: —Sepa, amigo mío, que nunca conocí a Manuela. ¡Ella es tan sorprendente! Ella estuvo muy cerca y yo la alejaba, pero cada vez que la he necesitado, allí estuvo. Cobijó todos mis temores… No, no hay mejor mujer, esta me domó. Sí, ella supo cómo… Manuela siempre se quedó, no como las otras. La amo.

Y cayó en una suerte de sopor. Lacroix constató que respirara y abandonó la recámara.

Llegaron luego, lentos y terribles, los días de agonía. El Libertador empeoraba más, declinaba y, si volvían las fuerzas vitales a sobresalir, era para decaer un rato después. Era la lucha extrema de la vida con la muerte. El 16 al mediodía empezó el delirio.

—Vámonos, vámonos —exclamaba el moribundo, intentando incorporarse—, esta gente no nos quiere en esta tierra.

El 17 de diciembre a las doce del día llegaron los momentos finales. Bolívar moría con 47 años. Cuando el médico le cerró los ojos y lo cubrió con la sábana, en aquella habitación donde se encontraban reunidos los últimos y fieles amigos del Libertador de América, solo se oyeron los callados sollozos de José Palacios, su fiel mayordomo. Los militares, para no llorar, apretaban las empuñaduras de sus sables con todas sus fuerzas.

***

De repente, las cartas dejaron de llegar. El silencio aullaba en sus oídos. “Ven, para estar juntos”, le había escrito Simón, la había reclamado, le suplicaba que fuera a buscarlo, la necesitaba. Pero los días se habían convertido en semanas y las misivas ya no estaban. Lo

único que escuchaba era el lamento reiterado de que Bolívar estaba muy mal y que lo habían llevado a Santa Marta en busca de una cura.

Manuela se estaba volviendo loca, ya no sabía a quién creer. En la única persona que confiaba era en Simón y su ausencia la desesperaba. Necesitaba leerlo, verlo, tocarlo. Cubrió su cuerpo con la capa y salió a buscar noticias. Cruzó la plaza y llegó al Palacio de San Carlos.

—Necesito ver al dictador —jadeó frente a los centinelas.

—Señora, es de noche, S. E. no la puede atender —cruzaron las armas.

Hizo tal escándalo que Urdaneta escuchó desde el piso alto. Envió a su edecán y la dejaron entrar.

—Se lo ruego, Rafael, deme información de Bolívar, por los viejos tiempos —imploró Manuela apenas entró a su despacho.

—Señora mía, no tenemos noticias. Vaya a acostarse, mañana será otro día y seguro sabremos algo.

Manuela regresó a su casa, desquiciada entró a la cocina y les gritó a sus esclavas que prepararan todo, que al alba salían a los caminos a buscar a su amado, que Urdaneta no la había calmado, que Lacroix le había prometido que la tendría al tanto y nada, y que si no iba ella, nadie le saciaba el hambre. Las negras se miraron, asintieron como maniáticas y le rogaron que se fuera a dormir, que ellas la llamarían al despuntar el sol y saldrían de allí.

Bien cubiertas contra el frío, partieron al galope. Enfilaron hacia el oeste, rumbo al río Magdalena. Manuela no podía detenerse, Jonathás la obligaba a descansar unas horas aunque más no fuera. Su ama le hacía caso pero no pegaba un ojo, con la mirada perdida en las estrellas, contaba los minutos para volver a salir. Así pasaron las semanas, hasta que llegaron a un poblado cercano a la costa, y se cruzaron con gente por primera vez. Al pasar, escucharon que Bolívar se moría en Santa Marta. Llegaron hasta un muelle y Manuela entregó unas monedas a cambio de tres sitios en una pequeña embarcación. Mientras esperaban la partida, un hombre, en el otro extremo, comenzó una declamación que atrajo a los pobladores. Manuela se abrió paso y atendió lo que sucedía. Con voz clara pero compungida, el hombre leía la última proclama de Bolívar.

—Nos vamos, mis negras. Sigue vivo, mi Simón está vivo —les apretó las manos y las arrastró a que prepararan todo para el viaje.

Jonathás salió disparada buscando víveres para la travesía. La

canoa tallada en un tronco con el fondo cubierto por hojas de banano empezaba a acicalarse por los ochos remeros indios. El puerto de Honda era un hervidero. Manuela se acomodó en su sitio mientras aguardaba que la negra terminara con los mandados. Nathán iba y venía con la disposición de los pocos bártulos que llevaban. Los cascos de un caballo encabritado las desconcentraron de sus quehaceres. Un soldado desmontó, jadeante y salpicado de barro, y se acercó a Manuela.

—Buenas tardes, señora. Traigo esto para usted —buscó dentro de su casaca y le extendió una carta.

El corazón de Manuela se desbocó, creyó que no contaba el cuento. La abrió, era del 18 de diciembre, venía de Cartagena y la firmaba Lacroix. Bajó de la piragua y buscó tierra firme, tuvo miedo. Entre lágrimas leyó que Bolívar había muerto. Perdió la fuerza, la carta se le escapó de entre las manos y lloró desconsoladamente. El papel bailó con el viento y reposó en el agua. Jonathás corrió a rescatarlo. Quiso dárselo pero Manuela ya había montado su caballo.

—Regresemos, ya no hay nada que hacer —ordenó.

En un silencio aterrador cabalgó hacia los montes. Ya no quiso galopar, nada la apuraba, nadie la esperaba. Las esclavas la seguían atrás, inquietas y enmudecidas. Nunca la habían visto así. Manuela hablaba, decía, expresaba lo que sentía. Ahora, en cambio, era una esfinge suspendida, un espectro liderando una procesión.

Nuevamente transcurrieron los días, las semanas y Manuela perdió la dimensión del tiempo. Cerca de Guaduas, un brillo extraño iluminó sus ojos y de la nada comenzó a recitar, de memoria, unas líneas de Plutarco:

> *Se cuenta que el áspid fue llevado entre aquellos higos, oculto bajo las hojas. En efecto, dicen que así lo mandó Cleopatra, porque no quería darse cuenta de que el animal se acercaba a su cuerpo, pero, en cuanto quitó los higos y lo vio, exclamó: '¡Oh!, estaba esto aquí', y dicen que ofreció su brazo desnudo para que la mordiera. Unos afirman que el áspid se encontraba dormido en una hidria y que con una varilla de oro lo despertó y lo azuzó hasta que se precipitó en su ataque sobre su brazo, donde quedó enganchado.*

Entraron a un monte, de un salto, Manuela bajó de su caballo y hundió la mirada entre la maleza. Las esclavas fueron detrás, cuidaban

el paso, no era un sitio demasiado seguro y no querían creer lo que intuían. Manuela se acercó a unos árboles bajos, había visto lo que buscaba. Una víbora reptaba por el tronco, las conocía bien. En un segundo, extendió su brazo, la serpiente venenosa la mordió.

—¡Manolita! ¡Patroncita! —gritaron las esclavas y la sacaron de allí.

Como pudieron, la arrastraron hacia un poblado cercano. Manuela transpiraba pero no podía caminar. El veneno hacía su labor. Al llegar a las puertas del pueblo, unos moradores vieron lo que pasaba. Llevaron a la señora en andas hasta una de las casas. De inmediato le dieron un vaso de ron caliente para que bebiera. Decían que la embriaguez detiene la acción del veneno. Luego le aplicaron una cataplasma en el brazo y se durmió. Manuela se salvó.

1- Epíteto con el que se calificaba a un loco que por aquellos días vagaba por las calles disfrazado de militar.

EPÍLOGO

Sus amigos le aconsejaron que abandonara la ciudad. Santander había regresado a Bogotá y al poder. Manuela vendió sus joyas y se trasladó a Guanacas del Arroyo. Pero la persecución continuó. Todos aquellos de quienes se sospechaba que conspiraban contra el nuevo gobierno fueron juzgados y ejecutados. Manuela, desde su nuevo lugar de residencia, maldecía:

—Dicen que mi casa, donde vivo ahora, en la Sabana, es lugar de cita de todos los descontentos. ¿Debo preguntar a mis amigos cuando me visitan si están contentos o descontentos? —provocaba Manuela. —Santander me atribuye un valor inimaginable al decir que soy capaz de los más monstruosos engaños.

El 1º de enero de 1834, el flamante presidente de la Republica de Nueva Granada, don Francisco de Paula Santander, harto de las provocaciones, firmó el decreto por el que enviaba al destierro a doña Manuela Sáenz. Le dio tres días para abandonar Bogotá. Manuela resistió pero una tropa de soldados la apresó y, junto a sus negras, fue llevada, con el uniforme de húsar, río abajo hasta un calabozo en Cartagena. Fueron varios meses de soledad y sojuzgamiento. Hasta que arribó el barco inglés que la llevaría camino a Jamaica, donde quedaría desterrada para siempre.

Pero Manuela no era feliz en aquella isla caribeña. El 6 de mayo de 1835 le escribió a su viejo amigo, el general Flores, presidente del Ecuador, reclamándole, entre otras cosas, algo de dinero. Le decía que había dejado arrendada su hacienda en Catahuango por seiscientos pesos y que en todo ese tiempo no había visto ni medio; que había intentado venderla y tampoco había podido, que nadie le escribía y hacían bien.

Recibió una carta de invitación para volver a su país natal, un pasaporte y un salvoconducto firmado por el general Flores y en octubre de 1835 desembarcó en el puerto de Guayaquil. Llegó a

Guaranda, una aldea de montaña, se instaló con sus esclavas, pero a los pocos días se apersonaron unos soldados que le reclamaron que regresara al punto de donde había salido. Flores había sido depuesto y el nuevo presidente quería lejos a Manuela. Sospechaba que la señora quería vengar la muerte de José María, su medio hermano, ejecutado en Quito.

Resistió cuanto pudo y algunos de sus amigos movieron cielo y tierra ante el gobierno peruano y aceptaron recibirla, pero confinada en Paita. Se instaló en una modesta casa, acompañada siempre por sus fieles negras, sin un peso. No le quedó nada de lo que tenía, le habían confiscado lo poco que le quedaba. Su marido seguía vivo aunque perdido en algún sitio, podría haberle reclamado alguna asistencia, antes muerta. Las tres mujeres pintaron un letrero que decía, *Tobacco. English Spoken. Manuela Sáenz*, y lo colgaron en la fachada. No se morirían de hambre. Trabajó haciendo dulces, vendiendo tabaco a los viajeros, sirviendo de intérprete a ingleses y franceses que llegaban de tierras lejanas, confeccionando encajes y bordados, y remedios caseros.

El 25 de julio de 1840, Manuela recibió la visita de José Garibaldi. El señor estaba algo enfermo pero conversaron animadamente. Le contó sobre su vida y sus oficios y recordó sus aventuras por el mundo. El hombre se quejó de un dolor muy fuerte en el hombro.

—Venga, caballero, que nosotras lo curamos —vaticinó Manuela y no mostró reparos, junto a Jonathás, en desvestirlo y aplicarle ungüentos en la espalda.

Garibaldi les agradeció, se despidió muy conmovido y le dejó un verso de la *Divina Comedia*, de su puño y letra.

Por si eran pocas, Manuela cobijó a unos cuantos perros callejeros en su casa. Nunca perdió el sentido del humor, los bautizó con los nombres de Paéz, Córdova y La Mar. El último en llegar fue Santander, ya viejo y cojo. Cada tanto, les decía a sus negras que había que fusilarlo para que no sufriera, pues le había pasado un coche por encima. *Se me va el corazón con mi perro*, suspiraba.

También cuidaba de Jonathás cuando caía enferma y no podía levantarse. Escribía a sus familiares en Quito y nadie le respondía. No tenía a nadie, estaba sola y en el olvido. Desterrada en cuerpo y alma, envilecida por la desgracia de tener que depender de sus deudores, que no pagaban nunca. Solo por la Providencia, vivía. Había desistido en pensar en Lima por no mortificarse con James. Solo resignación y

adelante. Todavía tenía algunos pocos amigos y a su Nathán y Jonathás.

A mediados de 1846 tuvo noticias de Thorne y estuvieron de buenas. Le escribía como todo un amigo, Manuela reía y lo acusaba de ser paciente y holgado de sentimientos, *¡Qué flema la de este inglés!*, repetía. La halagaba con regalos y dinero desde Lima pero no entendía —como nunca había entendido— su consagración personal al Libertador. Pero los mensajes dejaron de llegar. El 16 de febrero de 1847, don James Thorne murió en la hacienda de Huayto a manos de crueles asesinos. Pero no estaba solo a la hora de su muerte, una mujer lo acompañaba en el lecho.

Al tiempo y por una caída, Manuela quedó postrada en su casa. Aprovechaba y releía sus libros, nunca perdió el afán por la lectura.

Caía el día, eran las 8 y se acababa la lumbre. Había vuelto a leer con favorito empeño *Los pastores de Belén*, prosa y versos divinos de Lope de Vega y Carpio. Aquello la animaba y recordaba cuando era niña, en su casa, frente al Nacimiento. Dio vuelta una página y encontró unas violetitas que le había traído Simón, de una finca donde había estado en Patilivilca. Las tomó con cuidado y las acercó a su nariz. *Cuánta delicia, me dijo que eran muy delicadas, bellas y perfumadas, comparándome… Sí, su amor sigue aquí en mi corazón, y mis pensamientos y mi pasión están con él en la eternidad… Qué señor mío, este Simón, para robar todos mis pensamientos, mis deseos, mis pasiones… Lo amé en vida con locura… ahora que está muerto, lo respeto y lo venero.*

Manuela Sáenz murió el 23 de noviembre de 1856 a causa de una epidemia de difteria que afectó al puerto de Paita. Fue incinerada y arrojada a una fosa común.

AGRADECIMIENTOS

En memoria de mi querido Diego Arguindeguy, su presencia me acompaña siempre.

A Gachi Browarnik, por su trabajo preciso y constante. Y que este sea el primero de tantos más.

A mi editor, Mariano Valerio, con la felicidad inconmensurable que me da este reencuentro, como si el tiempo no hubiera pasado.

A Mercedes Güiraldes y Adriana Fernández, por atender y entender mi desmesura. ¡A por todo!

A Gustavo Béliz por su generosidad histórica y la búsqueda de material ineludible.

A mis lectores, fundamentales en este camino, por ser mis interlocutores y acompañarme en cada paso.

Grupo Planeta

¡Seguinos!